TIEMPO de HISTORIA

LA REVOLUCION DE OCTUBRE

AÑO III
NUM. 35
75 PESETAS

Pierre Vilar

CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA

EN EL PROXIMO NUMERO DE

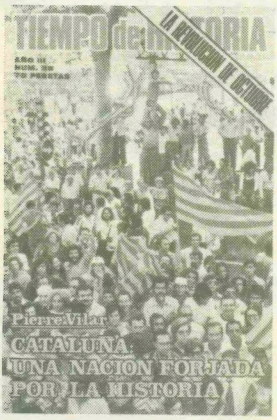
TIEMPO DE HISTORIA

El "Che" Guevara

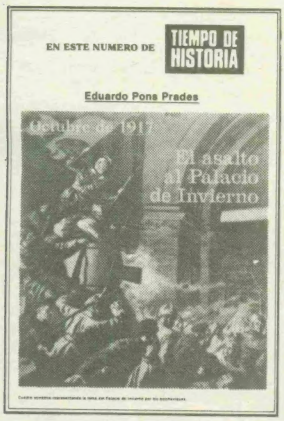
Hace ahora diez años, el 8 de octubre de 1967, caía asesinado en las montañas de Bolivia el comandante Ernesto Guevara, conocido mundialmente como el «Che». Su trayectoria revolucionaria —desde Argentina, su país de origen, hasta Bolivia, pasando por su papel decisivo en la lucha de Cuba al lado de Fidel Castro— y su pensamiento político y estratégico, quedan resumidos y analizados en un amplio trabajo que publicará el próximo número de TIEMPO DE HISTORIA.

SUMARIO

AÑO III • NUM. 35 • OCTUBRE 1977 • 75 PESETAS



PORTADA: Un aspecto de la «Diada» del pasado 11 de septiembre en Barcelona. (Foto: Pilar Aymerich.)



CONTRAPORTADA: El asalto al Palacio de Invierno, pintura soviética.

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

	Págs.
CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA, por Pierre Vilar	4-13
OCTUBRE DE 1937: LA CAIDA DE ASTURIAS, por Alberto Fernández	14-21
OCTUBRE DE 1917: EL ASALTO AL PALACIO DE INVIERNO, por Eduardo Pons Prades	22-36
UNA INICIATIVA REVOLUCIONARIA: EL NACIMIENTO DE LOS COMITES DE FABRICA, por María Ruipérez	37-40
LA REVOLUCION, EN IMAGENES: «EL ACORAZADO POTEMKIN», por Juan Antonio P. Millán	41-49
EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE. GEORGE SANTAYANA, PENSADOR ERRANTE, por Fernando Savater	50-57
CULTURA Y EXILIO (LA REVISTA «ESPAÑA PEREGRINA»), por Francisco Caudet	58-73
EL PODER Y LA PRENSA EN LA ESPAÑA DEL XIX, 1860-1898, por Carlos García Barrón	74-81
LOS CANTES MINEROS. APUNTES PARA SU INTRAHISTORIA, por Félix Grande	82-95
LATINOAMERICA: LA OPRESION DE LA MUJER, por Héctor Anabitarte	96-101
ESPAÑA 1947: LAS CONVERSACIONES ENTRE GIL ROBLES E INDALECIO PRIETO. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara	102-117
UN ESQUEMA DE LA II GUERRA CARLISTA, por Juan Antonio Hormigón	118-121
LIBROS: U.G.T., una larga historia; El resurgimiento de la F.E.T.E.; Dos tipos de sindicalismo; Para cambiar la Administración Pública; Sevilla: descripción y anécdota; Contra la Historia liberal-capitalista; El informe secreto de Stalin	122-126
CINE: A propósito de «Martillo para las brujas»: La brujería, delito común, por Eduardo Haro Ibars	127-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133-1974.

Cataluña: Una nación forjada por la Historia

Pierre Vilar

A lo largo de los siglos, venciendo todo tipo de obstáculos y barreras, Cataluña ha ido forjándose como una nación con conciencia de serlo. La «Diada» del pasado 11 de septiembre en Barcelona —de la que recogemos un aspecto— sirvió de confirmación de esta conciencia colectiva.

CUANDO descubrí Cataluña, hace cincuenta años, mi curiosidad se dirigía hacia lo moderno, hacia lo actual. En ese sentido, la gran Barcelona no me defraudó. Otra Barcelona, sin embargo, con más sutil insistencia, me enseñó, a través de los nombres de calles, rótulos de tiendas y estribillos de canciones, me enseñó que había existido una vez una Cataluña de condes y de reyes, de flotas mediterráneas y de asambleas representativas. Y también una Cataluña rebelde y desgraciada, la de los «segadors» sublevados, la de Barcelona derrotada. Lo **vivido,** *lo* **cotidiano** *catalanes, revelaban una sorprendente sensibilidad colectiva al legado de la historia.*

¿«Historia», o imaginería? Imaginería ante todo, indudablemente, como en toda visión popular. Pero no ideología de Estado, ya que la escuela y la autoridad, españolas de derecho, castellanas de lengua, hubieran preferido cantar al Cid, a Isabel o a Felipe II. Era preciso admitir, pues, que, en una parte del territorio español, una representación «nacional» de la historia **podía no coincidir con la del Estado.** Pero entonces se planteaban dos problemas: ¿en qué se fundaba la representación disidente?, ¿y en qué su aceptación? El **hecho catalán** ha marcado la Historia. Y estuvo a punto de desaparecer. ¿Cómo es que ha revivido?

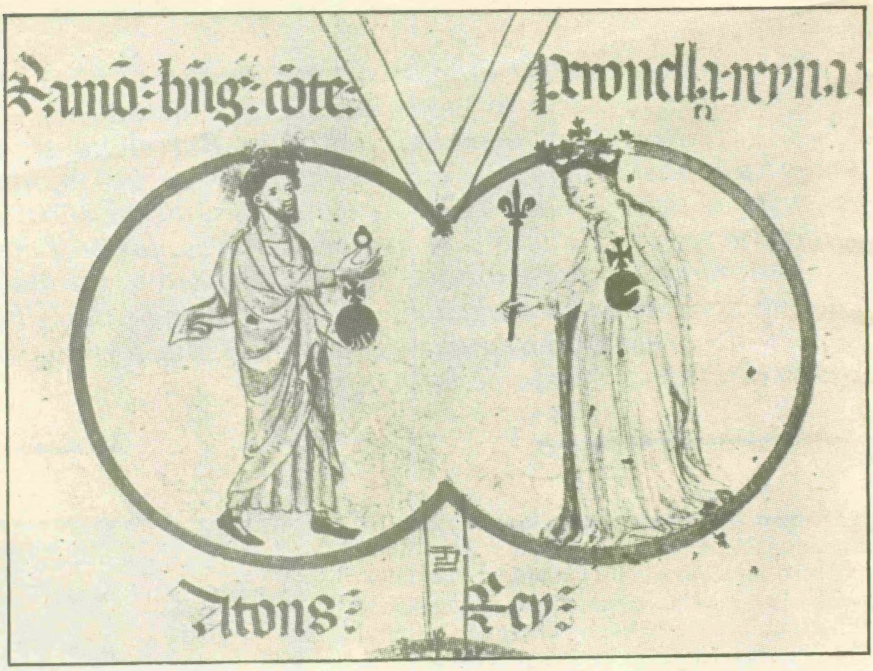
En primer lugar, ¿no ofrecía la **naturaleza** un marco definido a una **comunidad de lengua** que va desde Corbières hasta el sus valenciano? La geografía a menudo predispone. La Iberia mediterránea se apoya contra la Meseta. Los desiertos-fronteras han protegido, muy a largo plazo, la originalidad catalana.

Por el contrario, la vía costera fomentó las migraciones. Estas se quedaron, entre Tarragona y el Pertus, en un pasillo dominado, hasta los «refugios» pirenaicos, por un laberinto de cadenas montañosas, de mesetas, de valles, de gargantas, «comarcas» originales y complementarias, con orientación principal hacia Barcelona, «cabeza y núcleo» del «Principado», o Cataluña propiamente dicha. En este marco, la población más antigua presentaba ya una estructura tribal densa, que sobrevivirá a la colonización romana en el trazado de los obispados, de los «condados», de donde surgirá Cataluña.

«El hecho catalán ha marcado la Historia. Y estuvo a punto de desaparecer. ¿Cómo es que ha revivido?», se pregunta —y responde— Pierre Vilar en el artículo adjunto. (Sobre estas líneas, pendón de Cataluña que se halla representado en los Triunfos de Maximiliano, Biblioteca de El Escorial.)

«EL PASTOR» Y «LA SIRENA»

De hecho surgió, tras las invasiones musulmanas, de los refugios pirenaicos, mediante la **re-**



Hacia 1100 aparece la palabra «Cataluña». Y gracias al matrimonio entre Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, y la hija de Ramiro II de Aragón, Petronila (ambos esposos aparecen representados en esta miniatura), los condes de Barcelona adquieren el título de reyes de Aragón.

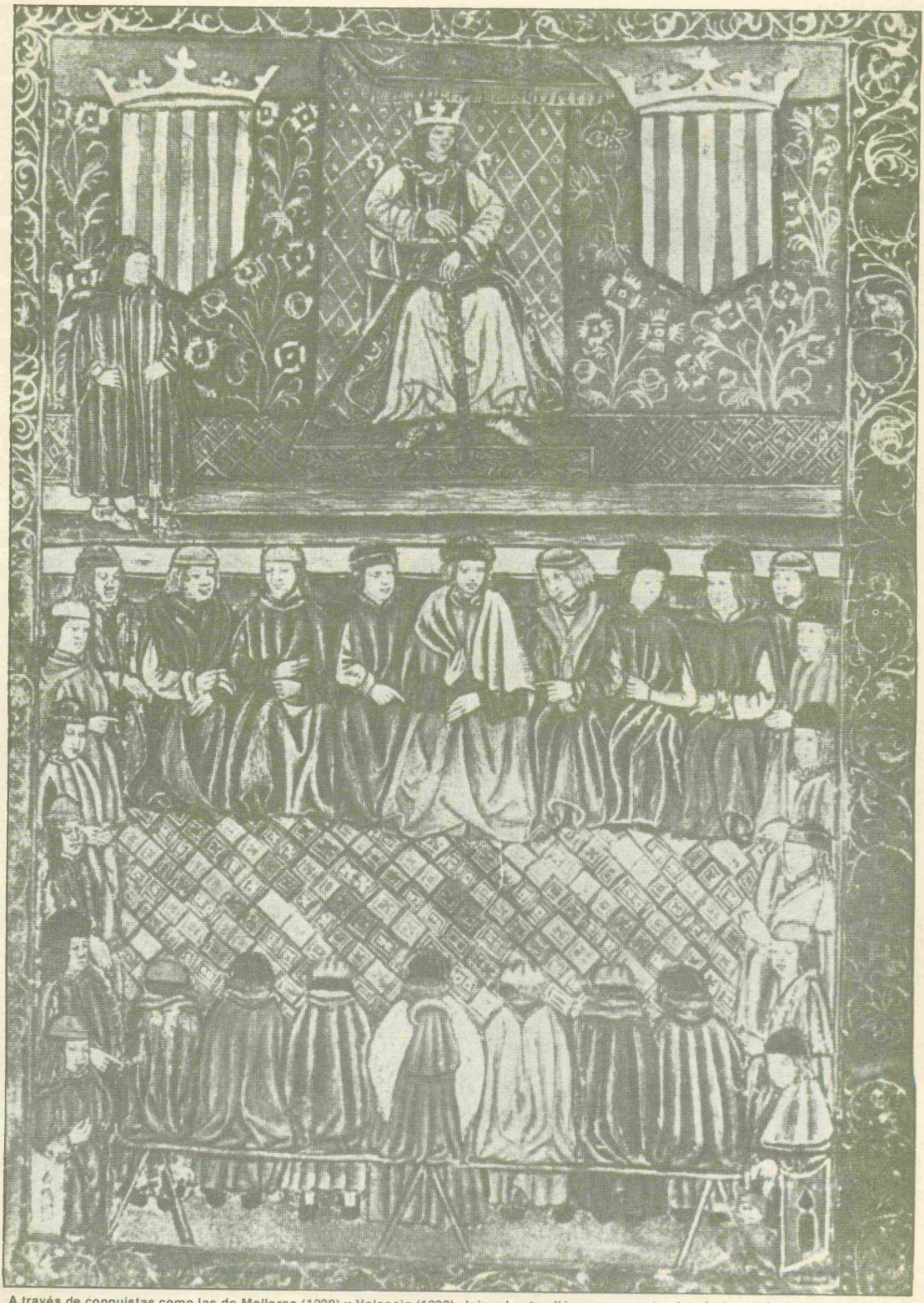
conquista y la **repoblación.** Más que «marca» franca, fue una conjunción de núcleos resistentes y autónomos que fueron reconquistando, repoblando, en dirección hacia el mar. «El pastor», dirá Maragall, va al encuentro de «la sirena». Pero la montaña mandará por mucho tiempo. Para Pisa, el «conde de Barcelona» es «comes pyraeneus». El monasterio de Ripoll

Desde el punto de vista intelectual, en el siglo XIII abundan los talentos en Cataluña: Ramón Llull (Raimundo Lulio), Muntaner, Arnau de Vilanova,... Reproducimos una xilografía que recoge la lapidación de Llull, inmortal de las letras catalanas, en Bugia.

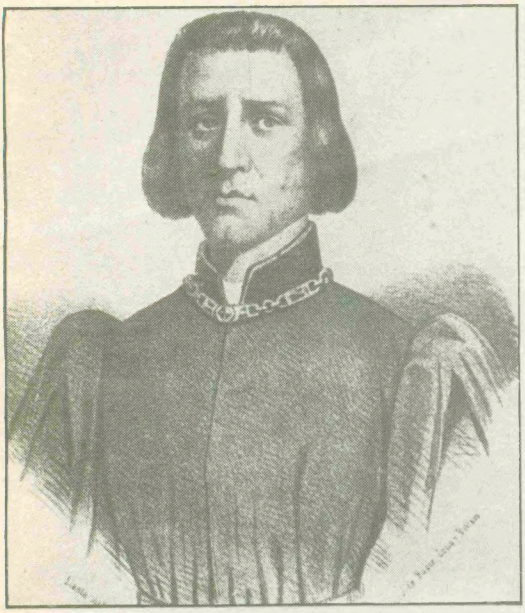
acoge a un dux retirado del mundo, prepara al monje Gerbert para el pontificado, preside el nacimiento de un mundo feudal —campesinos en un principio libres y luego avasallados—, oro musulmán que va a parar a manos de los caudillos militares. El nombre de «Cataluña» todavía no ha hecho su aparición. Pero ¿quién podría olvidar, siquiera hoy, ese trasfondo «románico» de claustros, altos campanarios, y de frescos, de «guardias» y de castillos?

Hacia 1100 aparece la palabra «Cataluña». Los cristianos avanzan hasta el Ebro. Gracias a un matrimonio, los condes de Barcelona adquieren el título de reyes de Aragón. Pero el **poderío** sigue siendo catalán, aunque los «condes–reyes» dirijan la mirada hacia Occitania o vinculen sus ambiciones a las de los marinos-comerciantes de la costa. Junto a ésos, el joven rey Jaime I conquista Mallorca (1229), Valencia (1238) y los convierte en reinos. La «Corona de Aragón» organiza la voluntad expansiva de los catalanes.

Estos llegarán a controlar un día Sicilia, Malta, Djerba, Cerdeña, Atenas («dicen misa en el Partenón», que mandarán conservar «como la más hermosa joya del mundo»). Disputan Córcega a Génova. Tratan con los reyes del Maghreb. Económicamente, Barcelona lleva la batuta. No iguala a Génova ni a Venecia, pero representa, por sus cónsules, en cincuenta y siete ciudades, un conjunto (Palma, Valencia, Perpiñán) que acaso las supere. Institucionalmente, cada reino tiene sus «Cortes» representativas. Las de Cataluña tienen una diputación per-



A través de conquistas como las de Mallorca (1229) y Valencia (1238), Jaime I extendió enormemente el poderío catalano-aragonés, expandiendo por estos nuevos reinos la savia política, cultural y económica de la Corona de Aragón. Esta página muestra a Jaime I presidiendo las Cortes de Cataluña ante representantes de los diversos sectores sociales.



Otra época de especial relieve intelectual en Cataluña, es el llamado «siglo de oro» renacentista, cuando surgen figuras del nivel de Eximenis, Turmeda, Bernat Metge y, sobre todo, Ausias March, al que vemos en este retrato romántico firmado por Llanta.

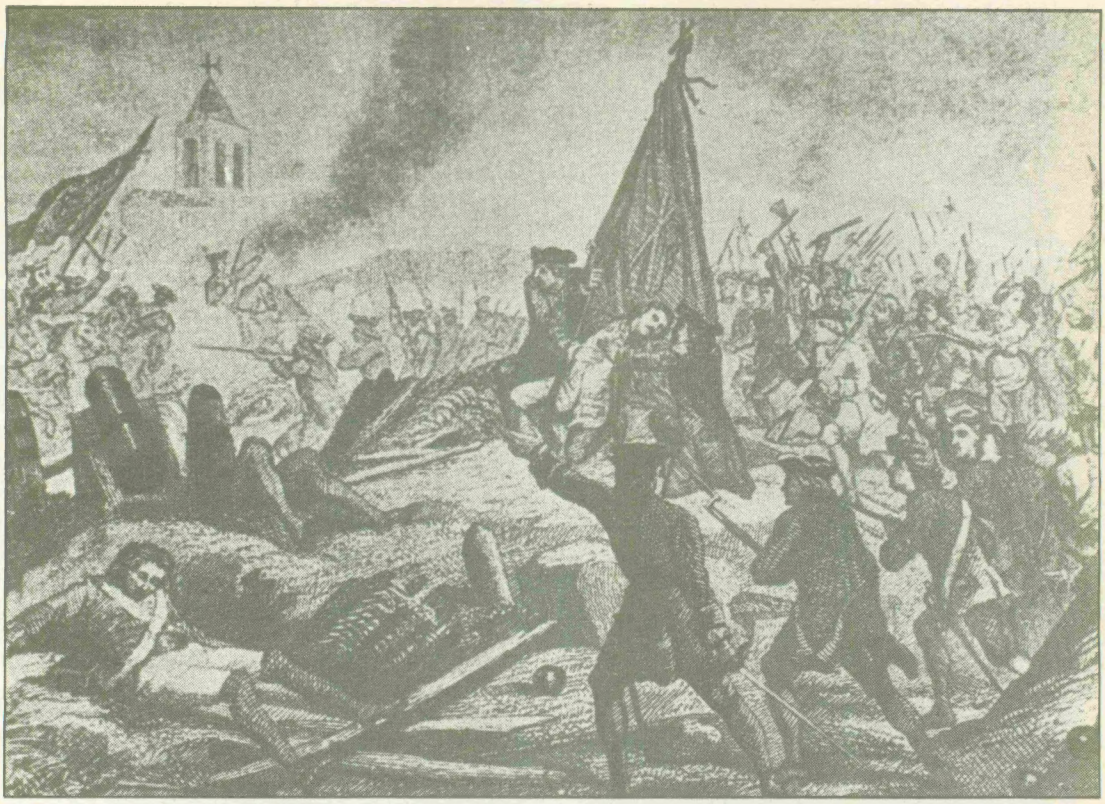
manente, la «Generalitat», cabeza política del «Pirincipat». Barcelona tiene su «Consejo de Ciento», su «Loja», su «Taula de Canvi», su ley marítima (el «Consolat de Mar»). Todo se basa en la «entente» entre la ciudad y el rey. Desde el punto de vista intelectual, abundan los talentos, desde el siglo XIII de Ramón Llull, Muntaner y Arnau de Vilanova, hasta el «siglo de oro» de Eximenis, Turmeda, Bernat Metge y Ausias March. En cuanto al arte, basta citar, como símbolo de los lazos entre arquitectura, religión, riqueza mercantil, dos edificios barceloneses próximos entre sí: el salón de la «Llotja» y Santa María «del mar».

Más que Estado, Cataluña tiene carácter de **nación.** Muntaner se refiere a un patriotismo de la lengua. El rey invoca «patriae leges et libertates». Se comprende que el nacionalismo de ayer, aun a costa de algún que otro anacronismo, creyese en la Cataluña-nación e incluso en la Cataluña-democracia, y soñase con la Cataluña-potencia.

Mientras tanto, no obstante, esa **potencia** se había extinguido. Se atribuye este hecho a la desaparición de la dinastía (1410), a las luchas políticas del siglo XV, al matrimonio de Fernando. Mayor peso tuvieron las despoblaciones masivas, la guerra de los cien años entre siervos y señores, el declive del Mediterráneo. Carlos V todavía trata al Principat honrosamente. Felipe II lo menosprecia. Queda en el recuerdo la coincidencia entre ese eclipse y el apogeo español.

Ahora bien, la situación se invertirá más tarde. Hacia 1600, Cataluña revive en un momento en que Castilla entra en crisis. Evita el drama de la

Al plantearse la Guerra de Sucesión en España, los catalanes apoyaron decididamente la causa del archiduque de Austria, al que proclamaron en Barcelona como Carlos III jurándole su fidelidad, de acuerdo a como recoge simbólicamente este grabado alemán.



Asalto de las tropas de Felipe V de Borbón, enemigo del archiduque de Austria en la lucha por el trono de España, a la ciudad de Barcelona, que defendió hasta la derrota la legitimidad de este último. Era el 11 de septiembre de 1714, fecha que los catalanes nunca han olvidado.

inflación gracias a su autonomía monetaria. Su sólido campesinado, surgido del compromiso con que se cerró el conflicto agrario, se caracteriza por una prosperidad que provoca envidias en Madrid. En 1640, como Nápoles y Portugal, el Principat levanta al pueblo contra las exacciones de los soldados. Y a los dirigentes de los órganos autónomos, contra el Estado decadente. Pero Cataluña, al ofrecerse al rey de Francia, no consigue más que ruina y derrota. Pierde el Rosellón. Sin embargo, siguen respetándose sus viejas instituciones.

En 1705, otros dirigentes, surgidos de un segundo episodio de renovación, alimentarán la esperanza, a raíz de la guerra de sucesión, de elegir a su rey y sus alianzas. Al fracaso siguió tal desesperación patriótica que el asedio final, según Voltaire, recuerda a Sagunto. ¿«Pueblo turbulento», pregunta el Parlamento inglés, o defensa de «justos y viejos privilegios»? Los «viejos privilegios», esta vez, fueron borrados de la historia. «Fin de la nación catalana», dijeron los historiadores.

UN SENTIRSE DIFERENTE

Ahora bien, lo que desapareció entonces no fue más que un vestigio medieval. Con todo, es cierto que el siglo XVIII registró el mayor retroceso que conoce la Historia en cuanto a la sensibilidad, la combatividad e incluso (en el seno de las clases acomodadas) a la lengua catalana. ¿Consecuencia del centralismo «borbónico»? Las causas son más profundas. Entre 1720 y 1790, la población catalana se duplica, la agricultura se transforma, abunda la pequeña empresa, que se dedica a innovar constantemente, y el gran comercio consigue tráfico libre con las Indias, mientras que las piastras se invierten conforme van llegando masivamente. Satisfecho, el despotismo ilustrado prestó oídos a esas clases activas, las cuales, integrándose en el mercado español y colonial, se unen al Estado.

Hacia 1780, España parece convertirse en un Estado-nación moderno, en el que Cataluña, reconocida como una especie de «pequeña Inglaterra», podía desempeñar un papel de punta, a lo que en realidad no se negaba. La invasión napoleónica da fe de ello. Conjuntamente con el resto de España, Cataluña se levantó contra el ocupante. La palabra de la resistencia se encarnó en el catalán Capmany, hombre de la administración ilustrada, historiador de las glorias catalanas del Medioevo, diputado de la provincia en

Estatua de Rafael Casanova, héroe máximo de la trágica jornada barcelonesa del 11 de septiembre de 1714. La imagen en piedra del consejero jefe de la ciudad fue realizada por Rossend Nobas para un monumento erigido en el lugar donde cayó Casanova, y que sería retirado por los franquistas en 1939.

Cádiz, defensor de la lengua castellana y gran teórico del concepto de «nación».

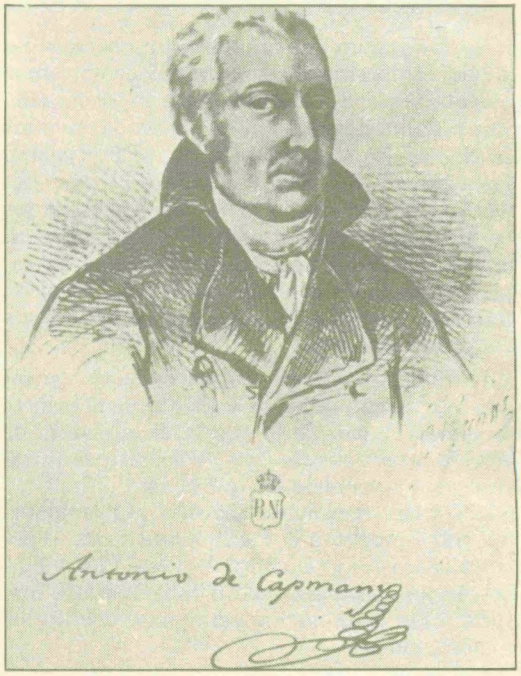
Pero España sale arruinada de su resistencia. Ha perdido el imperio. Y se entrega a Fernando VII. El despotismo dejó de ser ilustrado. Cataluña vuelve a sentirse diferente.

El pueblo había conservado ese sentimiento, junto con su lengua y sus quejas. El montañés «carlista» incluye el centralismo en su rechazo del Estado moderno. Las primeros motines obreros de Barcelona reclaman el «Estado catalán». Pues bien, ambas actitudes se verán prolongadas: la primera, por el apoyo del clero a la «tradición catalana» (Torras i Bages), la segunda, por las corrientes proudhoniana (Pi i Margall) y federalista (Almirall). Todo permanece soterrado y, políticamente, resulta poco eficaz. Pero el «catalanismo» hará de ello un día el fundamento contradictorio de su unanimidad.

Más frecuente es citar entre sus raíces a la «Renaixensa« romántica de la lengua, de la poesía, de la historia, iniciada en 1833. Pero toda Europa está en esa onda, aunque, según los casos, la nueva corriente lleve a la unidad o a la secesión. En el viejo Estado español, ¿tendrá una literatura de juegos florales mayor alcance político que el felibrigio (1) en Francia? Su fórmula es en un principio: **España es la nación,** Cataluña es la patria. ¿Cómo es que de ahí se pasó a decir: **España es el Estado, Cataluña es la nación?**

En el período de ascenso del capitalismo, la burguesía asume reivindicaciones nacionalistas. Hasta 1880 aproximadamente, una burguesía catalana (no se trata de una simple etiqueta, sino de una fuerza estructurada, organizada, consciente), dueña de una industria productora de objetos de consumo, se muestra liberal en política y **proteccionista** en economía. Sin concesiones. Ahora bien, Madrid oscila continuamente entre un autoritarismo de antiguo régimen y esporádicos ataques de liberalismo teñido de librecambismo y anglofilia. Los organismos catalanes tienen que luchar diariamente para asegurar el mercado nacional (España) en beneficio del «trabajo nacional» (que es catalán). El desigual desarrollo engendra agrias polémicas, alimenta dos complejos colectivos de inferiori-

(1) Movimiento literario nacido en Provenza en 1954 y cuyas figuras más destacadas fueron Mistral, Aubanel, Roumanille, Brunet, etc. Los «felibres» —que así se llamaban los poetas en lengua de oc— intentaron revitalizar la literatura y la lengua provenzales.



Después de la postración que sufre Cataluña tras ser derrotada por los Borbones, empieza a resurgir como nacionalidad durante finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Personalidad esencial en tal resurgir es Antoni de Capmany —sobre estas líneas—, en quien se encarnó el espíritu de resistencia contra el centralismo.

El paso hacia un nacionalismo catalán propiamente dicho no se da hasta más tarde de 1880 y, sobre todo, después de 1898 y la derrota colonial. Hombres como Francesc Cambó (en el centro de la foto, rodeado por Josep Roca i Roca y Miquel Junyent) protagonizan entonces la reivindicación nacionalista.

dad: político, en Barcelona; económico, en Madrid.

FUERZA ECONOMICA Y «NULIDAD POLITICA»

El paso, reconocido abiertamente, hacia un **nacionalismo catalán** propiamente dicho no se da, sin embargo, hasta más tarde de 1880 y, sobre todo, después de 1898 y la derrota colonial. Con claridad proclama entonces Prat de la Riba: de nada sirve dominar en tiendas y talleres cuando son otros los que mandan en los ministerios y despachos; es inaceptable el desequilibrio entre la gran fuerza económica de los catalanes y su «nulidad política» en el seno de España; ésta constituye un mercado miserable: ¡qué comparación con los mercados de la Cataluña de antaño! Y en torno al mismo tema concluye Cambó, en las Cortes: «Pedimos la soberanía». A lo que responde un día Alcalá Zamora: «Usted no puede ser al mismo tiempo el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España».

Y ahí radicaba, efectivamente, la contradicción; ¿cómo podría prescindir una gran burguesía de las garantías ofrecidas por el Estado existente? Frente a las terribles amenazas sociales que pesaban sobre Barcelona desde 1917, la Lliga, partido de Cambó, acepta responsabilidades ministeriales bajo Maura, se doblega (si es que no llega incluso a sugerirla) ante la dictadura de Primo de Rivera, participa, en 1931, en el último gabinete de la monarquía. Por eso, yo mismo pude oír cómo durante toda la jornada del 14 de abril la muchedumbre barcelonesa repetía una y otra vez en voz alta: **«¡Muera Cambó, viva Macià!»** El catalanismo popular salía a la superficie para transformar en fuerza irresistible mientras se les escapaba de las manos a quienes habían querido utilizarlo como simple instrumento.

Sólo les faltaba a las fuerzas aupadas al poder, innegablemente populares, aunque no obreras,

Una aspiración que se fue haciendo más fuerte y ampliamente sentida con el paso del tiempo, sería la de una Generalitat como organismo máximo del gobierno autónomo de Cataluña. Se conseguiría durante la II República, tras un plebiscito contestado afirmativamente por una inmensa mayoría.

He aquí al Gobierno de la Generalitat formado durante 1937, en plena guerra civil española: de izquierda a derecha del lector, sentados, Calvet, Tarradellas, Companys, Comorera y Domenech; de pie, Miret, Ayguadé, Fernández, Vidiella, Capdevila y Sbert.

El franquismo intentó anular la identidad nacional de Cataluña, borrar sus fundamentos históricos y culturales, para someterla a la dictadura. No lo logró. Y aun en vida de Franco, los catalanes exigían públicamente —como a través de estas pancartas— la «devolución» de su Historia.

sólo les faltaba **gobernar** en el marco de un «estatuto» que había sido objeto de plebiscitaria unanimidad en Cataluña, pero que tanto había costado arrancárselo al gobierno de Madrid. Tarea difícil: la primera ley social de la Cataluña autónoma —la Ley de Cultivos, que permitía a los rabassaires y pequeños arrendatarios campesinos la redención de sus arriendos— fue denunciada en Madrid como ilegal por los terratenientes y el partido de Cambó. Y la gran central obrera catalana, la CNT, logró muy pronto convencer al gobierno regional, así como al Estado central, que no se podría gobernar ni **contra** ella ni **sin** ella. Ese fue el fondo de los dramas de 1934 y 1936. El entusiasmo nacional no pudo eliminar las luchas entre clases.

No importa. Cada vez que Madrid oprime, la unanimidad catalana se reconstituye. La Historia ha formado una nación catalana. Que no puede esquivar, claro está, ni las dependencias exteriores, ni las contradicciones internas de la sociedad. ■ **P. V.**

El 11 de septiembre de cada año en la «Diada», Cataluña reclama su derecho a la autonomía. Surgen entonces, a miles, las «senyeras» como símbolo de una reivindicación nacional que ningún régimen, ninguna política, puede negarle a un pueblo que ha sabido forjar su propia Historia.

El 20 de octubre de 1937 finalizaba la resistencia asturiana al avance de las tropas franquistas. Una de las últimas acciones agresivas fue el bombardeo aéreo de los depósitos de gasolina, que —como éstos que vemos en las cercanías de Gijón— arderían durante las horas postreras.

La caída de Asturias

Alberto Fernández

La fecha del 24 de agosto de 1937 es el final de una etapa y el comienzo de aquélla en que la resistencia de las tropas del Norte concentradas ya en Asturias sorprendería por su ímpetu, por su empecinamiento dirán los partidarios de una rápida liquidación del conflicto y que esperaban, acaso, un entendimiento, al menos tácito, con los sublevados. La región, dispuesta a continuar el combate, desesperadamente, mal armada, habiendo sufrido duramente y en su carne el rudo golpe de la caída de Bilbao, que se decía inexpugnable, donde cayeran tantos asturianos hermanados a vascos y santanderinos, el abandono casi sin combate de Santander, el cerco de importantes fuerzas en esta provincia; fuerzas que serían necesarias para evitar la caída de la última región aún en armas y la huida de los dirigentes de la Montaña, esta Asturias se erguía, orgullosa de su pasado e insegura de su porvenir, para luchar: hasta el triunfo —hipotético— o el aplastamiento —probable.

EL ABANDONO DE SANTANDER

Los informes que llegaban de la vecina provincia eran cada día más alarmantes, creando la inquietud en los medios oficiales y entre la población. Se rumoreaba que la ciudad no resistiría al empuje de los facciosos; mientras sus autoridades distribuían promesas euforizantes.

Ante esta situación un tanto angustiosa, cada organismo del Frente Popular asturiano destacó allá a sus mejores observadores con el propósito de inyectar a los santanderinos serenidad y energía. El Consejo de Asturias y León celebró una reunión extraoridinaria en la que se tomó un acuerdo similar al de las organizaciones que en él estaban representadas.

Más adelante, cuando ya el enemigo avanzaba alarmantemente sobre la capital montañesa, el Consejo acordó enviar a una comisión para entrevistarse con el general Uribarri, jefe de las fuerzas republicanas del Norte, con el fin de señalarle ciertos errores que, a juicio de las autoridades de Gijón, se estaban cometiendo; para ofrecerle colaboración entera y rogarle, al mismo tiempo, que solicitara del Gobierno Central poderes militares más extendidos para la Junta de Defensa. La entrevista, según algunos de los que en ella participaron, decepcionó a los enviados de Belarmino Tomás. El general se limitó a afirmar que él se había ido al Norte para morir al lado de los combatientes, que él era quien podía disponer de todo y de todos en nombre del Gobierno, que había decidido defender Santander, aunque fuera cercado por los sublevados, a fin de conservar el puerto y burlar la vigilancia de los buques franquistas en el Cantábrico, etc.

El tiempo desmentiría cruelmente, dramáticamente, estas palabras: 48 horas después de pronunciadas, la Junta de Defensa y el Consejo Interprovincial, abandonaban la ciudad en compañía de Uribarri, dejando vacíos sus sillones o puestos de mando y 50.000 hombres desamparados.

Esta situación explica, en parte, la decisión, tan discutida, de constituirse en «soberano» el citado Consejo de Asturias y León. (Véase TIEMPO DE HISTORIA número 27, de febrero de 1977.)

No todo el mundo estuvo de acuerdo con tal decisión y, concretamente, las Juventudes Socialistas Unificadas y el Partido Comunista, por considerar que había en ella relentes de cantonalismo y una violación de la decisión del Gobierno Central por la que se creaba la Delegación presidida por Belarmino Tomás. En cambio, los partidarios de la «soberanía» argüían para su defensa: se hunde Santander en 12 días y se viven horas en las que no existe ninguna autoridad legal en el Norte leal a la República, por lo que hay que evitar el vacío de poder. Se busca el paradero del Gobernador de Santander; no se sabe dónde se encuentra la Junta de Defensa; el Estado Mayor ha desaparecido; llegan a la frontera de Unquera cientos de milicianos, asturianos, vascos y santanderinos, en huida desordenada; miles de refugiados civiles siguen o preceden a los militares, lo que puede crear a Asturias un grave problema de alojamiento y abastecimiento. Es obligado, pues, de suplantar una autoridad desaparecida por otra.

«Es entonces cuando el Consejo acuerda declararse soberano para que a él quedaran subordinadas todas las actividades de la guerra, de la producción y del orden público». Hay otras consideraciones sobre la inquebrantable lealtad hacia el Gobierno central: **«Razones de índole psicológica avalaban nuestra postura, perdida ya la confianza en un Estado Mayor que, por incidencias de la guerra, no había cosechado más que fracasos...». «No fue una alegre decisión»**, han escrito algunos de los consejeros en un detallado informe enviado a las autoridades centrales una vez evacuado el Norte.

Hasta el hipotético triunfo o más probable aplastamiento, Asturias se empeñó en defender la causa republicana, sin atender a los que pedían un entendimiento con los rebeldes. Este cartel de Socorro Rojo de España traza un puente entre las luchas de 1934 y la de entonces.

Pero para dar visos de legalidad al acuerdo y con anterioridad a éste fueron convocados a Gijón el Jefe del Estado Mayor del XVII Cuerpo de Ejército, Javier Linares, y el Comisario político del mismo, Paulino Rodríguez. El primero afirmó que **«no sólo aceptaba, sino que consideraba imprescindible y urgente la existencia de un poder político que, conjuntamente con el militar, abordase la defensa de Asturias..., al desconocerse el paradero del general Uribarri»**, por lo que **«estaba dispuesto a aceptar cuantas órdenes emanasen del Consejo»**.

El Comisario general manifestó, por su parte, que, **«en íntimo contacto con las tropas, especialmente en las últimas horas, había podido apreciar la baja moral de las mismas, nacida de una desconfianza absoluta en los mandos y en el Estado Mayor»**; así, **«la única medida aplicable al momento era la declaración de la soberanía»**.

Pero, como hemos indicado ya, los jóvenes socialistas y el PCE estimaban que era el Delegado gubernamental, Belarmino Tomás, quien debía asumir todas las responsabilidades de mando en tanto se ignorase el paradero de la Junta de Defensa. Al final, todos, partidarios y adversarios del «soberano» Consejo, se comprometieron a trabajar con el mismo entusiasmo y lealtad por la defensa de Asturias y, la misma tarde, desde la emisora Radio Gijón, Belarmino leyó una alocución destinada, principalmente, a los combatientes, explicando la decisión y comprometiéndose a **«defender y fortalecer con nuestra conducta el prestigio del Gobierno de la República»**.

SE HABLA YA DE EVACUACION

De manera discreta, casi desapercibida, en todo caso sin eco en la prensa, ni comentarios al efecto, se habló, oficialmente, de evacuación en Asturias, con motivo de la creación de las diversas comisiones de trabajo, como hemos visto en un artículo anterior. Al lado de las de Justicia y orden público, militar, asistencia social o economía, hubo aquella, aparentemente anodina, denominada «de abastecimiento, transporte y **evacuación**». Y, detalle singular, el entonces consejero de Justicia ocupa un puesto en la comisión de Economía, mientras que el consejero de Hacienda forma parte de la de Justicia y Orden Público. Amador Fernández, Ramón Alvarez Palomo, Calleja y José Maldonado (todas las tendencias político-sindicales del Consejo) forman la que se ocupará de estudiar y preparar la evacuación. Este problema de la evacuación probable y problemática se planteó. Y, si no fue un éxito cuando llegó la hora de abandonar la lucha en la noche del día 20 de octubre de 1937, acaso la responsabilidad no in-

La caída de Santander dejaba a Asturias en una situación extremadamente delicada, al convertirse en la única región norteña que se mantenía en armas. Sobre estas líneas, la plaza de toros santanderina con centenares de prisioneros republicanos encerrados en su coso.

Los jóvenes socialistas y el PCE estimaban que era el Delegado gubernamental en Asturias, Belarmino Tomás —en la foto adjunta—, quien debía asumir todas las responsabilidades de mando mientras se ignorase el paradero de la Junta de Defensa.

cumba totalmente a las autoridades, sino a las circunstancias, a la falta de medios de transporte más que a la imprevisión.

Pero, mientras llegó la hora tan temida, se intentó evitar —en parte también se consiguió este objetivo— el que cundiera entre la población la idea de la entrega y entre los combatientes del frente y de la retaguardia, cuya moral no era muy elevada, el desánimo precursor de la derrota. Hundido el frente del Sella, con el peligro inminente del enlace entre las tropas de Aranda y de Solchaga, se podía dar por descontada la pérdida de Asturias en breve plazo, aun cuando se derrochara heroísmo en todos los frentes. Galán estimaba que **«en las condiciones concretas actuales, un frente en Villaviciosa era insostenible».** Lo principal era ganar tiempo.

A pesar de esta situación que precedía la catástrofe, mucho se hizo por conservar moral y disciplina; en esta obra participaron todos los dirigentes asturianos, de todas las organizaciones, que emplearon un lenguaje más directo que el oficial, el lenguaje de la Resistencia a ultranza para fijar el mayor tiempo posible el mayor número posible de soldados enemigos en espera de alguna operación en otros sectores de la Península. Y, argumento supremo, se resistiría porque no

El monte Naranco, en las inmediaciones de Oviedo, sería escenario de varios de los más duros enfrentamientos por la posesión de Asturias. Las trincheras cavadas en sus laderas —una de las cuales recoge la imagen— contendrían los cadáveres de decenas de combatientes.

El Consejo de Asturias y León fue creado para regir los asuntos internos de ambas provincias, lo que provocó diversos conflictos de competencia. Otras iniciativas interregionales surgieron también como ésta de la CNT en que se aglutinaban Asturias, León y Palencia.

había otra salida para la totalidad de los combatientes antifascistas del Norte.

Hubo deserciones sin que se pueda afirmar, como lo hiciera el Consejo Soberano, que **«los mandos que quedaban eran impotentes para convencer a sus tropas de la necesidad de combatir, ya que detrás de ellas sabían que sólo quedaba el mar y, por lo tanto, la muerte».** El argumento iba, implícito, en las consignas para resistir.

LA COMISION DE GUERRA

La Comisión de Guerra (Belarmino Tomás, Linares, Segundo Blanco, Juan Ambou y Onofre García) procedió a tomar medidas inmediatas desde su constitución y que exigían las circunstancias. La primera consistió en destituir, entre tanto el Gobierno Central tomara una decisión aprobatoria o no, al general Uribarri y poner en su lugar al coronel Prada. Correspondió a éste, en adelante, el tomar toda decisión de carácter militar o aprobar aquellas medidas que le fueran propuestas por sus servicios. Se descartó por completo la participación civil y el Comisariado, debidamente informado, no se opuso nunca a lo ordenado por el coronel. A Prada correspondió igualmente el estudiar la situación en su conjunto e informar a las autoridades de necesidades y dificultades.

LA FALTA DE ARMAMENTO

El principal escollo fue la falta angustiosa de armamento. Los días 24 y 25 de septiembre se reunió el Consejo ante el cual Prada dijo que quedaban municiones en Asturias para diez o doce días, a condición —añadió— de administrar su empleo (se habían perdido algunas posiciones, al parecer, por falta de cartuchos).

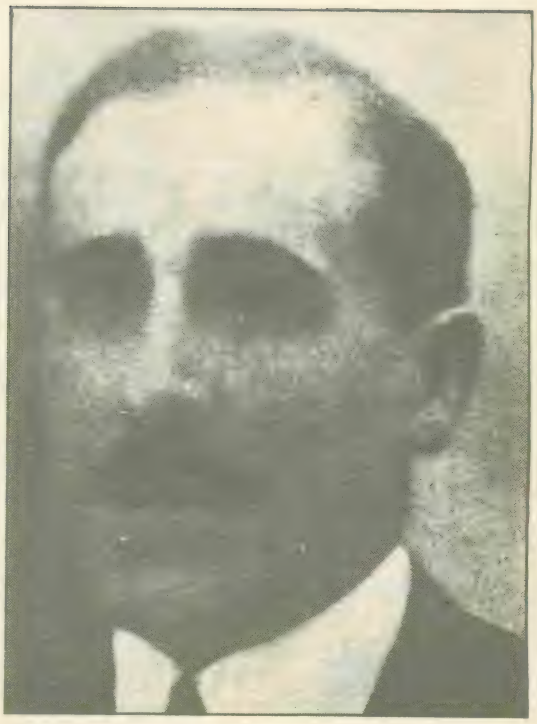
El Consejo decidió enviar urgentemente a dos de sus miembros a Valencia para solicitar una ayuda inmediata. El Gobierno atendió a los delegados y les ofreció, con carácter urgente, el envío desde Francia hasta Gijón del barco «Reina» con un cargamento compuesto de: 15 cañones antiaéreos, con sus proyectiles; 650 fusiles ametralladores y siete millones de cartuchos de 7/7 mm., los cuales servían únicamente para un lote de ametralladoras diferente. Faltaban también culatas y trípodes a 300 de estas armas. En París se decidió que el «Reina» llegaría a Gijón a los ocho días, para lo cual el capitán de la Marina mercante Caparrós se trasladaría a este puerto para preparar la recepción, lo que hizo por vía aérea al no poder realizar el viaje por vía marítima.

Pero el buque anunciado no llegó en la fecha indicada y, durante quince días al menos,

se ignoró su paradero, hasta que se supo que había regresado a Burdeos, con la consiguiente inquietud para el Estado Mayor del Norte, que veía disminuir sus reservas. Al fin, el 17 de octubre, llegó el «Reina» al Musel, con tripulación extranjera.

«Quince días antes este barco hubiera podido resolver, en parte, el problema de continuar resistiendo y recibiendo material. Hoy ya no nos vale», declaró Prada.

Mas con anterioridad a esta fecha, la Asturias combatiente había recibido un golpe con el anuncio de la huida de dirigentes regionales, entre los cuales el propio secretario del Gobernador, Belarmino Tomás, Santiago Blanco y algunos de los componentes del Tribunal Popular, llamados por el pueblo «Los Pilaricos», por haberse es-



Aun cuando todavía el combate no estaba perdido, se iniciaron en Asturias los preparativos para una posible, y probable, evacuación. Amador Fernández —en la foto— era uno de los cuatro miembros de la comisión designada al efecto, representativa de todas las tendencias del Consejo.

El general Aranda (al que vemos, a la izquierda, en compania del tambien general Martin Alonso) dirigió las tropas franquistas en la batalla por Asturias. Aislado en Oviedo, el refuerzo de los Cuerpos de Ejército disponibles tras la caida del frente del Norte, seria para él decisivo.

capado el día de la Virgen del Pilar. En la noche del 11 al 12 de octubre salió el barco «Somme» del puerto de San Juan de Nieva, mandado por el capitán de la Marina mercante Mario Cienfuegos. Este hecho contribuyó, evidentemente, a desmoralizar aún más a los que seguían defendiendo el terreno, porque no había ninguna solución.

Vino la célebre declaración de Belarmino sobre el **«No hay que mirar al mar»** y el editorial de **«Avance»**, del que era autor Javier Bueno, en el que, apoyándose en la anterior declaración, el indómito periodista pedía a las autoridades **«que se quemaran todos los barcos de que se disponía en Asturias».**

20 DE OCTUBRE: EL ACTO FINAL

Aun cuando fueron empleadas inmediatamente de descargadas las armas del «Reina», nada podía ya impedir el avance de las tropas enemigas. La aviación facciosa, por su parte, se empleaba a fondo, tanto contra las tropas republicanas afincadas en algunas posiciones importantes en el dispositivo improvisado como sobre los pueblos de la retaguardia. En un solo día Villaviciosa, Cangas de Onís, Infiesto, Arriondas, Gijón soportaron ataques mortíferos. No quedaba ni el recuerdo de la aviación leal mientras los facciosos disponían de docenas de aparatos (80 probablemente). El joven Ejército republicano tenía 450 bajas por día, las deserciones eran ya numerosas. La situación era insostenible. Reunióse la comisión de guerra con los jefes del Estado Mayor, el 17, que, unánimemente, consideraron que ya todo estaba perdido.

El periodista Javier Bueno, director del diario socialista ovetense «Avance», quien —en un famoso editorial de su periódico— pidió a las autoridades que «se quemaran todos los barcos de que se disponía en Asturias» para evitar la huida apresurada de dirigentes regionales

El Consejo soberano, cuyo presidente había hablado con anterioridad de la evacuación posible de 50.000 hombres, decidió a su vez abandonar rápidamente los restos de la zona leal al Gobierno y así se lo hizo saber al coronel Prada, solicitando de este militar que continuara resistiendo, a lo que se negó el jefe de Estado Mayor por considerar que el Ejército estaba vencido. Hasta tal punto hubo quienes desearon resistir que, hecho significativo que ha conocido directamente el autor de este trabajo, Javier Bueno se negó a acompañar a los que le fueron a buscar para evacuar por mar, declarando que se quedaba para resistir hasta la muerte, puesto que se quedaba con esta intención el coronel Franco. Hubo necesidad de explicarle que tal no era la intención del citado militar, que debía entregar la plaza a las tropas franquistas. Y Javier nos acompañó hasta el «María Santiuste», barco en que abandonó Gijón, entre los últimos huidos.

En la mañana del día 20 la aviación facciosa, que había bombardeado los depósitos de gasolina, que ardían desde hacía cuarenta y ocho horas, hizo una incursión sobre el Musel, hundiendo en una sola vez el destructor «Ciscar» (en el que pensaban evacuar los principales responsables político-militares de Asturias), el submarino «C-6» y el vapor «Reina». Los asesores soviéticos se marcharon por vía aérea hacia mediodía. En honor a la verdad histórica diremos que ofrecieron llevarse con ellos a un compañero dirigente socialista, el cual se negó a marchar en tal compañía y prefirió salir en las condiciones desastrosas en que se fueron los demás. Prada tomó con su Estado Mayor el torpedero número 3. Y, a partir de entonces, fue el **«sálvese el que pueda».**

La evacuación de Asturias se hizo en condiciones dramáticas. La desbandada fue enloquecedora y las escenas, dantescas. Era el producto del terror de una población que no se quería someter a la que adivinaba brutal represión del bando vencedor. (Sobre estas líneas, un grupo de los huidos por el puerto de Gijón con destino al barco inglés «Bramhill»).

Antes de la ocho de la noche la mayor parte de los «evacuables» estaban ya cerca del Musel; llegaron algunos a la entrada del puerto antes que las consignas destinadas a los guardias de asalto que impedían el acercarse a los buques. No fue ésta la única sorpresa: los barcos arrimados al muelle no estaban preparados para la marcha, algunos no tenían ni el carbón necesario, a otros les faltaban elementos indispensables para el pilotaje. El propio Consejo llegó al Musel y se encontró con que no tenía una embarcación a su disposición. Por fin, toparon en el dique Norte con el pesquero «Abascal», que ni tenía agua ni víveres. Gracias a la pericia de un capitán de milicias y turnándose en el puente un policía y un consejero, llegaron las autoridades sin territorio al puerto francés de Duarnenez cuarenta y ocho horas más tarde.

La evacuación se hizo en condiciones dramáticas. Cada cual pretendía entrar en una embarcación, tropezando con grupos que esperaban impedir el embarque. Con la oscuridad, algunos de los que saltaban creyendo ir a caer sobre el puente de la embarcación caían al agua sin que nadie intentara echarles una mano. La desbandada fue enloquecedora y las escenas dantescas; a lo lejos, los depósitos de gasolina en llamas, a lo largo del muelle los coches que ardían; como ruido de fondo, el crepitar de ametralladoras, el ruido de disparos de pistolas, el estallido de bombas de mano; algunas lanchas se hundieron ante la indiferencia general. Aquel Ejército de bravos voluntarios se había convertido en jauría alocada que busca una salida, la que fuera.

Era el acto final de una resistencia heroica, numantina. Y, descontados los cientos de republicanos que se lanzaron al monte, había terminado la guerra en el Norte, y Asturias comenzaba a vivir, con una «quinta columna» que se atrevió a salir a la calle y liberar a los presos de la «Iglesiona» en la madrugada del 21 de octubre, un período tan tristísimo en su historia como lo había sido el de la guerra y sus vicisitudes. ■

A. F.

El 25 de octubre de 1917 (7 de noviembre, segun el calendario occidental), los bolcheviques asaltan el Palacio de Invierno de Petrogrado, un momento de cuya acción contemplamos en la imagen. Ello significaba el triunfo revolucionario y el paso del poder a los soviets.

El asalto al Palacio de Invierno

Eduardo Pons Prades

LA adulteración de los hechos históricos ha sido una práctica corriente desde los más remotos tiempos. A veces ha bastado con silenciar algún dato importante o dejar en la sombra a ciertas personas, para que los acontecimientos adquiriesen una fisonomía distinta a la real. En nuestra historia contemporánea uno de los sucesos que mayor manipulación ha sufrido —y sufre— es seguramente la revolución bolchevique del otoño de 1917. Y, lo que es peor, no sólo por parte de sus enemigos. Así ha ocurrido —en relación al papel desempeñado en las decisivas jornadas de octubre de 1917— con el que fue primer secretario del Comité Militar Revolucionario (C. M. R.) de San Petersburgo, Antonov Ovseienko. Este silencio se prolongó hasta 1956 —año del XX

Congreso: el de la desestalinización—, y ello se debió a que Antonov había sido uno de los principales colaboradores de León Trotski —en el destierro primero y en los albores de la revolución después— y primer cónsul de la Unión Soviética en Barcelona, recién estallada nuestra guerra civil. Y también al hecho de figurar a poco de regresar a su país, entre las víctimas de las purgas perpetradas en la U. R. S. S., en el segundo lustro de los años treinta. Triste destino que compartió con la inmensa mayoría de los «soviéticos-españoles».

Antonov organizó y dirigió la toma del Palacio de Invierno, se le nombró **Responsable Político** *del Ejército Rojo y, bajo la presidencia de Lenin, formó parte del Consejo de Comisarios del Pueblo, al lado de Trotski, Stalin y Krilenko, entre otros (1).*

(1) Los **Recuerdos** *de Antonov-Ovseinko se editaron, integradualmente por vez primera, en 1956, en Moscú (Ediciones Estatales). Y fueron traducidas y publicadas, poco después, por las Ediciones del Estado de la República Democrática Alemana, bajo el título* **El Año 1917**.

A partir de 1910 el proletariado ruso había entrado en una fase de franca recuperación, pese a la tremenda sangría sufrida a raíz de la insurrección popular de 1905 (2). Los obreros de los yacimientos de oro del río Lena (de Irkutsk, en Siberia), explotados de una manera inhumana, alojados en barracas inmundas, pagados con bonos de la Compañía (de capital inglés), se declararon en huelga a fines de mayo de 1912. Por aquí, como por otros apartados rincones de la Gran Rusia, habían pasado los agitadores revolucionarios: los desterrados en 1905. Exigían una jornada de ocho horas (en lugar de diez), un aumento del treinta por ciento de sus salarios y el despido de varios cabos de vara. La Compañía hizo disparar sobre la muchedumbre desarmada y en el suelo quedaron muertos 270 trabajadores. A este crimen patronal responderían los sindicatos obreros con grandes huelgas en Moscú y en San Petersburgo (3).

Protegidos por un grupo armado al mando de Tchondovsky, docena y media de hombres —dirigidos por Antonov-Ovseienko— penetraron en el Palacio de Invierno, donde se encontraba recluido el Gobierno Provisional. La foto recoge el instante inmediato al asalto.

A partir de aquellas fechas, desde las orillas del Báltico hasta los pozos petrolíferos del Cáucaso, las insurrecciones obreras que se sucederían periódicamente, y la dureza de la represión, iban prefigurando los perfiles, la hondura y la dimensión del gran enfrentamiento que se avecinaba (4). Tan sólo se producirían

(2) La revolución de diciembre de 1905 costó al pueblo unos 14.000 muertos, más de 20.000 heridos y cerca de 80.000 encarcelados y desterrados. El partido bolchevique tenía entonces unos 12.000 militantes y el proletariado ruso contaba unos tres millones de hombres, mujeres y niños.

(3) A principios de siglo, el 80 por ciento de los capitales invertidos en la industria rusa eran de procedencia extranjera, y en 1914 los capitalistas franceses tenían en sus manos el 61 por ciento de la producción de fundición y el 51 por ciento de la de carbón. Y en 1912, de los 42.000 millones francos-oro invertidos en el extranjero, Francia tenía unos 10.000 colocados en Rusia.

(4) Eliseo Reclus, refiriéndose a la revolución rusa, en 1905, en un discurso de una gran clarividencia, decía: «Rusia será removida toda ella hasta la última

intermitentes treguas a causa de la entrada en guerra de Rusia al lado de los Aliados, en 1914.

LA GUERRA, SEMENTERA DE LA REVOLUCION

La burguesía rusa acogió la guerra con entusiasmo, todo lo contrario de la camarilla reinante de propietarios rurales, nobles y burocracia. ¿Acaso no venía la guerra a plasmar en realidad sus anhelos, a obligar a la autocracia a una abdicación constitucional, o por lo menos a poner en vigor grandes reformas? Por lo demás, esa burguesía, que mantenía estrechas relaciones con las burguesías de Europa occidental, era imperialista. Se vio entonces a ejércitos enteros ir al combate sin municiones, reducidos en plena batalla al empleo del arma blanca, a la traición instalada por los proveedores de material de guerra en los Estados Mayores e incluso en la propia corte; realizar súbitas fortunas. La guerra puso de manifiesto la gangrena del régimen zarista.

En enero de 1917, el alza de precios era sensiblemente superior al de los salarios (proporción: 130 a 183). La producción decaía rápidamente. El inmenso esfuerzo exigido por los Aliados a Rusia alcanzó su apogeo en 1916. El país quedó extenuado, hacia una inflación desbocada, y el desgaste de los ferrocarriles agravaba la crisis de aprovisionamiento. La capital empezaba a carecer de pan y de combustibles. La burguesía, sometida a la influencia de los aliados, intentaría establecer una autocracia; la corte y la casta de los grandes terratenientes, agrupados alrededor del zar, veían más bien la salvación en una paz por separado con Alemania. Casi todos los políticos y los generales, y no pocos aristócratas, soñaban en evitar la insurrección popular por medio de una «revolución» palaciega. Pero, a fines de febrero de 1917, la revolución resurgiría en la calle, en oleadas de miles y miles de huelguistas, al grito de «¡Queremos pan!». Al fraternizar las tropas en las calles de Petrogrado con los manifestantes obreros, se consumó la crisis de la autocracia (5). En seguida se formaron dos Gobiernos: el Comité provisional de la Duma (Parlamento) improvisó un Gobierno presidido por Kerenski, al frente de los reaccionarios más redomados, que no soñaban, tras la abdicación del zar, más que en redactar una Constitución, salvar la dinastía y reducir la

---

cabaña; pero además de la cuestión de clases, se agitará forzosamente otra cuestión: la de los pueblos de idiomas diferentes, de conciencias nacionales distintas. Lo que llamamos Rusia es una inmensa posesión, producto de conquistas, en la que se hallan acorraladas una veintena de nacionalidades sometidas.» **(Correspondance,** *tomo III*).

(5) En enero de 1917, San Petersburgo cambió su nombre por el de Petrogrado.

A finales de febrero de 1917, la revolución renacía potente en las calles de Rusia. La sangría producida por la guerra y el descontento profundo de las masas trabajadoras, actuaron como incentivos inmediatos. (Sobre estas líneas, un miembro del Soviet de Petrogrado explica ante los soldados el objetivo de la revolución).

Vistos los sucesos revolucionarios de febrero, la Duma improvisó un Gobierno reaccionario para redactar una Constitución, salvar la dinastía zarista y reducir al pueblo a la obediencia. La presidía Kerenski, al que vemos rodeado por dos de sus asesores militares.

«canalla» a la obediencia. Por su parte, los partidos demócratas creaban el Soviet de los obreros y de los soldados. Ambos poderes rivales deliberarían, uno al lado del otro, en el palacio de Taurida (Duma), observándose mutuamente y evitando choques. El Soviet estaba dominado por los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. Los primeros confiaban en establecer una monarquía constitucional bajo la regencia de Miguel Romanov, en espera de que el zarevich Alexis llegase a la mayoría de edad. Los demócratas soñaban con una **revolución pacífica.** Mientras que los bolcheviques, por su parte —presentes y activos en todos lados—, esperaban el momento propicio para transformar *«la guerra imperialista en guerra civil»* y hacer la revolución donde se ha hecho siempre: en la calle y con el pueblo como principal protagonista.

La primera **Ordenanza (Prikaz)** del Soviet, del 1 de marzo, abolía todos los títulos en el Ejército, prescribía la elección en todas las unidades de tropa, ponía de hecho a ésta a disposición del Soviet. Se procedió a la detención del emperador y de la familia imperial, impidiendo así la marcha del zar a Inglaterra. El Soviet proclamó su voluntad de hacer la paz; el gobierno burgués reafirmó su fidelidad a los Aliados. La dualidad de poderes era, en realidad, un conflicto de autoridad que desembocaría, a siete meses vista, en el enfrentamiento definitivo. A primeros de junio, bajo la presión de los aliados, los ejércitos rusos desencadenaban una ofensiva —la última— que terminaría en una auténtica carnicería en las filas atacantes. En julio se realizaba otro reajuste ministerial, presidido asimismo por Kerenski. Y, el 9 de septiembre, el general Kornilov, de concierto con aquél, y con el antiguo terrorista socialista-revolucionario Savinkov, intenta un golpe de Estado, que fracasa. Pero esta aventura ha movilizado a las masas, ha devuelto la calle al proletariado que, de hecho, ya no abandonará más.

En la antigua escuela superior para señoritas de la nobleza, el Instituto Smolny de Petrogrado, reina un bullicio indescriptible. El jefe de la guardia, el marino Malkov, y sus hombres difícilmente pueden controlar y orientar a los numerosos grupos de soldados, de obreros y de campesinos que acuden en busca de ayuda y de consignas. La calle y el campo han entrado por primera vez en el Instituto Smolny. En sus dependencias, al lado del Estado Mayor de la Guardia Roja, que manda el flemático Yourenev, de la delegación bolchevique —que preside el infatigable Lachevitch—, del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, del departamento de finanzas del Comité General, del congreso de los soviets de la provincia del Norte, se encontraba —en la sala de actos del segundo pi-

Durante todo el año 1917, la lucha de clases se fue agudizando a lo largo y ancho de Rusia. Un primer intento —fallido— de revolucion bolchevique tuvo lugar en el mes de julio: a él corresponde esta imagen de lucha en las calles de Petrogrado.

so— el Comité Militar Revolucionario. El C. M. R., en estrecho contacto con el Centro Militar —creado por el C. C. del Partido—, no se otorga el menor descanso (6). Del C. M. R. saldrá el primer comunicado con fecha 21 de octubre: «*Considerando el carácter inquietante de la situación política, el Soviet de los diputados obreros y soldados de Petrogrado ha decidido la movilización de todas sus fuerzas, con el fin de preparar la defensa de Petrogrado contra cualquier intento de insurrección contrarrevolucionaria o tentativa de pogromo. Este Comité Militar Revolucionario, instituido por la Asamblea plenaria del Soviet, ha celebrado, el 20 de octubre, su reunión constitutiva y tiene por misión la de desplegar, en estrecho contacto con el estado mayor de la circunscripción militar de Petrogrado, todo género de actividades que le son propias. Forman este C. M. R., además de los miembros del Soviet y de los delegados de las unidades militares de la plaza, representantes de las siguientes organizaciones: Comité Central de la flota del Báltico, comité de la provincia de Finlandia, administraciones locales autónomas, comités de fábricas y de sindicatos, soviet de los diputados campesinos, organizaciones militares del Partido... El C. M. R. ha organizado un servicio permanente, de día y de noche, y establecido contactos estrechos con los soviets de distrito, así como con las unidades militares de la plaza o acampadas en sus alrededores. Todas las mañanas, los representantes de los Soviets de distrito y de los del Ejército remitirán al Servicio de Información un informe sobre la situación en los puntos que les han sido asignados, así como sobre el estado moral de los hombres*».

El mando permanente del C. M. R. lo preside Lasimir —socialista-revolucionario—, al que secundan siete bolcheviques: Antonov Ovseienko, secretario, y Chudnovski, Lachevich, Nevski, Podvoiski, Sadovski y Soukharkov, asesores (7).

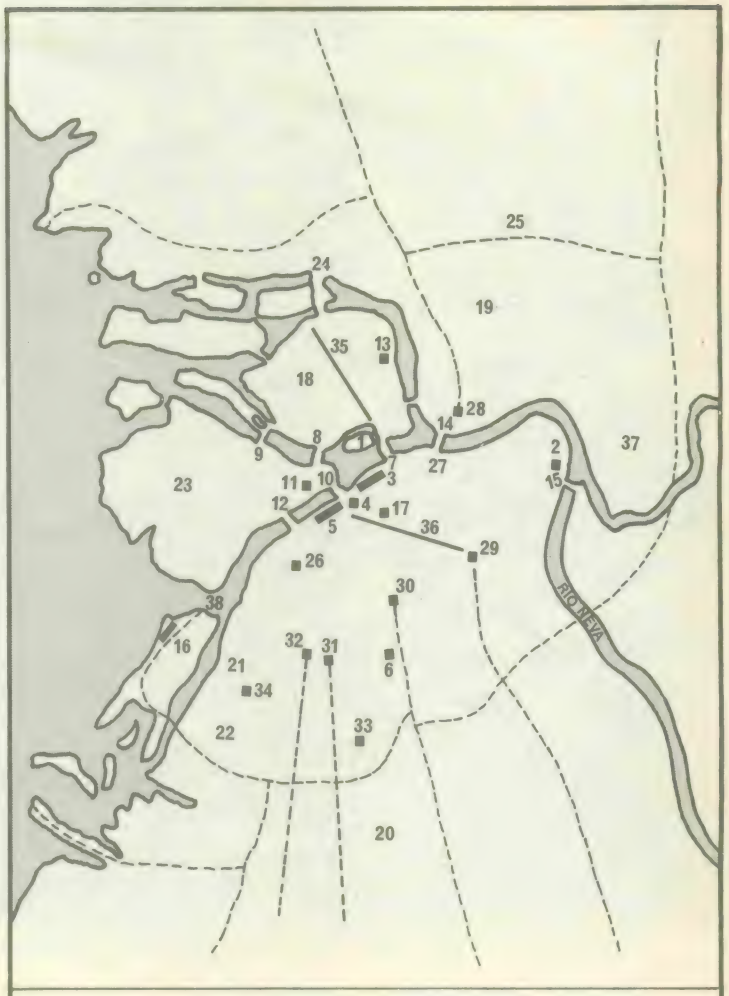
(6) *Los historiadores soviéticos siguen negando la existencia y las actividades de este Centro.*

(7) *Antonov se había incorporado definitivamente al partido bolchevique el 15 de junio de 1905, cuando, siendo oficial del ejército zarista, organizó y dirigió un motín militar en el campamento de Novaia-Alexandria (en Crimea, cerca de Sebastopol), por solidaridad con los amotinados del acorazado* **Knaz-Potiemkin.**

El día 22, los contrarrevolucionarios reaccionan organizando una procesión de las tropas cosacas hacia las principales iglesias de la villa, para rezar «por el bienestar de la patria». El Soviet de los diputados de Petrogrado lanza en seguida a los cosacos un encendido llamamiento: «*¡Hermanos cosacos! Quieren enfrentaros con nosotros, los obreros y los soldados. Esta innoble tentativa la emprenden nuestros enemigos comunes: los nobles, los banqueros, los latifundistas, los altos funcionarios, los lacayos del zar, que son los instigadores de la violencia. Su poder y su fuerza descansan únicamente sobre la división del pueblo y para ello incitan a los soldados contra los obreros y los campesions, y a los cosacos contra los soldados, utilizando la mentira y la calumnia. Nosotros proclamamos: ¡el cosaco, el soldado, el marino, el obrero y el campesino son hermanos! Todos son esclavos del trabajo, pobres, oprimidos, y sus hogares han sido destruidos por la guerra...*» Y para terminar, el Soviet invita a los cosacos a participar, el día 22, en las asambleas pacíficas de obreros y soldados: «*... donde se hablará de la guerra y de la paz, y en cuyos debates cada cual podrá expresar libremente su opinión. Os invitamos fraternalmente a participar en estas reuniones. ¡Sed bienvenidos, hermanos cosacos!*».

En la asamblea de Stanizen participarían delegados de los tres regimientos estacionados en Petrogrado, quienes declararon que no harían nada contra los obreros ni contra los soldados, y que se ponían a disposición del Soviet de los diputados. Pero los problemas no se circunscribían a la zona de Petrogrado; al Soviet llegaban delegados que venían de las trincheras que empleaban un lenguaje conminatario: «*¿Hasta cuándo va a durar*

PLANO DE PETROGRADO



1. Fortaleza Pedro y Pablo.
2. Instituto Smolny.
3. Palacio de Invierno.
4. Estado Mayor General.
5. Almirantazgo.
6. Depósitos Badayev.
7. Puente Troïsky.
8. Puente Nicolás.
9. Puente Tutchkov.
10. Puente del Palacio.
11. Universidad.
12. Puente Sampsoniersky.
13. Hospital Erisman.
14. Puente Liteiny.
15. Puente Ochta.
16. Estación Marítima.
17. Hotel Europa.
18. Distrito de Petrogrado.
19. Distrito de Viborg.
20. Distrito de Moscú.
21. Fábricas del Báltico.
22. Cartucheria Nacional.
23. Distrito de Wassilievsky - Ostrov.
24. Puente Kamenny - Ostrov.
25. Cementerio Piskarevsky.
26. Teatro Mariensky.
27. Jardines de Verano.
28. Estación de Finlandia.
29. Estación de Moscú.
30. Estación de Vitebsk.
31. Estación de Varsovia.
32. Estación del Báltico.
33. Puerta de Moscú.
34. Puerta de Narva.
35. Perspectiva Kirov.
36. Perspectiva Nevsky.
37. Distrito de Ochta.
38. Desembocadura río Neva.

Este mapa de la ciudad de San Petersburgo (cambiado su nombre por el de Petrogrado desde meses antes de la Revolución de Octubre) permite situar los lugares donde se produjeron los principales acontecimientos de un tiempo que varió la trayectoria del mundo.

Una de las Milicias Populares que formaban miembros de la burguesía progresista, obreros y soldados. Llegaron a constituir un verdadero Ejército del Pueblo y su papel sería determinante en los hechos que culminaron en el asalto al Palacio de Invierno.

esta situación insostenible? Los soldados nos han designado para que os anunciemos que: Si de aquí al 1.º de noviembre no se toman medidas enérgicas, quedarán vacías las trincheras y todo el Ejército regresará a sus casas. ¡Os olvidáis de nosotros, camaradas! Si no encontráis una salida a esta situación vendremos nosotros mismos a echar de aquí a nuestros enemigos, y lo haremos a bayonetazos. ¡Pero os echaremos a vosotros con ellos!»

PRELUDIO PARA UNA INSURRECCION

«Desde el año 1906 venía denostando Lenin la inclinación a 'disimular o apartar el santo y seña de insurrección trocándolo por el de organización del poder revolucionario'... Su doctrina realista podría concretarse de esta manera: **Lo primero es vencer.** *Lenin quería que la insurrección le ganase la mano al congreso» (8).*

Lenin concretó este criterio en una conferencia personal que celebró con varios miembros del C.M.R. Tomaba un interés apasionado en todos los detalles de la preparación, no consintiendo a ningún precio que se retrasase la ofensiva revolucionaria. Por mucho que Nevski y Podvoiski insistiesen sobre la oportunidad de una sobrepreparación de algunos días, Lenin les replicaba: ¡También el enemigo se aprovechará de ello! Antonov Ovseienko nos ha hecho un relato vivaz del encuentro, que tuvo lugar pocos días antes de la batalla, en el barrio obrero de Viborg, pese a la persecución de que era objeto Lenin por la policía de Kerenski: **«Lenin se presentó completamente disfrazado. Nos encontramos frente a un viejecito de pelo cano, con lentes, bastante bien conservado, de aspecto bonachón; se le hubiera tomado por un músico, un preceptor o un vendedor de libros de ocasión. Cuando se quitó la peluca reconocimos**

(8) **La revolución de octubre**, *León Trotski, folleto, 1918.*

en el acto aquella mirada en la que brillaba su habitual llama de buen humor. ¿Qué hay de nuevo?, preguntó; y en seguida pidió información sobre si era posible hacer venir los barcos de guerra para apoyar la revolución. Al objetarle que esto equivaldría a desguarnecer el frente marítimo, nos replicó tajantemente: ¡Pero veamos. Los marinos deben comprender que la revolución corre mayor peligro en Petrogrado que sobre el Báltico!» (9). Pero antes del asalto final contra el Palacio de Invierno, cuyos cañones dominan los puentes de Trotski y el Palacio de Invierno, situado al lado del arsenal donde hay almacenados unos cien mil fusiles, los revolucionarios deberán ocupar la fortaleza Pedro y Pablo. El C.M.R. escucha el informe del comisario del Soviet de la fortaleza, Ter-Arountiounianz. Según él, la tropa es adicta a la revolución, pero acaba de llegar del frente un batallón de motociclistas que podría oponer resistencia. La mayoría de los miembros del C.M.R. decide tomar la fortaleza desde dentro, organizando allí una asamblea. Antonov escribe: **«A la hora de la verdad resultó que los motociclistas eran más revolucionarios que los demás. El orador principal fue el camarada Lachevich, y sus argumentos fueron sinceros y contundentes. El 23 por la mañana, casi por unanimidad, la fortaleza Pedro yPablo decidía, sin un tiro, ponerse a las órdenes del C.M.R.»** (10).

Los comisarios y los comités de fábricas no permanecen inactivos. Grupos armados son enviados el día 20 a los centros productores de armas de Poutilov, de Isohra y de Sestroretsk, donde impiden la salida de vehículos blindados y de diez mil fusiles. La flota pide instrucciones al C. M. R., y Antonov indica al dirigente del comité del buque «Aurora», Kourkov —un ex compañero de cautiverio—, que no obedezca otras órdenes que las emanadas del *Tsentrobalt* (Organización Central del Báltico).

El 21 es conducido al C. M. R. un estafeta que ha sido capturado cuando llevaba una **orden secreta urgentísima,** firmada por el comandante de la circunscripción militar y destinada al jefe del Regimiento de Finlandia, en la que se detallan una serie de movimientos de tropas con vistas a anticiparse a «la sublevación anarcobolchevique».

El 22, Antonov toma la palabra en la barriada de Wassilievsky-Ostrov, en la fábrica del Báltico —donde, de los 5.000 trabajadores, el ochenta por ciento se unirán al movimiento revolucionario— y en la Cartuchería Nacional. El presidente del Soviet de Petrogrado, Trotski, abandonando momentáneamente el Estado Mayor revolucionario, fue otro de los oradores más activos en aquellas horas cruciales: volaba de la fábrica de Obujov a la de Trubochnaya, de la de Putilov a la del Báltico, del Picadero a los cuarteles. Parecía como si hablase simultáneamente en todos los lugares. Cada soldado y cada obrero de Petrogrado lo conocía personalmente. «*Su influencia* —ha escrito el socialista-revolucionario Sujanov— *tanto en las masas como en el Estado Mayor, era aplastante. En esos días era la figura central y el héroe principal de esa notable página de la Historia*».

La Conferencia de los Comités de fábrica de Moscú reconoció la necesidad de que el Soviet local resolviera en lo sucesivo por decreto todos los conflictos huelguísticos, abriera por su propia iniciativa las fábricas cerradas por los patronos que hubieran declarado el lockhout y el que, mediante el envío de sus delegados a Siberia y a la cuenca de Donetz, garantizase el pan y el carbón

Antonov-Ovselenko, primer secretario del Comité Militar Revolucionario (C.M.R.) de Petrogrado y a cuyas órdenes se efectuó la detención del Gobierno Provisional en el Palacio de Invierno. Años después, recién estallada la guerra civil española, sería nombrado cónsul de la URSS en Barcelona.

(9) **L'An I de la Révolution Ruse,** *Víctor Serge, Edition des Delphes, París, 1965.*

(10) **Révolution,** *números 3 y 4. París, nobiembre y diciembre de 1963.*

a las fábricas (11). La Conferencia de los Comités de fábrica de Petrogrado consagró particularmente su atención a los problemas agrarios. Y la Conferencia Nacional de los Comités de fábrica, reunida en la segunda quincena de octubre, elevó la cuestión del control obrero a la categoría de objetivo nacional. Por esas mismas fechas, el 20, se abría el Congreso de Soviets de la región del Norte, convocado como resultado del informe de Trotski y Bujarín, en el que se instaba a prepararse, ante todo, a hacer frente a «*una nueva oleada de la contrarrevolución, que Kerenski y su camarilla querían lanzar*». De ahí que, al abrirse el Congreso, presidido por Antonov-Ovseienko, sus deliberaciones tuvieran un matiz marcadamente militar. Al día siguiente, el Almirantazgo era ocupado por el Comité Militar Revolucionario de la marina de guerra, dirigido por Baranov y Wakhrasseiev.

El 23, mientras el C. M. R. decide volver a abrir las redacciones de los diarios «Rabotchi Pout» y «Soldat» y sus talleres (12), clausurados días antes, y confiar su protección **a los gloriosos soldados del Regimiento de Lituania y del 6.º batallón de pioneros**, el Estado Mayor de la circunscripción militar —adicto a Kerenski— acusa de actividades ilegales a los comisarios del Soviet de Petrogrado y ordena su destitución. Es el comienzo del canto del cisne... La réplica del C. M. R. no se hace esperar: «*1.º Todos los comités de unidades o destacamentos militares deben estar permanentemente en actividad y no perder el contacto con los comisarios del Soviet y los organismos revolucionarios a quienes transmitirán sin demora cualquier información sobre los planes o actos de los conspiradores contrarrevolucionarios. 2.º Ningún soldado debe ausentarse de su unidad sin autorización del comité. 3.º Cada unidad enviará al Instituto Smolny dos representantes y los Soviets de distrito cinco cada uno. 4.º Toda clase de información sobre la actividad de los conspiradores debe ser comunicada inmediatamente, y en primer lugar, al Instituto Smolny. 5.º Todos los miembros del Soviet de Petrogrado y todos los delegados del Congreso panruso de los soviets son invitados a personarse sin demora en el Smolny donde se celebrará una asamblea extraordinaria. La contrarrevolución vuelve a levantar cabeza. ¡Nada de titubeos! Hay que actuar con firmeza, perseverancia y espíritu de decisión. ¡Viva la revolución!*»

Los social-revolucionarios, por boca del estudiante Kamkov, advierten al C. M. R. que ellos no están allí para colaborar en una insurrección e instaurar un poder unilateral por

(11) En enero de 1918, las guardias rojas obreras de Petrogrado, Moscú y Jarkow y de las minas del Donetz, reforzadas con marinos y algunas unidades del Ejército daban comienzo, bajo el mando de Antonov-Ovseienki, a un amplio movimiento convergente encaminado a cortar el Don de Ucrania y apoderarse luego de Rostov y de Kiev. Antonov tenía bajo sus órdenes a dos jefes guerrilleros notables: el socialista-revolucionario Sablin, que mandaba los destacamentos obreros de Petrogrado y Moscú, y un suboficial bolchevique, Sivers.

(12) Como animador principal de la prensa bolchevique se hallaba Stalin.

El Instituto Smolny era una escuela superior para señoritas de la nobleza rusa. Los bolcheviques lo convirtieron en su cuartel general, transformándolo en sede del Comité Militar Revolucionario y del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado. He aquí su fachada entonces.

encima de la democracia revolucionaria. Antonov, para tranquilizar ciertas conciencias, redacta en el acto una resolución que, más tarde, los historiadores calificarán de «sarcasmo superfluo»: **«Saliendo al paso de todos los rumores, el C.M.R. declara que su tarea no consiste en preparar y asumir la toma del poder, sino de velar, exclusivamente, por la defensa de los intereses de la guarnición de Petrogrado contra los ataques de la contrarrevolución, así como contra los pogroms...»**

Desde el Comité Central, por mediación de Sverdlov, se recibe una nueva directiva: la de *«actuar con determinación, de prescindir del Gobierno burgués y de tomar el poder sin esperar a la apertura del Congreso de los Soviets* —previsto para el día 25, en principio, pero aplazado para más tarde—. *¡Buena suerte!»* (13).

El día 23, las milicias obreras de que dispone el C. M. R. sobrepasan los veinte mil hombres: 8.000 en el distrito de Moscú, 5.000 en el de Viborg, 4.000 en el de Nevsky, 1.000 en el de Narva, 1.000 en el de Wassilievsky-Ostrov, 600 en el de Petrogrado, 500 en el de Okhta, 300 en el de Porochovsky y otros 300 en el de Schlusselbourg.

Lenin, trabajando en un saloncito del Instituto Smolny. Había regresado a Rusia el 16 de abril de 1917, y desde un comienzo se erigió en máximo dirigente de la revolución soviética. Trotski fue su más directo colaborador en el aspecto militar, formando el Ejército Rojo.

LA TOMA DEL PALACIO DE INVIERNO

El 24 se instala un Estado Mayor de reserva de la insurrección en la fortaleza Pedro y Pablo. Boulnov asegurará el enlace político y operacional con los ferroviarios. Djerzinsky se encarga del contacto con Correos, Teléfonos y Telégrafos. Milioutine debe velar por el control de los aprovisionamientos y Sverdlov organizará la vigilancia del gobierno burgués. El C. M. R. da la orden terminante a Podvoïsky, Antonov y Dachkevitch de hacerse cargo de la dirección de la insurrección. Antonov envía enseguida este despacho: **«Tsentrobalt. Dybenko. Envíen estatutos. Antonov.»** Quiere decir: **«Envíen rápidamente un crucero, cuatro torpederos y cinco mil marinos y soldados a Petrogrado.»**

En la noche del 24 al 25 se ultima el plan de ataque al Palacio de Invierno. Teniendo en cuenta la posición y la aptitud en el combate de cada unidad y de los destacamentos de la Guardia Roja he aquí como se distribuyeron estas fuerzas: las unidades de infantería deberían neutralizar a los cosacos y a los cadetes. Una columna de marinos de Kronstadt, apoyados por la artillería de la fortaleza Pedro y Pablo y las baterías del «Aurora» y de los cuatro torpederos —que llegarán de madrugada—, llevará el peso del ataque, que se iniciará con un disparo de cañón de la fortaleza. Las disposiciones complementarias eran éstas: 1) Distrito de Viborg: la Guardia Roja, con el Regimiento de Moscú —unas tres mil bayonetas—, mantendrán el con-

(13) **Recuerdos,** *Antonov-Ovseienko... (Obr. cit.).*

Empeño fundamental de los revolucionarios fue que los soldados del Ejército zarista se unieran a sus filas. Lo consiguieron en muchas ocasiones, y la foto muestra un camión lleno de hombres que procedían de dichas unidades en las jornadas de octubre del 17.

tacto con el territorio finlandés. Un destacamento ocupará Belvostrov y la estación de Finlandia, y otro la prisión Kresty, liberando a nuestros camaradas. Otros destacamentos ocuparán los puentes Lityny y Grenadersky, manteniendo el contacto con el Regimiento de Granaderos y, por otra parte, por el puente Sampsoniersky, enlazarán con la fortaleza Pedro y Pablo. Se enviarán asimismo: un fuerte destacamento al Instituto Smolny, para apoyar, en caso necesario, al Regimiento Pavlovsky y a la Guardia Roja, por el lado de Petrogrado, en su ataque contra el Palacio de Invierno.

2) Distrito de Petrogrado: la Guardia Roja, el regimiento de Granaderos y el batallón de gases deben poner fuera de combate a las fuerzas enemigas parapetadas en el cuartel de caballería Nicolaïevsky, así como a las de la escuela militar de infantería Pavlovsky y Vladimirsky, y controlarán el puente Toutchkov. Este destacamento quedará a las órdenes del mando de la fortaleza y será empleado en el asalto al Palacio de Invierno.

3) Distrito de Wassilievsky-Ostrov: la Guardia Roja, el Regimiento de Finlandia, el 180 Regimiento, así como los destacamentos revolucionarios obreros números 88 y 90 de Voloyda, controlarán el puente del castillo y el puente Nicolás, y mantendrán contacto con el «Aurora» y los torpederos. Y, en caso necesario, cruzarán el puente Nicolás y apoyarán a los marinos de Kronstadt.

4) En el centro y en el ala izquierda: el 2.º equipaje de la flota y el Regimiento de Kescholm tomarán posición en las cercanías del Almirantazgo para proteger el desembarco de los hombres de cronstadt y apoyarán las unidades del distrito de Wassilievsky-Ostrov. Controlarán también el puente Nicolás y mantendrán el contacto con los navíos de guerra.

La dirección suprema de la revolución estará instalada en la fortaleza Pedro y Pablo; el estado mayor del sector derecho en el cuartel del Regimiento Pavlovsky y el del sector izquierdo en los cuarteles del regimiento de marinos del Báltico. El ataque del Palacio de Invierno quedó fijado para el día 25, al amanecer. A las 3 horas 30 el «Aurora» echaba el ancla cerca del puente Nicolás. Ha sido conducido hasta allí por el piloto, al negarse a hacerlo su capitán, pretextando la escasa profundidad de las aguas. El Servicio de Información del C.M.R. comunica los efectivos que se disponen a defender el Palacio de Invierno: los cadetes de las escuelas militares de Oranienbaum y de Peterhof (unas 900 bayonetas), el batallón de choque femenino (200 bayonetas), unos 200 cosacos, varios grupos de cadetes de la Escuela de Ingenieros Nicolaïesky, un contingente de estudiantes, así como una batería de la escuela de artillería

Mikhailovsky. O sea: unas 1.800 bayonetas, un número importante de ametralladoras, siete autos blindados y seis cañones. Se han suspendido todos los transportes públicos y la ciudad ha quedado completamente sumida en la oscuridad. Pero los que mariposean en torno a Kerenski, desde los grandes industriales hasta los mencheviques, no acaban de creerse que los bolcheviques sean capaces de tomar el poder. Kerenski sigue hablando y promete a los rusos la paz y la reforma agraria. Y constituye un «Comité de Salud Pública», formado por social-revolucionarios de derecha, los mencheviques y oficiales monárquicos.

El día 25, a las 10 de la mañana, tras casi cuatro horas de tiroteo, el gobierno de Kerenski sigue en el Palacio de Invierno. Los bolcheviques controlan todos los puntos vitales de la ciudad, pese a que algunas unidades, como la de Dachévitch se ha retrasado y a causa de ello un batallón de cadetes (300 bayonetas) ha conseguido reunirse con los defensores del Palacio. **«Con una lancha me trasladé a bordo del «Aurora»** —escribe Antonov— **y pasamos cerca de la fortaleza, donde vi a hombres nuestros instalando varios cañones. En el crucero todo estaba preparado.»**

Luego Antonov regresa a la fortaleza, de donde sale poco después montado en la **grupa** de una motocicleta, que lo lleva al Estado Mayor de la circunscripción militar que acaba de rendirse, con el general Porodelov a la cabeza. El tiro de fusilería y de las ametralladoras alrededor del Palacio es cada vez más intenso. Y cuando éste cesa, Antonov asiste al asalto final protagonizado por una masa desordenada de marinos, de soldados y de guardias rojos, apoyado por los primeros disparos efectuados desde el «Aurora»:

Presentación del ultimátum del Comité Militar Revolucionario al Gobierno Provisional el 25 de octubre de 1917, según dibujo de D. A. Shmarinov. Horas después, la milicia bolchevique tomaba el Palacio de Invierno y detenía a los componentes del Gabinete de Kerenski.

media docena de salvas. Desde el Palacio se lanzan toda suerte de imprecaciones: ¡Nos rendimos, camaradas! ¡No nos hagáis nada, camaradas! ¡Estamos con vosotros, camaradas! Salen al exterior los doscientos miembros del batallón femenino, en fila india, y van dejando sus armas en el suelo. Poco después se rinden los cadetes. Antonov, con docena y media de hombres, penetra en el Palacio, protegido por un grupo armado al mando de Tchondnovsky. Por uno de los pasillos encuentran al gobernador general, Paitchinsky, que intenta engañarlos diciéndoles que una delegación de la Duma y otra del soviet, dirigida por Propokovitch, se han puesto de acuerdo para evitar que corra inútilmente la sangre. Lo arrestan y poco después Antonov hace lo propio con el Gobierno Provisional burgués, al que sorprenden reunido en un salón: **«En nombre del comité militar revolucionario quedan ustedes detenidos».** Se oyen gritos: *«¿Por qué tantas consideraciones con esta gentuza? ¡Acabemos con ellos de una vez!»* Voces que acalla Antonov: **«¡Silencio! Aquí el que decide es el comité revolucionario!»** Algunos «elementos desconocidos» son expulsados del Palacio. El único ausente de marca es Kerenski, que abandonó a sus compañeros antes de que amaneciera. Se ficha en el acto a los trece exministros. Uno de ellos, Teretchenko, pega la hebra con un marinero del «Aurora»: *«Bien, ¿y qué vais hacer ahora sin los intelectuales? Porque lo fundamental de un país es la política exterior...»* Un marino lo interrumpe: *«Yo no soy más que un modesto trabajador, pero le puedo hablar de las dificultades del mundo del trabajo...», «... y yo de los problemas agrarios»*, remacha un soldado. Y un guardia rojo apostilla: *«Bueno, bueno. Ya nos arreglaremos, no se preocupe. Lo* **fundamental,** *para nosotros, es que ustedes ya no nos estorbarán más...* (14).

El mismo día 25, por la noche, en el congreso de los soviets, el presidente daba lectura al comunicado final: *«El comité militar revolucionario informa que a las 14 h. 10, Antonov, miembro del C.M.R., de conformidad con las decisiones del*

(14) **Recuerdos,** *(Obr. cit.).*

El crucero-acorazado «Aurora», cuya actuación en favor de los bolcheviques tuvo una importancia de primer orden para la toma del poder en Petrogrado y el triunfo de la revolución. Sus disparos (meramente coercitivos: media docena de salvas) apoyaron la acción de las milicias.

Tras la toma del poder por parte de los bolcheviques, se formó —como máximo organismo gubernativo— el cuerpo colegiado del Soviet de los Comisarios del Pueblo, con Lenin como jefe del Gobierno. La foto recoge a sus componentes en una de las reuniones iniciales, tras quedar constituido el 25 de octubre de 1917.

comité central ha detenido a las siguientes personas: al contraalmirante Werderevsky, al ministro de la Salud Pública Kichkine, al de Agricultura Maslov, al de Comercio Liverovsky, al de Industria Konavalov, al de Instrucción Pública Salazkine, al de Finanzas Bernazky, al de Asuntos Exteriores Teretchenko, al de la Guerra Malinovsky, al de Correos y Telégrafos Nikitine, al de Cultos Kartaschov, a los ministros Gvosdev, Malyantovitch y Tretyakov, al general Borissov, al Inspector General Smirnov, al encargado de misión extraordinario del gobierno provisional Rutenberg, así como al gobernador general Paltchinsky. Los oficiales y cadetes que se encontraban en el Palacio de Invierno han sido desarmados y enviados a sus casas.»

«Ocupado el Palacio de Invierno —escribe Trotski—, *el C.M.R. quedó dueño absoluto de la capital. Pero así como las uñas y los pelos de un muerto siguen creciendo durante un tiempo, el gobierno depuesto seguió mostrando algunas apariencias de vida».* **El Vestnik Vremennovo Pravitelstva (El Mensajero del Gobierno Provisional)**, que todavía el día 24 anunciaba el retiro de consejeros secretos, con derecho al porte de uniforme y con pensión, no apareció el 25. Pero el día 26 volvió a salir a la calle como si nada hubiese ocurrido. En la primera página se leía: *«A consecuencia de un cortocircuito, no ha podido salir el número del 25 de octubre».* En todo lo demás, salvo el desperfecto eléctrico, la vida del Estado continuaba sin novedades. **El Mensajero** del Gobierno —ya encerrado este último en la cárcel Trubetskoi— anunciaba el nombramiento de diez nuevos senadores. En la sección «Informaciones administrativas», una circular del Ministro del Interior, Nikitin, recomendaba a los comisionados provinciales *«no dejarse influir por falsas noticias sobre los acontecimientos de Petrogrado, donde todo está en calma».* El ministro no se equivocaba demasiado: los días de la insurrección transcurrieron con bastante calma, si prescindimos de un cañoneo que, por otra parte, se limitaba a efectos acústicos. Y, sin embargo, el historiador no se engañará si dice que durante la jornada del 25 de octubre de 1917 *«no sólo se interrumpió la corriente eléctrica de la imprenta gubernamental, sino que también se abrió una página importante en*

la historia de la humanidad.» (15).

Siete miembros del Comité Central del Partido Bolchevique son designados para formar el primer poder gubernativo, el cuerpo colegiado del Soviet de los Comisarios del Pueblo: Lenin, como jefe del Gobierno, sin cartera; Rykov, Comisario del Interior; Miliutín, de Agricultura; Noguín, de Industria y Comercio; Trotski, de Asuntos Exteriores; Lomov, de Justicia; Stalin, como presidente de la Comisión de las Nacionalidades. Guerra y Marina quedan a cargo de un Comité compuesto por Antonov-Ovseienko, Krylenko y Dybenko; Schliapnikov, Comisario de Trabajo; Lunacharski, de Instrucción Pública; Correos y Telégrafos queda en manos del obrero Glebov. Por el momento, no se designa a nadie como Comisario de Vías y Comunicaciones; queda abierta la puerta para un entendimiento con las organizaciones de ferroviarios. El Comisario de Asistencia Pública es una mujer: Alexandra Kollontai. Mientras tanto, las publicaciones extranjeras **saludan** la llegada del nuevo régimen vaticinando que durará poco, *«ya que no se puede pretender montar una sociedad sin propiedad privada y sin estímulos materiales». «¿Quién podría creer* —escribía a este respecto, con indignación, el general zarista Zalejski— *que un empleadillo de tribunales o un guardián del Palacio de Justicia se transformase de golpe en presidente del Congreso de Jueces de Paz? ¿O que un enfermero llegara a ser director de ambulancias? ¿O un peluquero, alto funcionario? ¿Un lugarteniente ayer, generalísimo hoy? ¿Que se designe prefecto al que era lacayo o peón? O el que ayer mismo engrasaba las ruedas de los vagones, hoy es jefe de una sección de la red o jefe de estación... ¡Un cerrajero ser designado para dirigir una fábrica!»* (16).

Había que creerlo, ya que los lugartenientes acababan de derrotar a los generales; el prefecto, antiguo peón, había puesto en vereda a los amos de la víspera; los engrasadores de ruedad lograban organizar los transportes; los cerrajeros, transformados en directores, ponían en marcha la industria...

«Con ellos, con el pueblo, anuncia Lenin al cerrar el Congreso, *vamos a empezar a construir el Socialismo»* ■

E.P.P.

(15 y 16) **Historia de la revolución rusa,** *León Trotski, tomo 2. Ediciones Zero, Madrid, 1973.*

Pese a los augurios de que los bolcheviques no estaban preparados ni material ni intelectualmente para dirigir los destinos del país, el desarrollo de la Historia vino a demostrarlo contrario. Y hombres y mujeres como éstos que contemplamos en un salón de té de Petrogrado una vez producida la revolución, se aprestarían a construir el socialismo.

Una iniciativa revolucionaria

El nacimiento de los Comités de fábrica

En los meses inmediatamente posteriores a la Revolución de febrero de 1917, se implantó en muchas factorías rusas un sistema de control obrero: los Comités de fábrica. Que eran elegidos según principios democráticos muy amplios y tenían una dirección colegial. Contemplamos la reunión de uno de ellos.

María Ruipérez

«Los Comités de fábrica son organizaciones económicas militantes que engloban todas las fábricas obreras del lugar. Han sido elegidos según el principio de una amplia democracia y tienen una dirección colegial. Tienen por objeto la defensa de las necesidades económicas y la creación de nuevas condiciones de trabajo. Sus relaciones con los sindicatos, en cuanto organizaciones proletarias próximas, deben ser las de una estrecha amistad y un contacto concreto». Así definieron los oradores obreros, en la I Conferencia de los Comités de fábrica celebrada en Petrogrado el 30 de mayo de 1917, el sistema de control obrero implantado en muchas fábricas, a través de estos Comités, en los meses inmediatamente posteriores a la Revolución de febrero de 1917. Pese a la corta duración de esta experiencia, su importancia justifica la reciente edición en castellano del estudio sobre el sistema redactado en 1923 por Ana Pankratova (1).

---

(1) Ana M. Pankratova: **Los consejos de fábrica en 1917.** *Editorial Anagrama, Barcelona, 1976. La autora, Ana Pankratova, ingresó en el Partido bolchevique en 1919, cuando todavía era una estudiante universitaria, y luchó durante la guerra civil al lado de los bolcheviques. Como historiadora del movimiento obrero ruso, escribió numerosos libros y fue directora de la revista del partido* **Cuestiones de historia.**

Los Comités de fábrica nacieron tras las huelgas de masas de 1917 —una de las cuales, protagonizada en mayo por obreros metalúrgicos, recogemos—, y al haber abandonado sus puestos los propietarios de las factorías. Los trabajadores se responsabilizarían entonces del funcionamiento de las mismas.

¿Cómo nacieron los Cómités de fábrica? Al estallar las huelgas de masas de febrero de 1917, que obligaron a la formación del Gobierno Provisional, los propietarios de las fábricas abandonaron sus puestos, que fueron ocupados inmediatamente por los obreros integrados en los Comités. Por primera vez, la base obrera elegía democráticamente sus propios órganos, cuya misión principal en este momento consistía en vigilar la producción y evitar el sabotaje capitalista, que amenaza con paralizar la vida económica rusa. Como señala Pankratova: «*El proletariado sin esperar una sanción legislativa, empezó a fundar casi simultáneamente todas las organizaciones: soviets de delegados obreros, sindicatos y Comités de fábrica*». Desde el mismo momento de su aparición, los Comités se lanzaron a una lucha sin cuartel contra los antiguos patronos, condicionando su vuelta a las fábricas al reconocimiento de los Comités de fábrica, y contra los mencheviques, que ocupaban el Gobierno, para conseguir el reconocimiento de la jornada de ocho horas. Durante esta primera etapa, los bolcheviques apoyaron a los Comités y ayudaron a la preparación de su primera Conferencia, que se celebraría en Petrogrado, con el fin de proclamar una «constitución de Fábrica» donde los propios obreros regularían los despidos, salarios, contratos, horarios de trabajo, etc....

Pero el auténtico problema para el funcionamiento del control y la gestión obrera se planteó en mayo, durante el desarrollo de esta Primera Conferencia. En ella se plantearon los primeros debares de importancia entre los bolcheviques y los delegados obreros, sobre la relación de los comités con los sindicatos, y el control obrero de la producción para organizar la economía rusa. Como escribe Ana Pankratova: «*El momento más crítico para los Comités de fábrica fue el de la lucha por el control obrero*». Según ha señalado, en un estudio pa-

Por primera vez, la base obrera elegía democráticamente sus propios órganos, cuya misión principal en ese momento consistía en vigilar la producción y evitar el sabotaje capitalista contra la economía rusa. (En la foto, Nadja Krupskaia —compañera de Lenin— habla a un grupo de obreros).

Los Comités de fábrica se lanzaron a una lucha sin cuartel contra los antiguos patronos y contra los mencheviques, que ocupaban el Gobierno, para conseguir el reconocimiento de la jornada de ocho horas. La imagen adjunta muestra una manifestación de la Milicia Nacional de Obreros.

ralelo, Maurice Brinton (2), los delegados bolcheviques, mayoritarios en la asamblea, llegaron ya a plantear tímidamente la unión de los Comités de fábrica en órganos controlados por las instancias superiores de la administración, o como propuesta alternativa, su conversión en células sindicales. Pero esta opción fue rechazada por una gran mayoría de delegados —336, de un total de 421—.

Pese a este primer triunfo de los Comités, tras el derrocamiento del Gobierno Provisional en octubre, comenzaron las dificultades para los Comités obreros, que conducirían por fin a la desaparición de los mismos. Las primeras declaraciones de los bolcheviques reflejaban ya lo que ellos entendían por verdadero «poder obrero». En ellas, se hacía un llamamiento para restablecer las condiciones de producción en la industria y en las fábricas, y para que los obreros volvieran a sus puestos de trabajo cesando las huelgas económicas. Por otro lado, anunciaban también la promulgación de nuevas leyes sobre los «problemas obreros». En el artículo 5.º del **Proyecto de decreto sobre el control obrero**, publicado en **Pravda** el 3 de noviembre de 1917, se afirmaba que, pese a ser obligatorias las decisiones tomadas por obreros para los patronos y empresarios, podían ser «anuladas por los sindicatos y los congresos sindicales». Y el artículo 7.º definía que podía ser declarada «de importancia nacional» cualquier empresa dedicada a la defensa nacional y relacionada con «la producción de artículos necesarios a la subsistencia de las masas de población». Estas afirmaciones confirmarían muy pronto la ineficacia del poder obrero en las fábricas.

Desde la publicación de esta ley hasta la desaparición de los Comités como órganos de democracia proletaria, se puso de manifiesto la clara oposición de los bolcheviques a este sistema de autogestión obrera, al que consiguieron sustituir, tras varios pasos sucesivos, por las organizaciones sindicales controladas desde el poder.

El 5 de diciembre de 1917 se anunció un Decreto para crear un Consejo Superior de Economía —la Vesenka— cuyos puestos directivos se confiaron en un principio a los hombres del ala izquierda del partido bolchevique, entre ellos a Bujarin. Su misión consistía en la absorción de los organismos de control obrero, en especial el Consejo panruso de Control obrero, que ni siquiera había comenzado a funcionar. En esta línea, el Soviet de diputados obreros, el Soviet de Sindicatos y el Soviet de los Comités de fábrica dirigieron a la clase obrera rusa el siguiente llamamiento: «*La revolución está a punto de vencer. La revolución ha vencido. Todo el poder ha pasado a nuestro soviet (...). En los próximos días se promulgarán*

---

(2) Maurice Brinton: **Los bolcheviques y el control obrero. 1917-1921. El Estado y la contrarrevolución.** *Ed. Ruedo Ibérico, París, 1972. El estudio de Brinton es mucho más detallado que el de Pankratova. En él, y a través de numerosas fuentes —muchas de ellas inéditas—, realiza un amplio análisis crítico del desarrollo y de la desaparición de los Comités de fábrica, imprescindible, en mi opinión, para todo el que quiera conocer el problema desde un punto de vista no dogmático.*

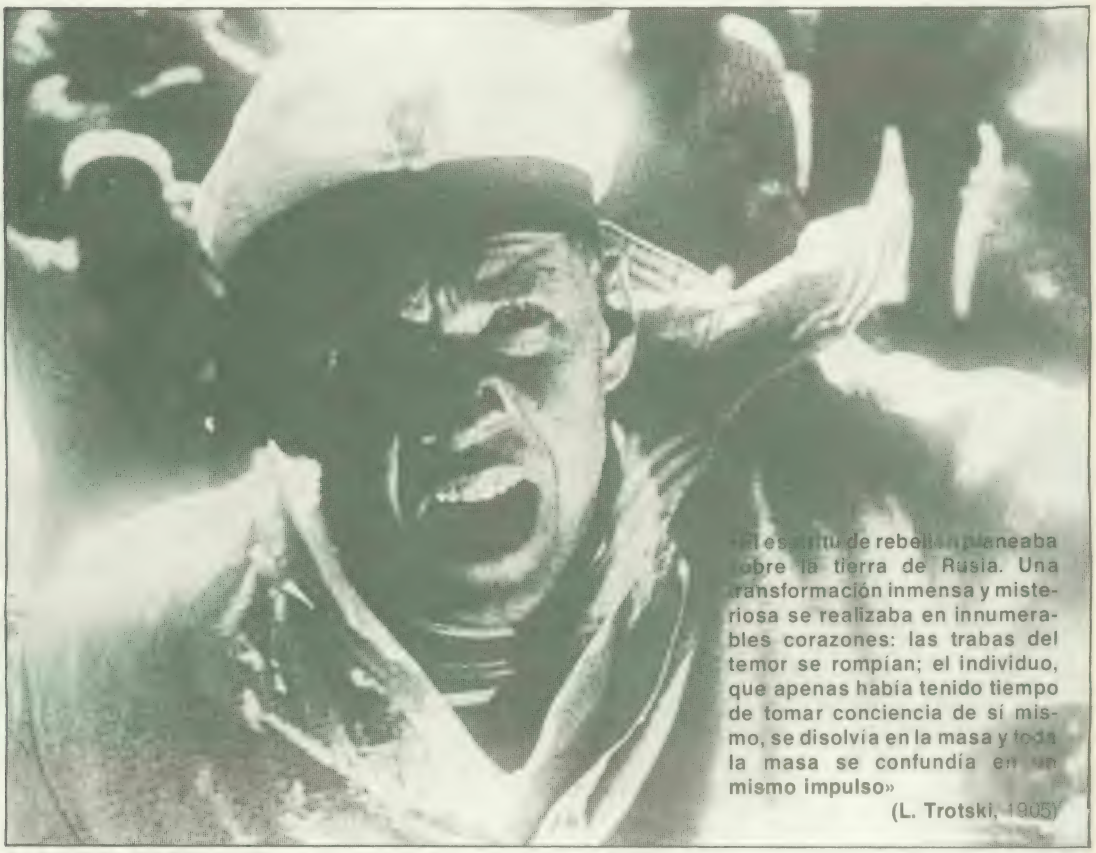
El 5 de diciembre de 1917 se creaba un Consejo Superior de Economía —la Vesenka—, cuyos puestos directivos se confiaron en un principio a los hombres del ala izquierda del partido bolchevique, entre ellos a Bujarin (al que vemos retratado).

nuevas leyes sobre la cuestión obrera: una de las más importantes se referirá al control obrero de la producción y la normalización de la industria. En Petrogrado, las huelgas y manifestaciones son nocivas. Os rogamos que ceseis inmediatamente todas las huelgas económicas y políticas, y que volváis al trabajo y lo hagáis en perfecto orden. El trabajo en la fábrica, como en todas las empresas, es necesario al nuevo Gobierno de los Soviets, porque **cualquier desorganización** *nos crea nuevas dificultades que sumar a las ya existentes».* Como es fácil imaginar, de las primeras acusaciones de desorganización se pasó, de acuerdo con la más clásica y nefasta tradición leninista, a los insultos dirigidos a los componentes de los consejos obreros, tachándoles, entre otras cosas, de «elementos incontrolados», «saboteadores», y, ¡cómo no!, de «anarquistas». Por otro lado, los dirigentes bolcheviques comenzaron a propagar la necesidad económica de un plan único y de organizaciones obreras homogéneas. Todo ello, unido a la puesta en marcha de un plan económico centralista y burocratizado, que tomaba como pretexto la falta de conocimientos técnicos de los Comités, condujo a la Sexta Conferencia de los Comités de fábrica de Petrogrado, celebrado en enero de 1918, que enterró definitivamente el sistema de control obrero.

Las nacionalizaciones, el control de la economía por el Estado como único gestor, la militarización del trabajo propuesta por Trotski en el Noveno Congreso del Partido (marzo de 1920), dieron fin al intento revolucionario de gestión de la producción por los propios obreros, y sustituyeron definitivamente los Consejos de fábrica por los sindicatos, más fáciles de dominar por el partido. Con ello terminaba también el más importante intento de dotar a la revolución rusa de su auténtico sentido marxista, realizando de forma plena «la transformación total de los medios de producción». El posterior predominio stalinista se vería impulsado y favorecido por la ceguera y los prejuicios ideológicos de los grandes líderes bolcheviques. ■ **M. R.**

Al ser sustituidos los Consejos de fábrica por los sindicatos, finalizaba el quizá más importante intento de dotar a la Revolución rusa de su auténtico sentido marxista, realizando de forma plena «la transformación total de los medios de producción» (Sobre estas líneas, cartel obrero de la época).

La revolución, en imágenes: "El acorazado Potemkin"



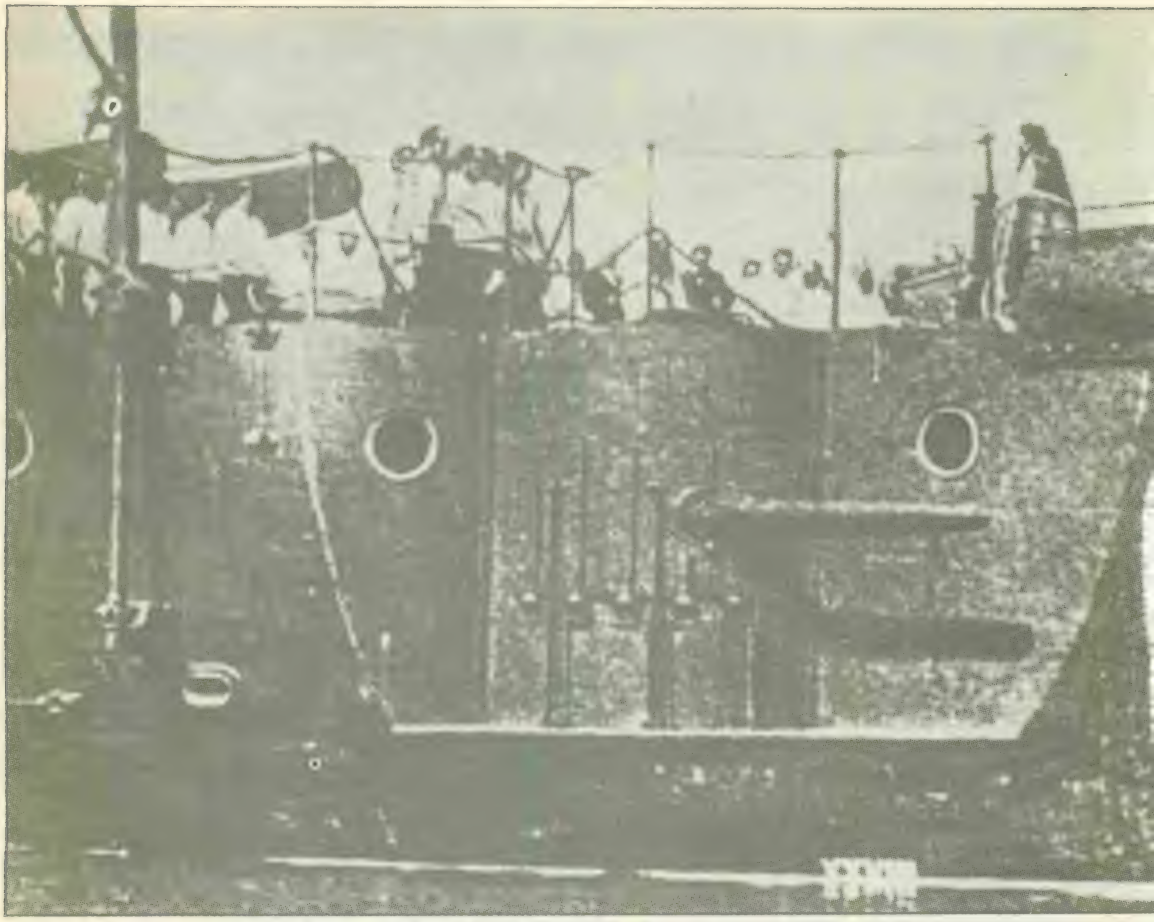
«El espíritu de rebelión aleteaba sobre la tierra de Rusia. Una transformación inmensa y misteriosa se realizaba en innumerables corazones: las trabas del temor se rompían; el individuo, que apenas había tenido tiempo de tomar conciencia de sí mismo, se disolvía en la masa y toda la masa se confundía en un mismo impulso»

(L. Trotski, 1905)

«El acorazado Potemkin» tiene como objetivo la exaltación de las ideas de intervención popular y fraternidad de clase. O lo que es lo mismo: la idea de revolución, entendida desde la perspectiva en que se situaban, en 1925, los vencedores de octubre de 1917. (Sobre estas líneas, un fotograma del film de S. M. Eisenstein).

Juan Antonio P. Millán

COMO uno de esos estremecedores «hombres ocultos» que salen ahora a la luz tras cuarenta años de exilio interior, **«El acorazado Potemkin»** *acaba de reaparecer en las pantallas grandes del Estado español. Atrás quedan las reiteradas y obsesivas prohibiciones del franquismo, que ya tuvieron su precedente en las del bienio negro republicano, después del fugaz estreno del 9 de mayo de 1931 y antes de la autorización total pero efímera del Frente Popular. Atrás quedan, por fin, todas aquellas sesiones clandestinas de los últimos años, forzosamente elitistas, a medio camino entre el acto de afirmación «progresista» y el sibaritismo cultural, que tanto contribuyeron a consolidar la aureola mítica que rodea al film hoy en nuestro país.*



PORQUE «El acorazado» nos llega, a los cincuenta y dos años de su realización, cargado con el pesado lastre de su fama como «mejor película de todos los tiempos», «obra maestra indiscutible del arte cinematográfico», etc. En consecuencia, el espectador que quiera acercarse hoy a ella serena y provechosamente, se verá obligado a saltar, a la vez, las enormes barreras del tiempo y los prejuicios culturales. Quien pretende, por su parte, facilitar de algún modo ese acceso, se siente inevitablemente abrumado por la cantidad de comentarios vertidos hasta ahora en torno al film y forzado a evitar las dos actitudes más frecuentes y entorpecedoras: la adhesión inútil al torrente de alabanzas o el papel gratificante pero estéril del «enfant terrible» que intentara destruir, con frases ingeniosas y esquemas más o menos abstrusos, el prestigio de que goza la película, que es sin duda sospechosamente unánime. Quizá quepa todavía, lejos de ambas, una tercera postura útil: la información; el intento de sintetizar al máximo los datos conocidos —también muy abundantes (1)— y ofrecerlos como base para un juicio actualizado que, en última instancia, debe corresponder al espectador. Metodológicamente, cabría agrupar esos datos en cuatro apartados fundamentales: **1) Historicidad del film; 2) Circunstancias de su realización; 3) Estructura y características cinematográficas; 4) Algunos problemas teóricos que puede plantear su visión en la actualidad.**

1. En principio, «El acorazado Potemkin» era la recreación fílmica de un hecho histórico, encuadrado en la llamada «revolución rusa de 1905»: la insurrección, en el mes de junio, de las tripulaciones de algunos buques de la flota del Mar Negro, encabezados por el acorazado «Príncipe Potemkin de Táurida». Los marineros, espoleados por

(1) Empezando por los facilitados por el propio Eisenstein, sobre todo en dos de sus textos más difundidos: **La estructura del film: cualidad orgánica y patetismo** *(1939), por lo que se refiere al análisis y* **Los doce apóstoles** *(1945), en cuanto a anécdotas del rodaje y otras circunstancias de realización. De ambos existen numerosas versiones castellanas.*

Se basa «El acorazado Potemkin» en un hecho histórico, encuadrado en la llamada «revolución rusa de 1905»: la insurrección, en el mes de junio, de las tripulaciones de algunos buques de la flota del Mar Negro, encabezados por el acorazado «Príncipe Potemkin de Táurida», cuyo aspecto real contemplamos en la imagen adjunta.

las pésimas condiciones de vida a que se veían sometidos y por el «espíritu de rebelión» que animaba a las clases populares frente a la opresión zarista y a la penuria agravada por el desastre de la guerra ruso-japonesa, se amotinaron y arrojaron al mar a la oficialidad. Inmediatamente encontraron la solidaridad activa de la población civil de Odesa. Pero la brutal represión ejercida por los cosacos, en tierra, y la noticia de que el resto de la flota había sido movilizado en persecución de los rebeldes, rompieron bruscamente las escenas de confraternización. El acorazado tuvo que poner rumbo a las costas rumanas y logró arribar indemne al puerto de Constanza. Volvería a caer, sin embargo, en las garras del zar, a causa de ciertas maniobras diplomáticas. Algunas ejecuciones, numerosas deportaciones y hasta el cambio de nombre del navío —que pasó a llamarse «Panteleimon»— fueron el trágico epílogo de aquel intento revolucionario que más adelante sería calificado de prematuro. Todavía habría de intervenir de forma notable en los sucesos masivos de octubre a diciembre del mismo año, igualmente abortados y que pondrían fin al «ensayo general» de 1905.

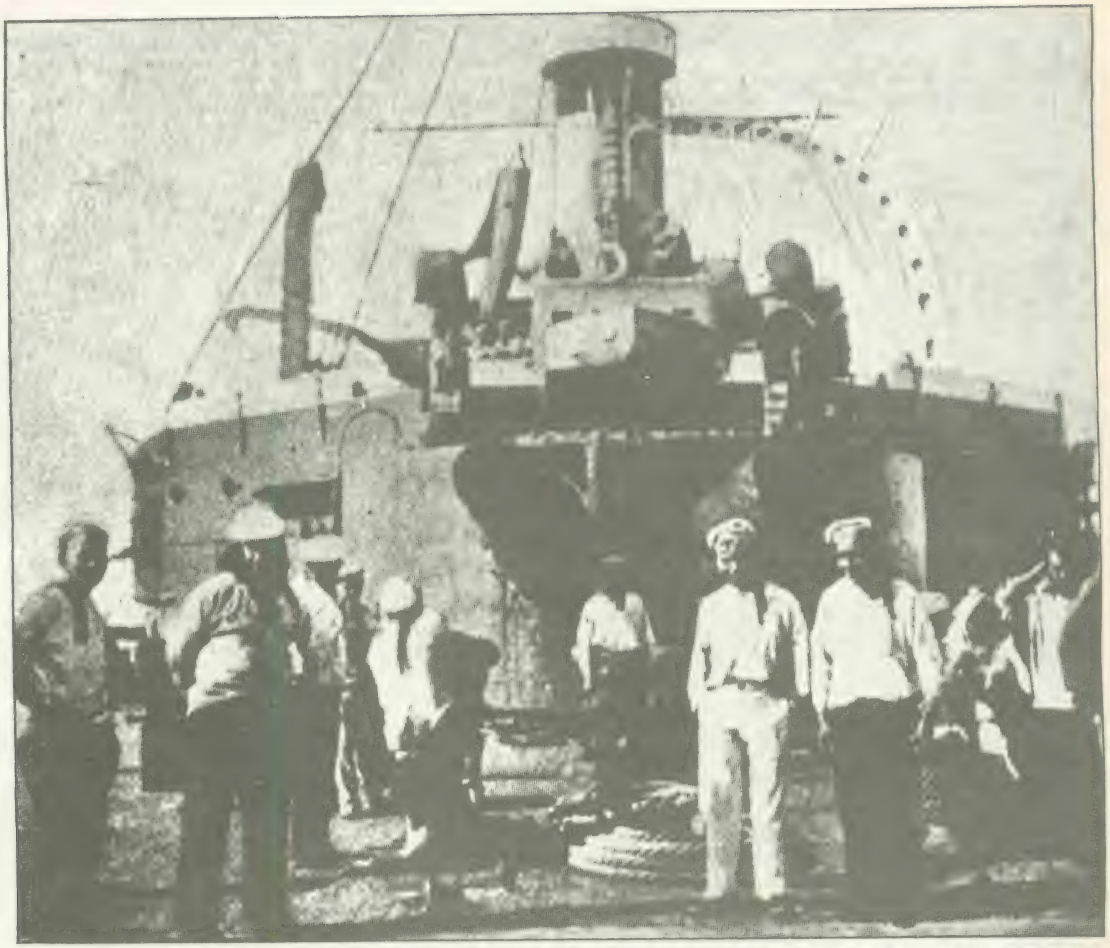
Como puede observarse, Eisenstein se mantuvo sustancialmente fiel al núcleo histórico que sirvió de base al relato. Pero difícilmente puede hablarse de film histórico en sentido estricto. No sólo por la heterogeneidad de los métodos utilizados en la hipotética «reconstrucción» (2), ni porque las secuencias más conocidas (el amago de fusilamiento en cubierta, la escena de la escalinata, el final «feliz», etc.) sean fruto de la imaginación del autor, sino porque es precisamente la confluencia entre imaginación creadora y «pretexto» histórico lo que constituye el motor último del film. Se ha dicho que el «Potemkin» fue para la joven historia del cine lo que las epopeyas homéricas para la literatura occidental. Y no cabe duda de que el talante épico es una de sus características más sobresalientes. Eisenstein trató de condensar, en las pocas horas en que se supone que transcurre la acción, el espíritu y el sentido de los acontecimientos de aquel año decisivo para la historia rusa. No le interesaban, por tanto, los datos en sí, sino los sentimientos y conceptos que intentaba comunicar al espectador a través del impacto de las imágenes. El objetivo no

(2) «El Potemkin aparenta ser una crónica (o un noticiario) de un acontecimiento, pero funciona como un drama» *(S. M. Eisenstein,* **La estructura del film,** *en* **Teoría y técnica cinematográficas,** *Madrid,1976, 181). De hecho, en la película coexisten desde el documental directo hasta la ficción interpretada, pasando por el estilo de las «actualidades reconstruidas» y las tomas improvisadas de acontecimientos fortuitos. En cualquier caso, predomina con toda claridad la intención dramatizadora e incluso los esbozos de simbolización y la utilización de metáforas intelectuales que poco a poco irán imponiéndose definitivamente en el trabajo del autor, alejándolo de cualquier concomitancia con los métodos «directos» de Vertov, por ejemplo.*

era el conocimiento de unos hechos (la rebelión de unos marinos, la solidaridad de una población, la represión por parte de unos soldados) sino la exaltación de unas ideas que se apoyan en aquéllos pero los trascienden ampliamente: las ideas de intervención popular y fraternidad de clase. O lo que es lo mismo: la idea de revolución, entendida desde la perspectiva en que se situaban, en 1925, los vencedores de octubre de 1917.

2. Porque «El acorazado Potemkin» fue inicialmente lo que hoy llamaríamos una «obra de encargo» y, más exactamente, de encargo oficial. El comité nombrado para organizar la celebración del veinte aniversario de 1905 concibió un amplio proyecto cinematográfico, compuesto por ocho títulos, de los que sólo cinco llegarían a rodarse. Para uno de ellos, Nina F. Agadjanova Shutko, testigo presencial de los hechos, elaboró un vastísimo argumento titulado «Año 1905» y presionó para que fuera Eisenstein —relativamente consagrado por el éxito reciente de su «ópera prima», «La huelga»— el encargado de realizarlo. Entre ambos pusieron a punto un guión que abordaba las situaciones más significativas (huelgas de Bakú y Odesa, matanza del «domingo negro» en San Petersburgo, rebeliones campesinas, motines en la flota, etc.). Una serie de circunstancias imprevisibles obligaron a iniciar el rodaje en Odesa y allí se llevó a cabo la fase realmente creadora del film. Eisenstein, que había analizado cuidadosamente el material histórico, comprendió pronto que el plan era irrealizable y que su propia imaginación desbordaba por completo el marco señalado para el motín del Potemkin. Media página del mastodóntico guión original y las cuarenta y dos tomas previstas se convirtieron, en dos meses de trabajo, en los mil trescientos planos que componen «El acorazado». La contemplación de la escalinata le sugirió la posibilidad de convertir la peripecia del buque en una narración simbólica que condensara el sentido del conjunto. Recomponiendo parcialmente el acorazado, ya desaparecido, por medio de otro idéntico (el «Doce apóstoles»), medio desguazado también; recurriendo a decorados, maquetas y tomas documentales de archivo; reclutando actores no profesionales y haciendo que su operador Eduard Tisse captase, con varias cámaras, cuantos detalles previstos o imprevistos pudieran ser utilizados después, Eisenstein elaboró un extenso material bruto que habría de convertirse después en la concreción más precisa y lograda de su célebre teoría del «montaje de atracciones». La última fase, decisiva, se llevó a cabo con la

Eisenstein —en la foto— trató de condensar dentro de «El acorazado Potemkin» el espíritu y el sentido de los acontecimientos de 1905, año decisivo para la historia rusa. No le interesaban los datos en sí, sino los sentimientos y conceptos que quería transmitir al espectador.



Pese a haber encontrado la solidaridad activa de la poblacion civil de Odesa, los amotinados del «Potemkin» (un grupo de los cuales queda recogido en esta instantánea de aquellos dias) se vieron obligados a huir, hallando refugio en el puerto rumano de Constanza hasta que las garras del zarismo se abatieron finalmente sobre ellos.

mayor rapidez y terminó el mismo día del estreno (21 de diciembre de 1925), mientras se proyectaban los primeros rollos en la «premiere» oficial... Lo demás es ya «historia externa» y parte del mito: la frialdad del público en aquella primera sesión, el enfrentamiento de Maiakovski con la burocracia que se negaba a exportar el film, el éxito arrollador en Alemania, la cadena interminable de éxitos y prohibiciones, etc.

Por cierto que de esa historia nos interesan aquí algunos detalles que afectan a la situación actual de la película. Como es sabido, el negativo original quedó destruido en 1941, al incendiarse el tren que lo alejaba de Moscú, como medida de seguridad ante la proximidad de los nazis. En 1945, los rusos encontraron en Berlín una copia censurada (3), sobre la que habrían de realizarse todos los tirajes posteriores. Se había perdido también la sonorización realizada en 1926, para el extranjero, por Edmund Meisel, de acuerdo con Eisenstenin (4). Después de la muerte de éste, en 1950 se realizó una nueva sonorización, así como el añadido de ese prólogo encomiástico y lamentable que ostenta en la actualidad. No hace falta decir que la nueva partitura, obra de Nikolai Kryukov, tampoco beneficia en absoluto al film, antes bien, perju-

(3) Al parecer, faltaban los planos iniciales y finales, en los que una mano abría y cerraba el «dossier Potemkin»; algún primer plano de rostro ensangrentado durante la masacre en la escalinata y ciertas escenas breves en las que los obreros de Odesa respondían a aquélla saqueando e incendiando edificios.

(4) «La partitura del Potemkin fue escrita tal como trabajamos ahora en el cine sonoro, o mejor dicho, como deberíamos trabajar siempre, en creadora amistad y amistosa colaboración creadora entre el compositor y el director»: *S. M. Eisenstein, o. c., 196. Curiosamente, Ivor Montagu (***Con Eisenstein en Hollywood***, México 1976, 31) pone en duda el entusiasmo del realizador, al relatar cómo, la primera vez que vio su obra con la música incorporada «se quejó de que (con ella) habíamos convertido su película en una ópera».*

Sin duda, la secuencia más célebre y recordada de «El acorazado Potemkin» es la que tiene como escenario las escaleras de Odesa, a la que pertenece este fotograma. Inventada por Eisenstein, en ella aplicó todo su sentido del montaje, logrando unas imágenes estremecedoras.

dica notablemente la fuerza propia de las imágenes, por la vía de una redundancia grandilocuente y perfectamente innecesaria (5). Si hemos insistido en estos extremos es porque, frente a la opinión común de que ésta es la única versión existente, Carlos Fernández Cuenca afirmó hace tiempo (6) que la Filmoteca Nacional de España poseía una copia anterior a la destrucción del negativo ruso y que, por los datos que facilitaba, parece estar íntegra. Sin duda es importante saber si se trata de un error del ex director de la Filmoteca o, en caso contrario, qué intereses particulares están impidiendo al espectador la visión del auténtico «Acorazado Potemkin». Pero volvamos a nuestra exposición.

3. La estructura cinematográfica de la película fue analizada por el propio Eisenstein en un texto de 1939, ya citado, que ha sido utilizado innumerables veces por los comentaristas, sin aportarle modificaciones sustanciales:

«El acorazado» está compuesto, siguiendo expresamente el modelo de las tragedias clásicas, por cinco grandes actos, titulados **(Hombres y gusanos; Drama en cubierta; La muerte pide venganza; La escalinata de Odesa; Encuentro con la escuadra)**, que pretenden funcionar como unidades autónomas, integradas después en la totalidad superior que es la obra. Cada uno de esos bloques se divide a su vez en dos partes antagónicas a través de un nexo-ruptura que señala el paso a una situación cualitativamente superior **(humillaciones físicas - rabia contenida; intento de fusilamiento - sublevación; homenaje al marinero muerto - explosión de ira popular; confraternización - disparos; espera angustiosa de la Escuadra - triunfo final, respectivamente).** El mismo esquema se reproduce **a nivel del conjunto**, en el que —desde un punto de vista narrativo— la muerte y homenaje al marinero Vakulinshuk actúa como ruptura-nexo que une la rebelión del acorazado (y la victo-

(5) Dato especialmente grave, si tenemos en cuenta que el aspecto icónico que más ha envejecido en el «Potemkin» (como, en mayor medida, en tantas otras obras de la época) es posiblemente el que se refiere a la insistencia superflua de intertítulos y planos explicativos, que contrastan sorprendentemente con la audacia narrativa de Eisenstein en otros momentos del relato.

(6) **La obra de S. M. Eisenstein,** *Madrid, 1965, 42.*

ria parcial de la marinería sobre la oficialidad) a la movilización popular y (después de la derrota parcial frente a la represión militar) a la solidaridad de toda la Escuadra. Como modelo reducido de este tipo de desarrollo, el grito «¡Hermanos!» que evita el fusilamiento de los amotinados bajo la lona, tendría su correlato puntual en el mismo grito, lanzado al final por todos los tripulantes del acorazado, que provoca la solidaridad de la escuadra. Hay, pues, una especie de espiral que asciende a través de una serie consecutiva de oposiciones, cuyo germen formal se encuentra ya en el enfrentamiento directo de las imágenes, que constituyen las células primarias del discurso. Porque nunca se repetirá bastante que lo más innovador de las primeras obras de Eisenstein no reside sólo en su nivel temático, ni siquiera en el célebre protagonismo reconocido a la colectividad frente al héroe individual de corte clásico, sino en la vinculación de todo ello con el método eisensteiniano de acceso al concepto a través de la materialidad y del enfrentamiento de las imágenes. Las relaciones (de composición, movimientos internos y, especialmente, choque frontal a través del montaje) entre imágenes voluntariamente cargadas de intencionalidad patética pretenden funcionar como resortes que obliguen al espectador a saltar de la emoción a la idea.

Cabe afirmar que el principio teórico que rige la estructura y la dinámica total del «Potemkin» es precisamente éste del «salto» que, a los más diversos niveles, se reproduce entre la anécdota y el acontecimiento, el individuo y las masas, el *buque y la escuadra, lo particular* y lo general, lo concreto y lo abstracto, la rebelión y la revolución... Dentro de la inspiración marxista que ha presidido la adopción de ese principio básico, no es difícil detectar, sin embargo, la influencia del discutidísimo pensamiento de Engels, especialmente a través de las formulaciones de la primera parte del «Anti-Dühring» y la «Dialéctica de la naturaleza» (7).

(7) Convendrá recordar que esta segunda obra apareció por primera vez precisamente en 1925 y que, por ello, resulta arriesgado afirmar que Eisenstein la tuviese en cuenta al elaborar el «Potemkin». Pero, en cualquier caso, es significativo comprobar cómo recurre expresamente a ella algunos años más tarde al «explicar» el film de modo sistemático (S. M. Eisenstein, **o. c.**, *179).*

Cartel utilizado para el estreno de «El acorazado Potemkin». El film se encuadraba dentro de un vasto proyecto para conmemorar a través del cine el XX Aniversario de la fallida Revolución de 1905. De las cinco películas que se rodaron, sobre las ocho programadas, la obra de Eisenstein destacó excepcionalmente.

En un primer momento, las autoridades soviéticas acogieron con frialdad «El acorazado Potemkin», e incluso la burocracia oficial se negaba a exportar el film. Contra ello se alzó el poeta Maiakovski —en el grabado—, y la película pudo finalmente verse en el extranjero, con éxito arrollador en cuantas partes se proyectaba.

4. Con esto hemos tocado ya dos de los puntos fundamentales de polémica en torno al «Potemkin». Porque la unanimidad laudatoria que citábamos al principio no ha dejado de encubrir, a lo largo de los años, numerosas tomas de postura adversas, a un lado u otro del espectro ideológico y con muy distinto nivel de interés y rigor. Se diría que los comentaristas a quienes molestaba la presumible carga «revolucionaria» que se le reconocía al film intentaron neutralizarla por la vía del elogio, ensalzando sus valores poéticos en abstracto, sus méritos exclusivamente técnicos o cualquier otra banalidad por el estilo. Más atención merecen, sin duda, los planteamientos que cuestionan ese carácter revolucionario a partir de las condiciones históricas en que se realizó la película: no ya porque, como se ha pretendido inútil y anacrónicamente, pudiera verse en ella un resultado precoz del llamado «realismo socialista», sino porque el «Potemkin», revulsivo y «peligroso» al ser contemplado en contextos prerrevolucionarios, habría sido en la Unión Soviética de 1925, una mera aunque brillante celebración triunfalista de la victoria alcanzada y un intento de reafirmación del poder establecido... Una prueba más, en ese caso, de que «sólo se hace cine revolucionario después de las revoluciones» o, lo que vendría a ser lo mismo, de que tal cine es objetivamente imposible en sentido estricto. Y en esta línea espinosa habría que situar también las discusiones sobre la validez del posible matiz didáctico detectable en tantas obras de la época y particularmente en las de Eisenstein.

Pero creemos que lo que pueda haber de interesante en estos planteamientos sólo adquiere pleno sentido al abordarlos desde la perspectiva que veníamos siguiendo: en relación directa con los dos factores que el propio Eisenstein formulaba como ejes de la estructura del «Potemkin»: la organicidad de la composición y el patetismo en la comunicación.

Su concepción de la unidad orgánica de la obra (el principio del «salto», la concatenación de situaciones por oposición, etc.) es puesta en cuestión por quienes ven en su «naturalismo» engelsiano, más que un ejemplo de dialéctica materialista aplicada al cine, un cierto mecanicismo voluntarista y en cierto modo dogmático que, por la vía de la reducción, podría desembocar en el idealismo. Esta es una de las claves del antiguo enfrentamiento entre Eisenstein y Vertov, revitalizado hoy por quienes buscan en la línea del segundo un redescubrimiento del cine materialista,

Los años siguientes a la Revolución de Octubre contemplan un verdadero renacimiento cultural sobre las tierras de Rusia. Llevados por un afán revolucionario, del que «El acorazado Potemkin» puede ser ejemplo, artistas de todo tipo se lanzan a recorrer el país en trenes que —como el de la imagen— llevan el cine o el teatro hasta las zonas más recónditas.

llegando a veces a querer negar toda validez a las aportaciones del primero. Evidentemente, no entra en nuestra intención ni en nuestras disponibilidades el profundizar aquí en esa cuestión, que reviste desde luego una importancia decisiva para la reflexión actual.

Más agudo es, si cabe, el problema suscitado en torno a la utilización eisensteiniana de lo patético como forma de influencia sobre el espectador. En este sentido, su propia formulación textual es perfectamente nítida: «*El efecto de una obra patética consiste en producir éxtasis en el espectador... ex-stasis quiere decir, literalmente, estar fuera de sí... Al desear poner al espectador fuera de sí, estamos obligados a sugerirle una dirección, siguiendo la cual entrará en la condición deseada*» (8). Si observamos la prodigiosa eficacia con que algunas secuencias del «Potemkin» consiguen plasmar esta intención, comprenderemos que ciertos sectores de la crítica contemporánea, especialmente sensibles a las connotaciones ideológicas de los modelos de construcción abierta o cerrada —al margen, una vez más, de los «contenidos» de las obras—, afilen sus armas contra Eisenstein, acusándole de manipular emocionalmente al espectador y de pretender una adhesión racional a conceptos (toma de conciencia, acción revolucionaria, etc.) donde sólo hay impulso emotivo inducido por la fuerza de unas imágenes inteligentemente dispuestas. Y es preciso reconocer que la férrea estructura del «Potemkin» puede proponerse como modelo perfecto de obra cerrada y eficazmente impositiva.

Sean cuales fueren las respuestas a estas preguntas, todos coincidirán en admitir el valor de una película que ha logrado atravesar los diques del tiempo y de las circunstancias particulares con el vigor y la frescura suficientes como para venir a cuestionar, todavía hoy, aspectos decisivos de la teoría de la comunicación en imágenes. No sería desmesurado afirmar que, si el análisis actualizado que estamos proponiendo arrojara un saldo negativo para el film, a él le deberíamos, por su perfección formal como proyecto logrado, un avance teórico tan sustancial. Y para explicar la vigencia de sus aspectos positivos, quizá hubiera que recurrir, como lo hizo Arnold Hauser, al célebre y polémico fragmento de la «Introducción general a la crítica de la economía política», de Marx: «La dificultad no consiste en comprender que el arte griego y la epopeya estén ligados a ciertas formas de desarrollo social, sino en comprender que aún puedan proporcionarnos goces artísticos y sean considerados en ciertos aspectos como norma y modelo inaccesible». Al fin y al cabo, no deja de ser otro motivo de controversia. ■ **J.A.P.M.**

(8) **Ibid.**, *187*.

George Santayana, pensador errante

George Santayana (Jorge Ruiz de Santayana) extendió su vida entre 1863 y 1952. Una existencia larga y fecunda la de este poeta y filósofo que, engarzado en la cultura inglesa, no pudo olvidar nunca su origen español. Ahora celebramos el XXV Aniversario de su muerte.

Fernando Savater

Si el viajero que llega a Roma quiere acercarse hasta el cementerio de Campo Verano, allí, en el Panteón de Españoles, podrá leer unas palabras escritas en castellano que presiden la entrada del recinto funerario: «Cristo ha hecho posible para nosotros la gloriosa libertad del alma en el cielo». *El autor de esa jaculatoria está enterrado a pocos pasos, bajo una sobria lápida en la que sólo pone:* «Jorge Ruiz de Santayana, 16-XII-1863, 26-IX-1952». *Este marco sereno, esa frase, ese nombre en la piedra delimitan un secreto y una paradoja: la de un madrileño educado en Boston, profesor en Harvard y conferenciante en Cambridge o Alemania, muerto en Roma; la de un elegante escritor inglés que espera la resurrección bajo una cita traducida al castellano de uno de sus libros; la de un «George» ya célebre en las Academias de dos continentes que volvió en la lápida a su nativo «Jorge Ruiz»; por último —y éste es el secreto, tras la paradoja— allí reposa un irreductible materialista bajo una postrera evocación a Cristo, al cielo y a su trascendente libertad.*

A poco que se miren las cosas de cerca, las existencias plácidas suelen ser más misteriosas que las evidentemente turbulentas: la de George Santayana puede servir de ejemplo en ésto. Una vida trashumante pero sin sobresaltos espectaculares; un pensamiento sin estridencias, de corrección estilística casi excesivamente bien lograda; un poeta que canta la pasión en versos nada inflamados, un cosmopolita culto, erudito y penetrante: nada **alarma** al parecer en esa vida, y sin embargo ciertos encrespamientos imprevistos en su prosa pulida o un terrible y maravilloso poema —**«Cape Cod»**— nos revelan un algo profundamente inquietante donde ya nada parecía destinado a inquietarnos. Desde luego no hay que buscar ningún dramatismo histórico en el origen del exilio de Santayana: se debe a circunstancias familiares que quizá originaron tensiones, pero ciertamente no cataclismos en la vida del pensador. La madre de Santayana conoció a don Agustín, padre de éste, en Manila, cuando todavía estaba casada con su primer marido, un americano de Boston. Poco después ella enviudó y se casó en Madrid con su pretendiente español, que había abandonado ya su puesto de representante consular en Filipinas. Pese a lo que a veces se lee en resúmenes biográficos del pensador, Santayana fue hijo de padre y madre españoles: nació en Madrid, en diciembre de 1863. La madre tenía hijos de su esposo americano, a los que había prometido educar en Boston, de modo que al

Foto de los fundadores de la revista «Harvard Nonthly», entre los que figura Santayana (de pie, el primero de la izquierda). La imagen está tomada en 1895. al aparecer el número inicial de la citada revista. Santayana se formó dentro de la cultura anglosajona.

poco de nacer Jorge partió para América. El niño permaneció con su padre en Avila hasta los nueve años y, tras cierto tira y afloja entre sus progenitores, fue enviado a Boston con su madre. Aún no sabía ni una palabra de inglés. Santayana se educó en Harvard y después amplió sus estudios en Alemania, donde se dedicó a la filología con Paulsen. En Harvard fue discípulo de Josiah Royce y de William James; este último le miraba con decidida hostilidad y condenó su tesis doctoral como *«la perfección de la putrefacción»*. Pero esto no fue obstáculo para que se convirtiese en profesor de filosofía en esa Universidad, puesto que ejerció con éxito hasta que, en 1912, una herencia familiar le permitió abandonar la docencia y trasladarse a Europa. Vivió todavía cuarenta años más, pero nunca volvió a pisar Norteamérica: ¿No habla esto bastante claramente del aprecio que sentía por su patria adoptiva?

Durante la primera guerra mundial y hasta la segunda, vivió principalmente en Inglaterra. Entre 1905 y 1906, todavía en Harvard, había publicado la obra que le concedió prestigio en los medios especializados, su *«La vida de la razón»*, en cinco volúmenes. Ya en Inglaterra fueron apareciendo sus restantes obras: **«Winds of doctrine»** (1913), *«Escepticismo y fe animal»* (1923), y su obra principal, *«Los reinos del ser»*, editada por primera vez y en su primera versión en 1927. Sus libros de poesía son anteriores a toda su producción filosófica, pues **«Sonnets and other verses»** había aparecido en 1894, y sus **«Other poems»** en 1901: tanto es así, que durante sus años de Harvard que precedieron a la aparición de *«La vida de la razón»*, no se le tenía tanto por filósofo como por *«un joven poeta español, algo extravagante»*. En 1935 publicó su única incursión en el género novelesco, **«The last puritan»**, retrato costumbrista y moral de la sociedad bostoniana con abundantes disgresiones filosóficas. Su materialismo no le cegó ante los valores éticos y estéticos del cristianismo, como prueba su obra *«La idea de Cristo en los evangelios»*, de la que está tomada la cita que se lee en el cementerio de Campo Verano. Pero quizá lo más influyente de su producción en el ámbito anglosajón fuese la línea iniciada precisamente con su primer y temprano libro teórico sobre estética: *«El sentido de la belleza»*, aparecido en 1896, línea que se prolonga en sus estudios sobre literatura tales como sus *«Interpretaciones de poesía y religión»*, aparecidas en 1900, o sus espléndidos ensayos dedicados a Dante, Lucrecio y Goethe agrupados como *«Tres poetas filósofos»* (1910). También escribió artículos y conferencias sobre Whitman, Shackespeare, Proust y Browning. Mientras que la doctrina ontológica de Santayana quedó bastante aislada en el ámbito del pensamiento anglosajón, sus escritos sobre estética y crítica literaria fueron celebrados inmediatamente como una auténtica revelación en dichos campos.

Por haber sido su primer marido un americano de Boston, la madre de Santayana —doña Josefa Borrás, a la que aquí vemos en un retrato de 1890— se trasladó a esta ciudad con los hijos mayores, quedando Jorge con su padre en Avila hasta los nueve años de edad en que ambos marcharían también a Boston.

El núcleo del pensamiento de Santayana estriba en la confrontación de lo que él llama **escepticismo** y lo que denomina **fe animal**, confrontación que se resuelve en interdependencia y complementariedad. El ámbito del escepticismo, en el que nadan la ciencia, la religión o la filosofía, incluso la poesía o el arte, es el mundo de las esencias. *«Una esencia es sencillamente el carácter reconocible de cualquier objeto o sentimiento, todo lo que de él cabe efectivamente poseer en la sensación, o recuperar en la memoria, o transcribir en el arte o comunicar a otro espíritu»*. Ahora bien, mi examen crítico de las esencias y de sus relaciones me lleva a considerarlas como algo aleatorio, artificioso, fruto de una capacidad inventiva humana que se contradice cien veces en disputas intersubjetivas o fantasías dogmáticas. Las esencias no son algo dado, inamovible e inapelable: *«Nada está jamás presente ante mí excepto alguna esencia; de modo que nada de lo que yo poseo en la intuición o veo realmente está jamás* **allí;** *nunca puede existir corporalmente, yacer en ese lugar ni ejercer ese*

Esta habitación de la Universidad de Harvard, sita en Stoughton número 7, acogería a Santayana en 1891. Allí vivió durante seis cursos, en los que su presencia se hizo constante en el famoso centro universitario.

poder que pertenece a los objetos que se encuentran en acción». En último término, si consideramos que una auténtica naturaleza **real** subyace a las esencias, éstas, adecuadas o inadecuadas, serán siempre algo superfetatorio, superfluo: *«A los ojos de la naturaleza, toda apariencia es vanidad y mero ensueño, puesto que añade a la sustancia algo que la sustancia no es; y no es menos ocioso pensar lo que es verdad que pensar lo que es falso»*. Junto a este escepticismo, la fe animal sin embargo me pone constantemente en disposición admirativa, boquiabierto ante las esencias, dispuesto a creer. La fe animal hipostatiza las esencias, las convierte en hechos, las dota de una inapelable realidad. Para el escepticismo, toda esencia es sueño e ilusión; para la fe animal, toda esencia es efectiva y dogmáticamente real. Ahora bien, la fe animal nos revela una gran verdad sobre las esencias, nos descubre lo que es verdad en la esencia aunque la esencia no sea verdad: la necesidad humana de creer, **la exigencia biológica y utilitaria de poesía —creación de esencias— que define al hombre.** *«Sin esperarlo, la naturaleza nos prestó la existencia y, si lo hizo con la condición de que fuésemos poetas, es claro que no nos ha prohibido disfrutar de ese arte e incluso estar orgullosos de él»*. Lo falso de la esencia es su tendencia a absolutizarse, a convertirse en agobiante punto de vista único que nos abruma con una realidad exterior a nosotros y que nos aplasta con su necesidad. Pero cuando sabemos que la esencia es por un lado ilusoria pero por otro imprescindible para la vida, volvemos a relacionarnos con ella de modo poético y libre. *La sabiduría es una locura que se disipa cuando el sueño aún continúa pero ya no engaña»*. La complementariedad entre escepticismo y fe animal nos precave del vicio dogmático por excelencia, la prosecución de una Verdad Unica, total y absolutamente válida para cualquier momento y ocasión: *«La posesión de la verdad absoluta no se halla tan sólo por accidente más allá del alcance de las mentes particulares; es incompatible con el estar*

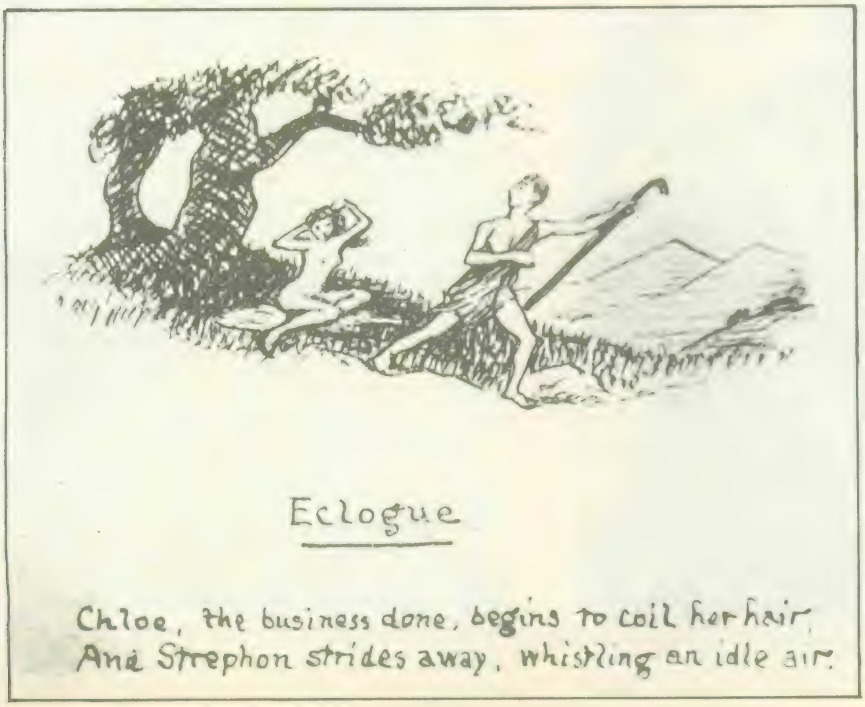
En Harvard, a finales del siglo pasado, Santayana no tenía ningún renombre como filósofo, ni casi como profesor, sino que era conocido en los círculos intelectuales como «un joven poeta español misteriosamente exótico». La imagen le recoge durante una travesía marítima, años después.

vivo, porque excluye toda situación, órgano, interés o fecha de investigación particulares: la verdad absoluta no puede descubrirse, precisamente porque no es una porspectiva. Las perspectivas son esenciales a la aprehensión animal; un observador que forma parte del mundo, que observa, debe tener una particular situación en él; no puede estar igualmente cerca de todo ni ser interior a nada, salvo a sí mismo; del resto sólo puede tomar vistas, abstraídas de acuerdo con su sensibilidad y escorzadas según sus intereses». Y más adelante añade: «*Las ideas que tenemos de las cosas no son retratos que les hagan justicia: son caricaturas políticas, hechas con interés humano; pero en su índole parcial pueden ser obras maestras de caracterización y de visión*».

Esto es precisamente lo más interesante del escepticismo, su capacidad de librarnos del fantasma unilateral del dogma. Pero también la fe animal es imprescindible, al revelarnos el íntimo vínculo entre poesía y vida o, si se prefiere, entre ilusión y vida. En todo caso, el carácter ilusorio de las esencias no las devalúa en modo alguno ante el aprecio ilustrado del sabio —es decir, del que ha despertado del fanatismo hipostasiador— sino que antes bien las realza: «*Las formas de las cosas son más nobles que su sustancia y más dignas de estudio; y los tipos que el discurso o la estimación distingue en las cosas son más importantes que las cosas mismas*». Santayana es un decidido materialista o, si se prefiere, un **naturalista:** cree en la existencia de un mundo objetivo, exterior a nuestra conciencia, real y efectivamente material. Opina que las más altas conquistas espirituales, el llamado pensamiento, no son sino funciones corporales altamente desarrolladas, cuyo origen es el de un instrumento específico, como las garras o las alas de otros animales. Pero este instrumento corporal se ha independizado y ha rebasado con mucho sus funciones primigenias, hasta convertirse en algo infinitamente más **interesante** que la existencia misma a cuya conservación en un principio fue destinado. La materia de Santayana no es un principio único, omnicomprensivo, una de esas «*verdades absolutas*» de las que el escepticismo nos resguarda, sino una especie de referencia final, polivalente y diversa, a la que en último término se refieren las distintas perspec-

tivas y cuya única función aunadora es posibilitar el mínimo de intersubjetividad y comunicabilidad de las esencias. El descubrimiento técnico de la materia, sus posibilidades de manejo, quedan a cargo de la ciencia, cuya autoridad el filósofo acata. «*Pero en este vasto, despiadado, vibrante reino de la materia, soy como un extranjero de viaje. La aventura es divertida y puede ser provechosa, pero es interminable y, en un sentido, me defrauda: me aleja de mi casa*». El retorno al hogar es la vuelta al ámbito del espíritu, al campo de lo libre, del juego, de lo no instrumental. «*La fantasía poética y creadora, original, no es ciertamente una forma secundaria de sensibilidad, sino, por el contrario, su forma pristina y única. La misma inquietud y disposición manual que hace del hombre un fabricante de juguetes, hace de él un fabricante de utensilios cuando sus juguetes resultan casualmente útiles. Así, las bellas artes son anteriores al trabajo servil y la calidad poética de la experiencia es más fundamental que su valor científico. En todo momento puede la existencia tornarse juego o tornarse en holganza; pero es imposible que ningún descubrimiento o trabajo acaezca sin que, a poca conciencia que haya, venga acompañado de pura contemplación. En suma, la libertad inherente al espíritu no podrá ser borrada mientras el espíritu perdure*». Esta es la clave de la preeminencia del **arte,** reino del juego y de la libertad con base en la materia, al que Santayana considera «*Placer objetivado*». A fin de cuentas, lo importante de lo existente es aquello que ha escapado a la necesidad estrictamente material, aunque su constitución última y su más íntima fibra sean puramente materiales. La misión que el pensador Santayana se reservó a sí mismo no es la de un destripador de enigmas ni la de un formulador de conocimientos indiscutibles. Dice en un apunte autobiográfico: «*Por mí, los problemas del cosmos y las teorías técnicas pueden resolverse solos o como quisieran, o como acordasen resolverlos en cada momento las autoridades en la materia. Mi gozo se halla más bien en la expresión, en la reflexión, en la ironía; mi espíritu gusta de internarse en cualquier mundo en el cual pudiera hallarse, con objeto de desenmarañar los íntimos ecos morales e intelectuales que resuenan en el universo*». Para Santayana, la vida de la razón es una novela, el reino de la esencia una fábula que la decisión del pensador decide vivir como narrador y protagonista.

Viajero por Europa, Inglaterra, Italia, Alemania, George Santayana nunca pierde su relación directa y medular con España, una España mitificada incluso por su alejamiento y convertida en un paraíso voluntariamente perdido para conservar su aura paradisíaca. En Inglaterra, Santayana fue muy amigo del hermano mayor de Bertrand Russell, de quien sólo discrepó al estallar la guerra civil: mientras el inglés fue decididamente pro-republicano, Santayana no ocultó sus simpatías por los nacionalistas... ¡le



Entre los manuscritos de Santayana que se han podido conservar, reproducimos el del breve poema «Egloga», al que acompaña una curiosa ilustración del propio autor. Santayana sobresaldría en su doble actividad filosófica y poética.

debían de parecer más **típicamente** españoles! Bertrand Russell, que le dedica unas páginas más bien hostiles en sus «Retratos de memoria», dice que *«en todo aquello en lo que estaba interesado su patriotismo español, desaparecía su usual apariencia de imparcialidad»*. De este aire plácido y sereno, voluntariamente cultivado por Santayana, da idea la siguiente anécdota: Cuando, durante la primera guerra mundial, los alemanes avanzaron irrefrenablemente hacia París (la batalla del Marne acabaría con este avance), Santayana, que estaba en Cambridge con Russell, comentó tranquilamente: *«Creo que debía ir a París, porque mi ropa de invierno está allí y no me gustaría que cayese en poder de los alemanes. También tengo allí un manuscrito en el que he estado trabajando estos últimos diez años; pero ésto no me preocupa tanto...»* Durante el período entre las dos guerras, Santayana viajó frecuentísimamente a España y pocos años dejó de sacar su abono para la feria taurina de abril en Sevilla; pero quizá su lugar predilecto fuese Avila, donde vivió y murió su padre y su hermana mayor, Susana. Por entonces acariciaba la idea de acabar sus días en España:

«Yo quisiera morir en los cerros de España y sobre su meseta pelada y melancólica esperar la llegada de la última tiniebla...»

De sus familiares más inmediatos, Santayana guardó siempre una especial relación con su hermana mayor, Susana. Con el fondo de una de las calles de Avila que rodeaban su existencia, vemos a Susana, ya mayor en compañía de su marido, Celedonio Sastre.

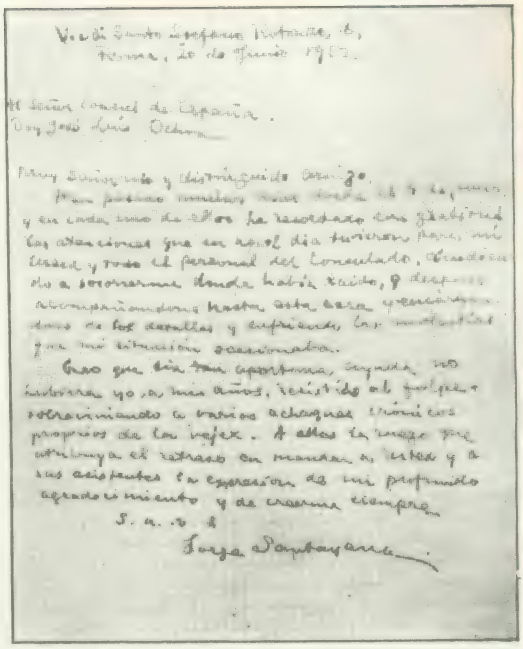
Poco tiempo antes de su muerte, Santayana posó para este retrato que recoge minuciosamente los detalles de su rostro. (Dibujo que reproducimos, como todas las ilustraciones que acompañan a este artículo, del libro «Un español en el mundo: Santayana», de J. M. Alonso Gamo. Ediciones Cultura Hispánica).

Pero no fue así. Tras la guerra civil, Santayana no se decidió a volver a España. La guerra europea le sorprendió en Italia y entonces pensó en instalarse definitivamente a vivir en Suiza. Pero como viese que las oficinas de inmigración helvéticas trataban con recelo a los derrotados republicanos españoles que pretendían refugiarse en ese país y obstaculizaban por todos los medios tal asilo, renunció indignadamente a su pretensión: *«Si allí no quieren a los españoles, no volveré a pisar Suiza»*. Se afincó por fin y hasta el fin en Roma, en el convento de monjas azules de Santo Stéfano Rotondo. Ya octogenario, algo enfermo, quiso ir personalmente al consulado español para renovar su pasaporte, el documento que certificaba su adscripción a la tierra mítica y soñada donde una Avila remota levanta sus murallas. Sufrió una caída por las escaleras del consulado, de la que no se repuso: murió el 26 de septiembre de 1952, a los ochenta y nueve años de edad.

Como dijimos al comienzo, esta existencia poco agitada y este pensamiento sereno ocultan torbe-

llinos que pocas veces se hacen patentes, pero que a veces se vislumbran como peces extraños en las límpidas aguas de un estanque demasiado en reposo. Acabaré esta nota con el más explícito y, sin embargo, controlado de tales peces de angustia, su hermoso poema «*Cape Cod*», según la traducción de J. M.ª Alonso Gamo:

«La baja y arenosa playa y el pino enano,
la bahía y la larga línea del horizonte.
¡Qué lejos yo de casa!
La sal y el olor de sal del aire del océano
y las redondas piedras que pule la marea.
¿Cuándo arribará el barco?
Los vestigios quemados, rotos, carbonizados,
y la profunda huella dejada por la rueda.
¿Por qué es tan viejo el mundo?
Las olas cabrilleantes y el cielo inmenso y gris
surcado por las lentas gaviotas y los cuervos.
¿Dónde todos los muertos?
El delicado sauce doblado hacia el fangal,
el gran casco podrido y los flotantes troncos.
¡La vida trae la pena!
Y entre pinos oscuros y por la orilla lisa
el viento fustigando. El viento, ¡siempre el [viento!
¿Qué será de nosotros?» ■ F. S.



Carta que Santayana envió al cónsul de España en Roma, don José Luis Ochoa, a los pocos días de su caída por las escaleras del Consulado. Era el mes de junio de 1952, y Santayana ya no se recuperaría de las dolencias sufridas en tal accidente.

Lápida que preside los restos de Jorge Ruiz de Santayana (George Santayana) en el cementerio de Roma. A los veinticinco años de su muerte, aún no ha cesado la polémica sobre la «españolidad» o «britanidad» del poeta y filósofo.

Cultura y exilio

Fotografía de los componentes de «España Peregrina» y de la Editorial Séneca, tomada en México durante 1940. De izquierda a derecha: Eugenio Imaz, J. M. Dorronsoro, José Gallegos Rocafull, Eduardo Ugarte, José Bergamín, E. Rioja, O Barreda y R. Fernández Balbuena.

(La revista "España Peregrina")

Francisco Caudet

«Un poco de luz y no de sangre»
El coloquio de los perros
Cervantes

DURANTE el primer año del exilio, los republicanos emigrados a México fundaron tres revistas que reflejan distintas maneras de enfrentarse con la cultura y el exilio. Estas revistas son: **«Romance», «Ciencia»** *y* **«España Peregrina».**

«Romance» (1940-41) quiso ser una revista «popular» e «hispanoamericana». Unos cuantos jóvenes escritores y artistas españoles, sus fundadores y redactores, con la colaboración de un nutrido grupo de intelectuales hispanoamericanos, tenían el propósito de hacer una obra de extensión cultural, divulgando y popularizando la cultura «hispana». Era intención de «Romance», también, crear un ambiente de convivencia entre los representantes de la cultura de las diversas repúblicas de habla española (1).

«Ciencia» (1940-67), que fue fundada y dirigida, en un principio, por el famoso entomólogo español Ignacio Bolívar, estuvo dedicada a la publicación de trabajos científicos. Inició, pues, desde el comienzo del exilio, un diálogo entre los hombres de ciencia españoles e hispanoamericanos.

«España Peregrina» (1940) se asignó unas funciones menos amplias, pero que urgía igualmente atender: posibilitar que la cultura española se mantuviera en activo y, no menos importante, que sus representantes estuvieran unidos. Sus metas eran, de un lado, velar por los «peregrinos»; de otro, salvar la cultura española cuya integridad, debido a la diáspora, corría grave peligro.

Estas tres revistas, cada una a su modo, son índices de la fuerza cultural de la España que fue al exilio. Aparecidas en el mismo año (1940), a los pocos meses de iniciada la emigración, son asimismo tres claves para la aproximación a la obra cultural que los transterrados desarrollarían, con los años, en América. Pueden servir, al igual, de ideal introducción a la problemática social, política y económica —«humana», si se quiere—, a que los exiliados se vieron expuestos. Pero de las tres, «España Peregrina», por haberse planteado explícitamente estos extremos, es la que mejor los ilustra. Así, en esta ocasión, es intención nuestra limitarnos a un acercamiento a esta revista última, precisa-

(1) *Véase nuestra monografía:* **Romance (1940): Una revista del exilio.** *José Porrcía, Madrid, 1976.*

La emigración a Francia de republicanos españoles empezó en enero y febrero de 1939. Por esas fechas, caía Barcelona; poco después, en marzo, Madrid. Cerca de medio millón de personas pasarían a territorio francés, siendo «albergados» en campos de concentración.

mente por su valor explicativo y por su cualidad de poder servir, a la vez, de inmejorable iniciación al tema de la emigración, tan descuidado hasta hace poco entre nosotros (2).

«ESPAÑA PEREGRINA», ORGANO DE LA JUNTA DE CULTURA ESPAÑOLA

La emigración a Francia de republicanos empezó en enero y febrero de 1939. Por esas fechas, caía Barcelona; poco después, en marzo, Madrid. Cerca de medio millón de españoles cruzó los Pirineos, siendo «albergados», en Francia, en unos cuantos campos de concentración. Un gran número de intelectuales siguió esos mismos pasos. La situación no podía ser, para todos ellos, más precaria.

El Gobierno Negrín inició en seguida una serie de gestiones con varios países hispanoamericanos, con el objeto de dar una salida a aquella coyuntura, en extremo dramática. Así, se formó en París, en marzo del 39, el «Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles», más conocido por sus siglas: el SERE. Para cuidar específicamente de la suerte de los intelectuales, el 13 de ese mes, se creó la «Junta de Cultura Española», que dependía del SERE. Fueron sus promotores José Bergamín y otros intelectuales. Cuando la «Junta», a mediados de 1939, se trasladó a México, se pensó en hacer una revista que fuera su órgano y portavoz. Este fue el papel que le correspondió a «España Peregrina».

En los números 1 y 2 de «España Peregrina» se dan varias noticias de interés acerca de la **Junta** y los objetivos de la revista:

«La Junta de Cultura Española se constituyó en París el 13 de marzo de 1939, casi en la víspera de la caída de Madrid, cuando ya los campos de concentración del mediodía de Francia estaban llenos de refugiados españoles. Surgió ... con el decidido propósito de salvar del desastre la propia fisonomía espiritual de nuestra cultura y de mantener entre los intelectuales emigrados la unión, el sentido de responsabilidad y la continuidad de su obra, que el destierro ponía en grave riesgo de alterar o suspender. Dentro de una visión de conjunto ..., fue, desde un principio, preocupación fundamental de la Junta atender a la propia existencia individual de los

(2) Hay que anotar la publicación de: **El exilio de 1939.** *Taurus, Madrid, 1976-1977.*

Un gran número de intelectuales españoles se exiliaron al irse produciendo el avance franquista, y ya en marzo de 1939 se creaba en París la Junta de Cultura Española. Entre los emigrados más ilustres figuró don Antonio Machado, a quien aquí vemos camino del exilio en compañía de su hermano José, el doctor Sacristán, Enrique Rioja y el profesor Roura.

intelectuales, creadores y mantenedores de nuestra cultura, ayudándoles a que encontraran los medios de sobrevivir decorosa y fructuosamente a la tragedia española. Esto exigía libertar de los campos de concentración a todos los que se pudiera, proporcionar ayuda económica a los que no estaban en ellos y buscar, para todos, países amigos en los que pudieran establecerse y reanudar sus trabajos.

(...) Superada esta primera etapa, puramente preliminar, en la que ante todo hubo que preocuparse de la suerte de todos y cada uno de los elementos personales de nuestra cultura, la Junta creyó llegado el momento de ocuparse de lleno de la cultura misma, que es su propia y específica misión. Abrió este segundo período con su acuerdo de trasladar su sede central a México y empezar a realizar allí y en todo el continente americano la obra de que es prueba y, a la vez, reseña esta Revista.»

En el número 2, de «España Peregrina», correspondiente al mes de marzo de 1940, se recuerda de nuevo la creación de la «Junta» y sus aspiraciones. Estas declaraciones, que tienen asimismo gran interés, merecen ser reproducidas, al menos en parte y aunque pequemos de dar largas citas:

«En este mes de marzo..., se cumple el primer aniversario de la creación en París de la Junta de Cultura Española. Cataluña acaba de sucumbir... Los campos de concentración, etapa preliminar del éxodo..., hallábanse en su máximo apogeo. París se poblaba de fugitivos españoles... Las circunstancias no admiten dilaciones...: era necesario preparar la sucesión de los organismos españoles de orden cultural que el destierro invalidaba creando un instrumento adecuado a las circunstancias inéditas en que la emigración española iba a tener que desenvolverse. El problema de nuestra cultura presentaba para su resolución dos aspectos distintos. Por una parte era indispensable facilitar en un clima favorable la continuidad y desarrollo de dicha cultura, tanto más cuanto que la península, sometida a la tiranía de la letra que mata, quedaba inepta para todo florecimiento en el orden del espíritu. En segundo lugar, enmudecidos los cañones, la lucha por los hondos principios humanos sostenidos por la República, asumía nuevos caracteres, recayendo sobre los intelectuales el peso de la próxima jornada. Por fortuna, el carácter de nuestra emigración era totalmente distinto al de las ya conocidas. Para los rusos y alemanes tanto como para los italianos y austríacos, el extranjero empieza por completo allí donde con las fronteras de su patria acaba la vigencia económica de su lenguaje. No así para los españoles. Allí donde acaba España empieza Hispanoamérica, todo un continente hermano donde la lengua española, cuerpo efectivo de nuestra cultura, reina libremente de extremo a extremo.»

México dispensó una acogida excepcional a los republicanos españoles. El que el grueso de los exiliados se trasladara allí, fue debido al altruismo de Lázaro Cárdenas —en la imagen—, que había apoyado a la República desde el comienzo de la guerra civil.

La «Junta» jugó un papel de importancia en activar la emigración de buen número de intelectuales. En el «Sinaia», barco en que salió de Francia el primer grupo de exiliados, viajaron unos 200 intelectuales, entre ellos, los componentes de la «Junta». Luego, desde México, que es a donde iba destinada la expedición, se intentó dar continuidad, por distintos procedimientos, a las operaciones migratorias. Al mismo tiempo, se empezó a buscar medios y maneras de que, los ya emigrados, pudieran reanudar sus quehaceres profesionales.

El que el grueso de los emigrantes se trasladara a México fue debido, como es sabido, al altruismo del Gobierno del Presidente Cárdenas, que había apoyado a la República desde el comienzo de la guerra civil. Ya en 1938, se había creado en México La Casa de España, a donde se dio acogida a poco más de cuarenta intelectuales, ofreciéndoles la oportunidad de que pudieran desarrollar sus actividades propias con entera li-

bertad. La idea partió de Daniel Cossío Villegas, Alfonso Reyes y, entre otros mexicanos ilustres, Eduardo Villaseñor. Estos le presentaron el proyecto al general Cárdenas, quien lo recibió con entusiasmo, dando su aquiescencia y los fondos necesarios. La Casa de España, fundada así en julio de 1938, más tarde, se transformaría en el hoy prestigioso Colegio de México. Un año antes, durante el verano de 1937, México dio muestras de su decidido empeño de ayudar en lo posible a remediar ciertos estragos de la guerra, evacuando a unos 500 niños, a quienes se les ha dado en llamar «Los niños de Morelia». Y claro, al llegar la hora del gran éxodo a Francia, a comienzos del 39, México salió fiador de los refugiados, comprometiéndose a dar asilo en su suelo a cuantos quisieran trasladarse a él.

Para encauzar la emigración, el Cuerpo Diplomático mexicano acreditado en París, se aprestó a habilitar el castillo de la Reynarde y el de Montgrand, cerca de Marsella, desde donde se realizaron todos los trámites necesarios previos a los embarcos de las varias expediciones. El diplomático Mauricio Fresco ha dejado, en su libro **La emigración republicana española**, testimonios acerca de aquellas actividades. Sobre la vida en los campos de concentración y acerca del éxodo en general hay unos cuantos libros de interés, todos ellos escritos por los mismos refugiados. La coyuntura europea de aquellas fechas y problemas internos, entre el SERE (negrinista) y la JARE (de Indalecio Prieto), impidieron que un número mayor de españoles abandonaran los campos de concentración, embarcándose a América.

Como sea, México hizo lo posible por salvar la vida de miles de refugiados. Su decidida política en favor de éstos, que contaba con antecedentes, algunos mencionados antes, hizo que fuera la nación en la que buscaron asilo más emigrantes. Su capital se convirtió, de esta suerte, en la capital del éxodo. Que allí se trasladara la Junta de Cultura Española, a más de natural, era en extremo oportuno y conveniente.

OTROS PATROCINIOS DEL SERE Y DE LA JUNTA

La Junta de Cultura Española, que dependía económicamente del SERE, a más de contribuir eficazmente a la emigración de varios centenares de intelectuales y financiar la revista «España Peregrina», fundó una Casa de la Cultura, en donde se celebraron varios actos culturales, y una biblioteca. El SERE financió, igualmente, la casa editorial Séneca.

Esta editorial, que fue una de las pocas que no dependían de capital mexicano, la dirigían unos cuantos miembros de la Junta: José Bergamín, Eugenio Imaz y José Manuel Gallegos Rocafull. Los dos primeros habían sido, respectivamente, director y secretario de la revista «Cruz y Raya». El último, profesor de Sociología de la Universidad de Madrid. La editorial lanzó varias colecciones: «Laberinto», «Lucero», «Estela» y «Arbol». Pretendíase reeditar las obras completas de autores como Antonio Machado, García Lorca, Unamuno, Vallejo, etc., que en España, tras 1939, estaban prohibidos o ignorados. Se pensaba, igualmente, sacar libros de **actualidad** literaria, tanto de autores españoles como hispanoamericanos: Bergamín, Octavio Paz, Larrea, Revueltas, Alberti, Henostrosa, etc. Correría ello a cargo de las colecciones «Laberinto» y «Lucero»; «Estela» y «Arbol» iban a recoger trabajos científicos e históricos.

En febrero de 1940, la «Junta» inauguró la Casa de la Cultura Española, que quería desempeñar el papel de la «Casa de la Cultura» creada en Valencia, a fines de 1936, para albergar a los intelectuales evacuados de Madrid. Esta Casa, abierta ahora en México, aspiraba a servir de centro de reunión a los intelectuales exiliados.

La Casa de la Cultura contaba con una biblioteca en ciernes, que tenía varias colecciones de clásicos españoles, y libros y revistas de actualidad. En un «llamamiento» lanzado en el número 1 de «España Peregrina», a la vez que se anunciaba la inminente llegada de 500 volúmenes expedidos de Nueva York por la **Spanish Relief Campaign,** se pedía la colaboración de todos los españoles establecidos en América para formar una valiosa biblioteca.

Las dificultades de tipo económico, sin embargo, hicieron presencia y muchos de estos nobles y esperanzados proyectos tuvieron una vida corta. Tal iba a ocurrir con la misma «España Peregrina», revista que apenas llegó a alcanzar un año de vida.

«ESPAÑA PEREGRINA»: UNAS GENERALIDADES

Salía, aunque sin fecha fija y al final con retraso, mensualmente. Su formato era 23 × 16. La editaban, prácticamente, los mismos componentes de la Junta de Cultura Española. Formaban la directiva José Bergamín, que había sido, ya hemos mencionado, Presidente de la Alianza de Escritores y Artistas Antifascistas, y, asimismo, José Carner y Juan Larrea. El cargo de Secretario lo ocupaba Eugenio Imaz. Había también diecisiete Vocales, entre ellos: Corpus Barga, José M. Gallegos, Rodolfo Halffter, Agustín Millares,

José Bergamín, hombre decisivo tanto en la fundación de la Editorial Séneca como de la revista «España Peregrina». Su impronta, junto a la de Juan Larrea, puede detectarse en todos los números de esta publicación e incluso el nombre de la misma se debe a él.

Tomás Navarro Tomás, Pablo Picasso, Luis A. Santullano, Joaquín Xirau, etc. El primer número salió en febrero de 1940; el último, número doble, correspondía al mes de octubre del mismo año.

El número 10 de «España Peregrina» no llegó a publicarse. Lo tenía preparado Juan Larrea para la imprenta, quien aún lo conserva manuscrito. Este número tenía que servir de puente para la transformación de «España Peregrina» en la luego famosa «Cuadernos Americanos». Juan Larrea, es sabido, fue el mentor de esta última revista tan prestigiosa.

La composición de esta revista recuerda mucho a «Cruz y Raya». Se prestaba especial atención a los ensayos de tipo literario, filosófico, sociológico, etc. Se reproducían poemas. Había, regularmente, unas secciones de crítica y polémica, que son una crónica de la vida cultural y de los problemas y preocupaciones políticos del exilio. Tiene especial interés otra sección, «Memorias de ultratumba», en la que se recogían textos de periódicos y revistas publicados en España, a veces, con comentarios y apostillas. Solían incluirse, aquí y allá, manifiestos y llamamientos en pro de la cultura, de la unidad de los intelectuales y de los refugiados españoles que todavía seguían en los campos de concentración franceses. Don Agustín Millares cerraba los números, a partir del 2, con unas listas bibliográficas que, junto a las de «Romance», merecen ser consultadas, ya que tienen un valor documental de gran valía.

En cuanto al título, que ha definido a toda **una** España, se debe a Bergamín, quien sacó la idea del título de la obra de Lope de Vega, **El peregrino en su patria.** Bergamín, ya en 1937, publicó en **Hora de España** el ensayo «Larra, peregrino en su patria», en donde hace mención a Lope; recientemente, ha dado un apelativo semejante a un libro de ensayos: **De una España peregrina.** La deuda lopesca no quita, sin embargo, originalidad y acierto al nombre de nuestra revista; el crédito, en fin, hay que dárselo a Bergamín.

La tirada no debía sobrepasar los dos mil ejemplares.

★ ★ ★

Se escribió con asiduidad, como cabía esperar de una revista tal, sobre el destierro, sobre la coyuntura europea del momento y sobre lo que América había empezado a significar para el futuro de la civilización occidental que, a causa de la guerra civil española y la mundial en curso, peligraba de muerte.

EL DESTIERRO

La emigración española contó con la ventaja de que América podía expresarse en su propia lengua. Pero precisamente por ello había de lograrse que se estrecharan los lazos entre los intelectuales exiliados, de modo que éstos no perdieran la identidad nacional y que la cultura —de la que eran eximios representantes, por su número y valía, en América— fuera reconocible como un **corpus** capaz de influir en el Nuevo Mundo, aportando a él contribuciones sustanciales y genuinas. La «Junta de Cultura Española» debió de tener en cuenta asimismo lo útil que sería mantener a los intelectuales unidos, si, de cambiar la situación histórica, se pudiera regresar al poco tiempo a España y reanudar allí la labor interrumpida.

La cultura española, desde el último tercio del siglo XIX, había empezado a florecer de nuevo, augurando y, de hecho, inaugurando un nuevo renacimiento. La curva ascendente llega, en los años 20 y 30, a un punto muy alto, habiendo impedido la guerra que tal proceso tuviera continuidad. Pero, en fin, por entonces, a la vez, el intelectual empezó a despertar civilmente, y, de ahí, el que la cultura se comenzara también a entender en función de la sociedad. Los artistas y escritores, al igual que los hombres de ciencias, **salieron** de sus torres de marfil y de sus laboratorios, lo que dio al arte, a las letras y a la misma ciencia una nueva dimensión. Tal toma de conciencia tuvo el efecto de unirles y acercarles, de crear entre ellos un espíritu de fraternidad y camaradería. Así por esos años se formaron las asociaciones —queda esto dicho en páginas anteriores— de intelectuales, a nivel nacional e internacional, las Casas de la Cultura, Congresos, etc. La cultura pasó a ser, en resumen, un concepto sublimado, motivo de grandes y cuasi quijotescas esperanzas.

Al poco de iniciarse la contienda civil, la pronta decisión de evacuar de Madrid a los intelectuales, fue indicativo de la actitud descrita, tanto por parte de los «clercs» como de los «laicos». Los primeros decidieron seguir al Gobierno; los segundos, se aprestaron a salvar la cultura, pensando en el futuro. Publicaciones del tiempo de la guerra, como «El Mono Azul», «Hora de España», «Madrid», «Nueva Cultura», etc., muestran cómo los intelectuales estuvieron **a la altura de las circunstancias** y que dieron de sí lo que de ellos se esperaba. Y lo que tiene acaso igual o más interés, el intelectual supo abandonar diferencias de partido o credo «estético». De ahí su fuerza y que, culturalmente, se ganaran el respeto y admiración.

Llegada la hora del destierro, urgía conservar el espíritu de camaradería descrito y mantener vivo el empeño de entrega a la causa de la cultura. De esta suerte, sus voces —sus obras— servirían para testimoniar lo que representaba culturalmente la España —ahora «peregrina»—, tanto para la **otra** España como para la América que le abría sus puertas. «España Peregrina» fue creada, pues, **ad hoc.**

El espectro de la discordia, sin embargo, hizo presencia pronto en el exilio. Se llegó a elevar intereses individuales o de partido sobre los colectivos, en algunos casos, lo que creó una lamentable atmósfera de desavenencias y recelos, de divisiones irreductibles. Humana y «estructuralmente», la situación era explicable, aunque no por ello menos censurable. Los intelectuales pasaron, por desgracia, por el mismo trance, lo que había de afectar, desde luego, los intereses de la cultura. «España Peregrina», consciente de la coyuntura, de la que ella misma «se contagió», combatió en numerosas ocasiones la división y la enemiga.

Se trató también del destierro, de tal **estado,** expresando de manera directa el dolor, pero, a la vez, afirmando, desnudos en su soledad, la voluntad de superar ese sentimiento. De ahí que, esforzadamente, se fueron abriendo camino, fueron creándose un nuevo horizonte. (En este punto cabe establecer otro paralelismo con «Romance», en donde se toma ante el exilio una actitud pareja).

Eugenio Imaz, en «Pensamiento desterrado», escribía:

Uno de los artículos más destacados que se publicaron en «España Peregrina», fue «A los alcances de la novela», de Juan Rejano, donde defiende el poder de la sensibilidad para descifrar lo real. Junto a estas líneas, Rejano —a la derecha del lector— con el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros.

«Perdida la guerra hemos perdido la fluidez encendida de la pasión en vilo y tenemos que pronunciarnos en sacudidas contra la acción adormecedora de este mundo normal que nos envuelve y tenemos que gritar, para oírnos, en este silencio atroz que nos invade como una marea. Pero hay que hablar, con la esperanza firme que esta tartamudez reseca romperá algún día en manantial claro y alegre.»

José M. Gallegos adopta una posición similar. En «La razón de la sinrazón», al tiempo que confiesa su dolor de exiliado, afirma esa voluntad de crecer **desde** el dolor: «Como tantos otros españoles, llevo abiertas y sangrando las heridas que me hicieron al desgarrarme de mi patria, de mi ambiente, de mi vida. Más que cicatricen, me importa que no se enconen, que salga por ellas sangre limpia y no pus».

Francisco Giner de los Ríos, al reseñar «la voz herida» de León Felipe, es decir, su libro **El español del éxodo y del llanto**, dirá que «ante esta

su (sic) desesperación..., no caben más que dos posiciones: o se entrega uno al llanto, encerrándose en él, o por el mismo llanto se marcha uno de nuevo hacia la fe y la esperanza». Y sigue diciendo el joven poeta Giner de los Ríos:

«Este inmenso llanto, que limpia y corre toda nuestra angustia, nos salvará, nos colocará otra vez frente a España. Porque frente a las palabras del poeta, no creemos en su muerte. No lloramos lo inevitable. Las sienes de España no están ya quietas para siempre. En sus heridas nos muestra lo firme de su sangre, el decidido seno de su muerte y nacimiento que le ronda las venas más hondas. Este llanto español nos limpia como hombres, pero, sobre todo, nos limpia como españoles, y al limpiarnos como españoles nos levanta de nuevo... León Felipe nos llena de llamadas a la espera, guardar:

Planta un árbol,
riégalo con tus lágrimas
y aguarda.

(...) España, no ha muerto, porque lo que la ha hecho vivir siempre no puede morir. Sigue en pie, delante de nosotros, esperando también. Esperando nuestra palabra y nuestro brazo.»

El mismo Giner de los Ríos, en su poema «España viva», publicado en «España Peregrina», unos meses más tarde, expresará la esperanza en medio del dolor. Este les daba una razón de ser, les mostraba un camino, les descubría que estaban vivos, que tenían sentidos. Y es que el amor a España era la fuerza motriz:

«Miradla. ¡No está muerta! Miradla en nues-
[tra sangre,
en el ritmo más hondo de las venas seguras.

. . . . . .

Estamos, sí, en el llanto,
con la voz recogida sobre nuestra congoja
y el recuerdo constante de aquel ancho martirio.

. . . . . .

España no ha muerto. La vivimos nosotros.
En nosotros alienta con su más noble grito
y su fe se mantiene ahondándose en los pechos,
buscando sus raíces en el ímpetu hondo
que lo guardamos siempre desde nuestra de-
[rrota.

Miradla, no está muerta. Su dolor no se ha
[muerto,
y nos muestra el camino que busca la concien-
[cia.
Nada luce en nosotros si no es su viva luz
que es la constante espuela de nuestro pecho
[abierto.»

EUROPA Y AMERICA

Europa y América eran vistas desde la perspec-

«España Peregrina» posee el inestimable valor de ser un testimonio de primera mano a la hora de acercarse al estudio de la emigración producida por la guerra civil. (En la foto, banquete de hermandad con motivo de uno de los aniversarios del 14 de Abril vividos en México).

tiva de españoles y de exiliados. Europa, circunscrita a la parte occidental y de la que se excluía —lo que no deja de ser interesante— a Alemania, fue declarada «en decadencia». La causa: haber abandonado unos supuestos principios cristianos en los que tal civilización se asentaba. En este punto se sigue el pensamiento directriz de «Cruz y Raya» y de «Esprit», preconizadoras de un «humanismo integral» y de una «revolución espiritual». Con claras resonancias de ambas revistas y de sus inspiradores, José Bergamín y Emmanuel Mounier, se llegará a concluir, en varios artículos de «España Peregrina», que los países europeos estaban marchando hacia su ocaso por haber traicionado, en esencia, las —repetimos— bases cristianas que les habían dado origen y fundamento. El declive empezó a ponerse al descubierto cuando, durante la guerra civil, decidió Europa hacer una política no-intervencionista, claudicando fatalmente para todos —¡el colmo de la cobardía!— al firmar, en septiembre de 1938, el Pacto de Munich. La «injusticia», la «falsedad» y la «carencia de moralidad» de tal comportamiento —se dirá una y otra vez— era seña inequívoca de la «verdadera naturaleza» de aquellas llamadas «democracias». Pero España, la republicana, durante el trienio de lucha —argumentará «España Peregrina»— les había dado una lección de entereza e integridad, que la convertía en una nación excepcional y, por consiguiente, conservadora de unos traicionados principios «europeos» que debía transmitir a América, continente del futuro, o del «espíritu» —como veremos más adelante.

David Lord, en «España y la crisis del hombre», se ocupó de estos extremos, haciéndose a la vez unas preguntas acerca del futuro de la civilización occidental:

«La derrota de España fue la derrota moral de Europa, del Mundo Occidental, del Mundo cristiano (...). La crisis española fue crucial y final. En mayor medida que cualquier otra conocida hasta ahora, marca los límites entre dos mundos —el mundo muerto del viejo hombre cristiano, occidental, y el mundo nuevo del futuro.

¿Cuál será este mundo del futuro? ¿Consistirá en un retorno al mundo de los Césares, un mundo en el que el hombre ha perdido toda traza de su individualidad y de su libertad y se convierte de nuevo en siervo mucho más degradado que el esclavo del pasado? ¿O veremos un mundo democrático, un mundo cristiano, un mundo fun-

dado sobre las ruinas del fascismo y sus corrompidos heraldos democráticos?»

Planteado el «problema europeo» en estos términos, empezó a pensarse que el futuro de la civilización occidental —motivo de las frases interrogativas de David Lord— estaba en el Nuevo Mundo. Todo parecía indicar que América debía desempeñar un papel providencial y que la civilización y cultura europea podría salvarse e, incluso, llegar a realizarse **de manera integral,** esto es, **verdaderamente.** Juan Larrea, en «Presencia del futuro», ensayo publicado a continuación del de David Lord, hace estas afirmaciones:

«Tan evidente, tan inequívoca —por razón de magnitud— es la naturaleza mutativa de los acontecimientos que desde hace cuatro años padece Europa y hoy asumen fragor de cataclismo que fuera ilógico no admitir que nos hallamos viviendo horas decisivas en la vertebración de los tiempos, que sobre las espaldas vivas de la humanidad paciente se está grabando la frontera de trazado fulmíneo que separa entre sí dos épocas o períodos históricos.

(...) El porvenir de la vida en el planeta Tierra impone a América un presente lleno de urgencias dramáticas, de esperanzas sin límites, de vehemencias incontenibles... Porque América está llamada a ser lo que no pudo ser Europa: el continente de la libertad, de la paz, de la conciencia, es decir, el lugar donde logre ser superado, por fin, ese mundo aborrecible para todo aquel que aspira al desarrollo que la especie promete desde tiempo inmemorial a la sensibilidad y a la inteligencia del ser humano.»

Pero a estas conclusiones se llega, como confesará también Larrea, de manera «poética», «imaginativamente». Y añadimos nosotros, **a posteriori,** tras haberse trasladado a América los exiliados. Debilita ello, así lo creemos, los argumentos de Larrea, quien ya antes, desde el primer número de «España Peregrina», usando el mismo método discursivo, había hecho una apología del papel providencial de América. Nos referimos a los varios artículos que luego recogió en su libro **Redención de espíritu,** que a pesar de nuestras reservas, tienen una originidalidad extraordinaria.

Cabe añadir, finalmente, que en la tesis de Larrea, se encierra la explicación de cómo se entendía, en «España Peregrina» el concepto hispanidad. En el número 8-9, doble, dedicado conmemorar el «Doce de Octubre. Fiesta del Nuevo Mundo», se expone, en un editorial, que eran ellos, junto con el resto de exiliados, «un jirón de España», con firme voluntad de contribuir a que América alcance esa anhelada posibilidad espiritual: **ser, realmente, un mundo nuevo, un mundo más perfecto, en donde pueda plasmar el viejo ideal católico** (el preconizado por «Cruz y Raya» y «Esprit», ya aludido). Huelga decir que, a más de hacer la apología de América, se hace la de España, «demostrando» el enorme «servicio» hecho a la humanidad entera, en tiempos pasados, y el que podía hacer aún cara al futuro.

Asimismo, en este número doble, quiso presentarse a los exiliados como pertenecientes a una casta de españoles distinta a la de los viejos (o nuevos) **conquistadores.** Se intentó romper, públicamente, con la imagen absorbente, para los americanos, de una España egoísta, dominadora e imperialista, cuya **realidad** no se negaba. Pero de esa España renegaban, dando fe de su solidaridad con los intereses espirituales de América, sobre los que, por su calidad de intelectuales, podían actuar. ¿Podían por ello ser acusados de **imperialismo espiritual**? ¿Era este hispanismo un modo de «romper» con la Europa

En su extraordinaria «Elegia española», Luis Cernuda (en la foto) ilustra la intensidad con que en el destierro se sentía la ausencia del país perdido. Es éste uno de los más hermosos poemas de cuantos se publicaron en las páginas de «España Peregrina».

no-intervencionista y la nueva España oficial? ¿Pensaban en América o en autojustificarse?

Estas son preguntas que el lector se habrá ido haciendo, sin duda. Para dar con la respuesta, habríamos de pensar menos en las tendencias **materialistas** (no materiales) de esta hora, e intentar reconstruir el fervor con que se llegó a creer, en la década de los 30, en el poder resolutivo del **espíritu;** al menos, hubo círculos intelectuales que así pensaban y sentían. También debería tomarse en consideración la realidad —siempre en extremo conflictiva— del exilio. Entregarse a un nuevo horizonte con el que era factible identificarse, por otra parte, era una ocasión única para redimirse y enaltecerse a sí mismos, o, para autojustificarse, si se quiere; pero no por ello hay que descartar que la entrega fuera sincera.

SOBRE LITERATURA Y ARTE

No abundan en «España Peregrina» los escritos sobre estos dos temas, aunque se prestó regular atención a la crítica de libros y se solían reseñar exposiciones de arte. Por otro lado, al ocuparse, sobre todo, de las letras, se hizo de forma **polémica,** más que **crítica.** Así, por ejemplo, en los varios artículos y notas acerca de Antonio Machado, Federico García Lorca y César Vallejo —tres símbolos de los intelectuales **peregrinos**—, hay más énfasis en subrayar sus valores éticos que los literarios.

Destacan, por su interés y por salirse de la norma referida, dos artículos, que comentaremos brevemente. Se trata del ensayo de Juan Rejano, «A los alcances de la novela», y de «Reflexiones sobre la crisis ideológica del arte», de José Renau.

Adolfo Sánchez Vázquez —cuyo retrato corresponde a un reciente, y breve, regreso a España— basó su elegía «18 de julio de 1936» en motivos como los efectos destructores de la guerra, la fuerza y la violencia. El dramatismo del poema radica en estar construido sobre «premoniciones» realizadas.

Juan Rejano hace unas consideraciones sobre la «crisis de la novela» y las posibles «nuevas direcciones» a seguir, partiendo de la lectura de **Niebla de Cuernos,** de José Herrera Petere. En esta novela encuentra Rejano ejemplificado un nuevo tipo de **realidad,** consistente en descifrar lo **real,** no usando la razón sino la sensibilidad. Este acercamiento capacita al novelista para ver **por entero** al hombre y a las cosas; al mismo tiempo desvela la verdad y el misterio de los seres. Más que inventar o recrear un mundo, el novelista debe —dirá Rejano— «escrutar (sus) propias reacciones». El novelista, siendo fiel a lo que ve y a sí mismo, si es verdadero artista, esto es: sensible y algo «visionario» —penetrará lo real, explicándolo e iluminándolo. De ahí que la «nueva novela» ha de estar, según Rejano, muy cerca de la poesía.

Rejano debió de llegar a estas «abstracciones» tras estar en contacto con Sánchez Barbudo y Lorenzo Varela, redactores de «Romance» y pertenecientes los dos al «grupo de 'Hora de España'». En los años de la guerra se elaboraron, en «Hora de España», nociones estéticas de esta traza. Era un intento de armonizar los **viejos** anhelos de «pureza» con el **nuevo** espíritu revolucionario. No deja de tener su interés que Juan Rejano, comunista, compartiera estas quimeras, tan de escritores «liberales» o «pequeño-burgueses», de intentar «identificar el **misterio** de la realidad». Pero, a un lado esto, importa subrayar que «se presentía» el nacimiento de una nueva **forma** o **estética** que reflejaría fielmente aquella hora de crisis. Ello también se desprende del ensayo de José Renau, «Reflexiones sobre la crisis ideológica del arte».

Renau ataca la fácil salida de hacer un «arte de masas», lo cual supone confundir «un hecho de propaganda política al servicio de los intereses inmediatos que va creando la marcha del proceso revolucionario con la verdadera misión del arte, puesto al servicio de una elocuencia cósmica más profunda, más humanamente creadora». No entiende, coincidiendo en ello con Rejano, que exista un camino definitivo para el arte de aquella etapa de crisis. Al igual que Rejano también, se inclina a pensar que «lo emocional y exaltado del artista» ha de tomar parte en el proceso creador, porque «la revolución, su teoría, sus principios y sus realidades no pueden ofrecer —sería contradictorio y antidialéctico— una fórmula acabada y madura por la que puedan encauzar su producción». Renau, es obvio, se opone a cualquier dictado de partido, a que el artista deba seguir una línea marcada. Y, finalmente, tras afirmar lo que el arte no debe ser,

apunta sus posibles o deseables **nuevas** direcciones:

«En consecuencia, el artista no puede aspirar deliberadamente a lo definitivo. Su ambición debe encauzarse por la vía de un aprendizaje penoso, a una larga etapa de experimentación, de lucha tenaz, consigo mismo en primer lugar, por ir superando los valores expresivos que aprendió o heredó, para ir vitalizándolos con nuevos registros de expresión humana, organizando lentamente el caos antiartístico y viril de nuestra realidad, transformándolo en valores de expresión superior...

(...) El nuevo orden social y humano que amanezca de esta conmoción que cruza el mundo tendrá su expresión plástica en razón directa al heroísmo intelectual del artista, a su capacidad, en esta etapa de lucha, para ir asimilando su naturaleza psicológica a las nuevas fuerzas que van abriendo paso a la historia de los hombres, en la medida en que vaya afirmando su voluntad creadora por descubrir y expresar el esencial fondo humano y la intención cósmica que impulsa a estas fuerzas. Y, por último, (tengo) la seguridad de que cuando todo lo que hoy sucede pertenezca al pasado, el documento emocional y humano de nuestros días no lo constituirán esas calidades plásticas o valores poéticos acabados de nuestros inteligentes, sensibles o geniales artistas, sino todas aquellas obras cuyos colores y formas expresen la emoción con que el artista se debate en medio de la tremenda contradicción, su voluntad de ser, de hacer constar el valor humano de su gestión creadora por encima de toda derrota histórica de las tendencias particulares de las escuelas, de los **ismos** *decadentes».*

POESIA

Se incluyó en cada número poesía. Los temas giraban, preferentemente, en torno a España y al exilio, siguiendo muy de cerca el tono del poema de Francisco Giner de los Ríos, «España viva», ya comentado. Hay poemas en que no se mencionan directamente estos motivos, pero, de todos modos, hacían alusión a ellos, pues tratan de la solidaridad y fidelidad a la verdad, o de sus opuestos, de la traición y la injusticia. También se publicaron poemas, digamos, «no comprometidos», que fueron los menos.

En algunos casos, al reproducir poemas de poetas desaparecidos, españoles o **extranjeros:** Machado, Unamuno, Lorca, Vallejo, José M. Heredia, Gérard de Nerval, Whitman, etcétera, se pretendía homenajearles y, al mismo tiempo, mostrar una alianza con ellos, con los ideales que representaban. Los poemas seleccionados solían tener un contenido «apropiado», esto es,

«El hombre siembra baba» y «Levantad el patíbulo» son dos poemas de León Felipe en que se condena a la violencia, que sólo conduce a la muerte, a la vez que se exalta el heroísmo. (Contemplamos la parte superior del monumento que México dedicó hace unos años al gran poeta español).

estaba en íntima relación con los «temas preferentes» arriba señalados.

Luis Cernuda, en su extraordinaria «Elegía española», ilustra la intensidad con que en el destierro se sentía la ausencia de España:

«¡Si nunca más pudieran estos ojos
Enamorados reflejar tu imagen!
¡Si nunca más pudiera por tus bosques,
El alma en paz caída en tu regazo,
Soñar el mundo aquel que yo pensaba,
Cuando la triste juventud lo quiso!
Tú nada más, fuerte torre en ruinas.

Puedes poblar mi soledad humana,
Y esta ausencia de todo en ti se duerme.
Deja tu aire ir sobre mi frente,
Tu luz sobre mi pecho hasta la muerte,
Unica gloria cierta que aún deseo».

En la elegía de Cernuda hay también alusiones a los efectos destructores de la guerra, a la fuerza y a la violencia, motivos sobre los que basa exclusivamente Adolfo Sánchez Vázquez su elegía «18 de julio de 1936». El dramatismo del poema radica en estar construido sobre «premoniciones» realizadas:

« .....
Pielagos de rosas,
horizontes de trigo limpio,
aguas transparentes,
se mancharán de sangre, de barro y de ceniza.
Las casas indefensas,
los tiernos dormitorios se encaminan
hacia un tremendo valle polvoriento.
Las blandas manos de las madres,
las tiernas manos de los niños,

Ya durante el verano de 1937, México había dado muestras de su decisivo empeño de ayudar en lo posible a remediar ciertos estragos de la guerra civil española, evacuando a unos 500 niños, conocidos como «Los niños de Morelia». La imagen recoge a otro grupo de críos españoles, estudiantes del colegio Madrid, de Ciudad de México, durante 1943.

desprendidas del cuerpo
se mojarán de un agua inesperada.
Millones de camisas enlutadas esperan ya sus [cuerpos,
millones de metros de tierra viva
esperan ya las tumbas.
Y hay millones de brazos esperando
la tremenda embestida de la muerte,
vísceras silenciosas, nervios ardiendo
que esperan el último latido
y hospitales, algodones y lamentos,
millones de cabellos encendidos,
de cubos de sangre, de gusanos
y de platos de carne desgarrada.

. . . . . .

¡Miradles, miradles!
¡Qué relámpagos de luz,
qué tinieblas lentamente desgarradas!

. . . . . .

Ya están los ojos atados,
las manos atadas,
los cuerpos atados
y a sus pies tendido, sin confines,
el negro precipicio».

El mismo motivo inspira los poemas de Paul Eluard, «Noviembre 1936» y «La victoria de Guernica». De manera menos directa, León Felipe, en «El hombre siembra baba» y «Levantad el patíbulo», condena la violencia, que sólo conduce a la muerte, a la vez que exalta el heroísmo (que se sobrentiende, consiste en oponerse a la fuerza y a la muerte; o lo que es igual, es amar la paz y la vida).

El poema de García Lorca «Grito hacia Roma», hasta entonces inédito, ejemplifica el tratamiento del tema de la injusticia, con el que se puede identificar todo desterrado. También denuncia la injusticia Emilio Prados en «La voz cautiva», pero va éste más lejos, ya que además se rebela, quiere liberarse y liberar.

Los poemas de Lorca y Prados, de 1929 y 1933, respectivamente, presagiaban un cambio, que afectaría tanto la estética en boga como la función del poeta en la sociedad. De la poesía de la **soledad** se iba pasando a una poesía de la **solidaridad;** un paso más, y se daría comienzo a la poesía de la **acción.** «España Peregrina» publicó el poema de Pablo Neruda «Reunión bajo las nuevas banderas», que tiene la importancia de dar constancia de la «conversión» del gran poeta chileno a esta última posición. Huelga decir que tal toma de conciencia definía a nuestra revista. Finalmente, merece recordarse el poema de Pedro Garfias «Entre México y España», testimonio de la entrega de muchos exiliados a **un** México definido:

« . . . . . .

España que perdimos, no nos pierdas,
guárdanos en tu frente derrumbada,

. . . . . .

Y tú, México, libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas,
proletarios gigantes, de anchas manos
que forjan el destino de la Patria,
pueblo libre de México:
Como en otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada...

Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!».

Este testimonio lleva en sí un replanteamiento del problema de las «dos Españas», la liberal y la reaccionaria, transplantado y aplicado a México, al que se divide, asimismo, en el México revolucionario y el México de la reacción. Naturalmente, los emigrantes republicanos muestran sus simpatías por el primer México, lo cual, a la vez, suponía autodefinirse a sí mismos y a la España cuyas esencias eran por ellos representadas y tenían un enorme paralelismo con las de ese México, el de Garfias, al que se querían entregar.

Volviendo al poema de Garfias, también está implícito en él que el exilio significó para muchos españoles, sobre todo los **ilustrados**, un descubrimiento del tema americano y ello, claro, evidenció su anterior ignorancia. Ignorancia que, en 1940, no había sido aún, ni mucho menos, superada. Todo el optimismo que contiene la entrega propugnada poéticamente por Garfias (y en gran medida por el propio Gaos), como el ideal **revolucionario**, descrito también por los dos, no era más que un espejismo. Por otra parte, el anhelo de ser admitidos los españoles abiertamente en la sociedad mexicana fue frustrándose, tanto por el nacionalismo de los mexicanos como de los propios españoles. El refugiado, como el viejo «gachupín», tuvo que camuflarse en la sociedad. O dejar el país.

EL TEMA DE LOS REFUGIADOS, OTRA VEZ

La **Junta**, una vez trasladada a México, siguió haciendo lo posible por activar la emigración de refugiados, que permanecían todavía en Francia. A tal efecto, funcionaba en París una Delegación de aquélla, cuya misión era, de un lado, coordinar la emigración, y de otro, atender materialmente a los intelectuales que estaban en suelo francés. En «España Peregrina» se solía hacer llamamientos en favor de la emigración y en busca de ayuda de cuantos países hispanoamericanos estuvieran dispuestos a recibir emigrados. Los fondos de SERE estaban prácticamente agotados a mediados del año 40, debido, sobre todo, a la división entre este organismo y la JARE. México, a punto de celebrar nuevas elecciones, se veía obligado a dejar un poco de lado la cuestión española. Francia pasaba por unos momentos difíciles, como el resto de Europa, lo que afectaba dramáticamente a los refugiados. Por mucho que intensificara sus gestiones la **Junta de Cultura**, no cabía esperar muchos resultados.

Con escasez de fondos y en medio de unas circunstancias adversas, como se ha visto, la Junta tenía que limitarse a apelar al «corazón» y a la «buena voluntad» de países y hombres hispanos. Mientras, la Junta, los hombres que la dirigían, tenían, a más de las dificultades de carácter económico, otras de tipo personal. A un nivel superior, el grueso de la emigración estaba separada en dos grandes bandos: los negrinistas y los seguidores de don Inda, director de orquesta de la JARE, o sea, administrador del tesoro del «VITA». Lo cual agravaba todavía más este estado de cosas.

De cualquier suerte, al menos en principio, la Junta seguía, como podía, intentando crear un espíritu de fraternidad y de unidad entre los emigrados, a la vez que se hacía eco de las necesidades de sus compañeros refugiados todavía en Francia. En honor suyo hay que dejar sentado que su obra y política migratoria tuvo un éxito

en extremo notable. El censo de los intelectuales que emigraron gracias a la pronta actuación de la Junta, es una muestra de su éxito. Que hubiera podido ser más efectiva, es muy posible. Pero no cabe imputarle a la Junta toda la culpa.

APOSTILLA ULTIMA

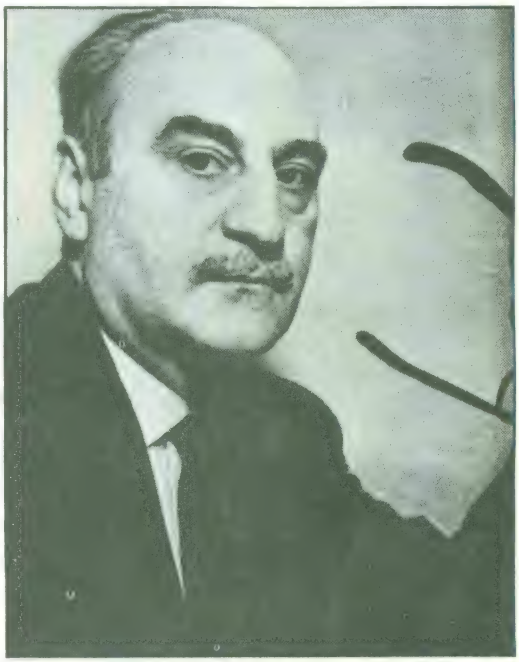
«España Peregrina», conforme a las metas de la **Junta de Cultura Española,** de la que era portavoz, estaba dedicada a atender —se ha dicho ya en páginas anteriores— las necesidades materiales y espirituales de los emigrados. Entraba también en sus planes el mantener a los intelectuales unidos en el exilio, de forma que éstos pudieran, en caso de cambiar la situación política que motivó el destierro, regresar a España y reintegrarse a sus tareas propias, más fácil y eficazmente. Así se evitaría que la cultura española se desintegrara y a la postre, en mente esta hipotética vuelta, perdiera la menos continuidad posible.

Que era conveniente y necesario preocuparse por la suerte de los intelectuales recién exiliados, al igual que del presente y futuro de la cultura española, es obvio. La labor realizada por la **Junta** y «España Peregrina» merece, en estos respectos, toda clase de encomios. Pero una vez los intelectuales se habían trasladado a México o a otros países de América, su condición de emigrados debía, inevitablemente, de afectarles, en el sentido de que, por elemental que parezca decirlo, tenían que **abrirse** a otros horizontes y, si se quiere, **olvidarse** un poco, al menos, de sí mismos. Sobre todo, cuando pronto empezó a estar más y más claro que el exilio no iba a ser un estado provisional. Ejercer la profesión de españoles, hablar continuamente de sí mismos y del exilio, había de ser un estribillo enojoso, una postura insostenible. Al español «transterrado» —eufemismo poco acertado de José Gaos— no le quedaba, en resumidas cuentas, otra alternativa que sentir un **nuevo patriotismo,** el del país que les albergaba, entregándose a su destino, o encerrarse en la **soledad** y en el **llanto.** Porque, como Francisco Ayala acertó a decir en 1949:

«... El tema de "España", el "problema español", que había sido preocupación cardinal de la generación del 98, y luego de la generación de Ortega y Gasset, y de la siguiente, por entonces en plena juventud, llegaba con (la expatriación) a tocar fondo en los escritos de varios emigrados; y ahora, ya sólo cabía, o convertirlo en obsesión y consumirse con él, o superarlo de diversas maneras —que podían ser las pertinentes a la vocación particular de cada uno— y proseguir el desarrollo de las respectivas personalidades en el nuevo espacio y en el nuevo tiempo».

Ahora bien, ¿cómo lograr adaptarse a un nuevo suelo, a un nuevo tema, a un nuevo patriotismo? ¿Era tal cosa hacedera? Para ello, el escritor debería de incidir —de un modo u otro; más pronto o más tarde— en las estructuras sociopolíticas de los países en que se **hospedaba,** con lo cual podía romper el código más elemental de cortesía. O dicho de otro modo, cabía que fueran acusados por el país que les daba asilo de «antipatriotas». Merece recordarse, además, que es cuestionable el que los exiliados estuvieran preparados, a pesar de la cacareada comunidad de lengua y cultura, para comprender a fondo esas sociedades, que, huelga decir, tenían también sus prejuicios y sensibilidad nacionalistas. Sobre estos extremos, observó Francisco Ayala en el citado ensayo:

«La circunstancia de ingresar a países poco densos y en curso de crecimiento no bastaba, con ser muy favorable, a eliminar por completo los rozamientos y fricciones de toda índole que su incorporación hacía, no previsibles, inevitables; y el complejo mental, raíz de los sentimientos nacionalistas, añadiría virulencia a cada pequeño conflicto individual, amargura a cada penuria, al recargar la mínima discordia con el bagaje solemne de bandera, himno, héroes y



«El tema de «España», el «problema español», llegaba a tocar fondo en los escritos de varios emigrados; ahora ya sólo cabía o convertirlo en obsesión y consumirse con él, o superarlo de diversas maneras», escribió Francisco Ayala —en la foto— al referirse a las características de los intelectuales españoles exiliados.

mártires, padres de la patria, rotas cadenas, glorias pretéritas, soberanía inalienable, etc..., etc. ¡Si la cortesía los trata de gratos huéspedes! ¡Qué no será cuando medien intereses opuestos, competencias, diferendos, envidias, resquemores privados y enconos políticos, cuando surja alguna colisión, algún antagonismo o cuando, sin eso, sufran menoscabo de sus labios los tabúes colectivos que, por lo común, cubren y salvan el resentimiento deparado a cada uno de nosotros por las frustraciones de su vida! Una declaración de «huésped ingrato» amenaza fulminarlos en cualquier momento.

Ese amago afecta en mayor proporción al escritor, cuyo oficio se ejerce en la publicidad y que, de un modo u otro, deberá tocar registros de la vida pública, hurgar en las zonas sensibles; y si la ancha comunidad del idioma y la indeterminación del público le permite soslayar el riesgo, la mezquindad de la posición social reservada al oficio literario, sus parcas o aun míseras retribuciones, sus gajes lamentables, imprimirán en cambio un sello de extrema sordidez a aquellos pequeños conflictos de interés que suelen suministrar ocasión a la tacha de extranjería. Pero lo que más importa es esto: carecerán de soltura y aplomo para abordar los temas concretos relativos a la comunidad, y sólo con una gran circunspección se acercarán a ellos. La crítica de costumbres, acontecimientos, hechos e ideas —para no hablar de los problemas políticos litigiosos— apenas estará a su alcance; tendrán que acometerla de forma indirecta, disparando acaso por elevación al apuntar sobre objetivos distantes con discursos muy abstractos dirigidos a un público también indeterminado».

De los intelectuales emigrados (profesores, investigadores, médicos, científicos, etc.), los escritores eran los más drásticamente afectados por la situación a que hace referencia Ayala. Ello explica la diferencia de tono y perspectiva entre el ensayo de éste, quien abordó la problemática del exilio en otras ocasiones, y los escritos de José Gaos sobre el mismo tema. Gaos, catedrático universitario, bien establecido y adaptado a México desde 1938, al divulgar los conceptos de «transterramiento» y «empatriamiento», se olvidó de los escritores y, en menor grado, de los artistas, quienes necesitan respirar aires vivos y reales, ajenos a la frialdad del laboratorio o la biblioteca.

De lo dicho, puede acaso ir deduciéndose que una revista como «España Peregrina» había de tener, a la fuerza, muchas limitaciones. Limitaciones que aumentaban a medida que el exilio perdía los visos de provisionalidad, de que hablábamos. El españolismo de que se hacía gala en voz alta, en sus páginas, tenía que ser cada vez menos oportuno. La necesidad de mantener la unidad cultural, pensando en la vuelta, perdía razón de ser. Seguir afirmando y definiendo las esencias y valores que la España vencida representaba para América y el mundo, era caer en un círculo vicioso y sin salida. A todo ello hay que sumar un problema que afectaría, de manera inmediata, el futuro de la revista: la carencia de fondos. El número último, el 8-9, doble, contenía un llamamiento en busca de suscripciones y donativos, que no surtió los efectos esperados. Así, a fines de 1940, dejó de publicarse.

A más de estas limitaciones, tenía la revista unas contradicciones. Y es que queriendo representar a toda **una** España, era expresión, en gran medida, de las posiciones de dos personalidades, José Bergamín y Juan Larrea, que prácticamente la dominaban. Claro que toda revista, se dirá, tiende a representar a grupos y tendencias. Pero la cosa es que «España Peregrina» no quería representar, absolutamente, a grupos o tendencias partidistas, sino a toda una colectividad nacional y cultural, «echada de tierra». Tal empeño, para empezar desmedido, no podía ser responsabilidad de unos pocos individuos, quienes, a la vez, tenían puntos de vista encontrados.

Hacer hoy un balance objetivo del significado de «España Peregrina» resulta arduo, porque fue, en suma, una revista de circunstancias. Su cabal conocimiento depende de la comprensión del momento y de la situación histórica que motivaron su creación. Tal coyuntura histórica se les presentó como transitoria y se la quiso arrastrar, afirmando y reiterando una supuesta superioridad espiritual y nacional. Esta superioridad se había afianzado en los tres años de guerra, en que la España ahora desterrada había dado una lección de entereza e integridad a la sorda Europa, desvelando su hedionda corrupción moral. Pero América no necesitaba arengas, sino brazos, acción y, también, entrega total a su causa propia.

Con todo, los españoles necesitaba decir y repetir su verdad. Y «España Peregrina», aunque solamente fuera por ello, tendría un valor en extremo importante. Naturalmente, tiene otros valores, como el de ser un testimonio de inestimable significación para el acercamiento al estudio de la emigración del 39, que habrá de hacerse sin prejuicios apologistas o iconoclastas. Esta tarea, harto necesaria, será penosa, sobre todo desde una España aherrojada que se ha visto forzada durante años, bien por falta de información o por noticias tergiversadas, al desconocimiento de esta **otra** España, la del exilio * ■ **F. C.**

*** Hemos reproducido aquí parcialmente nuestro estudio del mismo título publicado por Fernando Torres Editor, Valencia, 1976.**

El Poder y la Prensa

1860-1898

La Prensa alcanza su apogeo en España durante la segunda mitad del siglo XIX. Y ello pese al control que sobre ella ejercen los múltiples Gobiernos regidores del país durante esos años. Control satirizado expresivamente por este dibujo sobre los «delitos de imprenta».

VISTO en conjunto, el periodismo de esa época revela ciertas características comunes: propensión a la polémica; actitud inhibitoria ante los grandes problemas nacionales; defensa de todos los idearios políticos; infructuosos intentos de establecer un frente unido «vis-à-vis» al Gobierno; tendencia al sensacionalismo y a la sátira y, finalmente, irresponsabilidad colectiva respecto al problema de Cuba.

A éstas hay que agregar otras de tipo humano, serias rémoras anti-profesionales concertadas entre sí para cerrar el paso a una conciencia profesional activa. Señala Gómez Aparicio acerca de la caótica recluta de los redactores:

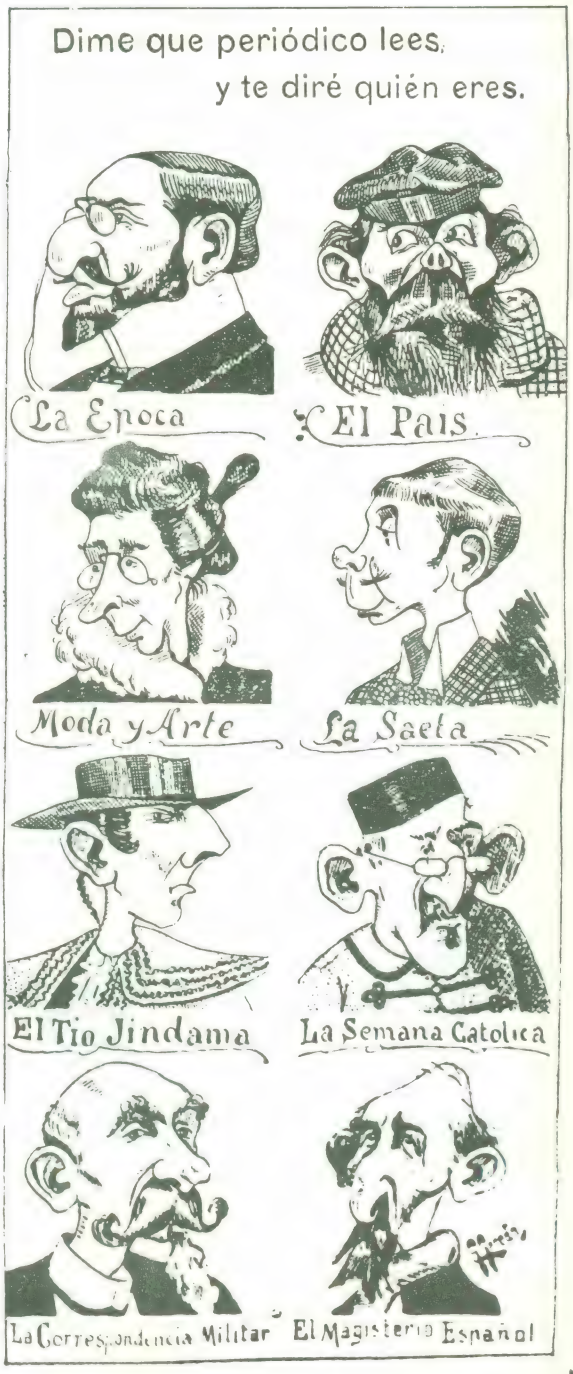
«...A nadie se exigía ni una preparación ni una cultura, porque bastaba la simple voluntad del director o el compromiso, muchas veces político, del propietario. Inevitablemente, y esta es la segunda rémora, el redactor se convertía en un ave de paso inadaptada; si disponía de alas propias, concebía a su periódico como trampolín para emprender carrera mucho más provechosa o conforme con su ambición política... En último lugar, intervenía la excesiva y discriminatoria politización de los periódicos, causa determinante de que cada uno, o por extensión, los miembros de su Redacción correspondiente, se considerase insolidario de cuantos no compartiesen sus opiniones ideológicas [2].»

en la España del XIX

Carlos García Barrón

Puede afirmarse categóricamente que el «cuarto poder» alcanza su apogeo en España durante la segunda mitad del siglo XIX, y que lo logra **pese** *al control que sobre él ejercen los múltiples Gobiernos regidores del país durante esos años* [1]. *El propósito de esta exposición consistirá en analizar las estrechas y muy directas relaciones entre el Poder y la Prensa.*

Conviene, por último, enumerar los acontecimientos históricos que jalonan y enmarcan este estudio: la Revolución de 1868; la Monarquía saboyana; la Primera República; un alzamiento militar; una guerra civil; la Restauración; una Regencia; una rebelión militar frustrada y el hundimiento de lo que quedaba aún del Imperio Español en América. De la



Visto en conjunto, el periodismo de la segunda mitad del XIX revela ciertas características comunes: propensión a la polémica, defensa de todos los idearios políticos, infructuosos intentos de establecer un frente unido cara al Gobierno, notable tendencia al sensacionalismo y a la sátira...

[1] *De 1867 a 1897 se promulgan 41 decretos regulando las operaciones de la Prensa española.*

[2] *Pedro Gómez Aparicio,* **Historia del periodismo español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial** *(Madrid: Editorial Nacional, 1971), págs. 539-540.*

PRECIOS.

EDICION GRANDE

En Madrid, un mes. . . . . 11 rs.
En provincias, suscribiéndose directamente, un mes. . . 11
Idem tres meses. 32
Suscribiéndose por conducto de ó girando contra los suscritores, un mes. 13
Idem tres meses. 38
Extranjero y Ultramar, tres meses. 90

EL DIARIO ESPAÑOL

POLITICO Y LITERARIO.

PRECIOS.

EDICION ECONOMICA

En provincias, suscribiéndose directamente, un mes. . . 9 rs.
Idem tres meses. 27
Suscribiéndose por conducto de ó girando contra los suscritores, un mes. 10
Idem tres meses. 3
Extranjero y Ultramar, tres meses. 50

EL DIARIO ESPAÑOL.

JUEVES 22 DE DICIEMBRE DE 1864.

Como en este afortunado país todo lo que huele á escándalo se recoge con avidez y se comenta con *santo regocijo sa intimo cordé*, no sabemos si por estilo ó simplemente por efecto de nuestro carácter un tanto frívolo y un mucho meridional, hásenos ocurrido en todo el dia de ayer la mortificadora idea de si podrá tener alguna trascendencia para nosotros ó para nuestro partido la absurda reprobacion que los periódicos de Union liberal han fulminado contra el artículo que vió la luz en nuestras columnas, respecto de ciertos ministerios políticos, para antes de ahora no hemos ventilado, con la quisquillosidad de la Union liberal, la cuestion Tenorio en términos bastante mas intencionados, significativos y severos que lo hemos hecho en nuestro artículo de anteayer? Y despues de todo, ¿qué es lo que hemos dicho del Sr. Tenorio en ese artículo? que el Sr. Tenorio habia dado señaladas pruebas de amistad al señor duque de Valencia, y que éste le habia pagado con una indigna ingratitud. ¿Es esto un motivo para montar en cólera? No, ciertamente. Tranquilícese, pues, los amigos particulares y políticos que en la Union liberal pueda tener el Sr. Tenorio.

¿Será que algunos periódicos de la Union liberal se hacen con la amistad del Sr. Manosa? Nada tan natural y justo. El Sr. Manosa tiene negocios y mi-lo que hace? O en otros términos, ¿será porque es una verdadera mistificacion la que está haciendo sufrir al país, dándole como existente, como un ente real, verdadero, siendo tal que no pasa de un sueño, de una sombra, de un verdadero embuste político?

Vamos á los hechos. Desde el primer momento dijimos, probamos, y los mismos ministeriales se vieron forzados á confesar que estaba en el seno de la situacion un dualismo inconciliable. Se creyó despejada la incógnita con la salida del Sr. Llorente, y lejos de eso, se vieron repetidos los síntomas en cuanto surgió la cuestion de las presidencias, provocada por el general Armero, que convirtiéndose en campeon de las amadas teorías conservadoras-liberales, quiso hacer el último esfuerzo para sugestionar

actos por este ó aquel diario de Union liberal, que se atrogaba la representacion del partido, hace como que sospecha complicidad ó pacto secreto entre el ministerio Lor y el anatematizado. El *Contemporáneo*, que nos conoce muy bien, nos ofende con semejante sospecha: ni nuestra independencia, ni nuestro carácter, ni nuestros antecedentes autorizan á nadie para creer que podemos ser parte en una superchería miserable y ridícula. La reprobacion que de algunos de nuestros correligionarios hemos alcanzado ahora es perfecta, verdadera, absoluta, y los términos en que apareció en las columnas de los diarios de Union liberal no dejan la menor duda en el ánimo acerca de lo irrevocable de la sentencia. Crédnos el *Contemporáneo* [illegible] está desplegando mucho acierto y eficacia en su mando.»

«SANTO DOMINGO 20 de noviembre de 1864.

Los habitantes de Barahona se han determinado á enarbolar por su propia cuenta la bandera española, y al efecto mandaron una comision en los primeros dias de este mes al general Pueblo, para que les ofreciera apoyar su movimiento con las fuerzas que este jefe tiene en Ázua. Todo quedó perfectamente acordado, y en la semana anterior salieron como 200 asnanos, voluntarios entusiastas por la buena causa, á apoyar el movimiento proyectado por los barahoneses. Se espera el mas completo éxito.»

En vista de estos hechos, no será fácil hallar mayor falta de espíritu pátrio, tal manera de posponer

Una de las diversas ocasiones en que la Prensa contribuyó directamente a alterar el rumbo de la politica nacional, fue con motivo de la publicación del artículo «La camarilla de palacio» («El Diario Español», de 22-XII-1864, edición cuya cabecera reproducimos), que censuraba la corrupción de los protegidos de Isabel II.

recíproca conexión Poder-Prensa y viceversa, pienso que, en general, la Prensa influye menos en el ámbito gubernamental que lo que sufre a manos de éste. Documentaré, en primer lugar, tres ocasiones distintas en que la Prensa contribuyó material y directamente a alterar el rumbo de la política nacional.

Como punto de partida, cito un artículo anónimo titulado «La camarilla de palacio», publicado el 22 de diciembre de 1864 en **El Diario Español.** En él se censuraba la corrupción de los protegidos de la reina Isabel II. La amplia difusión que obtiene este furibundo artículo inspira a otros para embestir contra el Go-

Tras la Revolución de 1868 y la promulgación de la llamada «libertad de imprenta», surgió un nutrido número de periódicos y revistas de índole satírica, como «El Ganso», «Fray Modesto» o «Gil Blas». A esta última, que logró una notable popularidad, pertenece el dibujo adjunto.

bierno y la reina, marcando el inicio de una ofensiva periodística que culminará con el ya famoso artículo de Emilio Castelar, «El rasgo», que ve la luz en **La Democracia** el 10 de diciembre de 1865. Castelar, catedrático a la sazón de la Universidad Central, tiene la osadía de acusar a la reina de querer engañar al pueblo español con motivo de la venta de una buena parte del Patrimonio Real [3]. Su valentía, aparte de costarle la cátedra, desata una violenta manifestación estudiantil en contra de las disposiciones decretadas por el entonces Ministro de Fomento, don Antonio Alcalá Galiano, el cual cesa a Castelar en sus funciones docentes. La opinión pública recibe de estas dos denuncias citadas munición para reforzar su latente descontento con el régimen del imperante, sentimiento que culminará en la revolución de septiembre de 1868 y el destronamiento de Isabel II.

El tercer ejemplo tiene que ver con un artículo, «Mundo militar», publicado en **El Resumen** el 13 de marzo de 1895. En él se comentaba la necesidad de recurrir al procedimiento de sorteo, dada la falta de voluntarios para cubrir las vacantes de oficiales subalternos en las unidades del ejército destinado a Cuba. La oficialidad se da por ofendida y exige que el redactor se explique o se retracte; éste se niega a hacerlo. Su imprenta es destrozada por una banda de aireados militares. Interviene el Capitán General de Madrid en apoyo de sus compañeros de armas; los directores de los periódicos se solidarizan con su colega al amparo de la libertad de Prensa. Las Cortes tercian en la cuestión en perjuicio del Gobierno y Sagasta, sin ánimo de hacer frente al conflicto, dimite [4].

Visto someramente el efecto que en determinados momentos ejerció la Prensa en el Gobierno, pasemos a delinear lo opuesto y mucho más notable, es decir, la manera y forma en que el Poder mediante sus directrices y leyes delimita la acción periodística. Para ello utilizaremos un enfoque cronológico, iniciando la trayectoria en octubre de 1868, a la promulgación de la llamada «libertad de imprenta». Consecuencia inmediata del decreto, al mes de «La Gloriosa», es el incremento en el número de periódicos en circulación. En los veintisiete meses que transcurren entre la Constitución del Gobierno provisional y la coronación de Amadeo de Saboya, florecen más de trescientos nuevos periódicos, a razón de once por mes [5].

La tónica de esta Prensa es la agresividad, ilustrada, entre otros, por el órgano de los exaltados, **El Combate,** cuyo director, Paul y Angulo, tiene el dudoso honor de ver a nueve de sus once números denunciados formalmente. Una de las cosas que pronosticó **El Combate** fue que el general Prim, cabecilla del alzamiento de 1868, «moriría como un perro», dándose la casualidad de que fuera asesinado poco después de aparecer esta funesta profecía. Por otra parte, y como lógico resultado de la caída de Isabel II, desaparecen sus partidarios en la Prensa, **Las Novedades** y **La Iberia.** Una última faceta de esta fase aperturista es la creación de un nutrido número de periódicos y de revistas de índole satírica con nombres tan pintorescos como **El Ganso, Gil Blas** y **Fray Modesto.** En relación con este fenómeno, apunta Miguel Angel Pastor:

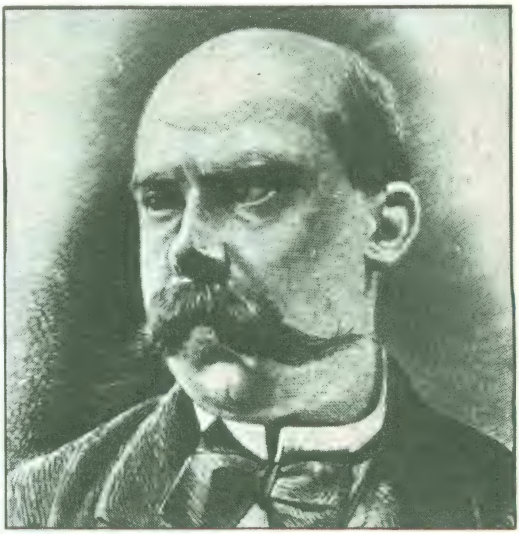
«Hace cien años, el periódico satírico, la mayoría de las veces con una ferocidad desatinada, brotaba como los hongos después de las primeras lluvias del otoño... El semanario e incluso el diario satírico siempre tenía algo de «anti», pero a veces era la espita, la posibilidad para decir todo aquello que no encontraba hueco en las páginas de la Prensa. En este aspecto, y sin descender a precisiones, justo es reconocer la misión de estas revistas, muchas de las cuales apenas pasaron de la media docena de números [6].»

[3] *El enfrentamiento entre estudiantes y policías resultará en la muerte de un joven y pasará a la historia con el nombre de «la noche de San Daniel».*

[4] *Melchor Fernández Almagro,* **Historia política de la España contemporánea 1885-1897,** *Vol. 2 (Madrid: Alianza Editorial, 1968), págs. 240-241.*

[5] *Gómez Aparicio, op. cit., pág. 43.*

[6] *Miguel Angel Pastor, «Un periódico basta ahora»,* **Cuadernos para el diálogo,** *núm. 113 (febrero 1973), pág. 38.*



Contra lo que podía esperarse, la I República no adoptó una posición favorable a la Prensa. Al revés, promulgó una serie de medidas draconianas con el fin de limitar la libertad de expresión. Y no deja de ser irónico, considerando sus antecedentes, que fuese Emilio Castelar —en el grabado— el que rubricara tales disposiciones.

Valiéndose de la recién adquirida libertad de expresión, la Prensa madrileña aprovecha la coyuntura para oponerse abiertamente a la venida de Amadeo de Saboya y, una vez en el trono, no cesa de hostigarle, contribuyendo a la rápida abdicación del monarca italiano. Este período de 1868 a 1874 se distingue por la vitalidad de la Prensa de orientación izquierdista, dividida en varias facciones: la federalista con **La Igualdad** a su cabeza; la republicana que se expresa a través de **La Discusión** y los más militantes, partidarios de la violencia para establecer la República, utilizando **El Pueblo** como cauce para ventilar sus agravios.

Todos conocemos la no muy distinguida actuación de la Primera República en cuya breve vida (diez meses y veinte días), consume a cuatro presidentes, ocho gobiernos y se enfrenta con tres guerras civiles: la carlista (1872-1876), la de Cuba, en su primera fase (1868-1878), y la cantonalista.

¿Cuál es la postura de la República ante el «cuarto poder»?

Contrariamente a lo que pudiera esperarse, su posición no es liberalizadora. Es más, promulga una serie de medidas draconianas con miras a limitar la libertad de la Prensa. Esta política restrictiva obedecía a la necesidad de proteger a la virgen y frágil República de cualquier acto sedicioso justamente en un momento en que el Gobierno se veía acosado por una extensa gama de problemas nacionales e internacionales. La primera víctima del decreto del 6 de septiembre de 1874 lo será la Prensa carlista que queda ahora temporalmente suprimida. No deja de ser irónico, considerando sus antecedentes, que fuese Emilio Castelar en calidad de Presidente, el que rubricara dichas leyes.

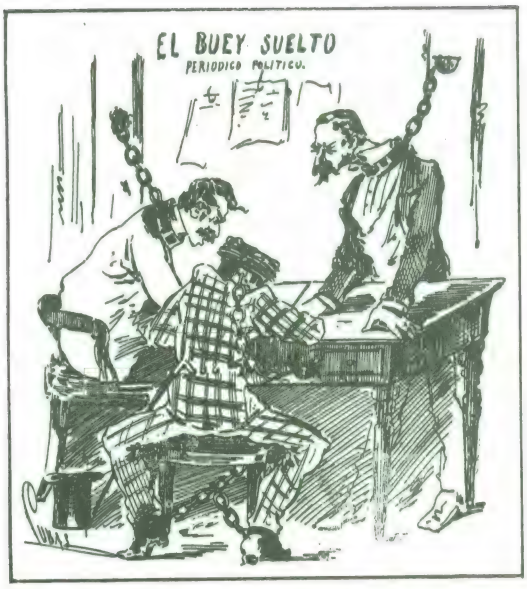
Esta tendencia a coartar la Prensa es reforzada, al derrumbe de la República, por el general Serrano y responde a las mismas razones aducidas por sus predecesores, o sea, la imperiosa necesidad de proteger la endeble estructura del Gobierno central.

Históricamente, estramos en un compás de espera cuyos dos rasgos más sobresalientes son la creación del Partido Fusionista, dirigido por Emilio Castelar, defensor de la Constitución de 1869 (sin su artículo 33, que estipulaba el carácter monárquico del Gobierno) y que transmite su ideario en las páginas de **La Discusión** y, en segundo lugar, los esfuerzos de Cánovas del Castillo por reinstaurar la monarquía borbónica bajo el joven Alfonso XII.

Establecido el Ministerio-Regencia con Cánovas del Castillo al timón, se repite o mejor dicho, se continúa restringiendo a la Prensa: censura previa; jurisdicción especial para los delitos cometidos por medio de la imprenta, etc. A raíz de estas medidas son suspendidos **El Imparcial, El Pueblo** y **La Iberia** [7]. Pero

[7] *En el preámbulo del decreto del 29 de enero de 1875 se declaraba: «El Gobierno, conforme con sus antecesores en que es necesario restringir el círculo de acción de la prensa periódica mientras duran las actuales circunstancias, viene a favorecerla, sin embargo, determinando de una manera clara y precisa la órbita en que puede moverse con independencia».* **Bases documentales de la España contemporánea. Restauración y Desastre**, *Vol. IV (Madrid: Guadiana, 1972), pág. 52.*

En base al famoso cuadro de Gisbert sobre el ajusticiamiento de los Comuneros de Castilla, «El Solfeo» vio así el fin de las libertades políticas y de pensamiento (la de Prensa, en primer término) dentro de la España de la Restauración.



Censura previa, jurisdicción especial para los «delitos cometidos por medio de la imprenta», suspensión de publicaciones..., el régimen canovista reprime fuertemente a la Prensa, aun cuando más tarde iniciase una cierta liberalización. (Sobre estas líneas, dibujo alusivo de «El Buey Suelto»).

Cánovas del Castillo, hombre de innegable agudeza política, se percata de la importancia de mantener buenas relaciones con el cuarto Poder. Declara en este sentido Melchor Fernández Almagro:

«Como instrumento de propaganda, realmente eficacísimo, la Prensa es atendida por Cánovas con especial interés y la ayuda económica del partido alfonsino se aplica con preferencia a los periódicos de Madrid [8].»

Durante estos años, **La Epoca** y **El Tiempo** se convertirán en paladines de la Restauración mientras que **El Imparcial**, de nuevo en circulación, llevara a cabo una campaña de oposición al partido conservador de Cánovas.

Al igual que en ocasiones anteriores, el Gobierno, en este caso la Restauración, consolidado ya en el Poder, opta por aflojar su control sobre la Prensa, principalmente los diarios. España tiene entonces una población de dieciséis millones de habitantes, de los cuales las tres cuartas partes son analfabetos. En Madrid, el público lector es el más numeroso del país, de ahí que se pase de veintinueve diarios en 1874 a treinta y seis en 1879, repartidos en dieciséis matutinos y veinticuatro vespertinos [9]. Es precisamente durante este tiempo en que crece la fama y reputación de **El Imparcial** cuya tirada diaria llega a ser de ochenta mil ejemplares, un auténtico record [10]. La trascendencia de este periódico es tal, que en cierta ocasión le pregunta un reportero a Sagasta:

—¿Qué hay de nuevo, señor Presidente?

—No sé nada, respondió don Práxedes. **Todavía no he leído** *El Imparcial.*

La conclusión de la guerra carlista (en 1879) así como de la «guerra de los diez años» (1868-1878) de Cuba, proporciona al Poder y a los españoles un respiro doméstico propicio para la revigorización de la Prensa de todos los matices políticos [11]. La Constitución de 1876 institucionaliza una mayor libertad de acción para la Prensa, salvo ciertos temas que siguen siendo «intocables»: prohibición de noticias falsas; insultos al rey; fomento de actos «subversivos» y otros por el estilo. Esta política tolerante de los conservadores en materia de Prensa es mantenida por los liberales y manifestada en los decretos del 14 de febrero de 1881 y el del 26 de junio de 1888.

[8] *Melchor Fernández Almagro,* **Historia política de la España contemporánea 1868-1885,** *Vol. I (Madrid: Alianza Editorial, 1969), pág. 239.*

[9] *Gómez Aparicio, op. cit., pág. 249.*

[10] *Se recomienda la interesante lectura del libro de Manuel Ortega y Gasset,* **El Imparcial. Biografía de un gran periódico español** *(Zaragoza: Librería General, 1956).*

[11] *En la Prensa de aquella época había para todos los gustos. Por ejemplo,* **La Epoca; El Diario español** *y* **El Siglo** *representaban al sector liberal-conservador;* **El Siglo futuro** *y* **La Fe** *eran de orientación carlista;* **La Correspondencia de España** *y* **El Popular** *se consideraban independientes;* **El Mundo político** *y* **El pabellón nacional** *encajan dentro de la línea de los moderados y, finalmente,* **La Iberia** *y* **La Mañana** *se conceptuaban «Constitucionales». Gómez Aparicio,* **op. cit.,** *pág. 264. Sobre el tema en general del periodismo español, recomiendo la lectura del libro de Antonio Espina,* **El Cuarto poder** *(Madrid: Aguilar, 1960), y el de Augusto Martínez Olmedilla,* **Periódicos de Madrid** *(Madrid: Editorial Aumarol, 1956).*

Práxedes Mateo Sagasta, que abriría de forma considerable los márgenes de la libertad de expresión. Los decretos del 14 de febrero de 1881 y del 26 de junio de 1888 dieron un cierto respiro a los periodistas, surgiendo la oportunidad de una Prensa obrera.

HERALDO DE MADRID

AÑO VII.—NÚM. 1968. Oficinas, talleres, Barcelonera, 13. Jueves 19 de Marzo de 1896 Salida en la calle de Sevilla. TRES EDICIONES DIARIAS

Fusiles, no reformas

Es evidente que en ciertos elementos políticos de Cuba y de la Península reina el deseo de aprovechar las circunstancias á favor de soluciones que al país no sorprendan tanto cómo por asegura.

De ahí la delirio sufrir la oposición á los planes que llevaba el general Weyler en cuanto al modo de hacer la guerra; de ahí el entusiasmo para los acontecimientos ocurrentes que han causado visible contrariedad al general en jefe, y de ahí, finalmente, la idea que se trata de instituir en el sepulcro político sobre la ineficacia de todos los esfuerzos militares, quien quiera que sea el que mande en Cuba, sincómo no nos dedicamos á considerar aquella insurrección como problema puramente político.

Aunque tendería no se dice con frecuencia, insistimos ya de un modo bastante claro que los sacrificios y esfuerzos que la nación está realizando vendrán á ser punto menos que perdidos para la obra pacificadora, porque lo que hacemos se sabe: ríos de oro y de sangre á un ultimo que sólo puede conducir con reformas y concesiones. Entre los que así hablan, menos que hay quien tiene la osadía de decir que la España ha de salvar á España de la ruina. Mas por su espíritu incomprensible, no quiere decir á estimar sino cuando hayan perecido en aquello europeo la flor de la juventud nacional y quedáramos en la guerra nuestra última moneda de cinco céntimos.

A decir verdad, nos causa asombro mucho de la gran crimen y llamos ancra de la materia. En algunos momentos, hasta dudamos del testimonio de nuestros sentidos. Pero no podemos evitarlos: á la reflexión, creemos que se llegado al caso de chocar resultantes entre las constituyen y de tenerlas en mitad de la plaza pública, de suerte que la opinión ambo de salvar lo que pienso y quiere con respecto á Cuba sólo que de los que aspiran á gobierla, cuando no á sentar al poder experimental en ella.

Nuestro pensamiento, que no pretende, no llegar á las alta de las columnas del Heraldo, se hará concreto. La frasqueza con que los expusimos desde el primer día y la constancia con que luego hemos vuelto sostenidoslo, nos dan derecho á interpretar á los demás y á poder igual amortiguó en la opinión de todos las opiniones.

Creemos nosotros que la insurrección de Cuba no puede constituir un problema político aún para la Península, pero cuando lo fuera, no podría ser hoy ni en otro mes que un problema militar, y ocpa solo esta corresponden procedimientos y medidas militares, en la medida propia de tal, es que sólo diríatle si el bonzo llegado á esta medida, á si es conveniente ó no de ello.

El general Martínez Campos fué á la isla enviado de las mismas líneas que ahora reciben á levantarle cuando entre aquellos. Pretende, una política de benevolencia y de benignidad, ó fuó todo ello de convicción, no sería que hasta llegó á ganarse con las insurrectos aquella misión, cuando vuelo en tanto que de Madrid, aquellos políticos, en las autoridades, llegó en la reformistas, en las autoconstituyentes difícil, no hubo medio de ganarse que se quedó en luego y á los dos meses tuvo que ceder ante la insurrección, que, cada vez más, la insurrección incrementó, desbordándose el número, en dada vez más, la insurrección de Hispania y pues menos que perdida la isla.

Es además al este llegó algún día, horroso de la manera la los españoles. Por esto hoy, mensaje en la de mal de los rebeldes no aplicado á la guerra, sólo constituyente al revuelta, las riquezas propias de una Isla nuestra, gente que llamaba, armas y mejores á manuscrito. El Rey como del general Martínez Campos debería permanecido aun á los más horrosos de que por no dolerse al ha de lagrimas cada.

¿Es que hay temer á constituir nuevos enemigos para Cuba? Pues si la dignidad nacional tolera que los Estados Unidos sean quien nos tomen al mandamos de aquella Isla, y que el general Weyler en aquella española, si sus peligro, engañándose por la codicia, manifiesta lado en ello, ó, cuando impuesto el régimen de terrorista, ó cuando, por el general Martínez Campos, se decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

¿Es, como algunos dicen, á ganarlos entre nosotros, que el espíritu de las poblaciones cubanas, al espíritu de la gente insurrecto opone sin gran rapidez? ¿Es acaso de la política militar de la que? Guerra, no, en ese caso, que separó de qué ciudadanos y de qué poblaciones se trata. Pues si son los que difícilmente en cifra á España, los que simpatizan con los rebeldes, los que ofrecen de sacrificarse y de gastar y de abandonarse á la insurrección, si, en ese caso, que decrecieron vaticinando á mostrarnos debilidad y consolidaron nuestro número de muchos en nuestro derecho á ser nuevos enemigos en nuestro Cuba?

Primera página de «Heraldo de Madrid» del 19 de marzo de 1896. En la columna inicial de la izquierda vemos el artículo de fondo «Fusiles, no reformas» donde, llevado de su postura belicista y nacionalista, el diario abogaba por una victoria total armada sobre los insurrectos cubanos.

El turno de los dos partidos en el Poder fomenta, de hecho, una cierta arrogancia con relación al resto de los minipartidos y sus respectivos portavoces en la Prensa [12]. El particularismo de ésta impide todo intento de crear un frente ideológico común en contra de Cánovas y Sagasta. El periódico relevo de uno por el otro significa muy poco y de ello se hace eco la Prensa. Cito a continuación parte de un artículo publicado en **La Epoca** el 7 de febrero de 1881, con motivo de la subida de Sagasta al Poder:

«La entrada en el Poder de la izquierda no es ni puede ser un cambio radical, porque la izquierda no es un partido radical, ni por las tradiciones que defiende ni por las ilustres personalidades que lo dirigen... [13]»

La muerte de Alfonso XII el 25 de noviembre de 1885, junto con la reanudación de la guerra en Cuba y el creciente malestar nacional, enturbia el panorama y proporciona materia prima a la Prensa. La fragmentación política a que aludí anteriormente se hace patente y se intensifica en estos años finiseculares. Sus componentes son los siguientes: escisión de los carlistas en dos bandos, uno leal al Duque de Madrid capitaneado por **El Correo Nacional** y el otro dirigido por el intransigente Ramón Nocedal al frente de **El Siglo Futuro;** división de los conservadores, encabezado un grupo por Romero Robledo desde las páginas de **El Nacional** y el otro por Francisco Silvela y su órgano, **El Tiempo;** reactivación de los antiguos republicanos y, por último, gestación del socialismo. Leer los periódicos y revistas de esos años es ejercicio sumamente útil, pues en aquel extenso abanico de criterios e idearios socio-políticos vemos una penetrante radiografía de la sociedad española.

Sin duda, el tema más candente durante el decenio de 1890 a 1900 es el colonial y, en particular, la guerra de Cuba. Tanto Cánovas como Sagasta comparten idéntico parecer: retener las posesiones de Ultramar a toda costa. Esta actitud, nada realista por cierto, recibe el

[12] *Valgan estas líneas para documentar el aserto: «El buen burgués entusiasta de Cánovas, que leía en* **La Epoca**, *sólo accesible por su precio a los pudientes, noticias de sociedad y comentarios a las cotizaciones de Bolsa, engolfábase después con devota fruición en el artículo de fondo, eco del pensamiento del jefe y juzgando indefectible la próxima mudanza pública, dormíase tranquilo. El gran público, en cambio, no compraba ni casi conocía sino la Prensa de la izquierda, liberal o republicana desde* **El Imparcial**, *entonado y dogmático, hasta* **Las Dominicales**, *desgarradas y agresivas. Los diarios y semanarios carlistas e integristas y los ya mentados periódicos,* **El Diario español** *y* **El Resumen**, *aunque hostiles a los liberales, no se aplicaban ciertamente a desvanecer prevenciones generalizadas con injusticia contra el partido conservador, y si algún amigo de Cánovas como el propietario de* **El Estandarte** *acometía la empresa, salíanle pronto al paso subvencionados por el "fondo de reptiles"'...». Fernández Almagro, Vol. I, pág. 71.*

[13] *Gómez Aparicio,* **op. cit.**, *pág. 367.*

apoyo casi incondicional de la Prensa salvo raras excepciones como **La Revista Blanca**, de orientación anarquista y férrea en su apoyo a la libertad y autonomía de dichas colonias.

Es penoso constatar que incluso **El Imparcial**, generalmente mesurado en sus comentarios editoriales, coincide con este criterio belicista y nacionalista, superado únicamente por algunos como **Heraldo de Madrid** que, en un artículo de fondo del 19 de marzo de 1896, titulado sucintamente, «Fusiles, no reformas», abogaba por una victoria total sobre los insurrectos. Creo revelador incluir esta poesía, «¡Guerra a la Prensa!», publicada en **El Cocinero**, revista satírica de Cádiz, el 30 de septiembre de 1898, y que documenta el sentido de culpabilidad colectiva ya presente entonces referente al papel del cuarto poder:

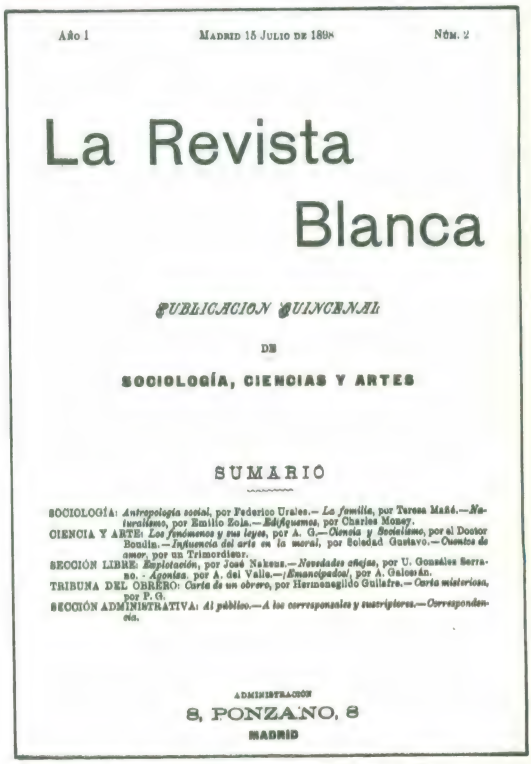
«De las muchas desgracias que la patria
sufre en la actualidad
y ha sufrido en los años anteriores
y en los próximos sufrirá,
nadie tiene la culpa
como ustedes sabrán.

Esto dice, a lo menos
todo ministro y todo general;
pero como es forzoso que la culpa
a algo se le ha de echar,
han acordado echársela a la Prensa.
¡La prensa es la que trajo todo el mal!
¿Decías que cómo trajo el mal la Prensa?
Pues diciendo mentiras... claro está!
Con que ya estamos todos enterados
del por qué en los combates por la mar
nuestros barcos quedaron destruidos,
y del por qué capituló Toral,
y del por qué se pierden las colonias
como ya se ha perdido... lo demás.

¡Por causa de la Prensa
que ha mentido de un modo colosal!
Pero, hombre, digo yo: siempre la Prensa
ha mentido?... Pues es particular
que jamás haya dicho nada cierto
gastando en informarse un dineral...
Ese odio que le tienen a la Prensa
los que por ella en el Poder están,
no debe ser porque propala embustes,
pues si miente, la dejan circular
y si dice lo cierto, la amordazan,
luego es porque propala la verdad» [14].

Enjuiciado históricamente, hay que concluir que la Prensa actuó en forma irresponsable contribuyendo poderosamente al falso triunfalismo popular y, en última instancia, al desengaño nacional después de la derrota. Excepcional ejemplo de seriedad y objetividad profesional es el de José Canalejas, singular porque fue el único político-periodista que formuló sus opiniones viajando a Cuba y a Puerto Rico con el fin de documentar sobre el terreno la realidad de la situación, para llegar a la conclusión —que para muchos rayaba en la traición— de que era preciso conceder plena autonomía a las dos islas. La reacción gubernamental no se hizo esperar y consistió en secuestrar sus artículos antes de que fueran publicados.

En suma: la calidad, cantidad y eficacia de la Prensa durante el período estudiado depende de dos factores: la responsabilidad de sus directores y el control que recibe del Gobierno, reduciendo o ampliando el ámbito de sus actividades. Su excesiva politización y, por consiguiente, estrechez de miras de sus redactores, junto con la vigilancia a que es sometida por el Poder, merma considerablemente el papel que pudo haber desempeñado. A pesar de estos obstáculos, la Prensa española, concretamente la madrileña, despliega una pujanza realmente impresionante y es en todo momento fiel espejo de los infortunios que azotan a España ■ **C. G. B.**



Año I — Madrid 15 Julio de 1898 — Núm. 2

La Revista Blanca

PUBLICACION QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *Antropología social*, por Federico Urales.— *La familia*, por Teresa Mañé.—*Naturalismo*, por Emilio Zola.— *Edificemos*, por Charles Money.
CIENCIA Y ARTE: *Los fenómenos y sus leyes*, por A. G.—*Ciencia y Socialismo*, por el Doctor Boulin.—*Influencia del arte en la moral*, por Soledad Gustavo.—*Cuentos de amor*, por un Trimordieor.
SECCIÓN LIBRE: *Espiritación*, por José Nakens.—*Novedades añejas*, por U. Gonzáles Serrano. - *Agonías*, por A. del Valle.—*¡Emancipados!*, por A. Galomán.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Carta de un obrero*, por Hermenegildo Guilafre.— *Carta misteriosa*, por P. G.
SECCIÓN ADMINISTRATIVA: *Al público*.—*A los corresponsales y suscriptores*.—*Correspondencia*.

ADMINISTRACIÓN
8, PONZANO, 8
MADRID

El criterio de retener las posesiones españolas en Ultramar a toda costa, recibía el apoyo casi incondicional de la Prensa de nuestro país. Salvándose de esta lamentable unanimidad, «La Revista Blanca» —de orientación anarquista— defendió férreamente la libertad y autonomía de dichas colonias.

[14] *Manuel del Río y García, «¡Guerra a la Prensa!»*, **El Cocinero**, *Cádiz (30 septiembre 1898), pág. 1.*

Los cantes mineros

-Apuntes para su intrahistoria-

Félix Grande

A mediados del siglo XVIII, el jesuita Alonso de Amaya escribía desde Valladolid una carta al Padre Rafael Pereyra: «De aquí han salido algunos oidores para hacer prender a todos los gitanos de la Tierra...». (Foto: Rafael Barabajero).

«Los mineros salieron de la mina remontando sus ruinas venideras (...) saben bajar mirando para arriba, saben subir mirando para abajo (...). ¡Salud, oh creadores de la profundidad!»

César Vallejo

EL año 1944 la Editorial Andalucía publica el libro **Gitanos de Granada.** Su autor, académico correspondiente de la Historia y cronista oficial de Granada y su provincia, se llama Cándido G. Ortiz de Villajos. Leyendo ciertas partes de su libro advertimos que don Cándido es una

de las plumas más injustamente olvidadas por la historia del humorismo contemporáneo. Que el capítulo segundo de su libro se llame paladinamente «En España no hubo persecución contra los gitanos» es algo de lo que no podemos culpar al cargo de su autor en la Academia de la Historia y de lo que acaso tampoco sea responsable la candidez que proclama el nombre de nuestro escribiente. Me inclino, pues, por suponerle al dicho cronista oficial de Granada unas casi escalofriantes dotes para la producción de humor negro. Véanse como prueba los siguientes párrafos de don Cándido, en los cuales muestra también algunas peculiares dotes de antropólogo: «Desde un principio, inflamados nuestros reyes y su pueblo con ese fuego divino que hace arder la fe católica en el pensamiento y en el sentimiento españoles, y que en Trento había de dar sus más brillantes llamaradas, nunca consideraron a estas gentes [los gitanos] como pertenecientes a una raza maldita. Eran hombres, como todos, dignos de salvarse». «Por otra parte [agrega don Cándido, por otra parte], conviene hacer notar que no debe hablarse de persecución contra la raza gitana en España. Nunca la hubo ni, contra las interpretaciones que privan en algunos sectores literarios de ahora, se la consideró 'raza maldita'. Nunca los monarcas españoles legislaron contra ellos, sino contra sus costumbres y vicios, de una paganía manifiesta e infame, que les hacía grandemente perniciosos para la república, contrarios al sentimiento religioso español y perjudiciales, en suma, al buen gobierno de la nación». «No influyó poco [prosigue el señor de Villajos], cierto es, en la regia benevolencia y el tácito consentimiento popular la falta en los gitanos de creencias religiosas propias y su fácil adaptación al credo ajeno, aun cuando se reservasen para la intimidad de la tribu la práctica de supersticiosas ceremonias y extravagantes ritos». Refutar esas líneas, en el supuesto de que les concediésemos el haber sido compuestas en serio, cosa que cuesta mucho conceder, sería una pérdida de tiempo. Los bosques se van agotando, el papel sube de precio, las importaciones desnivelan la balanza de pagos, y los escritores tenemos que ir acostumbrándonos a no ocupar espacio con páginas innecesarias. Si me dispusiera a refutar opiniones tan vertiginosamente heridas de muerte sentiría que cometo un insulto contra el trabajo de los linotipistas. Me limitaré a reproducir unas frases de Antonio Valladares y del Padre Alonso de Amaya, y no tanto con ánimo de ridiculizar a don Cándido —que no lo necesita—

«Va por diez años, que es como muerte civil», escribió sobre la pena de galeras Cervantes.

cuanto porque con ello entramos, tal vez, en el resvaladizo terreno del origen de ciertas peculiaridades expresivas particularmente dramáticas de los cantos mineros.

En 1639 Valladares firma un texto en el que sobresalen las líneas siguientes: «Segunda órden y apretadísima ha salido para que á un mismo tiempo se prendan todos los Gitanos de España. Lo que se pretende es, que sirvan en las galeras, donde hay gran falta de galeotes, y remeros, y en todos los lugares hacen mucha sobra esta infame raza, pues sólo sirven de espías, ladrones y embusteros». Del mismo Valladares: «Cierro los avisos de este año con el pregón que se dio de que los Gitanos y esclavos los toma el Rey para las galeras. Dióse en un mismo día en todos los Reynos de Castilla. Grandes novedades nos promete el año de 40: Dios nos dé paz, que será la mayor y más útil». Hacia las mismas fechas el jesuita Alonso de Amaya, desde Valladolid, escribía en carta al P. Rafael Pereyra, residente en Sevilla: «De aquí han salido algunos oidores para hacer prender á todos los gitanos de la Tierra y que sirvan en galeras y también para que los que están sentenciados á muerte se les conmute la pena en galeras perpetuas». Lo que contienen de común los párrafos de Valladares y el del jesuita Alonso de Amaya es la mención de las galeras como destino frecuente de los gitanos, y sabemos que ya venían siendo enviados a galeras desde muchos años atrás *. Es muy posible que cuando en 1540 el Puerto de Santa María se constituyó en la primera Capitanía General del Mar Océano y en base naval en que recalaban las galeras del reino, entre las primeras remesas de galeotes hubiesen ya gitanos. Con toda seguridad, en 1559 ya había gitanos en la base de galeras del Puerto. Esa fecha, decisiva en la historia del poderío de los Fúcares, banqueros de Felipe II, es importante para nuestro rastreo. Iniciémoslo aquí.

A una investigación efectuada por el poeta Germán Bleiberg y al excelente uso que de ella hiciera con posterioridad un inteligente flamencólogo que semianónima y modestamente se firma «Wenceslao» debemos un importantísimo descubrimiento sobre la inesperada antigüedad de la relación entre los romances o corridos y los gita-

** Sobre la pena de galeras llegó a escribir Cervantes: «Va por diez años, que es como muerte civil». Tan cierto es esto que, como hemos visto, la pena de galeras podía suplir a la pena de muerte. Las leyes de la época, que castigaban con la muerte a los salteadores de caminos, solían conmutar dicha pena por la de galeras, por diez años o por tiempo perpetuo (aunque, por supuesto, muchos galeotes, incluso jóvenes, morían antes de alcanzar a cumplir una condena de diez años en tales naves). Es presumible que muchos gitanos fueran condenados a galeras a causa de los delitos máximos por los que entonces se llevaba a los delincuentes a esta «muerte civil». Es indudable que muchos gitanos fueron llevados a galeras por delitos menores e incluso por su mera autorreivindicación racial, esto es, simplemente por ser gitanos: por no adoptar oficios payos, por usar su lenguaje y sus vestidos y por no servir a Señores. Las pragmáticas que condenan a galeras a los gitanos fueron abundantes: Carlos I y Doña Juana. en Toledo y en 1539; Felipe II, en Toledo, y el 11 de septiembre de 1560; Felipe III el 28 de junio de 1619; Felipe IV el 8 de mayo de 1633; Carlos II el 20 de noviembre de 1692 y el 12 de junio de 1695; Felipe V en enero y en mayo de 1717...*

La pena de galeras podía suplir a la de muerte, no necesariamente con ventaja: la muerte de forzados jóvenes en pocos años era corriente.

nos, que es como decir sobre la prehistoria del flamenco. Se trata de dos textos (el de Bleiberg, de tipo histórico; el de Wenceslao, un tejido de relaciones entre diversos datos refundidos con un olfato escepcional) que parecen probar, o al menos insinuar con notable vigor, el tránsito de viejos romances andaluces —o gitanoandaluces— a las formas primigenias de las tonás. La flamencología no se encuentra aún en disposición de seguir el rastreo de ese desplazamiento, pero sí debemos aquí resumir conjuntamente las investigaciones de Bleiberg y de Wenceslao, no sin dejar establecida nuestra opinión de que ambos han facilitado, el primero sin pretenderlo, el segundo con plena conciencia de la importancia del material que manejaba, una inestimable plataforma para ulteriores indagaciones sobre el controvertido origen de los cantes. El resumen de ambos trabajos nos proporciona el resultado que a continuación anotamos. Como hemos señalado más arriba, la base naval para las galeras reales de España estuvo situada desde 1540 en el Puerto de Santa María. Allí iban, pues, entre otros castigados por la justicia, los gitanos condenados a «servir» en galeras. En el año 1559 los Fúcares eran los concesionarios de las minas de Almadén y, por falta de mano de obra, solicitaron del rey permiso para trasladar galeotes a las minas durante todo el tiempo que durase la condena a que tales galeotes hubieran sido castigados. Felipe II respondió afirmativamente a esta petición de los Fúcares. No importa aquí y ahora insistir en lo que de manipulación de las leyes significaba este trasiego de condenados, ni tiene gran sentido preguntarnos qué significaban esas vidas tan manipuladas para ese monopolio formado por el reino y los poderosos. No es que sea cuestión lateral: es simplemente ociosa. El hecho es que años después de esa concesión de Felipe II a los Fúcares comienzan a circular noticias de los horribles tratos que reciben en aquellas minas de Almadén los trabajadores, tanto los procedentes de las galeras del Puerto como, en general, todos los mineros de la zona. Ese rumor sobre los malos tratos de los capataces contra los mineros hizo que las autoridades se viesen forzadas a enviar a un juez visitador para informar sobre la presunta veracidad de tales crueldades. El visitador oficial llegó a ser nada menos que uno de los creadores de la novela picaresca, el apesadumbrado autor del **Guzmán de Alfarache:** Mateo Alemán. El cual, tras interrogar a los condenados, escribiría una llamada **Información secreta** (todavía inédita, excepto en lo que atañe a los párrafos que Bleiberg ha dado a la publicidad). En ella se indica que los galeotes se cubren con «Un vestido en cada un año que son unos calzones, una ropilla, **una caperuza de paño colorado.** Y prosigue:

Felipe II consintió a sus banqueros, los Fúcares, que usasen galeotes para trabajar en las minas de azogue de Almadén.

«Habrá dos años que salió de la dicha fábrica un veedor que había en ella que se llamaba Miguel Rodríguez, que era muy riguroso con los forzados y les daba trabajo demasiado y más de lo ordinario, de manera que casi no los dejaba dormir ni reposar de noche ni de día, porque siendo obligados conforme a la costumbre que se tiene a trabajar dichos forzados de sol a sol, el dicho Miguel Rodríguez, cuando de noche salían los dichos forzados del trabajo, los hacía volver luego, sin darles lugar a que descansasen ni reposasen, a entrar en el dicho pozo y mina, y que anduviesen en el torno y sacasen agua, que es el mayor trabajo que hay en la mina, donde los hacía trabajar toda la noche y castigaba con mucho rigor a los forzados atándoles a la ley de Bayona y, desatacados, con un manojo de

El autor del Guzmán de Alfarache, **Mateo Alemán (en el grabado) redactó una «Información secreta» donde narra el trato sanguinario a que eran sometidos los mineros de Almadén a mediados del siglo XVI. Debemos el descubrimiento de ese texto al poeta Germán Bleiberg.**

mimbres los azotaba cruelmente dándoles muchos azotes hasta que se quebraban los mimbres y solía remudar dos o tres manojos de ellos hasta que se quebraban todos». «Y asimismo, otro capataz que se llama Luis Sánchez, el cual trataba a los dichos forzados con mucho rigor y los metía en los tornos del agua. Y el forzado que se cansaba antes de cumplir su tarea y acabar de sacar trescientos zaques de agua, lo sacaba dicho Luis Sánchez fuera de la mina y lo hacía desatacar y con un manojo de mimbres lo azotaba cruelmente hasta que se quebraba, y remudaba dos o tres manojos y les hacía saltar la sangre, que iba chorreando por el suelo». «Otro forzado dice sobre Miguel Brete, un capataz: en el tiempo que fue veedor andaba con un bastón en la mano, que por fuerza y dándoles palos con el dicho bastón hacía entrar a los forzados en el horno, estando abrasando, a sacar las ollas, y que del dicho horno salían quemados y se les pegaban los pellejos de las manos a las ollas y las suelas de los zapatos se quedaban en el dicho horno y las orejas se les arrugaban hacia arriba del dicho fuego y que de la dicha ocasión habían muerto veinticuatro o veinticinco forzados».

Que entre aquellos galeotes del Puerto llevados a la mina hubiera gitanos es algo de lo que no cabe dudar. Existe un romance corrido que el propio Wenceslao pudo escuchar completo en 1960, con «música muy parecida a la de las tonás y martinetes, que sólo he hallado entre los gitanos portuenses», y que Wenceslao entregó a Antonio Mairena con ocasión del disco que éste grabara con el nombre de **Cantes de Cádiz y los Puertos.** La letra de aquel corrido, sobre la que en seguida acumularemos una elocuente coincidencia con base en un famoso trabajo de **Demófilo,** dice textualmente:

«Los gitanillos del Puerto
fueron los más desgraciaos,
que a las minas del azogue
se los llevan sentenciaos.
Y al otro día siguiente
les pusieron una gorra,
con alpargatas de esparto,
que el sentimiento m'ajoga.
Y al otro día siguiente
les pusieron un maestro
que a to el que no andaba [listo
de un palo lo echaba al suelo.
Los gitanitos del Puerto
fueron los más desgraciaos,
que se pueden comparar
a los que están enterraos».

No es verosímil que alguien no gitano haya compuesto ese corrido y es también poco verosímil que no fuera compuesto (por alguno de los forzados o por sus familiares; esto, en definitiva, es cuestión lateral conociendo el prieto sentido que para el gitano tiene la vida familiar) en la fecha de los acontecimientos que narra (finales del siglo XVI); en todo caso, su redacción no sería muy posterior; todo lo más tarde, a principios del siglo XVII. Si quedase alguna duda sobre la procedencia gitana de ese corrido nacido de sus vivencias en las minas, el propio Mateo Alemán la amortigua en su **Información Secreta:** en ese texto, Alemán indica que al galeote se le cubría con «un vestido en cada un año que son unos calzones,

una ropilla, una caperuza de paño colorado...». Es la caperuza del romance: «Y al otro día siguiente / les pusieron **una gorra**...». De todos estos datos cabe deducir una conclusión, o al menos una hipótesis férrea, y una sospecha. La hipótesis: el embrión del cante gitanoandaluz, y puesto que, como casi todos imaginamos, es el corrido, debió de comenzar a articularse **a finales del XVI o principios del XVII;** posiblemente, desde el corrido, tan lejano, hasta la toná, que no aparece sino a mitad del XVIII, la forma o formas musicales del corrido habrían hecho un lento tránsito hasta llegar a las tonás. Pero, además, no podemos estar seguros de que la toná fuera creada en su forma definitiva simultáneamente o muy poco antes de la fecha de su aparición. Es lícito pensar que, como muchas veces se ha dicho, la toná conocida a fines del XVIII existiese, sin embargo, desde bastante tiempo atrás, de manera ritual y escondida. A esta deducción acude también el socorro de un dato: Cuando en 1881 **Demófilo** publica su fundacional **Colección de cantes flamencos,** en la sección de martinetes (y tengamos presente que al martinete se le puede llamar toná fragüera) incluye dos coplas que, **sin ninguna duda,** proceden del romance compuesto sobre Almadén, los Fúcares, Felipe II, los forzados: en fin, del romance compuesto a finales del XVI o muy poco después; una de esas dos coplas reproduce literalmente los cuatro últimos versos del romance:

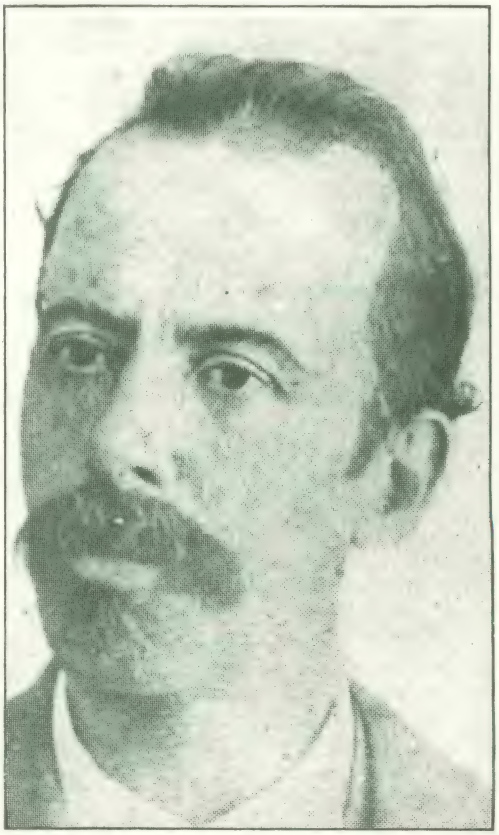
«Los jitanitos der Puerto
fueron los más esgrasiaos,
que se pueen compará
con los que están enterraos».

El otro martinete que recoge Machado y Alvarez conlleva una variante que lo hace más enigmático y, quizá por lo mismo, más incisivo:

«Los jitanitos der Puerto
y también los de Jerés.
¡Dichosos serán los ojos
que los gorberán a vé!».

De todo lo cual se deduce que la procedencia de la toná es, casi con toda seguridad, el corrido; que la toná bien pudo existir mucho antes de su aparición semipública, y que la raíz geográfica del flamenco ofrece ya muy pocas dudas: la Baja Andalucía. Por añadidura, al advertir las formas en que se concatenan estos datos, nos importa también resaltar cómo la memoria, en este y en tantos otros casos, está presente de un modo pertinaz, casi obsesivo, en la creación y en la conservación del cante.

Ahora bien: todos estos hechos, o, si queremos usar una expresión más cautelosa, toda esta concatenación de datos, de encuentros, de semejanzas, ¿qué relación puede guardar con los cantes de minas —la taranta, el taranto, la minera, la cartagenera—, cuyas formas hoy conocidas no se remontan más atrás de la segunda mitad del XIX? Ya es sabido que en el proceso de decantación y despliegue formal de los cantes mineros intervinieron cantaores gitanos, en particular Manuel Torre y Pastora, aunque también, y acaso de manera más decisiva o motivando una mayor variedad melódica, habían de intervenir cantaores payos, muy especialmente Antonio Grau Mora, conocido por la fama como **Rojo el Alpargatero** y nacido en 1847, según Blas Vega en Villena (Alicante) y según Pemartín en Cartagena (Murcia); más tarde, Antonio Chacón, invitado por el Rojo hacia 1896, viajaría a La Unión, donde descubriría la maestría del Rojo en la interpretación de



Don Antonio Machado y Alvarez, Demófilo. **En su** Colección de Cantes Flamencos **(1881) aparece parte de un romance que quizá fuera compuesto en el Puerto de Santa María a finales del siglo XVI.**

los cantes mineros, maestría que el propio Chacón habría de asimilar y, probablemente, acrecentar. Pero Chacón, Torre, Rojo, Pastora, Escacena (otro de los grandes intérpretes de los cantes mineros) son nombres cercanos. Con ellos y con documentos de finales del XIX y principios del XX se perfilan los cantes de las minas en su etapa de empuje y enriquecimiento formal. Esa etapa no sufre, pues, de demasiadas dudas. Pero en cuanto a los orígenes de esos cantes lo que sucede es muy distinto. Como tantas veces en el tema de los orígenes del flamenco, los orígenes de los cantes de minas, en particular, suscitan contradicciones, interpretaciones divergentes o complementarias, conclusiones heterogéneas. Veámoslo.

Para Caballero Bonald, el más antiguo de los cantes mineros, y desgrajado del fandango del Levante andaluz, sería la taranta (el nombre procedería de la denominación que se da a los habitantes oriundos de Almería: **tarantos)** y habría llegado a Jaén, Murcia y La Mancha con la mano de obra inmigrante que reclamara y absorbiera la explotación de las minas en el XIX. De las tarantas —siempre según Caballero Bonald— se desgajarían los tarantos, las mineras y las cartageneras. Para Molina y Mairena, las tarantas y los tarantos son también de origen almeriense, aunque ellos entienden que el taranto tiene «más íntima relación (...) con dicha provincia andaluza» que la taranta, de donde parece desprenderse que consideran al taranto anterior a la taranta o, simplemente, dueño de una forma más esencial que la de aquélla (desde luego, el taranto está sujeto a ritmo, en tanto que la taranta es más libre y, en principio, consiente un mayor juego melismático y, tal vez, un mayor peligro de mistificación); Molina y Mairena también encuentran la procedencia de la taranta y del taranto en «el fandango asimilado por Andalucía Oriental», pero, en contra de Caballero Bonald, estiman que la cartagenera «es el fandango de Cartagena. Inicialmente, una canción del folklore comarcal...». Y agregan: «Pero los trabajadores andaluces que se establecieron por aquella época allí no crearon la cartagenera (...). Su papel fue más modesto, a nuestro juicio, limitándose a transformar en flamenca a una canción regional»; finalmente, para Molina y Mairena «las mineras no son sino una modalidad poco definida de la taranta». No opina así Julián Pemartín; para él, «las mineras representan el cante propio del municipio murciano de La Unión, y acaso en sus formas más antiguas y características. Debieron de aparecer a mediados del siglo XIX, **derivados de los fandangos locales».** (Es mío el subrayado). Según Pemartín, y esta opinión está en desacuerdo con Caballero Bonald y no completamente de acuerdo con Molina y Mairena, la cartagenera no sería sino la minera misma, que cambia de nombre en su tránsito desde La Unión a Cartagena. Por lo que respecta a la taranta, Pemartín está de acuerdo con los autores ya citados en cuanto a su procedencia almeriense, aunque señala un desdoblamiento: la **taranta minera,** «de tercios cortos y angustiosos», «impregnada del ambiente fatigoso de las galerías y socavones», y la **taranta de superficie,** «de tercios más largos, menos acongojados, más libres». La opinión de José Navarro contradice a la de Pemartín en lo concerniente a la minera. Según Navarro, la minera no sería oriunda de La Unión, sino adaptada por y enriquecida en tal ciudad murciana, **pero procedente de Almería;** la taranta y el taranto serían, ambos, cantes de superficie y «por ese motivo los mineros almerienses compusieron otro para ser cantado en las profundidades, que bautizaron con el nombre de Minera». Pero este autor va mucho más lejos en lo referente a la cartagenera: según él, tanto la cartagenera como las tarantas de Totana y de Lorca (llamadas totanera y lorquina) no serían otra cosa que una triple creación de Antonio Chacón, sin mayores complicaciones geográficas, o mejor dicho, reduciendo todas las posibles complicaciones geográficas a una sola, en la que de pronto aparece el nombre de Málaga: «Lo que muchos ignoran es que esos tres cantes [escribe Navarro aludiendo a la cartagenera, la totanerra y la lorquina] son tres auténticas variedades de malagueñas 'amineradas'. Chacón hacía juegos de manos con estos cantes...»; con lo que salimos de la enredada madeja de la geografía para entrar en la enredada madeja de los creadores o de los intérpretes.

Por último, en su insustituible «Boceto para una historia del cante de las minas» José Blas Vega, aparte de recordarnos la configuración socialmente dramática en que se desarrollarían estos cantes y de anotar, también, que fue durante el reinado de Fernando VII cuando gran cantidad de mano de obra andaluza, principalmente oriunda de Granada, Jaca y Almería, acudió a las zonas mineras, escribe un párrafo que no elimina las discordias sobre los orígenes de los cantes mineros, aunque sí contiene nueva información, presumiblemente esclarecedora; hablando de la interrelación de los cantes de las minas, Blas Vega anota que en ese proceso «ejerce una influencia decisiva la antigua murciana —en su forma puramente folklórica—, aunque más bien de ornamentación que de fondo, **pues ya en la sierra de Cartagena y en los pueblos que se**

Antonio Grau Mora, Rojo el Alpargatero. Le vemos con su mujer, a finales del siglo XIX.

cobijan en su seno vibraba de antiguo un cante característico, el cante de la 'madrugá', padre de la minera y de todo el cante minero. También se produjo una simbiosis inevitable entre la taranta y el cante de la 'madrugá', **naciendo la taranta de estilo cartagenero y ese cante matriz: la cartagenera»** (son míos los subrayados).

Tal vez estas diversas interpretaciones e hipótesis sobre los orígenes de los cantes mineros no sean en ocasiones tan divergentes como lo parecen y sí complementarios. En cualquier caso, para llegar a una conclusión medianamente satisfactoria sobre tales orígenes habría que conocer, además, el origen musical de la **madrugá,** las presuntas semejanzas musicales entre los fandangos —más o menos moriscos— oriundos de Almería, Murcia, Alicante, Albacete, Ciudad Real, Jaén... y las distintas y numerosísimas modalidades de tarantas, tarantos, murcianas, mineras y cartageneras. Si la empresa es, como creo, abrumadora incluso para todo un equipo de musicólogos, para un simple aficionao al flamenco, que no quiso pasar del segundo curso de solfeo y que no consiguió ser ni un mediano acompañante por siguiriyas y tarantas, esa misma empresa ya no es abrumadora, sino descabellada.

Quedamos, pues, en que, en cuanto a las raíces de estos cantes, se escudriña entre la urdimbre de los fandangos de Almería, Murcia, Jaén, Alicante, Málaga, Albacete, Ciudad Real... Posiblemente sea cierto que los cantes de minas proceden de todo ese ya nebuloso tejido de fandangos. Pero ¿no podría suceder que alguno o algunos de los cantes mineros, en su para nosotros hoy desconocida etapa de preformación, hayan tomado prestado algo también, siquiera una mínima parte, de aquel corrido que reproduje más atrás, compuesto a finales del XVI o principios del XVII? Comprendo que esta pregunta es casi una provocación. No ignoro que entre la estructura musical de aquel corrido (o de aquellos corridos, en el supuesto de que el transcrito no fuese solitario), al parecer lleno de semejanzas con la toná y el martinete, y la estructura musical de los cantes mineros (por lo demás tan diversos en intensidad, modulaciones, formas) es difícil, si no imposible, advertir hoy correspondencias. Pero sabemos que el tiempo es un hábil prestidigitador —siempre que no carezca de conejos ocultos para sacarlos del sombrero—.

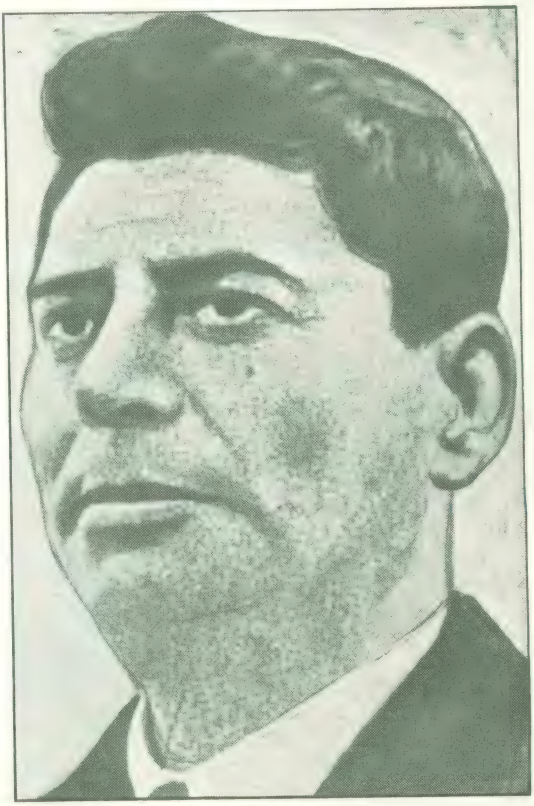
Don Antonio Chacón: los cantes mineros le deben parte de su profundidad melismática y de la extensión de sus tercios.

¿No pudo el tiempo, durante siglo y medio, deducir de aquel o aquellos corridos a los que deberíamos llamar mineros —ya que fueron sufridos y probablemente creados en las minas de Almadén—, parte del temblor y del dolor que en el XIX sustentarán a los cantes de minas? ¿No podría ser aquel corrido uno de los conejitos que saldrían por el sombrero de los cantes de minas? La escasa o nula semejanza musical entre aquel romance «amartinetado» y las actuales tarantas no es, creo, una razón definitivamente excluyente: en el flamenco, a pesar de la obstinada e integradora persistencia de las raíces, se produce una increíble movilidad. Por ejemplo: los tientos y los tanguillos son hijos de los tangos y, sin embargo, ¿qué tienen en común, aparte de su proximidad rítmica, el espíritu jubiloso de los tanguillos y el talante dolorido y solemne de los tientos? Incluso la medida de la copla es distinta para los tanguillos y para los tientos. Otro ejemplo: es indudable el parentesco espiritual entre la toná y la siguiriya, y sin embargo la estructura literaria de la toná es octosilábica, mientras que la de la siguiriya procede, aunque deformada o sobreañadida, de la estructura de la seguidilla tradicional; y con distinta métrica, toná y siguiriya le hablan al mismo lugar del corazón. Y aquí es donde quería llegar: con distinta estructura musical, aquel corrido del XVII y muchos cantes mineros del XIX le hablan al mismo lugar del corazón. Y desde el mismo sitio: la mina. Y con palabras de un idéntico ser: el minero injuriado. La queja del minero ante la injusticia, que es lo que motiva aquel recóndito romance, nos la encontraremos, a veces convertida en protesta, en los recientes cantes de las minas. ¿Sería tan descabellado suponerle a aquel corrido cierta presencia oscura en el proceso de formación de, por ejemplo, las tarantas de Almadén, o incluso en el proceso de formación del tronco almeriense de tarantas y de tarantos? Si negásemos tajantemente esa posibilidad tendríamos que aceptar un hecho que es, en líneas generales, inaceptable: que las músicas son mortales y que las músicas son inmóviles. Sabemos bien que no es así: ¿cuándo, verdaderamente, muere una música? A veces parece que ha muerto y lo que sin embargo ha hecho es sacrificarse en beneficio de otra música que la sucede. El flamenco está edificado con esa emocionante sucesión de legados y de transformaciones. Los cantos que aquellos desdichados del Puerto de Santa María aherrojados e infamados en Almadén compusieran en la soledad de las minas o en el fuego de la memoria de la injusticia y del dolor, aquellos cantos —que existieron, como sabemos—, ¿han muerto ya? ¿Quién puede asegurarlo? Algún girón de aquel dolor gitano y andaluz, ¿no sobrevive en el dolor y en la virilidad de las tarantas? En esos momentos de alucinación totalizadora a que a veces el flamenco nos lleva, ¿no sería posible que en alguna taranta cantada hoy por Camarón, por Agujetas, por Fosforito, por Juan el Lebrijano, o en algún solo tercio de taranta, **viésemos** la alpargata de esparto, la caperuza roja, las espaldas afrentadas por los manojos de mimbre de aquellos capataces sádicos? ¿No sería posible que en un taranto seco que hoy nos arroje al corazón algún cantaor terriblemente serio **viésemos** aquel zaque asesino, aquellos galeotes del Puerto para quienes tal vez no hubo más misericordia que la contenida en unas páginas del juez visitador Mateo Alemán? Sé bien que la respuesta a estas preguntas la guarda bajo llave el futuro. O el impenetrable silencio.

«Al igual que el cante flamenco andaluz, el cante flamenco levantino responde a las mismas condiciones y problemas, bien

sean de índole geográfica, histórica, social o de ambientación, poniendo igualmente siempre de relieve el valor esencial del hombre como medio expresivo del cante. Aquí la fórmula expresiva del personaje, que es el minero, surge y brota acusadamente —en principio también lo fue para el cante interpretado por gitanos y andaluces— en respuesta al desahogo obligado por las circunstancias y motivaciones de una opresión, de una injusticia, de una dubitación social. Son palabras de José Blas Vega, que me alegró encontrar y me alegra reproducir. No debe cabernos duda alguna sobre la relación que existe entre el origen —y la existencia misma— de los cantes y el contexto económicosocial y racial en que se articulan y desarrollan. No es imprescindible que las letras de la mayoría de los cantes contengan un elemento de rebelión o de respuesta expresas para que nuestro deber —nuestro deber de intelectuales— sea el de descubrir en el fenómeno del cante por lo menos la queja de unas comunidades. Digamos también, a sabiendas de que ello es una perogrullada que sin embargo muchos tratadistas se obstinan en no interpretar, cómo la queja es una forma de la protesta, más o menos temerosa, nunca emparentada con la complacencia. Por lo demás, en el cante, la letra de la copla no lo es todo; casi siempre es la parte más exigua de la totalidad expresiva. Lo que un cante puede contener de tragedia e incluso de maniatada rebelión, más vastamente que en la letra se advierte en el desgarramiento melódico, en ciertos sobresaltados melismas, en el frecuente ayeo, en determinados resuellos musicales que llenan la carne del cante con un vendaje oscuro en el que a veces se oye un poco de sangre reseca. Con palabras de Luis Rosales: «En los momentos de mayor intensidad, la expresión se hace balbuceante y entrecortada, como si el cantaor, de manera inconsciente, pretendiera borrar del cante lo ancedótico para dejar al dolor puro». No se concibe una sola letra de cante flamenco escrita para ser recitada y, de igual modo, no hay una sola letra flamenca, por formidable que sea su fuerza poética verbal, que no crezca en expresividad, en violencia o ternura en el momento mismo de ser recreada por un cantaor en un momento afortunado. Y esa fortuna está a veces llena de dramatismo: hay que advertir e interpretar también, para llegar a una correcta estimativa social de los cantes, las caras desencajadas que en ocasiones compone —descompone— el cantaor, el agarrotamiento de sus manos buscando en el espacio una serenidad imposible, la pelea de todo su ser, músculo a músculo, en la busca de su expresión, el cosido o chirrido de sus ojos como si fueran puertas cerrándose, las venas tensas de su cuello, el afán de entregar una forma, un organismo expresivo que nace cada vez como un parto de música y de ansia, ya más ansia que música. Cada detalle de esa imagen se engarza a la totalidad para integrar un nacimiento en donde jamás falta lo que contiene todo nacimiento: vida que se proyecta al porvenir, furia de ser, sangre del parto, contracciones, desgarraduras.

Los creadores e intérpretes del cante no siempre —casi nunca— manufacturan verbalmente esa furia, esa sangre, ese desgarro, pero la materia prima que nos entregan rara vez deja de ser, a su manera, un testimonio. A veces —las menos— esa materia prima ya no contiene sólo pena, dolor o miedo, o esas otras emociones que dialécticamente les suceden, sino que llega ya a la copla tras una cierta elaboración que ha sacado al dolor del infierno quieto de la tiniebla y lo ha traído hasta la acción de la palabra. En ocasiones, el lenguaje de un sufrimiento hermético ha he-



Manuel Torre: dio a los cantes mineros rajo gitano y exactitud dramática.

cho el tránsito hasta el lenguaje de un dolor expresado. Entonces, la intimidad asoma su cabeza en el cante y muestra un rostro contraído que de algún modo es un espejo en el que un tiempo histórico puede advertir su propia crueldad. Hay que decir que cuando esto sucede no siempre crece la violencia poética y sí, muy a menudo, disminuye. Lo cual es un fenómeno sólo en apariencia paradójico. Se diría que en el mundo expresivo del flamenco —mundo expresivo en el que, ya lo dijimos, la letra de la copla casi nunca es lo decisivo, aunque puede ser, desde luego, imprescindible, pero en el que, insisto, la fuerza fundamental de la expresión se queda a cargo de la naturaleza aullada y llorada de la música, del balbuceo deliberado o fatal de las palabras y del tejido gestual del cantaor-, en el mundo expresivo del flamenco, repito, la revelación, incluso la revelación sociológica, nos llega con mayor evidencia si proviene directamente **desde la intimidad.** Se diría que en ese cúmulo de penas y a veces de injusticias que el flamenco nos está confesando, la intencionalidad concreta es accesoria, intermediaria. Esto, en poesía —y cuántas veces una copla flamenca, en el instante de su interpretación, es gran poesía— no es ningún misterio ni, menos aún, una contradicción. Sabemos que no hay palabras más expresivas que una lágrima. Del mismo modo, podemos deducir que no hay protesta verbal tan sobrecogedora como un grito. Y sabemos también que quizá no existe en la música de Occidente un conjunto de cantos que use tanto del lamento y del grito como el cante flamenco. El ayeo que como un grande y solemne portalón abre las cuevas de tantas soleares, de tantas siguiriyas, el grito, la onomatopeya, el escándalo gutural en que se transfiguran tantas palabras de algunos tercios de tonás, no son materia inerte y ni siquiera pena o furia inerte. Son una especie de certificado de verosimilitud personal o racial, e incluso social. Quien necesita que una copla flamenca nacida en la semilla del dolor mencione además a tal o cual culpable, es como el niño que requiere ingerir alimentos en forma de papilla.

Tengo la sensación, al anotar estas perogrulladas, de que pueden abundar quienes me acusen de creer que escribo para lectores párvulos. No es así, desde luego, pero no hay que ignorar tampoco que el desenfreno sociologista (algo a lo que, a menudo, podríamos llamar la buena conciencia de la mala conciencia) llega a veces a tales ínfulas, a tal estado de agresividad, que nos obliga a recordar, una vez más, que la obra de arte, así como no se alcanza con simples trivialidades pseudolíricas, tampoco se consigue con pseudoreportajes políticos. En una obra de arte, incluso y quizá sobre todo en una obra de arte de talante social, la intimidad es tan imprescindible como el testimonio. Diría mas: sin intimidad no hay fuerza comunicativa en ningún testimonio. Sabemos cuánto desgarramiento histórico se puede contener en una siguiriya que habla de una viejita enferma, una puerta de un calabozo, una cama de un hospital. No ignoramos cómo algunas palabras insertas de modo natural en el contexto de una copla (caena, sangre, calaboso...) conllevan un sobresalto social, a condición de que esas palabras clave no se nos sirvan masticadas. Al fin y al cabo, el poema se completa en la inteligencia del lector. Cuando un mal aprendiz de poeta supone, consciente o inconscientemente, que la inteligencia del lector no colabora en el poema, pue-

Pastora Pavón, «Niña de los Peines», en su juventud.

den aparecer productos definitivamente desdichados, casi difamatorios, con respecto a la cuota de fraternidad que demuestra todo lector por el simple hecho de tomar un libro en sus manos. De igual modo en el cante. Deliberadamente quiero citar una de las más caricaturescas «coplas» flamencas de entre las que olvidaron las reglas inexcusables de la escritura y el respeto inexcusable que se debe al lector —o, en este caso, al oyente—: en el capítulo que en su libro Fernando el de Triana dedica a los fandangos anota uno que se cantaba hacia 1920: «A mí me habían sorteao con el hijo de un millonario / y a los dos nos había tocao a Melilla / y como el otro tenía dinero / se había quedao a serví en Sevilla. ¡Qué desgrasiao es el hijo del obrero!» Este es un buen ejemplo de cómo el relatismo y la torpeza, juntos, alcanzan la inexpresividad. Yo no creo en el Infierno, pero sé bien que si existiera, mis gloriosos pecados me harían encontrar en él a tan dudoso artífice achicharrándose en llamas tremebundas. Entendámonos: no estoy negando el derecho de la rebelión y expresarse en forma de canto: reivindico el derecho de la hondura y de la intimidad a ser interpretados con amplitud y con inteligencia.

En líneas generales, las letras flamencas del XIX nos cuentan el mundo del cante casi siempre desde un rincón, casi nunca desde una plaza pública; casi siempre con miedo y con intimidad, casi nunca con rebeldía y con violencia expresas. Aparte de que, como ya dije, interpretar los contenidos sociales del flamenco es tarea nuestra y no necesariamente de los creadores de los cantes, hay un hecho —ya no estrictamente poético, sino también social— que motiva el que las formas de esas coplas sean las que son y no otras más explícitas: la cultura de que provienen —fundamentalmente, la cultura gitana y, extensivamente, la cultura de la pobreza andaluza— no sólo es una cultura marginada, sino que reivindica casi constantemente esa marginación frente al mundo del otro. Un mundo que la acosa y trata de negarla. Unicamente cuando el cante se desarrolla en un medio en el que ambas culturas coexisten y sufren homogéneamente, las formas verbales del lamento se aproximan a la protesta explícita. Pero es que entonces ha sucedido un tránsito desde la intimidad racial o marginada hasta las situaciones de contenidos sociales generales. Y esto no ocurre sólo con los cantes. Ocurre con los grupos sociales. Andalucía viene pasando hambre desde siglos atrás, pero en tanto que el tejido social no se articula en formas colectivas, esa hambre andaluza sólo se proyecta hacia el bandolerismo, el contrabando, la mendicidad o la resignación. Mas poco a poco el malestar se junta y se interrelaciona, y entonces —y esto sucede ya cuando tiene que suceder: dentro del siglo XIX— esa hambre se proyecta en otras direcciones: las revueltas campesinas, el anarquismo, el sindicalismo. Lo que ha cambiado es la estructura del trabajo, las comunicaciones, las ideas: las posibilidades. No es este nuestro tema, pero mencionar este dato sirve como contexto para comprender un fenómeno prácticamente aislado en la historia de las coplas flamencas: la politización de algunas coplas de los cantes mineros. Si en gran parte de letras de flamenco podemos entrever la presencia latente de la historia, en algunas tarantas, cartageneras y mineras, los contenidos sociales no son entrevistos, sino que son visibles, y ya no son implícitos, sino deliberados. Esto sucede porque el marginado ha pasado a ser parte de un núcleo y porque su relación con la realidad se produce ahora a través del trabajo colectivo.

A este respecto, hay que hacer dos matizaciones: una, que el número de cantes mineros que mencionan exclusivamente al mundo del trabajo no es muy abundante; otra, que en la casi totalidad de los cantes mineros no ha quedado excluido un elemento consustancial al cante: el de la intimidad. Si el flamenco es «una tragedia en primera persona», los cantes

«...Las caras desencajadas que en ocasiones compone —descompone— el cantaor, el agarrotamiento de sus manos, el cosido o chirrido de sus ojos...» En la imagen, Agujetas hijo, acompañado a la guitarra por Manolo Brenes.

«...Y en todos los Lugares facen mucha sobra esta infame raza», escribía Valladares en 1639. En la foto (de Rafael Barbajero), dos niños gitanos españoles en la actualidad.

mineros, ciertas coplas de cantes mineros, es verdad que suponen una variante en el contexto literario del flamenco —esa variante es la expresión de problemas colectivos—, pero la situación grupal y laboral que ahora mencionan no excluye a la totalidad de las constantes del universo expresivo del flamenco. Como apuntaba Blas Vega, lo que se pone de relieve en los cantes mineros —en tanto que cantes flamencos— es «el valor esencial del hombre como medio expresivo del cante»; o dicho de otro modo, los cantes mineros —siempre nos estamos refiriendo a las coplas más politizadas, pero sabemos que no todas lo son— no expresan únicamente injustas condiciones laborales: expresan, preponderantemente, a la persona en el trabajo. Es cierto que a partir de las revueltas laborales de los mineros de La Unión en 1898 surgieron algunas coplas de tarantas resueltamente vinculadas a los conflictos sociales que motivaron tales revueltas. Es cierto también que, prácticamente siempre, al fondo de una copla se ve un rostro concreto de persona e incluso un problema personal ligado, sí, a la situación laboral de la mina, pero de naturaleza exterior o complementaria al mundo del trabajo. Por ejemplo, cuando en las minas de La Unión los concesionarios pagaban los jornales de los trabajadores, en lugar de con dinero, con **vales** para comprar en los establecimientos propiedad de los mismos concesionarios, el cante que denuncia esa infamia menciona al mismo tiempo algo ajeno a la mina y que forma parte del mundo interno del protagonista de la copla: **Mal dolor les dé a los vales / y al borde que los crió / que por no pagar con reales / aún estoy soltero yo.** Otra taranta con el mismo tema prescinde de simultáneas informaciones personales pero incorpora una forma de arrogancia no social sino personal: **Bendiga el cielo al ministro / que obligó a pagar con reales / el trabajo del minero. Ya se han quitado los vales: ¡como y bebo donde quiero!** La arrogancia —o, digamos, la forma ostensible del personalismo— como elemento adjunto al fondo rebelde de ciertos cantes mineros no es infrecuente: **Cualquiera me arroja al verme, / soy piedra que a la terrera / cualquiera me arroja al verme. / Soy escombro por afuera / pero en llegando a romperme / doy un metal de primera.** O bien esta otra copla, más directa, más exacta: **Trabajando en una mina / de la Sierra de Guayano / se ha descubierto un filón / que tiene metal gitano. / Y lo he descubierto yo.** Lo que interesa resaltar en este tema de las letras más o menos politizadas de algunos cantes de las minas es cómo, aun cuando en ellas se haya cumplido un tránsito desde la expresión herméticamente personal hasta la expresión de un hecho colectivo, ello casi nunca elimina la presencia de la persona. Más exactamente: la presencia de la intimidad de la persona. Esta es, sin ninguna duda, una de las causas centrales de la fuerza comunicativa de los cantes flamencos.

Incluso cuando la taranta hace una acusación laboral, esa acusación no será abstracta, sino que se dirigirá a un nombre propio, con lo que, de un modo o de otro, el protagonismo de la persona seguirá presente: **De la entraña de la mina / sale el rico mineral / para que tengan berlina / los hijos de don Pascual.** Rara vez será «la clase explotadora», sin rostros y más o menos diluida en la denuncia abstracta: son facciones concretas: aquí, son las facciones de los hijos de don Pascual. No es ya necesario insistir en que una de las causas de la extraordinaria facultad comunicativa del flamenco es este previo y deliberado rechazo de las abstracciones y esta previa y deliberada reivindicación de la persona ín-

tima como protagonista del cante. Es una constante de la cultura gitana y es una constante, también, de lo que llamamos la cultura de la pobreza; en este caso, la cultura de las clases marginadas andaluzas: vale decir, de casi toda Andalucía. Incluso en ese nuevo recinto y causa de la copla que ahora es el trabajo, el núcleo laboral, el conflicto colectivo, hay un acarreo de constantes de la cultura gitana o de la cultura de los marginados andaluces. Por ejemplo, al pie de la mina reencontramos un lamento que nos recuerda los modos expresivos de muchas siguiriyas o tonás: **Una cartagenera. / A los pies del Soberano / dijo una cartagenera: / ¡Por Dios y la Magdalena que no me lleven a mi hermano / al Peñón de la Gomera!** E incluso, trabada con la denuncia de la injusticia laboral, aparecerá una vieja constante del hecho flamenco: la muerte; y aparecerá de un modo persistente, reiterativo: **Minero, ¿pa qué trabajas / si pa ti no es el producto? / Pa el patrón son las alhajas / para tu familia el luto / y para ti la mortaja.** De entre las letras más conmovedoras de taranta quiero reproducir la que me parece que reúne todos los elementos que vengo señalando en estos cantes: la protesta social, el protagonismo de la persona dentro del contexto laboral, la floración de la intimidad, la facultad comunicativa y la habilidad —a la que podemos llamar también fuerza poética— para mostrar un problema originado en el trabajo pero constituido ya en dolor —o atributo— de la persona: **Que es un minero el que canta. No se espante usté, señora, / que es un minero el que canta: / con el jumo de la mina / tengo rota la garganta.** Acusación, intimidad, comunicación, fraternidad de clase, y hasta consuelo y desconsuelo juntos; es difícil hallar una copla menos abstracta y más tentacular. Digámoslo sin rodeos: esa copla no es posible sin el contexto del trabajo y sin una más o menos explícita noción de socialismo. Pero, a la vez, esa copla es imposible sin la astucia expresiva, sin el hereditario intimismo, de la tradición del flamenco. Todo lo cual nos lleva también a concluir en que no es posible pensar en los cantes mineros como en un hecho aislado del tronco general del flamenco, y ni siquiera lateral a él. Sea porque en sus orígenes, oscuros o desconocidos, hayan tenido algún parentesco con los viejos corridos —de algunos de los cuales se desgaja, ya autónoma, la toná, y tal vez otros cantes—, o sea porque su catapulta anímica —la situación social y, más aún, vital, de los andaluces atávicamente hambrientos— es semejante a la presión que, colaborando con el ser gitano, motiva el nacimiento de los cantes básicos, es claro que los cantes mineros tienen todo el derecho a ser considerados dentro de lo más esencial del mundo expresivo, y hasta del mundo antropológico, del flamenco enraizado.

En suma: los cantes mineros, por su estructura melódica, la intimidad y el temblor social de muchas de sus letras, su procedencia frecuentemente dolorida, su parentesco mismo con el farol de gas, la galería o el derrumbamiento, muy blandamente tienen que ser interpretados para que pierdan su negritud, su oscuridad, su carbón, su tiniebla. Sea cual sea su origen, su destino no es la alegría ni la serenidad: es el jadeo emocional, el estremecimiento. Lo que podemos percibir en esos cantes no será nunca el júbilo y ni siquiera la calma, sino el ahogo e incluso la marginación. Hay ocasiones en que en su mezcla de exacta geometría melismática, ayeo y silencios cortados a tajo —estoy pensado en algunas versiones de Camarón o de Fosforito— los cantes de las minas pueden llegar a ser un mapa de esta geografía y este ser andaluces a que alguna vez se llamó «la Sicilia de España». En esas ocasiones, si no la historia de estos cantes, sí su intrahistoria, nos ayuda tal vez a recordar unos lejanos días del siglo XVI en que unos capataces aborrecibles, originados en una sociedad aborrecible, humillaban, herían e incluso exterminaban a unos pobrecitos mineros que ni Mateo Alemán ni el cante flamenco consienten que olvidemos ■

F. G.

Latinoamérica: La opresión de la mujer

Héctor Anabitarte

EN los albores de los tiempos, también la mujer de América estaba estrechamente ligada a la idea de tierra, fertilidad, alma nutricia. Las comunidades indígenas se integraban en forma de clanes en los que la función maternal cobraba relevancia, ya que el concepto de paternidad era aún desconocido y abstracto. De acuerdo al grado de cultura alcanzado, la mujer era exaltada en las tribus más primitivas y oprimida en las más desarrolladas. Entre los mapuches, sur del continente americano, el hombre cuando no guerreaba, holgazaba, mientras la mujer trabajaba elaborando mantas, vasijas y hasta cultivando la tierra. Entre los areítos de América Central, las mujeres desempeñaban roles de jefas o guiadoras de grupo, ejemplo más remoto de liderazgo femenino en este continente. En lo que hoy es Brasil, posiblemente existió una tribu exclusivamente formada por mujeres que se resistió apelando a las armas para no ser sometida por los hombres; tenía relaciones sexuales con varones de tribus vecinas y se quedaba con las niñas, mientras que los niños eran entregados a sus padres.

UNa división del trabajo más equilibrada tenían los taínos: en tanto que él fabricaba chozas, tumbas, canoas y armas, además de pescar y cazar, ella se dedicaba a los hijos, la siembra, la cosecha y el molido de granos para fabricar harina y pan, y el tejido de telas y cestas. Cristóbal Colón, en una carta enviada a los Reyes Católicos en 1493, un año después del descubrimiento, decía que *«las mujeres, me parece, trabajan más que los hombres»*. Esta importancia económica repartida entre ambos sexos se manifestaba en la relativa independencia de la mujer taína, que incluso participaba de juegos de pelota.

En la religión de los taínos, según nos explica Mirta Aguirre en «Influencia de la mujer en Latinoamérica», no faltaba una Guamaonocón, Madre de Dios. En Haití, Guabancex era señora de vientos y aguas, potencia dominadora del clima antillano. El cronista Pedro Mártir deja testimonio sobre Anacaona, princesa de la isla La Española *«que tenía en el gobierno de su hermano no menos importancia y consejo que él mismo»*, y comenta que en la isla de Santa Cruz *«había cierta mujer a la cual obedecían todos los demás y le hacían cumplimiento como a reina»*.

AZTECAS E INCAS

Los dos grandes focos culturales, México y Perú, eran reinos de sacerdotes y guerreros por excelencia. En ellos la mujer era francamente inferiorizada. Con respecto a México, Alfonso Teja Zabre escribe: *«Cuando la niña ha cumplido los cuatro años, la madre le enseña a deshuesar el algodón y a los cinco, el arte de hilar.*

Cuando la hija ha llegado a los doce años, para acostumbrarla al trabajo y cuidado de su casa, su madre la levanta a medianoche a barrer la casa y la calle; duerme vestida tanto para estar pronta a la voz de la madre como por pudor. A los trece años se ha perfeccionado en los quehaceres domésticos: hilar, moler, cocer tortillas, hacer guisados, etc. Cuando tiene catorce años, puede su madre adiestrarla y enseñarle en el arte de tejer». La religión tenía una suerte de oración que se rezaba a las recién nacidas (Tici-

Puede decirse que hoy en día el machismo latinoamericano sigue intacto. Si bien la mujer de las grandes ciudades obtuvo algunos derechos, como el acceso a la educación y a la producción —aunque sufriendo discriminaciones—, en general la mujer de Latinoamérica vive duramente oprimida.

tl) y que señalaba su destino: *«Habéis de estar dentro de la casa como el corazón dentro del cuerpo, no habéis de tener costumbre de ir a ninguna parte; habéis de tener la ceniza con que se cubre el fuego en el hogar, habéis de ser las piedras en que se pone la olla; en este lugar os entierra nuestro señor; aquí habéis de trabajar y vuestro oficio ha de ser traer agua, moler el maíz en el metate, allí habéis de sudar junto a la ceniza y el hogar»*. Sus hombres bien podían rezar la vieja frase hebrea: *«Bendito sea Dios nuestro señor y señor de todos los mundos, por no haberme hecho mujer»*.

En el otro gran centro de cultura, Perú, la mujer estaba tan subordinada como entre los aztecas. La misma leyenda de fundación del Imperio Incaico da preponderancia al varón: *«Manco se dedicó a instruir a los hombres en las artes de la agricultura y de la guerra y Mama Ocllo en las faenas domésticas»*. Las únicas mujeres que constituían una excepción a la regla eran las loyas, miembros de la nobleza. Generalmente el Inca se casaba con su hermana, y esta podía aconsejarlo.

ACTITUD ANTE EL CONQUISTADOR

Durante la conquista española, la mujer se convierte en instrumento biológico y político del invasor. El biológico está motivado por la carencia de blancas, ya que España prohibía el viaje de solteras a sus dominios de ultramar a no ser que fueran religiosas. El político —más sutil— se centra en el deseo imperialista de unir a vencedores y vencidos, anulando a estos últimos. Un obispo de la época afirmaba: *«Los indios se van acabando porque los españoles a falta de mujeres se casan con indias»*.

La actitud de la indígena tuvo dos polos extremos: aceptación o rechazo, bien ejemplarizados por Anacaona y Malinche. Anacaona, princesa de La Española, prefiere la muerte antes de doblegarse ante el español Nicolás de Ovando. Así llevada por su repulsa, se suicida. Malinche, indígena de México, por el contrario, recibe a Hernán Cortés, siendo la primera que tiende un enlace entre ambos mundos. Claro que hay que tener en cuenta que Malinche era

rehén de un pueblo vencido por los aztecas. Alfonso Reyes dice: *«Cortés tiene junto a sí a Malinche, su manceba indígena, consagrada con el nombre de Doña Marina. A través de ella, tiende sus redes. Ella, con la comunión de su cuerpo, le da la unción providencial, el contacto íntimo con la tierra por vencer, el secreto del triunfo»*. Como siempre, los hombres suelen ver en la mujer la traición personificada.

LA COLONIA

Cuando la descendencia mestiza se extiende en América, los españoles se ven obligados a crear colegios de niñas. El primero es Nuestra Señora de Caridad, fundado en el siglo XVI en México. En ellos se impartía doctrina cristiana y labores femeninas, eludiéndose la mayoría de las veces la lectura y la escritura. La educación colonial no trae una transformación a la situación de la mujer, sino que prolonga formas educativas anteriores a la conquista que no responden a las necesidades del nuevo medio. Socialmente, las mujeres vivían en un estado de semiesclavitud. Enrique D. Dussel transcribe un pequeño texto del siglo XVII extraído del Archivo de Indias y perteneciente a un obispo guatemalteco: *«La sexta fuerza y violencia nunca jamás oída en las demás naciones y reinos es que son forzadas las mujeres contra su voluntad; y las casadas contra la voluntad de sus maridos; las doncellitas y muchachas de diez y quince años contra la voluntad de sus padres y madres por mandamiento de los Alcaldes mayores y ordinarios o corregidores, las sacan de sus casas y dejan a sus maridos, padres y madres sin regalo alguno, privándolos del servicio que de ellas podían recibir; y van forzadas a servir en casas ajenas de algunos encomenderos o de otras personas cuatro o cinco u ocho leguas y más, en estancias u obrajes donde muchas se quedan amancebadas con los dueños de las casas o estancias u obrajes, con mestizos, mulatos o negros, gente desalmada. Acerca de esto, en la visita que hizo el obispo, muchos indios se venían a quejar que algunos españoles les servían sus mujeres en sus casas»*.

Este estado de brutalidad y sometimiento se prolongó varios siglos en todos los virreinatos. No obstante, hubo excepciones: en el Perú del siglo XVI surge Isabel Flórez de Oliva (1586-1617), lectora ávida de los místicos españoles, que pasa a la historia y al cristianismo como Santa Rosa de Lima. Hacia la misma época Ana Rodríguez de Solórzano funda el primer hospital de mujeres de Sudamérica. En el terreno político se destaca Isabel de Bobadilla, española, hija de un conde y es-

De acuerdo al grado de cultura alcanzado en las diversas comunidades del continente americano, la mujer era exaltada en las tribus más primitivas y oprimida en las más desarrolladas. (Sobre estas líneas, india de Michoacán, según el «Códice poscortesiano»).

Los dos grandes focos culturales de la América precolombina, México y Perú, eran reinos de sacerdotes y guerreros por excelencia. En ellos, la mujer vivía francamente inferiorizada. (En el grabado adjunto —del libro «Nueva Crónica y buen Gobierno», de Poma de Ayala— muestra a una tejedora inca).

posa de Fernando Soto, gobernador de la isla de Cuba. Se dice que su marido tuvo que partir y la dejó a ella como teniente gobernador suplente allá por 1539, convirtiéndose en la primera mujer de la América Colonial que tuvo gobierno y mando público.

NACE LA REBELDIA

Hacia fines del siglo XVIII se advierte en la mujer una leve transformación que luego se irá acentuando: comienza a salir a la calle primero y a luchar en favor de la independencia después. Las raíces de rebelión ya pueden advertirse en una de las «Tradiciones peruanas» de Ricardo Palma: recuerda que en 1601 las limeñas se rebelaron colectivamente contra una pragmática real que pretendía imponerles un determinado vestuario. A mediados del siglo XVII, Clara Caramao, en Brasil, comanda un batallón femenino que defiende bravamente la ciudad de Porto Calvo cuando es objeto de un ataque holandés. Estos antecedentes cobran mayor vigor en la Insurrección de los Comuneros de la Asunción y Nueva Granada (1780). Quien enciende el motín es Manuela Beltrán: al advertir que los impuestos que se imponen a los criollos son excesivos, se dirige al Cabildo y a la vista de todos arranca el edicto correspondiente y lo pisotea. Su ejemplo es seguido en Ecuador por Manuela Cumbal, que penetra en una iglesia y arenga a los fieles contra el decreto de nuevos diezmos que el sacerdote está leyendo desde el púlpito; y en Nueva Granada por Teresa Olaya, que fomenta un alzamiento contra el gobernador. Un caso de valor y fortaleza notable lo constituye Micaela Bastidas, que apoya vehemente la causa de su marido, el Inca Tupac Amarú, por la reconquista de las tierras. La Bastidas llega a ser confidente y mensajera de los insurrectos hasta que es apresada, torturada y condenada a muerte como su esposo, sin llegar a traicionar a los suyos. Su bandera la retoman Tomasa Condomaitía y Marcela Castro, esta última fogosa oradora y revolucionaria a quien antes de morir ahorcada le cercenan la lengua.

LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL

Muchas mujeres se destacan en la lucha de los pueblos latinoamericanos por la constitución de Estados independien-

Entre las excepciones que sobresalieron del estado de brutalidad y sometimiento en que se encontraba la mujer latinoamericana, figura Isabel Flórez de Oliva (1586-1617), que pasa a la historia del cristianismo como como Santa Rosa de Lima. Tiépolo recogería así su figura.

tes: Leona Vicario, en México; Policarpa Salavarrieta, «La Pola», en Nueva Granada; Xaviera Carrera, «La Pancha», en Chile; Juana Azurduy de Padilla, en el Alto Perú; Adela Azcuyen, en Cuba, que abandona a su marido hispano por discrepancias ideológicas, llegando después a ser capitana; Magdalena «Macacha» Güemes, hermana del caudillo norteño Martín Güemes, en Argentina. El aporte de la india tuvo su puntal en María Parado de Bellido, analfabeta que dictaba cartas de tanto fervor revolucionario a los sublevados que fue condenada a morir fusilada. Entre la raza negra, destaca Mariana Grajales, en Cuba. A pesar de esta heroica participación, que en algunos casos fue decisiva, los derechos de las mujeres fueron ignorados por las nuevas Repúblicas americanas.

EL FEMINISMO EN LATINOAMERICA

Con gran retraso con respecto al resto del continente, Cuba se independiza definitivamente de España en 1898. Pero ya en 1869 existían feministas. Ana Betancourt de Mora levantaba en la Asamblea de Guimaro la primera voz feminista americana: *«Ciudadanos: la mujer cubana, en el rincón oscuro y tranquilo del hogar, esperaba paciente y resignada esta hora sublime, en que una revolución justa rompe su yugo, le desata las alas. Todo era esclavo en Cuba: la cuna, el color, el sexo. Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna peleando hasta morir si es necesario. La esclavitud del color no existe ya; habéis emancipado al ciervo. Cuando llegue el momento de libertar a la mujer, el cubano, que ha echado abajo la esclavitud de la cuna y la esclavitud del color, consagrará también su alma generosa a la conquista de los derechos de lo que es hoy, en la guerra, su hermana de caridad, abnegada; que mañana será, como fue ayer, su compañera ejemplar».*

Pero Ana Betancourt de Mora no imaginaba en ese momento que la liberación de la mujer no llegaría a plantearse ni en la Constitución. Cuando, en 1902, Cuba inicia su era republicana, la esclavitud de cuna y color son abolidas pero la de la mujer no será siquiera mencionada.

Durante 1923, las americanas se reúnen en La Habana buscando una transformación social que reconozca sus derechos y capacidades. El Congreso de Mujeres Iberoameri-

A pesar de la heroica participación femenina en la lucha de los pueblos latinoamericanos por su independencia, los derechos de las mujeres fueron ignorados por las nuevas Repúblicas. Estas indígenas filipinas pueden valer como símbolo de tal postergación.

general la mujer latinoamericana vive duramente oprimida. Los derechos sexuales son casi ignorados: anticonceptivos, aborto, etc. Y no sólo la derecha política se muestra misógena. La izquierda desea una mujer «fiel a su compañero» y considera que las reivindicaciones femeninas no son prioritarias. Actualmente, con muy pocas excepciones, la mayoría de los Gobiernos de este continente están en manos de militares francamente fascistas y, por ende, machistas (es que son sinónimos). El movimiento feminista que apuntó en Chile, Argentina y Uruguay, fue prácticamente destruido. Miles de mujeres activistas han sido asesinadas o están en campos de concentración. Esta es la dura realidad que hoy azota a América Latina. Y está claro que sin la participación masiva de la mujer y de todos los oprimidos, organizados en función de sus reivindicaciones, la liberación nacional y social no es posible. ■ **H. A.**

canas pide el voto, una educación pareja a la que recibe el hombre, reformas de las leyes civiles y penales, igualdad en los salarios, revisión de la legislación sobre el adulterio, etc.

Ecuador, en 1929, se convierte en el primer país latinoamericano en el cual se permite votar a la lmujer. Brasil y Uruguay en 1932; Cuba, en 1934; El Salvador, 1939; República Dominicana, 1942; Panamá y Guatemala, en 1943; Colombia, 1945; Argentina, 1947; y Paraguay, 1961.

El machismo latinoamericano puede decirse que hoy en día sigue intacto. Si bien la mujer de las grandes ciudades obtuvo algunos derechos, como el acceso a educación y a la producción, aunque sufriendo discriminación, en

El fascismo que hoy impera sobre buena parte de Latinoamérica, significa un obstáculo decisivo para todo tipo de liberación, entre ellas la femenina. Por el contrario, Cuba ha sabido incorporar a mujeres como las que vemos estudiando a los procesos colectivos de la nación.

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

BARCELONA

Miercoles 1.º de octubre de 1947

50 cénts. Precio de este ejemplar

Teléfono: 14135

Redacción y Admón.: PELAYO, 28

FUNDADORES: DON CARLOS Y DON BARTOLOME GODÓ

Año LXIII. - Número 25.201

DIRECTOR: LUIS DE GALINSOGA

(«La Vanguardia Española», 1-X-1947.)

«FRANCO, EL MAS FUERTE GOBERNANTE ANTICOMUNISTA»

● Los errores de la política exterior norteamericana

Nueva York. «Si los propagandistas de izquierda y las personas por ellos engañadas en los Estados Unidos desean verdaderamente derrotar al comunismo, admitirían francamente que no hay mejor forma de empezar a hacerlo que entablar amistosas relaciones con Franco, el más fuerte gobernante anticomunista que hay en Europa occidental.» Esta afirmación ha sido hecha por míster Hart, presidente del *Economic Council Lettec*, en un artículo que aparece en la publicación quincenal de esta institución.

Míster Hart califica de «tonta» la actitud seguida hasta el momento actual por el Gobierno norteamericano respecto a España. «Esta actitud es hija natural de la propaganda comunista. Esta propaganda, en la que han participado publicaciones respetables como *Life, Time* y el *New Yorker*, así como casi todos los miembros de las Asociaciones periodísticas de izquierda, y los autores de tan-

(Continúa en la pág. siguiente)

1.º de Octubre

A Franco

Una endécada ya. Era aquel día,
en que empuñaste del timón la caña,
el del Angel Custodio de una España,
por hostil a su guarda, en agonía.

Pronto, la Muerte ante la Vida huía;
se iba trocando en ala la guadaña,
y ya junto a tu tienda de campaña
el Angel que lloró se sonreía.

Después, cuando Abril nace, la Victoria.
Luego la Paz, mientras deshecho en guerra
el Mundo loco se sumía en duelo.

Hoy, la nave otra vez fiel a su historia,
traza rumbos de honor sobre la Tierra
y mira con sus mástiles al Cielo.

Pablo CAVESTANY

(«La Vanguardia Española», 1-X-1947.)

Paso a paso, serenamente

Mientras en el mundo se ahondan, día a día, las diferencias y se intensifica la oscilación de los ya tembleteantes pilares de la paz universal, España, recogida en su rincón, sigue paso a paso, imperturbable, la línea de su perfeccionamiento político, económico y social.

Hoy España es un rotundo testimonio del valor de la unidad en toda empresa común, de lo que vale un esfuerzo colectivo armonizado, regulado, por un ritmo constante y encaminado a una finalidad preestablecida. El contraste es digno de tenerse en cuenta y, sin duda, de comentarse, si, echando una ojeada hacia atrás, recordamos aquel sambenito que no hace mucho tiempo le fue colocado a nuestra Patria de ser un «peligro para la

(Continúa en la pág. siguiente.)

PASO A PASO SERENAMENTE

(Viene de la pág. anterior)

paz». Ya se está demostrando. En el mundo se ha iniciado ya ese peloteo de culpas, que con demasiada frecuencia ha sido precursor de las más hondas catástrofes de la Historia. En España, en tanto, se trabaja austera, seriamente, por terminar de perfilar su silueta política. España reorganiza sus cuadros, pule minuciosamente su sistema sindical.

Ya hemos hablado días atrás de la trascendencia de las próximas elecciones sindicales. Hoy añadiremos que para complementar la solemnidad de este momento político, el delegado nacional de Sindicatos visitará mañana nuestra ciudad y se dirigirá a los productores en un grandioso acto en la plaza de toros. Con este motivo se desplazarán a la capital representaciones sindicales de toda la provincia, que cooperarán con su presencia a dar al acto un mayor realce y significación.

Verdaderamente el alcance de esta próxima renovación sindical bien lo merece. El acto del jueves abre el camino a la elección que tendrá lugar el próximo domingo, día 12. En dichas elecciones serán nombrados los vocales representativos en las Juntas Enonómicas y Sociales de los diversos Sindicatos. La importancia de estos cargos habla por sí sola de la trascendencia general de la elección y, sobre todo, de cuál es el principio inspirador de la política española de nuestros días, tan injuriada precisamente por «prescindir» en la constitución de sus organismos del sistema democrático de la representación por elección.

Este es el contraste que hoy ofrece nuestra Patria al desconsolador panorama de la política mundial. Mientras el mundo se esteriliza agobiado por una plaga de palabras disonantes, España, paso a paso, serenamente, hace fecundar el germen de su primera semilla política, conquistada hace once años tras los avatares de una cruenta guerra.

(«El Norte de Castilla», 8-X-1947.)

FRANCO EL MAS FUERTE...

(Viene de la pág. anterior)

tos de nuestros comentarios, editoriales y titulares, es la que determina en gran parte todavía la actitud del Departamento de Estado en esta cuestión vital.»

«La causa de la febril actividad comunista contra Franco es simplemente que éste es el único gobernante del mundo que ha derrotado al comunismo. Y el puñado de italianos y alemanes que fueron a España, cuando hacía ya tiempo que los comunistas estaban allí, no fue quien lo derrotó, lo hicieron los españoles.»

Mr. Hart analiza toda la política exterior americana, y dice que sus principales errores se manifiestan en la ayuda total presentada a Rusia durante la guerra, sin obtener el menor beneficio; en el abandono de Polonia a los Soviets y de Mihailovich a Tito; en el olvido de Finlandia, y en haber dejado a los *partisanos* gobernar la Francia liberada por el esfuerzo americano.

Añade que el departamento de Estado no ha sabido aprovechar las proezas americanas realizadas durante la guerra, y que los Estados Unidos han perdido en dos años casi todas las ventajas obtenidas durante la guerra en beneficio de Rusia principalmente.

Como resultado de su análisis de la política exterior norteamericana, Mr. Hart dice que hoy resulta evidente:

Primero. Que fue una tragedia que Roosevelt tomara el partido de Stalin al discutir con Churchill si el desembarco en Europa tenía que hacerse por el Canal o por los Balcanes.

Segundo. Que la política de rendición sin condiciones, respecto a Alemania, que de no ser por ella se hubiera rendido antes, y la aplicación de las ideas de Morgenthau para la desindustrialización de Alemania con su corolario de miseria y desnutrición.

Tercero. La «estupidez» de subvencionar el plan socialista de nacionalización de la industria británica.

(Agencia «EFE», 31-X-1947.)

Un gran discurso de Perón en homenaje a España y a Cervantes

"Hoy más que nunca debe revivir Don Quijote y abrirse el sepulcro del Cid Campeador"

«Yo quiero proclamar en este acto mi profunda adhesión a los valores espirituales que nos vienen de la tradición hispánica». – «España y el hispanismo representan la más prodigiosa acumulación de ideales». – «Nuestra unidad con España debe impulsarnos a una empresa universal que, desbordando los límites geográficos, integren la verdadera unidad espiritual de los pueblos hispanos».–«Si la América española olvidara la tradición que enriqueció su alma y negara a España, quedaría inmediatamente baldía de coherencia y sus ideas carecerían de validez».-«Como miembros de la comunidad occidental no podemos substraernos a un problema que, de no resolverlo con acierto, acabará con el patrimonio espiritual formado durante siglos».

(«La Vanguardia», 14-X-1947.)

Las 49 PROVINCIAS

"En América es admirada la obra de engrandecimiento patrio que realiza el Caudillo"

Despedida de los siete misioneros de la Misión Napolitana de Esmeraldas (Ecuador), que partirán dentro de unos días hacia dicho lugar. El acto de despedida se celebró en la Residencia de Padres Carmelitas, de Burgos. (Foto Fede.)

(«Pueblo», 18-X-1947.)

«Nosotros estamos ya de vuelta de la democracia», dice Franco

«EL UNIVERSAL GRAFICO», DE MEJICO, PUBLICA UNAS DECLARACIONES DEL CAUDILLO SOBRE EL HECHO RUSO Y LA JUSTICIA SOCIAL

Méjico. El Universal Gráfico *publica una referencia de la conversación mantenida con el Generalísimo Franco por el director de este diario, licenciado Armando Chávez Camacho, con ocasión de la reciente estancia de éste en Madrid.*

Durante esta conversación —dice la referencia— se habló del hecho ruso. El general Franco, que en ningún momento aludió a Rusia como nación, dijo que ese hecho es susceptible de interpretación. Lo que no puede hacerse es negarlo, porque negando los hechos no se gana nada.

«No se resuelve con pura fuerza el hecho ruso —agregó el Jefe del Estado español—, sino con la realización de la justicia social. Nosotros rechazamos el comunismo porque entraña un materialismo ateo y brutal. Pero no sería una buena solución para el mundo que, como consecuencia de una nueva guerra, surgiera triunfante un capitalismo, que esclavizase al hombre y le negase sus derechos.

Debe darse satisfacción a las legítimas aspiraciones de los trabajadores —añadió el general Franco—. El comunismo las aprovecha y las explota, y ello explica que el hecho ruso se extienda a diversos países en forma de grupos que pueden actuar como «quintas columnas». Ahora se habla de democracia. Nosotros los españoles ya la hemos conocido. Y no nos dio resultado. Cuando otros van hacia la democracia, nosotros ya estamos de vuelta. Estamos dispuestos a sentarnos en la meta y esperar a que los otros regresen también.»

(Agencia «EFE», 22-X-1947.)

LOS NUEVOS BILLETES DE CINCO PESETAS

Anverso con la efigie de Séneca y reverso de los nuevos billetes de cinco pesetas hechos en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, que serán puestos en circulación en plazo próximo. (Foto Cifra.)

(«Pueblo», 2-X-1947.)

CAZA CON RECLAMO

Aunque cada vez más mustio e intermitente, nos llega todavía del extranjero el canto de los cimbeles rojos en busca de párvulos para su caza. Desde que, «nolens, volens», se desparramaron por tierras extranjeras, los mandarines de la II República española se han ido quedando tan solos en sus cabañas, rabadanes sin grey, que ahora entretienen su holganza en discurrir señuelos para congregar nuevos rebaños. Tenemos, por ejemplo, noticia de que Indalecio Prieto, que es el mayoral, ha fijado su atención en los monárquicos, y, en unas declaraciones recientes, les hace graciosamente el beneficio de promesas y socorros condicionados. Y al señor Prieto, ¿quién le presenta?, diríamos nosotros. Dando alegremente por sentado que hemos de volver a los usos inmoderados de una democracia monda y lironda, el rumboso jefe socialista nos brinda colaboración y nos ofrece la lancha de marear por el borrascoso piélago donde naufragamos, si bien aparece algo quejoso de la falta de comprensión y raciocinio de las derechas españolas. Las cuales no se dejan fácilmente conducir al aprisco que les tiene prevenido. ¡Son esas derechas tan cerriles...!

Nunca están de más los buenos modales, y quedamos agradecidos a la generosidad del «leader». La caza con reclamo no nos parece muy deportiva, pero reconocemos que Indalecio Prieto nos dispensa, por lo menos, la gracia de fijarse en nosotros, siquiera sea como presuntas víctimas. Ya lo fuimos una vez, cuando, en las elecciones del 19 de noviembre de 1933, nuestro rotundo e indiscutible triunfo nos fue arrebatado también en otra especie de caza con reclamo. Hemos combatido tenazmente en los campos de batalla para librarnos del estigma revolucionario, y hoy, cuando volvemos la vista al pasado, sigue apageciéndosenos como una pesadilla oprobiosa. Hemos sacrificado muchas vidas y muchos bienes comunes —y particulares— para alcanzar la victoria. Cinco años de «republiqueo» suelto nos han producido tan irreparables desgarraduras que el mero contacto, la mera alusión lejana a un connubio político con los responsables de la guerra civil tiene que sobrecogernos y soliviantarnos el ánimo. Conocemos a la alimaña detrás de su disfraz de raposa, y ya no es por la lección escolástica de Gracián, sino por la experiencia de todos y de cada uno de nosotros. ¿Y vamos a echarla tan fácilmente en olvido cuando los cimbeles de fuera nos cantan la promesa de una restauración monárquica que se habrá de someter luego a la sanción y refrendo de unas elecciones revolucionariamente puras y amenizadas por las tonantes monsergas, laboriosas añagazas, retos, conminaciones y cambalaches de los tiempos pasados? ¿Vamos a arriesgar otra vez el todo por el modo? ¿Vamos a repetir el episodio de 1933? Hay, verdaderamente, connivencias más monstruosas todavía que la del fuego y el agua.

¿Pueden, realmente, pensar los rabadanes sin grey de la emigración que, al toque de su cuerno democrático, saldrán a la superficie, como corderillos, en ordenado tropel, los mismos hombres a quien despojaron e injuriaron y los mismos ideales que hollaron y escarnecieron? Conocemos sus artes de cobrar el barato, alzarse con la ganancia y ejercitar, para la caza, a sus reclamos en el embeleco y la zalamería.

(«ABC», 11-X-1947.)

LAS ANDANZAS DE INDALECIO PRIETO

SE ENTREVISTA EN LONDRES CON GIL ROBLES

Reproducimos a continuación cuatro telegramas que dan por cierta y consumada una entrevista Gil Robles-Prieto, bajo la sombra tutelar de Bevin. No creemos posible la rectificación que desearíamos, dados los términos inequívocos en que el cabecilla socialista se expresa; y por eso mismo nos urge afirmar —con poderes suficientes para hacerlo— que oportunamente, y a través de nuestro embajador en Lisboa, el Gobierno español fue informado de que S.A.R. el Conde de Barcelona no había autorizado al Sr. Gil Robles gestión alguna a realizar cerca de Prieto, ni de socialistas y republicanos españoles. A la entrevista referida no habrá llevado aquél, en consecuencia, más representación que la suya propia, desvinculada, por su larga ausencia de la Patria, del sentir actual de los monárquicos españoles.

VISITAS PRELIMINARES A BEVIN

Londres, 17.—De fuente autorizada —dice la Agencia Reuter—

se sabe que Gil Robles ha visitado a Bevin en el Foreign Office.

Los observadores ven en la entrevista una secuela de la sostenida recientemente entre Bevin y Prieto, en la que se discutieron los planes para restaurar en España un régimen democrático y parlamentario.—*Efe.*

Londres, 18.—Se cree que en su conversación con Gil Robles, Bevin manifestó el deseo de que las fuerzas antifranquistas españolas, actualmente en el exilio, se unan con un programa común de acción, de forma que pueda constituirse un Gobierno de coalición conforme con la declaración tripartita de 4 de marzo de 1946.

Parece ser que Bevin indicó a Gil Robles que el Gobierno británico vería favorablemente que celebrara una entrevista con Indalecio Prieto, a quien el secretario del Foreign Office recibió hace tres semanas para celebrar una conversación similar.—*Efe.*

Nueva York, 21.—La Prensa norteamericana informa que el ministro inglés Bevin ha recibido el día 19 en Londres a José María Gil Robles, a quien propuso que se reúna con Indalecio Prieto para que los monárquicos y socialistas españoles formen una coalición política llamada a sustituir al régimen actual español.

La Prensa anuncia que esta semana se entrevistarán Prieto y Gil Robles en la capital británica.—*Efe.*

LA VERSION DE PRIETO

londres, 21.—Según la Agencia Reuter, durante el fin de semana se han celebrado conversaciones entre Gil Robles e Indalecio Prieto como consecuencia de entrevistas separadas con Ernest Bevin, secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña. Prieto ha confirmado la celebración de la entrevista, manifestando en unas declaraciones exclusivas que espera que pronto sea formado un Gobierno de todos los partidos para asestar el golpe final al actual régimen político español, y que una reunión de todos ellos, en París, y de aquí a poco tiempo, será el primer paso hacia la creación de ese Gobierno español de coalición.

Prieto expuso los siguientes objetivos del propuesto Gobierno de coalición: Creación de un Gobierno provisional en España; concesión de amnistía para todos los delitos políticos e implantación de la libertad política; implantación de la libertad de religión, de palabra y de reunión, y convocatoria de un plebiscito para que el pueblo pueda decidir sobre la forma de su futuro Gobierno.

La política del partido socialista —añadió Prieto— es persuadir a todos los partidos antifranquistas de que acepten esos principios. «Ahora hallamos dificultades en los dos extremos: los republicanos quieren la República antes de que el pueblo decida sobre ella, mientras que los monárquicos quieren la Monarquía antes del plebiscito. Si puede llegarse a una fórmula de compromiso, no estará lejos la fecha del establecimiento de la España libre. El de un Gobierno de todos los partidos iría seguido de la formación de un Gobierno de coalición en cuanto el actual régimen de España fuera derrocado, pudiendo de esa forma evitarse una eventual guerra civil.»

Con respecto a la situación de D. Juan, pretendiente al Trono de España, Prieto dijo: «Ha hecho muchas declaraciones contradictorias. A mi juicio, debe seguir la política de su padre, Alfonso XIII, que en 1931 se declaró dispuesto a acatar la voluntad popular. Si España quiere Monarquía, todos los partidos la aceptarán; si España quiere República, D. Juan debe, como buen español, reconocer la voluntad del pueblo. Si el extranjero nos apoya daremos el golpe con éxito.»

Prieto —termina la información— espera entrevistarse en París con otros dirigentes socialistas exilados, entre ellos Trifón Gómez, que actualmente está en Washington. — *Efe.*

(«ABC», 22-X-1947.)

Triste, feo e inútil

Los lectores, al pasar la vista por los telegramas que van en otro lugar y que dan cuenta de la entrevista de don José María Gil Robles con don Indalecio Prieto, formularán con tal unanimidad el comentario, que casi nos sentimos excusados de escribirlo. Pero no está de más resaltar, por obvios que sean, aquellos puntos concretos que más importan en el hecho de la entrevista celebrada en Londres.

Vaya por delante que escribimos sin la menor preocupación en orden a lo que más interesa, que es España. A España le tiene sin cuidado la entrevista, porque los protagonistas de ella no representan nada en el país. Uno de ellos, el señor Gil Robles, que hasta ahora podía representar algo, al menos en el recuerdo de los que fueron sus amigos, acaba de enajenarse toda significación representativa de nada ni de nadie.

Pero vengamos a los puntos que interesa concretar. Séanos permi-

tido colocar el primero un asombro plenamente justificado ante el acto de clara injerencia en los asuntos interiores de España que acaba de realizar Mr. Bevin, ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, al organizar en Londres este concurso de conspiradores contra el régimen español. Es insólito y es inadmisible. Suponemos que en Inglaterra resultaría inconcebible en el caso de que se tratara de otra nación que pretendiera injerirse así en los asuntos ingleses. Nosotros lo rechazamos con energía, aunque después de la experiencia de la O.N.U. puede figurarse Mr. Bevin lo que nos afectará lo menos cuando tan confortador efecto nos produjo lo más.

Sólo tiene el ministro inglés una disculpa, que consignamos con no poca tristeza: en sus manejos para injerirse en la política interior española ha encontrado la colaboración de españoles. Los señores Gil Robles y Prieto han cometido un crimen de lesa patria prestándose al juego del exterior y secundándolo. Y este crimen, en el cual el señor Prieto es reincidente acreditado, resulta en el señor Gil Robles una flagrante traición a lo que representó toda su vida, a la confianza que en él depositaron un día las derechas españolas y a los muertos que por el solo hecho de ser amigos del señor Gil Robles fueron asesinados por los amigos del señor Prieto. Ex ministro como Salmón, periodistas como Gandullo y Gracia, entre otros; diputados de tan entrañable recuerdo como Ricardo Cortés, como Esparza, como Bermúdez Cañete, Adánez, Dimas Madariaga, Bosch; la vibrante juventud de José María Pérez de Laborda, y... ¿para qué proseguir la enumeración tristemente interminable? Por el simple hecho de pertenecer a la C.E.D.A., en coincidencia tantas veces con la filiación a entidades y grupos de Acción Católica, murieron muchos hombres, con uno de cuyos asesinos se acaba de reunir el señor Gil Robles en Inglaterra.

¿Y qué valor puede tener la entrevista? El señor Gil Robles se ha tenido que dejar a la puerta hasta el recuerdo de todo eso que hemos citado. No ha llevado consigo nada del catolicismo español que, con sus prelados al frente, se unió a la Cruzada y le dio el carácter de tal. Y tampoco —no corre prisa decirlo— ha llevado el señor Gil Robles a la desdichada reunión nada que represente a los monárquicos españoles, a los que explícitamente dejamos a salvo de tales contubernios y concomitancias.

Y si hablamos de la visión política que el hecho denota en el señor Gil Robles, ¿qué pensar del político que se aviene a un contacto en el que va a perderlo todo y a no ganar nada, en el que tiene la seguridad previa de ser engañado por el hombre que hizo la revolución de Asturias el año 34 sólo porque el señor Gil Robles había llegado al Poder? ¿Ha olvidado eso el ex ministro de la República? Pues tanto como esa falta de memoria maravilla su desconocimiento del verdadero estado de la opinión en España, su ignorancia de lo que la Cruzada representó y de la ratificación espléndida que el referéndum ha otorgado hace tan poco tiempo al régimen político que Franco acaudilla.

Repetimos que el suicidio político del señor Gil Robles no tiene importancia para España, ni la tienen las andanzas del señor Prieto, ni los insólitos manejos de Mr. Bevin. La paz interior de nuestro país tiene la firme garantía de la voluntad unánime de los españoles. Y el suceso de la entrevista de Londres acaba de poner muchas cosas en su punto aquí y fuera de aquí.

(«Ya», 22-X-1947.)

UNA NUEVA CONJURA CONTRA LA SOBERANÍA DE ESPAÑA

Gil Robles e Indalecio Prieto se entrevistan en Londres

Ambos políticos acuden a Bevin para que les ayude a formar la coalición contra el Régimen nacido de la gloriosa Cruzada española

Prieto dice haber llegado en principio a un acuerdo con «el dirigente monárquico» Gil Robles

(«La Vanguardia», 23-X-1947.)

Coloquio del forajido y el títere

No nos estremece, ni siquiera nos promueve a la más leve actitud de extrañeza ni de inquietud, ese coloquio entre José María Gil Robles e Indalecio Prieto, tenido en Londres a la sombra de propicias e infames confabulaciones allí contra España. Pero el episodio, que no es más que eso, un episodio —previsto hace tiempo por nosotros y presentido por cualquiera que tenga buena memoria y una regular capacidad psicológica—, puede ser exprimido en su pulpa jugosa hasta hacerle destilar unas gotas de moraleja, saludable reactivo para las gentes, exiguas ya e insignificantes, que todavía andan por España con una venda en los ojos como prenda de visión política. Los

CASA PLAZA ESPAÑA

en el sitio más concurrido de Zaragoza, se vende por 1.700.000 ptas. Escribid a **J. O. Olaria. Montemolín, 32. Zaragoza.**

TRINCHERAS y GABARDINAS

SEÑORA Y CABALLERO

Trajes y americanas "CHEVIOT"

HISPANIA ALCALA, 4, entresuelo.

dos personajes del contubernio de Londres carecen, por sí solos, de valor específico que los haga considerables en una cotización honesta de factores políticos. Es interesante, en cambio, recordar lo que cada uno de estos dos pájaros de cuenta significa en la historia más reciente y trágica de España, antes del 18 de julio de 1936.

La representación de Indalecio Prieto es genuina e inconfundible. Nadie la ha olvidado en España y fuera de aquí, la recuerdan también con lágrimas de sangre algunos miles de españoles arrastrados a la miseria y la tribulación del destierro por el impúdico aventurero. Indalecio Prieto representa, en efecto, la revolución anárquica de 1936. Bajo su inspiración y sus directrices, con epilepsia de infrahumanos rencores y de resentimientos zoológicos, se organizó el 18 de julio de 1936, frente al arrollador Movimiento nacional iniciado por el Ejército, aquella resistencia criminal —«¡no pasarán!»— que sólo sirvió para que Prieto dejara pasar algo: el tiempo que requerían los preparativos de su fabulosa depredación del oro del Tesoro nacional, mientras la sangre española, de uno y otro bando, corría a torrentes. Indalecio Prieto, con frialdad y con perfidia en paroxismo, ciego hasta lo físico por la congestión de sus odios sectarios, hizo algo más: ponerse a buen recaudo de la responsabilidad directa del Gobierno, para manejar a mansalva las hordas facinerosas que asaltaban templos, arrasaban domicilios, asesinaban obispos y religiosos y sacerdotes y ciudadanos en general hasta varias docenas de millares.

Pero, ¿y el otro interlocutor del coloquio? ¿A quién representó y a quién representa Gil Robles? En lo pretérito, también es fácil esclarecer el tema. Basta con recordar lo que el soberbio, aturdido y, en definitiva, fracasado guerrillero de las llamadas derechas republicanas de 1931 a 1936 significó. Esto: el intento, burlado con groseros desplantes por los auténticos poseedores de la República, cuantas veces se puso en conato de ejecución, de imponer a los católicos y a las clases conservadoras de España, un régimen masónico y demagógico que le servía a él personalmente de escabel para montarse un tinglado político que en cualquier otra lucha abierta no le hubiera sido jamás accesible. Para lograr tan siniestro objetivo no ahorró Gil Robles medio alguno de acción... ni de omisión. Fue el resentido «jefazo», el ariete más implacable lanzado contra el puñado de monárquicos leales a su idea y a la persona del Rey destronado; fue el flagelador más agrio de toda política que implicase, no ya asomo de restauración de la dinastía soezmente aherrojada el 14 de abril, sino hasta la más remota posibilidad de instauración de una forma monárquica en España. Gil Robles exhumó, a lo chapucero y atolondrado como fue toda su labor política, los apagados rescoldos del gran sofisma de la «accidentalidad» de las formas de Gobierno. «leit motiv» de sus campañas, o dicho más a lo vulgar, el sonsonete de la cadena de servilismo que él mismo se echó al cuello, para acabar siendo ministro de don Niceto, fue éste: «La República es el Régimen que se han dado a sí mismos los españoles.» Las despachaderas posibilistas de Gil Robles culminaron en la gran vergüenza de aquel episodio, consecuente al glorioso 10 de agosto de 1932, cuando no

BODAS DE PLATA de la GRAN RIFA BENEFICA del HOSPITAL de SANTURCE

SORTEO 5-1-1948

	CADA LOTE PESETAS
1 CASA de 10 viviendas, 10 Automóviles, 10 mulas de labor	300.000
10 VACAS LECHERAS, dormitorios o pendientes de brillantes	80.000
10 MAQUINAS DE ESCRIBIR, 10 radios o 10 abrigos de señora	40.000
MAQUINAS DE COSER, bicicletas, trajes caballero, etc. hasta hacer un total de precio	536.000

Fíjese bien en la lista de premios jamás igualada

PIDA LOTE COMPLETO de 125 Pts.

BOLETIN DE PEDIDO DE BILLETES

desde 33 pesetas en adelante - Lámina 64 pesetas - LOTE COMPLETO 125 pesetas, propio para jugar entre familiares, amigos, obreros y empleados de fábricas, oficinas, etc.

D. _____ que habita en el pueblo de _____ provincia de _____ calle _____ n.º ____ piso ____ mano ____ solicito _____ billetes de la Rifa benéfica de Santurce, por valor de _____ pesetas contra reembolso, es decir, a pagar al recibir los billetes. (firma)

Sr. Secretario del Ayuntamiento de SANTURCE (Vizcaya).

solamente no salió de sus labios una sola palabra de aliento para los caballeros del ideal monárquico que se inmolaron en la Cibeles al lívido amanecer de aquel día, sino que, por el contrario, ciego en su táctica, ¡la táctica de siniestra recordación!, se sumó vergonzosamente al coro de los que condenaban pudibundos y remilgosos, aquella generosa rebeldía «contra el Régimen que libremente se habían dado los españoles». Después, impertérrito en su accidentalidad y en su posibilismo, llegó al Poder. Contra este acceso, Indalecio Prieto, precisamente, montó la revolución expoliadora y criminal de 1934 en Madrid, Asturias y otras regiones de España. Suponemos que en la entrevista de Londres se habrán reído de muy buena gana los dos sujetos del diálogo al echar pelillos a la mar recordando un lance de sus «luchas políticas», sin duda liviano para ellos, aunque trágico para España.

Pero ¿y ahora? ¿Qué poderes llevaba a Londres Gil Robles? ¿A quién representaba ante la desfachatez de Prieto y el desafuero inaudito de Mr. Bavin, el gran fracasado de las elecciones de febrero de 1936, en que Gil Robles lo comprometió todo, empezando por la Gramática con su disparate fanfarrón de «A por los trescientos»?

Vamos rápidamente, y por exclusión, a conjeturar qué mandato ha llevado a Londres este mozo, de tan triste recordación en la historia contemporánea de España. ¿Representa a los católicos? ¡Pero si con su anuencia, en Cortes de las que él era árbitro por tener la minoría más numerosa de la Cámara, no se derogó ni una sola de las leyes descristianizadoras de la Patria! ¿A los monárquicos? Con terquedad cerril y casi histérica, el más operante enemigo de las campañas de Calvo Sotelo, de Víctor Pradera, de Ramiro de Maeztu, de Goicoechea, de las auténticas derechas españolas, fue él. Y él malbarató cuantas ocasiones hubo no de rectificación de la República, que eso no tenía posible rectificación, sino de reacción eficaz contra aquel régimen antiespañol. ¿A la plutocracia española? Pero ¡si Gil Robles no realizó ni desde la oposición ni desde el Poder un solo esfuerzo para contener aquella ola inmunda de odio al capital, de cegamiento de las fuentes de riqueza y, en definitiva, de ruina para la economía nacional! Sólo queda una hipótesis que hemos dejado para la última. La inadmisible por absurda y monstruosa. ¿Representa Gil Robles en el coloquio de Londres la voz de la dinastía alevosamente escarnecida y desahuciada el 14 de abril de 1931? Lo dicho: inadmisible hipótesis. Si hay un español responsable de haber esterilizado un clima de conciencia pública durante los cinco años de la República para la eficacia de una campaña restauradora de la dinastía y del régimen caídos el 14 de abril de 1931, ese español se llama José María Gil Robles... ¿A quién ha representado, pues, el funesto político del «bien posible» en el «mano a mano», de seguro campechanote y salpicado de tacos, quien sabe si de blasfemias por parte del otro interlocutor? Esta es la pregunta que, sólo a título de pintoresca curiosidad, porque la verdad es que el caso no tiene importancia para más, se hacen a estas horas muchos millones de españoles.

(«La Vanguardia», 23-X-1947.)

LOS CONTUBERNIOS DE LONDRES

No es nueva la idea del Gobierno británico de dar patrocinio y apoyo a la formación de una especie de Gobierno de concentración de los españoles desterrados, a imagen y semejanza de los que, con tan poca fortuna, se implantaron un día, después de la Victoria, en Italia, Francia, Bélgica, Yugoslavia, Grecia y otras naciones europeas. Todos ellos estaban amparados por la égida de Gran Bretaña. Sin embargo, no ha contado, en lo que a nuestro país se refiere, con tres barreras infranqueables que frustraron en el pasado y frustrarán en lo porvenir todo propósito extranjero de esa laya. Es la primera la repulsa unánime e irascible con que los

españoles, ciudadanos de una nación soberana, cuya historia no tiene par en el mundo, reciben cualquier conato de intervención exterior en nuestros negocios domésticos. Es la segunda barrera el mismo ejemplo triste que nos ofrecen los países mencionados, a los que, a pesar del aglutinamiento efusivo que, acabada la guerra, constituía para todos los partidos políticos la victoria sobre el invasor de la Patria, el ensayo de Gobiernos heterogéneos, desprovistos de unidad de pensamiento o de acción, les condujo al borde del desastre. En cuanto a la tercera barrera que cierra el paso a los propósitos deliberados de los ingleses, ella es todavía más infranqueable, porque es de índole emotiva y procede de un pueblo altivo por naturaleza y propenso a la exaltación sentimental. Esa barrera está formada por un millón de muertos.

Mr. Bevin, que aparece como el patrocinador supremo del disparatado proyecto de Gobierno con que aspira a obsequiar a los españoles y labrar su felicidad terrena, Mr. Bevin no tiene la menor noticia, la más vaga idea de lo que fue y significó la guerra de Liberación española, y sus orígenes mediatos o las causas inmediatas que la encendieron. Pero si es disculpable, después de todo, este desconocimiento en el ministro laborista de Asuntos Exteriores, no admite explicación ni excusa la postura de D. José María Gil Robles, jefe de un partido, como el de Acción Popular, que estuvo de este lado de las trincheras y entre cuyos directores figuraban hombres —hoy mártires de la Cruzada— como Dimas Madariaga, Pérez de Laborda, Salmón, Ricardo Cortés, Antonio Bermúdez Cañete y tantos otros, cuya memoria debería ser, en verdad, digna de un mayor respeto por parte de su olvidadizo ex jefe político. Que el Sr. Gil Robles se haya prestado a tratos y conversaciones nada menos que con Indalecio Prieto, ministro que fue del Gobierno rojo durante la revolución, en los mismos días trágicos en que fueron villanamente asesinadas en España más de 300.000 personas a manos de los correligionarios y secuaces del famoso político socialista, es cosa insólita y difícil de creer.

Pero como , desgraciadamente, es verdad, nosotros, sin necesidad de recurrir a las armas, siempre reprochables, de la injuria y la calumnia, podemos recordar al Sr. Gil Robles que sus reiterados, sus inmensos errores políticos han acarreado ya a España sucesivos males para que intente de nuevo reincidir en sus impetuosas actividades, tan privadas de todo sentido político como sobradas de inconsciencia y faltas de lealtad. Según el Sr. Prieto, D. José María llevaba a las conversaciones que con él mantuvo la voz de los monárquicos españoles. ¿De qué monárquicos ni con qué representación pública o privada? No sería ciertamente la de Calvo Sotelo, Maeztu, Pradera, Honorio Maura y los hermanos Miralles... El fracasado jefe de la Ceda ha estado a punto de originar otro gravísimo daño para la causa que dice que representa. Y lo hubiera sin duda causado sin la patriótica previsión de S. A. R. el Conde de Barcelona al comunicar al embajador de España en Lisboa su absoluta insolidaridad con las andanzas del Sr. Gil Robles en Londres.

En el triángulo de esas conversaciones de Londres hay una persona que sigue en su puesto y mantiene su razón, sin mengua de su historia pasada. Es Indalecio Prieto. Desde su punto de vista —República, Socialismo, Revolución...—, todos los medios le son lícitos para lograr el fin que quedó frustrado el 18 de julio. Indalecio Prieto es seguramente el más sagaz y despierto de los tres personajes encartados en el turbio juego de la ciudad del Támesis.

(«ABC», 23-X-1947.)

NI EL CONDE DE BARCELONA NI LOS MONARQUICOS RESPALDAN A GIL ROBLES

Barcelona. El Diario de Barcelona **de esta mañana publica un recuadro con el siguiente título: «La entrevista Gil Robles-Prieto no ha sido autorizada por el Conde de Barcelona», y el texto es el siguiente:**

«En diferentes emisiones de la B. B. C. y de otras radios **extranjeras se ha dado cuenta en los pasados días del viaje que ha realizado a la capital británica D. José María Gil Robles, así como de algunas gestiones mantenidas allí por el citado político.**

En relación a ellas podemos asegurar, debidamente informados, que durante su estancia en Londres el Sr. Gil Robles no ostentó ninguna otra representación que la meramente personal, quedando con ello descartado, contra lo que se ha venido propalando, no sabemos con qué turbias intenciones, que el Conde de Barcelona le encargara misión alguna, con lo que es obvio añadir que nada de lo tratado en Londres por aquél cuenta con la aprobación de la augusta personalidad residente en Estoril.»

(Agencia Mencheta, 23-X-1947.)

GRAN OCASION

Para compra artículos Barcelona, de venta rápida Madrid y provincias, precio colaborador disponga 100.000 pesetas, garantía y administración él mismo; también pongo capital. Trato sólo interesados. Escribid: 1.632. — ALAS Alcalá, 22.

FORMALIDAD, SEÑORES

La aparición inesperada de don José María Gil Robles sobre la plataforma giratoria del antifranquismo ha sorprendido a los españoles. De Gil Robles no se espera nada porque es un hombre ruidosamente fracasado en la política de su país y gravemente comprometido en los errores pasados. La referencia de los españoles sobre la vida —y hasta sobre los milagros— de don José María Gil Robles es la del expatriado voluntario a quien le iban bien los negocios y la vida social en el extranjero. Recientemente se supo —y tampoco mereció la atención preferente de los españoles— que aconsejaba políticamente al Conde de Barcelona. La gente —tras esta noticia— empezó a compadecer al hijo de don Alfonso. Don José María Gil Robles —o Gil Quiñones, como le acostumbraba a llamar un periódico de su tiempo— no despierta hoy en los españoles más que desdén. La indignación contra este hombre había pasado ya, porque los años y la buena naturaleza moral de los españoles están olvidando muy de prisa —gracias a Dios— a los culpables. El olvido —como es consiguiente— no es mala memoria. Entre estos culpables —no entre los asesinos— figura don José María Gil Robles.

Ahora se nos aparece —sin respeto alguno a ese desdén de los españoles— y se incorpora activamente, originalmente, a la frondosa y variada vegetación de los conjurados. Ahora, los republicanos españoles le ofrecerán posiblemente aquellas carteras —aunque sea en el exilio— que promovieron la revolución de Asturias de 1934, ante el indecible estupor de los mineros de Asturias que tengan buena memoria, y de la sorpresa general. Nosotros nos acordamos de tantas cosas de la política española de 1933-1936, que la mención objetiva de cada una de ellas delataría la estupenda incongruencia de ese maridaje excepcional Prieto-Gil Robles, sacramentado por el Foreign Office. Pero hemos elegido la última entrevista de ambos en España. Fue en el seno de la Comisión Permanente de las Cortes, al borde ya de la guerra de liberación. El tema era el asesinato de Calvo Sotelo, decretado por el Gobierno de la nación, y perpetrado por agentes de la autoridad. Todas las fuerzas derechistas abandonaban el Parlamento, ante el hecho inaudito del crimen y de la impunidad. Gil Robles e Indalecio Prieto llevaron principalmente el debate de esa sesión. Sobre las argumentaciones,

DE ROMANONES A MR. BEVIN

● Una carta clara y contundente. «En España no se le ha perdido a usted nada»

El ex jefe del Gobierno y del viejo partido liberal español nos remite para su publicación copia de la carta que ha dirigido a Mr. Bevin. Dice así:

«Madrid, 23 de octubre de 1947.— Señor D. Ernesto Bevin, ministro de Asuntos Exteriores de S. M. Británica.— Foreign Office, Londres.

Muy señor mío: A pesar de la deferencia a que tiene usted derecho por su personalidad en el mundo, por su talento y jerarquía, yo, que fui hasta ahora su constante admirador, me veo precisado a enviarle estas líneas como protesta por la sensacional noticia que acaba de hacerse pública. Si su entrevista con el Sr. Prieto no es desmentida categóricamente, tendremos derecho los españoles a decirle que no se ha producido correctamente mezclándose en asuntos que no le competen. Como monárquico español de toda mi vida, le digo que ha cometido una incorrección enorme, sin ejemplo, y que nada hay más respetable en la política internacional que la libre voluntad de cada nación. Proceder como usted ha procedido es llegar al máximo de la indiscreción, sin disculpa de ninguna clase, y, sobre todo, en un hombre de su raza, que tanto medita sus acciones. El pecado ya está cometido y para él no hay absolución posible. ¡Ojalá me equivoque y pueda usted explicar su conducta desde un punto de vista que convenza a los españoles, que rechazan toda intervención extranjera en el desarrollo de sus problemas! Aquí le suponíamos ocupado en resolver los graves problemas internacionales que sobre usted pesan, desde las consecuencias de la política norteamericana por la aplicación del plan Marshall, hasta aquellos otros de la India y Pakistán, que, junto con Palestina, son para Inglaterra de preocupación constante. Grande ha sido, pues, nuestra sorpresa al ver que no son ellos los que le interesan, sino aquellos que se relacionan con España, donde no se le ha perdido a usted nada... Queda de usted afectísimo y s. s., Conde de Romanones.»

(«ABC», 24-X-1947.)

sobre la atmósfera de la reunión, sobre otra cualquier circunstancia subjetiva, quedó bien claro un hecho: la imposibilidad de que esos dos hombres pudieran un día compadrear, aliarse en una acción común, comer juntos, y hasta verse. El drama espantoso de España los separaba. Gil Robles lanzó aquel día histórico de julio sobre la habilidosa y cínica arrogancia de Prieto la afirmación de que el régimen o el Gobierno del Frente Popular era el Gobierno o el régimen del «fango, sangre y lágrimas». Sobre ambos políticos españoles pesaba ya el drama de España, que cerraba todos los horizontes de concordia entre los preludios de los primeros asesinatos, las primeras iglesias derruidas —continuando aquellos incendios del 11 de mayo— y las primeras reacciones de los españoles. Honorablemente, nacionalmente, políticamente, estaban cerrados todos los caminos al entendimiento y a la armonía entre esos hombres. Indalecio Prieto, por su condición culpable y por su predisposición personal, tenía la vía libre para pedir el encuentro y el entendimiento. Gil Robles, nunca.

Pero, además, el chalaneo ha tenido lugar bajo el patrocinio del ministro británico de Asuntos Exteriores. Y ante un inglés bien representativo como es Mr. Bevin, han ido disciplinadamente dos conspiradores españoles a recibir instrucciones para una acción común contra el Gobierno español. Esto ya se ha salido considerablemente de la seriedad rectilínea que exige el tema y el hecho. Ya hasta nos parece excesivo pedir formalidad.

(«Pueblo», 23-X-1947.)

NI UNA SOLA RECTIFICACION

Gil Robles ha rogado la publicación de una nota en la Prensa portuguesa respecto a sus intrigas de Londres y París. Esta ha sido, pues, una manera de recibir los españoles la noticia directa del propio señor Gil Robles y tener fundamentos más veraces para no rectificar ni una sola de las condenaciones pasadas. Gil Robles ha esperado también la audiencia de los ministros intervencionistas extranjeros, se ha prestado, con docilidad y traición, al triste papel de marioneta o de «quisling», y éste es su pecado. Ahora resulta que también es desautorizado por el Conde de Barcelona y negada la pretendida representación monárquica, y ya reúne —por tanto— todos los grados de la inconveniencia, desde la dura traición a la triste tontería. Volvemos esta página sin pena. Nosotros nunca fuimos amigos del señor Gil Robles. Ahora, mucho menos. Si algo nos crispa no es la posibilidad de esos hombres para gobernar —estamos bien seguros que esto no podrá ser—, sino su descrédito como españoles. Al fin y al cabo, sean quienes sean, nos molesta que una misma antesala de unos ministros intervencionistas pueda registrar la presencia de españoles y de indochinos.

(«Pueblo», 25-X-1947.)

Un pobre intento de explicación

La nota que da el señor Gil Robles sobre sus comentadas andanzas por el extranjero no es, ni mucho menos, una rectificación, sino una explicación que, en definitiva, confirma lo que pretende desmentir.

No es una rectificación, porque el señor Gil Robles no niega, sino que reconoce que se ha entrevistado con Mr. Bevin. Ni conocemos el fondo de lo hablado en la entrevista ni nos interesa, pero es indudable que el político español ha tratado con el ministro inglés de posibles recursos para subvertir el régimen español. Es decir, ha tratado con el representante de un Poder extranjero de los medios de combatir el Gobierno de su Patria. Y esto, en todos los tiempos, en todos los países y en todos los idiomas tiene un nombre que nunca hubiéramos querido que el señor Gil Robles mereciera.

No rectifica el señor Gil Robles nada fundamental. Pero es que tampoco rectifica, en verdad, en forma terminante y clara, oponiéndole una negativa absoluta, el hecho de su entrevista con el señor Prieto. La rectificación, si existiera, no nos tocaría a nosotros. Vea el lector los telegramas que insertamos el pasado miércoles, y por ellos advertirá, si no lo recuerda, que una agencia solvente, la Réuter, inglesa por más señas, y

VENTANAS METALICAS NORMALIZADAS
Pida folletos a
Sociedad Comercial de Hierros, S. A.
Méndez Alvaro, 104 - Madrid

LA MANIFESTACION PATRIÓTICA DE AYER

Barcelona. Los estudiantes recorrieron ayer las principales vías de la ciudad, en manifestación espontánea, como protesta contra la injerencia extranjera. Desde uno de los balcones del Gobierno civil, el señor Bosch Alsina dirigió unas palabras a los manifestantes

(Foto. Pérez de Rosso)

Inaudito y estéril desafuero

«Por una vez más y sin que sirva de precedente, hemos de decir desde lo claro aunque modesto podcito de nuestro alcance español, dos palabras serenas a quien eventualmente, y ya sabemos por cuanto tiempo, se necesita ocupado en el Foreign Office, por desconocerlas y elaborar una a menos propicia y con tan mezquino error de gabinete hasta ahora. Es esto pretender especular contra España mediante la vulgar traición de unos patriotas que representan los intereses en el extranjero de Indalecio Prieto. Gil Robles y lo consabido conocido es algo más que un desafuero, porque es una imprudencia agresiva a nuestra patriotismo. Nada anula mutar Devia su conjetura su tiempo y las facultades políticas que le han elevado ahora cualquiera con qué alegre arbitrariedad... a la dirección de la política inter-

REPLICA A UNA TOSCA CONJURA

España reacciona enérgicamente contra la maniobra atentatoria a su independencia y soberanía

Los estudiantes barceloneses, en manifestación espontánea, proclaman el indomable espíritu patriótico de la juventud española

(«La Vanguardia», 25-X-1947.)

con razones, por lo tanto, para hallarse enterada de lo que sucede en Inglaterra, daba la noticia de las «conversaciones» entre el señor Gil Robles y el señor Prieto.

¡Pero si la misma nota del señor Gil Robles a la prensa portuguesa no hace otra cosa, con sus pueriles eufemismos, que ratificar las afirmaciones del señor Prieto y de la Réuter! En primer término, nos da cuenta de su visita al ministro de Asuntos Exteriores francés, M. Bidault, otro gran «amigo» de España, cosa que la Réuter no nos había dicho y que revela el afanoso trajín del señor Gil Robles de una en otra Cancillería. Y luego, cuando expone su posición, comete dos errores graves: por una parte, habla en nombre de los monárquicos, siendo pública la desautorización de que le ha hecho objeto el conde de Barcelona, y por otra, habla de que se ha informado de su postura a las «fuerzas» interesadas.

¿Qué «fuerzas» son ésas; si no son las de don Indalecio Prieto, o las del viejo santón de la masonería señor Martínez Barrio? No es sólo la débil negativa del señor Gil Robles la que nos mueve a no admitir en manera alguna como rectificación lo que no es tal. El señor Prieto, un representante de las «fuerzas», declaró al aterrizar en París, según publicamos, que había llegado a un acuerdo «en principio» con el señor Gil Robles. Y, por su parte, el señor Gómez (don Trifón), otro representante de las «fuerzas», clama alborozadamente a su salida de Nueva York la existencia de un principio de acuerdo contra el régimen español, en el que los grupos de izquierda serían acaudillados por el señor Prieto y los de derecha por el señor Gil Robles.

No es una rectificación, sino un intento de explicación —y muy poco afortunado— el del señor Gil Robles. Y de todo ello siempre queda firmemente en pie que el antiguo jefe de la C. E. D. A., que a no poner oportunamente por medio la distancia hubiera sido asesinado por las «fuerzas» del señor Prieto, como lo fueron muchos de sus amigos por el solo delito de serlo, se ha prestado a ser juguete de la maniobra antiespañola de un ministro inglés. Que eso es verdad, no puede negarse, y el señor Gil Robles no lo ha negado; antes al contrario, lo ha confirmado en forma que no deja lugar a dudas con su desafortunada explicación.

(«Ya», 25-X-1947.)

Enérgica nota de protesta del ministerio de Asuntos Exteriores ante la Embajada de la Gran Bretaña

La actitud del titular del Foreign Office constituye un intolerable conato de injerencia en los asuntos de España

Se reorganiza el ingreso en el Cuerpo diplomático y se crea una Escuela Diplomática en la Universidad de Madrid

DECRETO POR EL QUE SE APRUEBA EL ESTATUTO DEL MAGISTERIO NACIONAL PRIMARIO

OTROS ACUERDOS DEL CONSEJO DE MINISTROS CELEBRADO AYER, BAJO LA PRESIDENCIA DE SU EXCELENCIA EL JEFE DEL ESTADO

(«Ya», 25-X-1947.)

LA ORGANIZACION SINDICAL OBTIENE LA CONFIANZA DE UNAS ELECCIONES LIBRES

Si alguien está esperando, apriorísticamente, que vamos a anunciar el triunfo de las elecciones sindicales, vamos a complacerle, y a echar —también— todos los españoles sobre su incredulidad o sobre su desinterés, nuestra más soberbia compasión.

Las elecciones sindicales han resultado un gran éxito. Han desbordado —y nos interesa muy poco el tópico— las propias esperanzas de los sindicalistas que lo somos de convicción, de acción y de ejecutoria. Habíamos cifrado todos en estas segundas elecciones sindicales el mismo número de ilusiones que de preocupaciones. Sabíamos que poníamos a prueba resorte que nos interesa tener bien listo y engrasado: la confianza del trabajo y de la industria de nuestro país. Y sobre las anécdotas que sabe cada uno, o que podrá saber, vamos nosotros previamente a ofrecer una impresión de conjunto.

En el ámbito social se ha puesto de manifiesto lo que un día y otro vamos delatando de movimiento de confianza y de acción de los trabajadores españoles en la Organización Sindical. No eran fantasmagorias nuestras el hallazgo de una nueva conciencia nacional del trabajo agrupada y en marcha, promoviendo la ingente acción social del Estado. No era inoperante el dinamismo de una Organización en su llamada al encuadramiento jerárquico, orgánico y profesional de los españoles. No era nada postizo ni vano. Ahí están, espléndidamente, las pruebas. Se registran muchas derrotas espectaculares, y algunas reiteraciones de mandato. Ya hay, pues, un definitivo movimiento de selección de representantes. Ya está entronizado el propósito de elegir a los mejores. Y los mejores no son más que los más aptos, los más resueltos y los más limpios.

Las reglamentaciones de trabajo españolas son las más JUSTAS Y HUMANAS DEL MUNDO

AFECTAN A MAS DE OCHO MILLONES DE TRABAJADORES

(«Pueblo», 1-X-1947.)

No ha habido selección de colores. Junto a destacados falangistas o sindicalistas católicos se agrupan antiguos comunistas o de otras asociaciones obreras antiguas. Esto no se ha puesto en juego, porque esto ya es agua pasada, y por el libre pronunciamiento de los trabajadores que sinceramente alienta en todos ellos afanes y deseos de paz y de solidaridad. La justa rebeldía social la propugna el Estado, y esto es lo importante.

En el ámbito económico se ha registrado un movimiento de las empresas pequeñas en favor unido de sus candidaturas. La empresa pequeña, avisada contra los peligros de un monopolismo de la empresa grande, que podría llevar a las Juntas Económicas sindicales la acción parcial de sus propios planteamientos económicos, se ha movilizado ardorosamente y ha hecho triunfar muchos nombres de empresas modestas. Este podría ser el matiz más descollante de estos comicios: una asistencia más numerosa y más ardorosa de las empresas, hasta límites realmente insospechados.

En un clima de libertad, de garantía y de orden ha tenido lugar esta fase directa de las alecciones sindicales. Ni esa libertad ni ese orden ni esas garantías han empalidecido un ardor y una disputa que se han puesto gozosamente de manifiesto en todas las provincias. Ahora es ya la robusta ocasión de que no parezca un aviso infundado la invitación a cerciorarse de que en España ha habido algo más profundo y renovador que una postguerra civil. Pero en esto también nos urgen a nosotros la identificación de novedades, puesto que siendo evidente la acción creadora de nuestros días, es también cierto que hay muchos descubridores de Américas ya descubiertas y muchos mercaderes disimulados de cartógrafos o descubridores.

(«Pueblo», 13-X-1947.)

«Las elecciones sindicales son el fundamento de un Régimen orgánico, popular y cristiano»

(«La Vanguardia», 12-X-1947.)

Madrid, lunes, 13 de octubre de

FUE MUY REÑIDA LA VOTACION

En toda España se celebraron LAS ELECCIONES SINDICALES

MAS DE 7 MILLONES acudieron a las urnas

HASTA EL día 22 no se conocerán

A la una y media de la tarde había votado en Madrid más del 70 por 100 de los electores de la capital, y el 90 por 100 en las últimas horas, exponente el

PERON A SU RAZA

La espiritualidad hispánica, contra la fuerza ciega y el frío dinero

"No tiene parangón en la Historia la obra cumplida por España en las tierras de América"

GRANDIOSO DISCURSO del presidente de la Argentina

(«Pueblo», 13-X-1947.)

PANORAMA SINDICAL DE ASTURIAS

LA ORGANIZACION HA DE SER BRIOSA Y PUJANTE

Dentro de la atención general al tema de las elecciones sindicales —al suceso y a sus consecuencias— nos interesa centrar nuestra mirada y nuestra reflexión a determinadas zonas españolas e incluso a calificados estamentos sindicales. La Organización Sindical —en su proyección doctrinal y en su práctica de acción— no tiene un solo prejuicio burocrático. Se conmueve y alienta allí donde es necesaria su actividad o su dedicación.

Es tan ambicioso el empeño y tan necesario perseverar en él, que son innecesarias otras apelaciones.

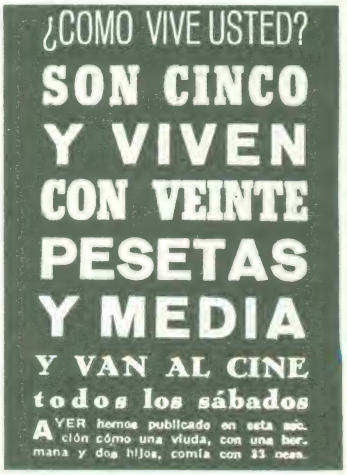
En Asturias —una zona muy querida del sindicalismo español— han votado todos sus hombres. Sin embargo, no está a la altura —en lo estrictamente sindical— de su propia importancia nacional.

Allí nos es obligado exigir una organización más briosa, más pujante, más madura. A Asturias se lleva —como a tantos otros sitios— la atención del Estado. Y los trabajadores y las Empresas de aquella vitalísima zona reciben la palabra ardorosa, la promesa evidente y el propósito particular o general. Pero las organizaciones sindicales no son robustas. Y, claro es, donde no existen esas organizaciones, o donde existen limitadas o en precario, a nosotros todo lo demás nos parece insuficiente, y en algunos casos innecesario. El Sindicato —no nos molesta reiterarlo tantas veces— es una entidad natural, que después de la definición del Estado nuestro, como social y representativo —si no nos fuera suficiente su catalogación de origen—, es rigurosamente indispensable. Es una pieza maestra de la estructura política de nuestros días. La falta del Sindicato no puede suplirla nada.

Concebimos nosotros a Asturias como una prodigiosa región española, de extraordinaria vitalidad económica y social. Con unos hombres tan buenos como los de cualquier parte, porque en el terreno de las distinciones humanas no reconocemos fronteras nacionales. Pero nunca una zona apestada por sus tradicionales rebeldías sociales. No nos interesa en absoluto evangelizar socialmente Asturias, sino que los hombres de esa región acepten nuestra invitación para agruparse y preparar ellos mismos su prosperidad. En España están instaurados gozosamente unos modos pacíficos de conquistas sociales.

Los hombres de Asturias también lo saben. Pero si existieran algunos que desconocieran esto, nunca serían argumentos para volverlos a la razón, que el cordón sanitario del halago ofreciéndoles el panorama de una Organización Sindical inoperante.

(«Pueblo», 17-X-1947.)



¿COMO VIVE USTED?

SON CINCO Y VIVEN CON VEINTE PESETAS Y MEDIA

Y VAN AL CINE todos los sábados

AYER hemos publicado en esta sección cómo una viuda, con una hermana y dos hijos, comía con 33 pesetas

(«Pueblo», 28-X-1947.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

Un esquema de la II Guerra Carlista

1872-1876 es el período de tiempo en que se desarrolló la II Guerra Carlista, aunque algunos historiadores la numeren como III. Episodio decisivo, hasta el punto de cambiar el signo de la contienda, fue la batalla de Montejurra, un momento de la cual queda recogida en el grabado.

Juan Antonio Hormigón

UNO de los conflictos políticos claves que marcaron el siglo XIX español, fue el enfrentamiento entre «carlistas» y «liberales». La disputa dinástica aparente entre los partidarios del hermano de Fernando VII, Carlos María Isidro, y los de su hija Isabel, encubría razones sociológicas, administrativas y políticas de mucha mayor importancia, pero cuya naturaleza ha sido siempre difícil determinar. En este caso, puede afirmarse sin riesgo a error que las ramas nos impidieron ver el bosque.

LA historiografía española del pasado siglo fue mayoritariamente de signo liberal-conservador. Se situó resueltamente en el campo de la oligarquía surgida de la Desamortización e intentó ser su sancionador ideológico de hechos consumados. Hubo intentos parciales de analizar la historia con perspectiva revolucionaria, pero éstos centraron sus objetivos en las insuficiencias de las transformaciones realizadas y consideraron el Carlismo como algo que no valía la pena tratar. Era un mal sueño, una pesadilla. Sólo ciertos historiadores o publicistas reaccionarios se ocuparon del tema, convirtiéndose en meros instrumentos hagiográficos de propaganda, sustituyendo el ditirambo laudatorio por cualquier relato objetivo de los hechos, ya no digo análisis. Lo cierto es que la falta de estudios e investigaciones rigurosas se ha echado en falta. En cierto modo, el testimonio de los escritores ha sido más ilustrativo en general para una valoración histórica del fenómeno carlista que el de los propios historiadores.

Sin embargo, el Carlismo vertebró como grupo y opción política a una parte de la sociedad española. Si no tuvo un papel importante en la lucha parlamentaria, desencadenó sin embargo insurrecciones y guerras civiles que, con los pronunciamientos de todo signo, constituyeron la pesadilla y lacra de nuestro siglo XIX. La primera de estas guerras, como es bien sabido, se inició a la muerte de Fernando VII (1833) y concluyó con el Convenio de Vergara (1839). En 1860, el pretendiente Carlos Luis María, Conde de Montemolín, desembarca en San Carlos de la Rápita e inicia una intentona militar al frente de una columna que concluye en el más estrepitoso de los fracasos. Algunos historiadores han llamado a este episodio «Segunda Guerra Carlista», lo cual parece excesivo si se compara con la anterior y con la posterior, iniciada en 1872 y terminada en el 76. Esta última, que tuvo como pretendiente al trono a Carlos María de los Dolores —Carlos VII en la égida legitimista— es la que se denomina más certeramente como Segunda.

Al estudio de este conflicto, que coincidió con una profunda crisis política —Revolución de Septiembre (1868), exilio de Isabel II, elección de Amadeo de Saboya como Rey (1870), Primera República (1873), Presidencialismo de Serrano y Restauración (1874)—, está dedicado el trabajo que **Vicente Garmendia** publicó hace unos meses (1). Profesor de la Universidad de Burdeos, el autor tiene una amplia nómina de trabajos en torno al tema, del que sin duda es conocedor en cuanto a bibliografía y documentos de primera mano se refiere.

La **Segunda Guerra Carlista** tuvo en los escritores del grupo generacional del 98 un lugar importante. Era el recuerdo de infancia de muchos de ellos, en el que sus padres fueron protagonistas y que se alzaba como un conflicto civil en un momento crucial de nuestra historia. «Paz en la guerra», de Unamuno, y «Zalacaín el aventurero», de Baroja, transcurren en el ámbito geográfico y social de la insurrección carlista. Valle-Inclán, vinculado hasta aproximadamente 1915 al Carlismo, dedicó al tema mayor amplitud. Sus «Cruza-

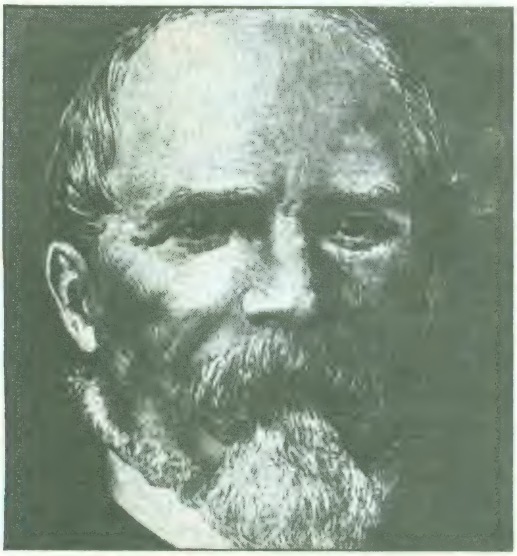
Carlos María de los Dolores (Carlos VII en la egida legitimista), protagonista de la II Guerra Carlista como pretendiente al trono español. Su enfrentamiento con el poder central coincidió con una profunda crisis a nivel de todo el Estado.

(1) *Vicente Garmendia:* **«La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)».** *Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1976.*

«Los carlistas lucharon por una vuelta al sistema socio - económico del antiguo régimen», escribe Vicente Garmendia en su estudio sobre la II Guerra Carlista. La imagen adjunta muestra un aspecto del ataque a Bilbao por parte del Ejército carlista, que utilizó para ello modernos cañones.

dos de la causa», «El Resplandor de la hoguera» y «Gerifaltes de antaño», constituyen la «Trilogía de la Guerra Carlista» en que los protagonistas del hecho bélico son también los de la novela junto a personajes de ficción. La «Sonata de invierno» y una serie de relatos completan la aportación de Valle-Inclán. También Galdós, en el penúltimo de sus Episodios Nacionales, «De Cartago a Sagunto», se ocupa de la Guerra del Norte.

En comparación al trabajo de escritores tan importantes, la investigación propiamente histórica es ínfima. Tiene razón Vicente Garmendia cuando señala el escaso interés que el tema ha despertado entre los historiadores. Su



Una figura mitica del carlismo: el general don Ramón Cabrera. Acabaria enfrentándose con el ala integrista del Partido Carlista, y en 1875 —el mismo año de este retrato— lanzó un célebre Manifiesto por el que reconocía a Alfonso XII como rey de España.

libro es una aportación interesante y coherente. Consta de un estudio que ocupa la tercera parte del libro, estando las otras dos dedicadas a la lexicografía, cuadros cronológicos y genealógicos, mapas, biografías, 48 documentos que agrupan declaraciones, proclamas, cartas, poemas, manifiestos, coplas, etc., y una bibliografía general y sobre aspectos específicos del Carlismo.

A la vista del material acumulado, es fácil deducir el esquematismo forzoso de la descripción de hechos y datos que hace Garmendia en torno a los antecedentes y lances más importantes de la Segunda Guerra Carlista. Indudablemente, es una interesante aportación divulgadora sobre el tema. Las insuficiencias se dejan sentir ante todo en el análisis de las contradicciones surgidas en el Partido Carlista tras la Revolución de Septiembre. Qué papel jugaron los «neos» de Nocedal, cuál fue la base del enfrentamiento entre Cabrera y el ala integrista del Partido, patente desde el Congreso de Vevey, por qué el aletargado Partido Carlista sufrió un deslumbrante apogeo tras la Revolución de Septiembre, etc. Todos estos temas están apuntados tan sólo. Bien es verdad que la selección documental permite conocer al lector ciertos hechos más pormenorizados; pero, dado lo específico del tema y la complejidad de aquella coyuntura histórica, no es sencillo otorgarles siempre una correcta interpretación.

Otro aspecto que se echa en falta es la ausencia de datos estrictamente militares. No estoy reclamando una exhaustiva relación en este sentido, sino el establecer de forma más precisa la correlación de hombres y material, la estructura logística de ambos ejércitos, e incluso la

estrategia seguida en los enfrentamientos de mayor envergadura. Creo que en un conflicto de este tipo no basta con citar el nacimiento de una manufactura armamentista propia, dar un número global de piezas de artillería o parcializar cifras de tropas movilizadas. Para comprender el cambio de signo de la guerra, hubiera sido interesante explicar más detenidamente acciones como las de Las Muñecas o Montejurra, que forzaron los pasos de Bilbao y Estella, en la medida en que cambiaron el signo de la contienda.

Como contrapartida, es muy interesante y precisa la parte dedicada al Estado Carlista, su organización y las tareas más importantes llevadas a cabo. Lo cual une directamente con las páginas que —a mi modo de ver— son más esclarecedoras del libro en el terreno valorativo: las dedicadas a reseñar las perspectivas y situación actual de la cuestión. Garmendia se niega justamente a aceptar la tesis del monolitismo carlista. Insiste en su carácter de movimiento de masas, «*el único coherente en el siglo XIX*». Señala su carácter contradictorio, tanto desde el ángulo sociológico como en el religioso e ideológico. En definitiva, asegura que «*varios testimonios parecen confirmar que el Carlismo fue un movimiento de protesta contra los nuevos ricos de la época, contra los burgueses, "arribistas aborrecidos", como dijo Marx*». El autor recoge en este sentido el testimonio de un labriego respecto al sermón de un párroco carlista, del que señalaba «*el color socialista del más subido rojo*». También el de un mayorazgo vizcaíno que «*opinaba que las causas de la guerra son ni más ni menos que de origen socialista, predominando el odio del campesino contra el bilbaíno como símbolo de ataque del colono al propietario*». Citando a Emiliano Fernández de Pinedo (2), el autor se pregunta si no estaremos ante una auténtica lucha de clases.

Hoy, a la vista de los datos que poseemos, parece insuficiente presentar la oposición entre el campo y la ciudad como un simple enfrentamiento entre progreso y reacción. Esa lucha adquirió en las provincias vascas, de marcado clericalismo, una expresión distinta a la de Andalucía, por ejemplo, en la que predominaron anarquismo y republicanismo. El campesino vasconavarro que se oponía a la oligarquía nacida de la Restauración y engordada a sus expensas, condicionado por un aparato ideológico muy simple y retardatario, no encontró salidas hacia adelante que resolvieran el enfrentamiento y adoptó el sueño de la «vuelta al pasado» para superar los males y asperezas del presente. «*Los carlistas lucharon* —dice Garmendia— *por una vuelta al sistema socio-económico del antiguo régimen*».

Ello explicaría que junto a las masas campesinas que se alineaban en sus filas como expresión de su lucha contra los «nuevos ricos» y el capitalismo naciente, coexistieran los elementos más reaccionarios de la aristocracia de sangre, y que muchos de los que se enriquecieron con el liberalismo viesen con gusto y respiro las victorias y avances carlistas, en el que pensaban como valladar al empuje revolucionario y republicano. No puede extrañarnos, pues, que los triunfos carlistas prudujeran —por ejemplo— la subida de la Bolsa. Vicente Garmendia, con su libro, abre una interesante vía al conocimiento y discusión de toda esta problemática de nuestra Historia. ■ **J. A. H.**

(2) *Emiliano Fernández de Pinedo:* **«Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco, 1100-1850».** *Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1974.*
Francisco Bacon: **«Historia de la revolución de las provincias vascongadas y Navarra».** *Ediciones Txertoa. San Sebastián, 1973. Prólogo de Fernández de Pinedo.*

28 de febrero de 1876: Alfonso XII entra triunfalmente en la ciudad de Pamplona, núcleo principal de la tradición carlista. A falta aún de estudios definitivos, se puede afirmar que el Carlismo vertebró como grupo y opción política a una parte considerable de la sociedad española.

U. G. T., UNA LARGA HISTORIA

Amaro del Rosal, último secretario de la Unión General de Trabajadores (UGT) en el exilio, ha consagrado su vocación de historiador a la reconstrucción minuciosa de la **historia de la UGT** basándose en los documentos internos de la organización de los que fue depositario y conservador durante los años del franquismo. La importancia de esta costosa tarea es obvia dado el papel fundamental que la UGT ha desempeñado en el movimiento obrero español.

Hasta ahora son conocidos en España los resultados de la primera parte del trabajo de Del Rosal; los tres volúmenes publicados por Grijalbo que abarcan la evolución de la UGT desde su nacimiento hasta el final de la guerra civil. Asimismo, Grijalbo está editando las «Actas» de la UGT, un total de ocho volúmenes lujosamente encuadernados que reproducen en facsímil dichos documentos.

Otros libros de Amaro del Rosal que se han editado en España —también en Grijalbo— son: «Los Congresos obreros internacionales: siglos XIX y XX» (dos tomos) y «El oro del Banco de España y la historia de 'El Vita'». Amaro del Rosal, durante la República presidente de la Federación Nacional de Banca y director de **El Periódico Bancario** y de la **Revista Económica Bancaria,** también es autor de una historia del movimiento bancario en la II y III Internacional.

Actualmente, Amaro del Rosal prepara la última parte de su larga crónica: la historia de la UGT en el exilio que editará Grijalbo en tres tomos.

«En este libro —explica Del Rosal— se describe la trayectoria de la UGT en el exilio en tres etapas: los últimos momentos de la guerra y la evacuación a Francia (1939-40), su actuación en Méjico en solidaridad con la República (40-45) y, por fin, los años de Francia hasta 1950 cuando la organización fue disuelta por el Gobierno francés.» «Durante los años de exilio la UGT se preocupó principalmente de buscar la solidaridad internacional para con el medio millón de españoles que se encontraban en angustiosa situación, recluidos en los campos de concentración de Francia o presos en las cárceles de España.»

«A partir del año 1940, al concentrarse en Méjico las fuerzas políticas y sindicales que habían formado parte de la República, se inició desde allí una intensa campaña en favor de los republicanos que estaban todavía presos en territorio francés.» «Al mismo tiempo, la UGT participó en la lucha general contra el naci-fascismo y por la vuelta de la República aunque no formaba parte de su Gobierno en el exilio.»

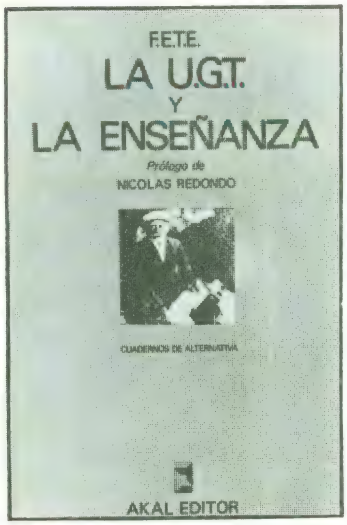
En el momento de escribir estas líneas, el último libro que ha aparecido de Amaro del Rosal sobre la UGT es el primer tomo de la «Historia de la UGT de España: 1901-1939». En este volumen, continuación de «La violencia, enfermedad del anarquismo», desfilan todos los congresos celebrados por la UGT en el siglo XX, así como los acontecimientos nacionales en los que la Unión participó directa o indirectamente y los esfuerzos realizados con el fin de lograr la unificación del proletariado español. La intervención de la UGT de España en la creación del movimiento sindical internacional que desembocó en la constitución de la Federación Sindical Mundial (FSM) queda reflejada en el libro a través de la presencia española en los congresos obreros internacionales. También consta en él una relación exhaustiva de las múltiples huelgas que promovió la UGT; método de acción encaminado a conseguir las reivindicaciones obreras más urgentes: solución al problema del paro y de la crisis de subsistencia, jornada de ocho horas, contratos de trabajo, etcétera.

Ante las decisiones políticas de trascendencia como el proyecto de Ley sobre coaliciones y huelgas o el de la Ley de Represión y Terrorismo, la UGT tomó una postura —en estos casos contraria al Gobierno—. La expresión de la opinión de los obreros en boca de sus líderes —como Pablo Iglesias— en las Cortes aparecen recogidas en el libro que comentamos ■ **BEL CARRASCO.**

EL RESURGIMIENTO DE LA F.E.T.E.

A partir de los primeros síntomas de liberalización del Régimen —ineludible por la propia dinámica de los acontecimientos—, los movimientos populares proscritos —partidos, sindicatos, asociaciones vecinales— han comenzado a dar a conocer a la opinión pública su historia, personalidad y aspiraciones junto con su programa de actuación. **La Federación de Trabajadores de la Enseñanza (F.E.T.E.),** sindicato de rama de la **Unión General de Trabajadores (U.G.T.),** celebró en el mes de marzo del pasado año su primer Congreso en España desde hace cuarenta años. En él se estableció la estrategia para actuar en la clandestinidad —felizmente superada hoy— y los principios básicos que guiarán su acción (1).

(1) *F.E.T.E.:* **La U.G.T. y la enseñanza.** *Madrid. Akal Editor. 74 pp.*



El libro, forzosamente breve por su misión informativa, se abre con un prólogo del Secretario General de la UGT, **Nicolás Redondo,** tras unas líneas de presentación de la Comisión Ejecutiva de la F.E.T.E. Sus orígenes se remontan a la Asociación General de Maestros. Organización creada en 1919 y adherida a la U.G.T., sus principios generales (enseñanza pública, gratuita y laica, coeducación, etc.) continúan siendo hoy aspiraciones irrenunciables de los enseñantes. En este capítulo **—Historia de la F.E.T.E.—** se puede seguir su proyección fecunda (con momentos clave como el de la creación del Frente Unico del Magisterio), que acaba momentánea y públicamente en 1939 con la victoria nacionalista.

Los aspectos más enjundiosos del libro los encontramos en los capítulos **Una alternativa socialista para la enseñanza** y **Resolución político-sindical.** La **alternativa** pone de manifiesto las contradicciones de un sistema educativo que ha pretendido no sólo la difusión de unas pautas culturales concretas, sino también la formación de sectores profesionales capaces de integrarse posteriormente en el sistema productivo. Es una instrumentalización que quiere mantener y reproducir los esquemas capitalistas y antidemocráticos del sistema capitalista. La **resolución** distingue tres niveles: político (restablecimiento de la democracia, que no se concede sino que se conquista); profesional (potenciar y fomentar la dedicación profesional de los enseñantes así como una educación científica y humanista en sus resultados y métodos) y sindical (la F.E.T.E. se define como un sindicato de clase, democrático, autónomo y libre).

Los últimos capítulos contienen los **Estatutos de la F.E.T.E.** (fines, estructura orgánica y funcionamiento), la **Declaración socialista sobre la Enseñanza,** adoptada por el XII Congreso de la U.G.T., y las relaciones que en el campo internacional mantiene con otras organizaciones y sindicatos como el S.P.I.E. (Secretariado Profesional Internacional de la Enseñanza), la F.I.A.I. (Federación Internacional de Asociaciones de Maestros) y la F.E.N. (Federación de la Educación Nacional) ■ **JUAN MANUEL DE LA TORRE.**

DOS TIPOS DE SINDICALISMO

Las numerosas organizaciones sindicales que existen en el mundo pueden clasificarse en dos grandes grupos: los sindicatos de clase que, además de plantear las reivindicaciones económicas, educan y movilizan a la clase obrera y los sindicatos reformistas que se basan en la colaboración de clases y sirven los intereses de la burguesía. El análisis de la oposición entre estos dos tipos de sindicalismo es el tema que desarrolla **Filip Kota** en uno de los últimos libros editados por Emiliano Escolar: **Dos líneas opuestas en el movimiento sindical mundial.**

Sólo cuando está dirigido por un partido marxista-leninista de la clase obrera se libra el movimiento sindical de caer en el revisionismo burgués: esta es la conclusión del autor albanés. Ante ella propone como táctica de actuación la lucha de la clase obrera «en el seno de los sindicatos reformistas y fuera de ellos para llegar a desenmascarar y aislar a los cabecillas sindicales de las masas proletarias y para crear progresivamente, mediante la práctica revolucionaria, un movimiento auténtico de clase». La abolición del sistema capitalista explotador sería el fin de esta lucha que los obreros deben asumir. Como se puede apreciar, Filip Kota no es precisamente un autor imparcial. Tampoco pretende parecerlo. Desde una clara posición de clase y la perspectiva concreta del marxismo-leninismo ofrece en su libro una visión del panorama sindical en el mundo y denuncia la demagogia y oportunismo que esconden las diferentes variantes del sindicalismo reformista.

Kota comienza por demostrar la falsedad de las teorías sobre el apoliticismo y «neutralidad» de los sindicatos mostrando a través del desarrollo histórico del sindicalismo la vinculación que existe entre éste y la lucha de clases y la lucha de los pueblos contra la hegemonía y el imperialismo de las grandes potencias. Seguidamente, Kota estudia las corrientes del sindicalismo reformista y revisionista que encuentran actualmente su expresión en los tres grandes organismos internacionales: la Federación Sindical Mundial (FSM), la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CISL) y la Confederación Mundial del Trabajo (CMT). En su opinión, el proceso de degradación que se produce en las organizaciones sindicales que en un principio ofrecían una alternativa de clase, se debe principalmente a dos factores: la formación de una aristocracia y la burocracia social. Ambos factores son parte integrante de la estructura del capitalismo al que se encuentran ligados.

Otra cuestión que trata Kota es el papel que juegan en el contexto mundial los sindicatos progresistas de Asia, América Latina y especialmente de Africa. El rasgo fundamental de estos últimos es llevar desde

su origen una lucha encarnizada contra la explotación colonialista y a favor de la liberación nacional.

Con respecto a la unidad sindical, Kota distingue también una doble corriente que sigue direcciones opuestas: «El criterio reformista y revisionista considera la unidad como una cuestión de carácter fundamentalmente táctico, que cambia según las circunstancias y depende de la coyuntura general (...) La unidad para los reformistas es un compromiso hecho por arriba y a espaldas de los obreros y en contra de sus intereses».

Por último, en la tercera parte del libro, Kota presenta como organización modélica del sindicalismo de clase las Uniones Profesionales de Albania (UPA), dirigidas por el Partido del Trabajo de este país, que se han mantenido a lo largo de su evolución dentro del espíritu del internacionalismo proletario y de solidaridad obrera. Las UPA fueron miembros de la FSM desde su creación en 1945 por iniciativa del Partido Comunista de Albania y su evolución desde entonces la divide Kota en tres fases características ■ **B. C.**

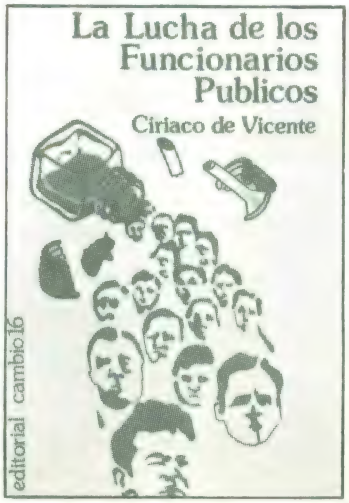
PARA CAMBIAR LA ADMINISTRACION PUBLICA

«La Administración española está necesitada de detergente.» Así comienza el epílogo del libro **La lucha de los funcionarios públicos,** obra de **Ciriaco de Vicente,** que a continuación insiste y amplía sus afanes lavatorios. No se trata sólo de lavar la cara de nuestra Administración —dice—, porque con ello todo seguiría igual. Y seguir igual es que la Administración sea (o siga siendo) «un instrumento al servicio de los grupos privilegiados con cuyo control éstos garantizan la continuidad del actual sistema económico». Por eso a la Administración hay que cambiarla «hasta el punto de que nadie la reconozca».

Ciriaco de Vicente —hoy diputado del PSOE por Murcia— es un veterano luchador en pro de los derechos de los funcionarios. Hijo de funcionarios y funcionario él mismo (inspector de Trabajo), publicó hace unos meses otro libro sobre el tema: **Trabajo y Sindicatos** (Edicusa), antecedente de éste que ahora aparece en la Editorial Cambio 16.

Cerca de un millón de españoles forman el ejército burocrático de la Administración Pública. Son los TAP. Los «trabajadores de la Administración Pública», que el autor distribuye así: unos 450.000 de la Administración del Estado; 210.000 en Ayuntamientos, Diputaciones y Cabildos; 140.000 en Organismos Autónomos y 125.000 en la Seguridad Social. Junto a los funcionarios, los contratados. Los TAP, dice De Vicente, se han ido poco a poco proletarizando, salvo la élite burocrática que los domina (la élite burocrática española es objeto de un muy reciente estudio de Miguel Beltrán, del mismo título, publicado en la Colección Monografías de Fundación Juan March —Editorial Ariel).

La descripción de la lucha de estos TAP es ya mostrar un camino para ese cambio en la propia Administración. Y esta lucha se ha desarrollado en diversos campos: las retribuciones, la libertad sindical (búsqueda de ella, por supuesto), lograr la Seguridad Social... Esta descripción es también la reconstitución de un proceso clave para el mejor entendimiento de una parcela importante de nuestra historia última. Ciriaco de Vicente ha hecho un libro de historia y de combate, porque si relata la lucha de estos años pasados, habla también de las esperanzas en el futuro y de los problemas del presente ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**



SEVILLA: DESCRIPCION Y ANECDOTA

El concepto y metodología de la Historia ha sufrido, afortunadamente, hondas transformaciones especialmente constatables desde la fundación de los **Annales** y la labor desplegada por la escuela francesa (March Bloc, Lucien Febvre, etcétera). Sin embargo, no parece que estas innovaciones hayan terminado de arraigar en la idea que de la historia tienen algunos autores a pesar de los enormes esfuerzos desplegados por Vicens Vives para introducir estos nuevos conceptos en España. Y de ello hace ya algún tiempo.

Y es que esta **Historia de Sevilla** (1) es la anti-historia, sencillamente porque no es historia. No basta con ponerle a un libro el rótulo de «historia» si su contenido no responde a tal. Por su exposición literaria y por su desarrollo lineal, privando los aspectos descriptivos sobre los comprensivos y estructurales, el libro se sitúa más en el marco de la narrativa histórica que de la historia misma entendida ésta en su acepción más reciente. Por poner un ejemplo entre los múltiples que se podrían señalar, el capítulo dedicado al reinado de Pedro I testimonia la degeneración de esos libros de «historia» que recurren a un relato novelesco, abundantemente salpicado con adjetivos y juicios moralistas innecesarios en vez de indagar las razones de fondo como mínimamente hace al tratar de explicar las razones estructurales que llevan a Fernando VII a decretar una drástica reducción de los conventos de Sevilla. Como dijo Braudel en cierta ocasión, «a menudo la crónica, la historia tradicional, la historia-relato a la que tan aficionado era Ranke, no nos ofrece del pasado y del sudor de los hombres más que imágenes frágiles, fulgores, pero no claridad... Adviértase que esta historia-relato pretende contar las cosas tal y como realmente acaecieron'. Ranke creía profundamente en esta frase cuando la pronunció». Pero incluso en este caso hay ausencia de documenta-

(1) José María de Mena: **Historia de Sevilla.** *Sevilla. Edición patrocinada por la Caja de Ahorros Provincial «San Fernando», de Sevilla. 380 pp. + 16 láms.*

ción. Baste otro ejemplo, por lo demás fácilmente subsanable. Mientras que en una de las páginas del libro el autor da la fecha de 1950 para la muerte de Queipo de Llano, en la página siguiente a la fecha de 20 de marzo de 1951 para el mismo acontecimiento. Es decir, que incluso esta descripción de la vida de la ciudad y su entorno encierra importantes fallos documentales. Con mucho mejor sentido ha entendido su obra Nicolás Salas al titularla **Sevilla, crónicas del siglo XX** y en la que la perspectiva y ritmo periodísticos son útiles para valorar los antecedentes de nuestra historia o simplemente para satisfacer la suriosidad.

Se presta, pues, más atención a lo anedótico y a lo novelesco, lo que Braudel llamaba la **microhistoria,** que a la búsqueda de las causas que originan estos hechos históricos y su

duración en el tiempo. De agradable y entretenida lectura, la «Historia de Sevilla», de **José María de Mena,** no es, desde luego, esa gran historia de Sevilla que muchos esperamos. Flotan todavía en el aire aquellas palabras que pronunciara una vez don Joaquín Hazañas y la Rúa: la historia de Sevilla está por hacer.

En lo que se refiere al cuidado y presentación del libro, hay que constatar lo que parece un mal endémico en todas nuestras publicaciones, las numerosas erratas tipográficas (deben ser más de 100) y una encuadernación no demasiado buena, aspectos éstos que deberían cuidarse en este tipo de obras ■ **J. M. de la T.**

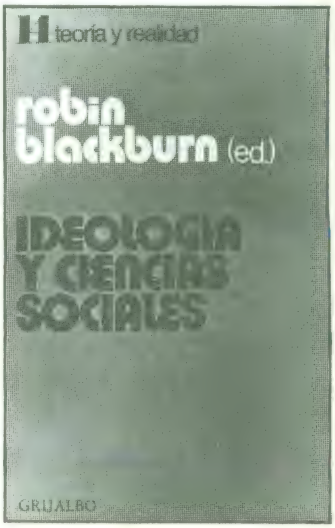
CONTRA LA HISTORIA LIBERAL-CAPITALISTA

La obra colectiva **Ideología y ciencias sociales** (1), compilada por **Robin Blackburn,** se propone llevar a cabo una crítica de las ciencias sociales liberal - capitalistas desde una perspectiva marxista, tratando de extraer los presupuestos ideológicos de la «asepsia», del empirismo y formalismo, del «tecnicismo y abstractismo», de la excesiva especialización que «paralizan el pensamiento social con conceptos inadecuados y superficiales». En ella hay tres ensayos históricos, a los que limitaremos nuestro comentario, debidos a **Gareth Stedman Jones («Historia, la miseria del empirismo», «Historia del imperialismo estadounidense»)** y a **E. J. Hobsbawm («La contribución de Karl Marx a la historiografía»).** En el primero, Stedman Jones critica en particular a la historiografía británica del último siglo, a la que acusa de empirismo (tradicional, por otro lado, en el pensamiento británico) y de haber tratado de marginar e «ignorar» las grandes corrientes de pensamiento, desde el marxismo al psicoanálisis, pasando por la sociología y antropología clásicas o «continentales». El autor pone de relieve la responsabilidad de los historiadores positivistas, biologistas, moralistas e individualistas como Stubbs, Bury o Gardiner (siglo XIX), de los liberales como Toynbee o Morley, de los reaccionarios como Ashton —con excepciones progresistas como las de Cole, Tawney, Hobsbawm o Deutscher—, en la perpetuación, hasta nuestros días, de ese anacronismo que es el empirismo y las concepciones liberal - evolucionistas (y capitalistas) del Progreso. Estados Unidos se presenta a sí mismo como ex colonia que nunca ha poseído imperio colonial, y como campeón de la libertad de los pueblos. Stedman Jones contraría las tres afirmaciones y arremete contra este burdo pero sólido y extendido mito de la historiografía estadounidense, y afirma que «Estados Unidos ya era estructuralmente un Estado imperialista en el momento de su creación». Se da una continuidad asombrosa desde los Padres Fundadores de la nación (siglos XVII-XVIII) hasta hoy. Durante tres siglos largos Estados Unidos edifica un imperio, que se inicia con el expansionismo hacia el Oeste, México y el Caribe, que madura a partir de 1898 (guerra contra España) y de la Gran Guerra (1914-1918), y abre nuevas posibilidades en el Pacífico y en el resto de América a partir de la segunda guerra mundial, hasta su mundialización en los últimos veinte años.

El imperio posee sus teóricos y su elaboración ideológica, «espiritual», gracias a un Monroe (con su Doctrina, que data del lejano 1823), a Turner, a Beard, a los Roosevelt (Theodore y Franklin), a Eisenhower, a Kennedy..., cuyo pensamiento y actuación se traduce en la controvertida Teoría de la Frontera, en la del Big Stick y el Destino Manifiesto, en la de la Buena Vecindad y en la Alianza para el Progreso, entre otras.

¿Cuál ha sido la aportación del marxismo a la historiografía? Esta es la pregunta a la que trata de responder Hobsbawn en el tercer ensayo. El marxismo irrumpe en el mundo de la historiografía europea de manera contundente, enfrentándose con éxito al positivismo y al historicismo, centrando la atención de los historiadores en los fenómenos socioeconómicos y confiriendo un valor desconocido a la masa como uno de los protagonistas de la Historia.

Pero, añade Hobsbawm, todo esto ha producido a su vez una «modalidad» de marxismo anclada a algo próximo a un determinismo económico, cuyo motor es siempre la lucha



(1) *Editorial Grijalbo. Barcelona, 1977. Colección Teoría y Realidad.*

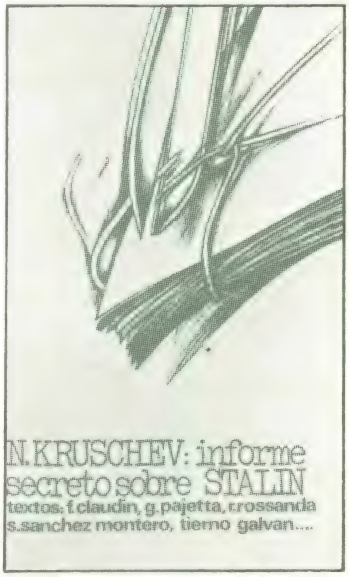
de clases, que da lugar a su vez a una «inevitabilidad» histórica comprensible en una época de idealismo y positivismo, pero que sólo cubre una porción (importante) del pensamiento marxiano. Tal «modalidad» ha mantenido vivos en el marxismo, hasta hoy, sus aspectos positivistas y mecanicistas, como se constata en los modelos de desarrollo histórico, y en especial en el del paso de una forma socioeconómica a otra —es típico el ejemplo y la controversia sobre el **modo de producción asiático**—, tan combatidos por los historiadores no europeos y, en Europa, por el funcionalismo y, en parte, por el estructuralismo. Para Hobsbawm, marxista, que rechaza el funcionalismo y el estructuralismo, lo mismo que el mecanicismo y el positivismo, el marxismo debería olvidarse un poco (el propio Marx lo dijo así) de la economía y volver los ojos hacia otros aspectos hasta ahora marginados, como los culturales, ideológicos, psicológicos, individuales, etc., para recuperar su totalidad y sus capacidades. ■ **C. A. CARANCI.**

EL INFORME SOBRE STALIN

Mil novecientos cincuenta y seis es una fecha esencialmente ambigua. Es, por un lado, el año en que se celebra el famoso XX Congreso del PCUS, en cuya sesión final —del 25 de febrero— **Jruschov** leerá, a puerta cerrada, su **informe sobre Stalin;** es también el año de los sucesos de Polonia (levantamiento de Poznán) y sobre todo de Budapest, primera versión, un tanto turbia, de lo que, doce años más tarde, ocurrirá con meridiana claridad en la capital checa.

¿Existe, tal y como parece, contradicción entre uno y otro fenómeno: la denuncia del culto de la personalidad y de los crímenes stalinianos y posterior represión de unos movimientos básicamente populares en países dependientes de Moscú? La respuesta debe ser: sí y no. Efectivamente, existe contradicción si atendemos únicamente a lo que el informe secreto pudo haber significado para el PCUS, y de hecho significó a la larga para ciertos partidos comunistas occidentales. Por el contrario, no la hay si valoramos en su justa medida el documento en cuestión y vemos —como sostiene, por ejemplo, Claudín— la disparidad flagrante entre el dramatismo de los datos y la «inanidad de sus conclusiones».

Conviene, por su interés, releer hoy el famoso informe (1) y ver cómo, efectivamente, lejos de analizar las causas internas y externas que hicieron posible la aparición de un fenómeno tan complejo en el fondo como es el stalinismo (véanse a este respecto los trabajos de Jean Ellenstein, Althusser o el libro de Giuliano Procacci. «El partido en la URSS, 1917-1945». Laia), Jruschov dispara



todas sus baterías contra el personaje Stalin, al que convierte en un simple caso patológico. Es un poco lo que ocurre cuando se presenta el nazismo como producto de las manipulaciones de un austríaco paranoico llamado Adolfo Hitler, y todo lo más, se alude al marco histórico de la depresión económica como factor condicionante. En el caso de Stalin, este tipo de factores serían el bloqueo de la URSS por las potencias occidentales y la necesidad imperiosa de industrializar el país. El análisis no va evidentemente más lejos. Jruschov —y el sector del poder que representaba— así lo quiso.

Efectivamente, la llamada «desestalinización» fue consecuencia de una necesidad: la de la nueva clase dominante formada en el proceso de industrialización de abrirse camino (Claudín) y la que tenía al mismo tiempo el país de afianzarse como cabeza de uno de los dos grandes bloques hegemónicos. La liberalización que supuso en cierto modo el lanzamiento de esa nueva política fue una liberalización perfectamente controlada desde arriba. La pérdida del control —como en el caso húngaro— justificaría el recurso a la fuerza de las armas.

Donde más profundamente se dejaron sentir, por el contrario, las consecuencias de ese cambio de rumbo —donde más lejos se llevó el análisis del fenómeno stalinista— fue en algunos partidos comunistas occidentales y, antes que en ninguno, en el PCI, gracias sobre todo al realismo de Togliatti (e indirectamente a la influencia siempre benéfica de la obra gramsciana), que vio por fin la posibilidad de inaugurar una vía propia, autónoma, hacia el socialismo.

Para contrastar las reacciones y repercusiones en el seno de los distintos partidos comunistas del informe secreto —desde la acogida positiva, a la que ya hemos aludido, de Togliatti hasta el silencio culpable y significativo de Thorez y Duclos, del PCF, pasando por la cautela inicial del PCE, que luego sería, con Carrillo, el partido que más rápidamente avanzaría por el nuevo camino—, resulta interesante la idea del editor de completar la publicación del documento de Jruschov con una serie de entrevistas con miembros de diversos partidos comunistas **(Pajetta, R. Rossanda, Jean Prontau y Maurice Valrimont, Jiri Pelikan, Fernando Claudín —entonces en el PCE— y Simón Sánchez Montero)** y algún socialista como **Tierno Galván,** que nos cuentan cómo vivieron aquella revelación o qué dificultades tuvo la verdad sobre Stalin para abrirse paso dentro de sus partidos.

Sólo una observación, destinada al editor, y que puede ser útil para posteriores publicaciones: los entrevistados deberían haber sido objeto de presentación en el libro mediante sendas notas biográficas. No todos los lectores tienen la obligación de saber qué corriente representa, por ejemplo, Pajetta dentro del PCI, qué relación existe entre Rossanda e «il Manifesto» o qué puesto ocupaba Pelikan durante la invasión de Praga.

■ **JOAQUIN RABAGO.**

(1) **N. Kruschev: Informe secreto sobre Stalin.** *Cuadernos (núm. 1) del Taller de Sociología.*

La película checoslovaca «Martillo para las brujas» toma su título del tristemente famoso libro «Malleus Maleficarum», debido a las venenosas e ignorantes plumas de los inquisidores Enrique Institoris y Jacobo Sprenger, quienes lo publicaron a finales del siglo XV. (Reproducimos un significativo fotograma del film citado).

A propósito de «Martillo para las brujas»

La brujería, delito común

Eduardo Haro Ibars

EN su ponencia ante el Congreso de Brujología, celebrado en San Sebastián en 1972, el penalista José Manuel Martínez-Pereda Rodríguez dijo: «El fenómeno de la persecución de la brujería parece universal. Se produjo antes del cristianismo, se da en los pueblos naturales, se mantiene en la Europa cristiana hasta casi finales del siglo XVIII, y aún aflora en los pueblos, ciudades y aldeas, como reacción popular frente a personas a las que se supone perjudiciales. Este carácter universal haría pensar, quizá precipitadamente por un examen demasiado superficial, que la brujería constituía el delito natural buscado por los sociólogos, si no en orden a los hechos mismos, al menos en relación a los sentimientos». Tal vez la brujería no sea «delito natural» —mi escaso conocimiento del vocabulario legal y sociológico me hace ignorar lo que este término técnico significa—, pero lo que no puede negarse es que ejemplifica magníficamente lo que ahora entendemos por «delito común», y que la legislación sobre brujería y los procesos que contra brujos y brujas se seguían, recuerdan peligrosamente a las sanciones que se imponen bajo la Ley de Peligrosidad Social. En efecto, en los momentos de mayor auge de la ola de represión contra

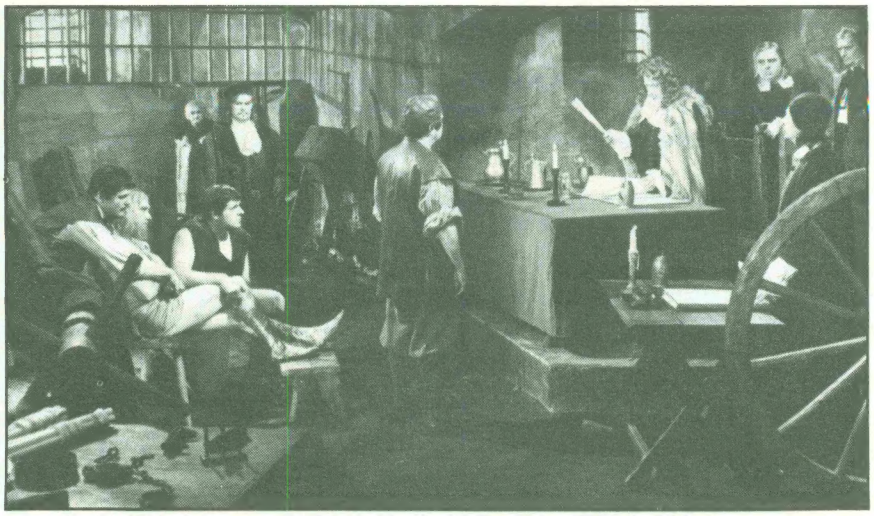
la Brujería y, concretamente, desde la aparición de la Bula «Summis Desiderantes» de Inocencio VII, y del «Malleus Maleficarum» —uno de los libros más nefandos, perversos e impregnados de odio y cinismo— a finales del siglo XV, **cualquiera** podía ser brujo, al igual que, aquí y ahora, **cualquiera** puede incurrir en alguno de los apartados de la Ley de Peligrosidad Social. Y, de hecho, brujos y brujas ardían por millares en toda Europa; singularmente, no era en España donde se quemaban más brujos, a pesar de la leyenda negra: aquí teníamos bastante trabajo con los moriscos, herejes y judaizantes; los destructores del pueblo no necesitaban inventar nuevas víctimas. Fue sobre todo en Alemania donde la quema de brujas alcanzó mayores proporciones.

Estas pequeñas reflexiones que anteceden, me han sido sugeridas por la visión de una película checa, realizada en 1971, por **Otakar Vavra,** y que toma su nombre, **Martillo para las brujas,** del siniestro libro antes reseñado, y debido a las venenosas e ignorantes plumas de los inquisidores Enrique Institoris y Jacobo Sprenger; libro que fue un best-seller en su época, no muy ilustrada, y del que se hicieron 29 ediciones desde la primera, Colonia 1487, hasta 1669.

La película de Vavra no es, desde luego, una obra de arte. Y tampoco aporta nada, ni en el tratamiento ni en el enfoque del asunto. Es difícil, pues son muchas las películas que sobre la brujería se han hecho: desde «Haksan», de Christensen, hasta «The Devils» —a mi entender, una de las películas menos malas de Ken Russell, basada muy libremente en «Los Demonios de Loudun», el penetrante ensayo de Aldous Huxley—, pasando por el «Dies Irae», de Dreyer, o «Madre Juana de los Angeles», de Kawalerovickz, y con los entremeses lúdicos de René Clair —«Me casé con una bruja», 1942— o Richard Quine —«Me enamoré de una bruja», 1958—, los temas de la brujería y de la posesión diabólica han sido ampliamente tratados en el cine. Como en la literatura: desde «La Farsalia» hasta nuestros días, las brujas aparecen en multitud de novelas. Son personajes populares, universales, que inspiran, a la vez que un cierto y ahora levísimo terror, un curioso sentimiento de identificación, nada raro si se piensa en la cantidad de personas que murieron o sufrieron penas de tormento y de muerte por brujería. Pensándolo bien, casi todos debemos tener en alguna parte de nuestro árbol genealógico algún antepasado que haya sido brujo.

Y, generalmente, en la representación literaria o cinematográfica de la bruja, se encuentra representado también, acompañándola, un personaje que es, con mucho, más desagradable: el inquisidor, el hombre que tortura y condena, cuyo rostro y cuya mente son mucho más negros y retorcidos que los de su endemoniada víctima. La película de Vavra, basada en un hecho histórico, en un proceso auténtico de brujería, toma precisamente como personaje principal al inquisidor. No es el tema de la brujería de lo que trata, sino de su represión, y de la brutalidad y método con que ésta se lleva a cabo. Toma como base un proceso tardío, celebrado en el siglo XVII, en el que se

Entre los procesos por brujería que, a lo largo de la Historia, han encontrado una resonancia especial, figura el de las «brujas» de Salem, aquí representado. Sobre él, Arthur Miller escribió un conocido alegato teatral contra la injusticia política.



«Martillo para las brujas» —de la que insertamos otro fotograma— se basa en un hecho histórico, en un proceso auténtico de brujería, tomando como personaje principal al inquisidor. Su tema en profundidad es el de la represión y la brutalidad con que ésta se lleva a cabo.

enfrentan dos personajes, enfocados tal vez desde un punto de vista excesivamente maniqueo y moralizador: el inquisidor —zafio, brutal, supersticioso y ansioso de bienes materiales— y un eclesiástico ya ilustrado, ya razonable, que interpreta a Vivaldi al violín y es amante de los libros, del buen vino y de las mujeres. Este último, a quien los procedimientos del inquisidor asquean, acabará cayendo bajo sus garras y será quemado, acusado de brujería. Se escenifica aquí una lucha entre dos principios, el de la reacción más brutal y el del progreso; y se pone en evidencia el proceso que da al primero la victoria: una sociedad corrupta y atemorizada, que no se atreve a criticar los procedimientos turbios del inquisidor, para evitar ponerse en peligro o que se muestren sus propios manejos: una jerarquía eclesiástica que no protege a su sacerdote, acusado de brujería, ya que éste es demasiado «avanzado» para la Iglesia de su tiempo; y una nobleza demasiado ocupada con otros asuntos —en la película, la guerra contra los turcos— como para preocuparse de la suerte de su pueblo. Los motivos del inquisidor resultan claros también: puro y simple afán de lucro. El inquisidor que aparece en la película deja en paz muy pronto al pueblo llano, cuyos bienes no puede confiscar porque son inexistentes, para atacar a la burguesía acomodada, e incluso al mismo clero y a la nobleza menor. El paralelismo con el caso de las brujas de Salem desaparece aquí: el inquisidor americano Cotton Mather era, antes que nada, un fanático religioso que creía en los peligros de Satanás —si bien es cierto que éstos le proporcionaban renombre y dinero—, al igual que el senador McCarthy creía en los peligros del comunismo; pero al inquisidor checo aquí representado sólo le importan los beneficios, y es muy poco lo que se nos dice de sus creencias religiosas, de sus verdaderas opiniones sobre la brujería.

Dada la nacionalidad de la película, resulta fácil pensar que ésta sea una crítica al stalinismo y a los procesos de depuración política que se puedan sufrir en Rusia y en Checoslovaquia, expresada en la forma más utilizada en los regímenes totalitarios nada respetuosos de la libertad de expresión: la parábola, utilizando el mismo procedimiento que empleara Arthur Miller para criticar el Mccarthysmo en «Las Brujas de Salem». A mí me parece que el tema da para mucho más: dada la potencialidad de todo ser humano para aparecer como «brujo» ante la justicia —Spee dijo: «Es muchísima verdad lo que recientemente se atrevió a decir el inquisidor de un gran príncipe: que si el papa llegar a caer en sus manos y torturas, con toda seguridad se confesaría culpable de magia»—, una crítica de la actividad inquisitorial pone en tela de juicio todo el aparato de la Ley y la Justicia; y no solamente por los tormentos que los inquisidores emplean —aún hoy— para arrancar confesiones a sus víctimas, sino por la mera existencia de un tribunal encargado de juzgar a otros, apoyado por una sociedad corrupta. En cualquier caso, entonces bajo el inquisidor, y ahora bajo el juez, el acusado es siempre culpable si así conviene a los acusadores. Arthur Miller hizo de sus «Brujas de Salem» un alegato contra la injusticia política; en «Martillo para las Brujas», y en todos los procesos de brujería, yo veo más bien una prueba de lo mal fundado de la justicia común. Pues brujas, como decía antes, somos todos nosotros; delincuentes, podemos serlo todos, si la Ley se empeña. ■ **E. H. I.**

PEDIDO DE NUMEROS ATRASADOS

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: .....
(los números 2, 3 y 4 se hallan agotados). El importe total del pedido de .....Pts. (75.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. .....**
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Adjunto sellos de correos.**

NOMBRE Y APELLIDOS .....
DOMICILIO .....
TELEFONO .....POBLACION .....D. POSTAL .....
PROVINCIA .....PAIS .....

BOLETIN DE SUSCRIPCION RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: TIEMPO de HISTORIA: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre .....
Apellidos .....
Edad .....Profesión .....
Domicilio .....
.....Teléfono .....
Población .....D. Postal .....
Provincia .....País .....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de .....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE JISTORIA.

☐ Recibo domiciliario en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º .....

Sr. director del BANCO (o CAJA DE AHORROS) .....
.....
Domicilio de la Agencia .....
.....Población .....
Titular de la cuenta .....
.....
Número de la cuenta .....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha .....

Atentamente
(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

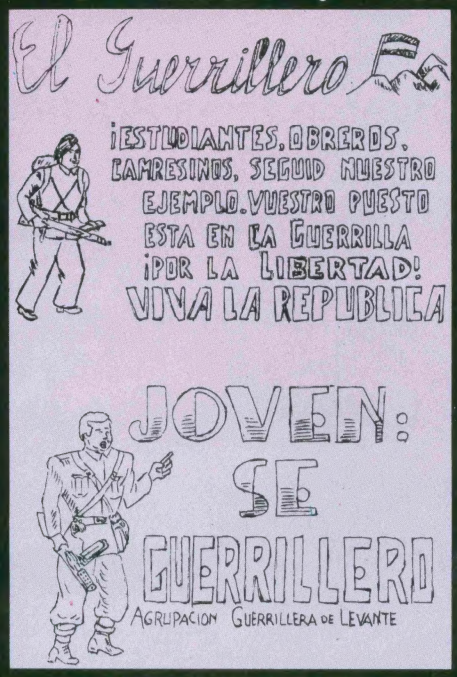
TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	750	850	780
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	975	1.220	1.060
AMERICA Y AFRICA	975	1.220	1.400
ASIA Y OCEANIA	975	1.220	1.650

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

TIEMPO de HISTORIA

AÑO III • NUM. 34 • 75 PESETAS



LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA

Director: EDUARDO HARO TECGLEN

EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR

LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA, por José Antonio Vidal Sales • MIGUEL HERNANDEZ: «UN AÑO DE GUERRILLAS EN GALICIA». Introducción de Eutimio Martín. • LOS ULTIMOS GUERRILLEROS DE CANTABRIA, por José Ramón Sáiz Viadero. • VICTIMAS DE LA REPRESION. Con CARTAS DE DOS CONDENADOS A MUERTE, por Aurelia y Dositeo Rodríguez. • EL HUNDIMIENTO DEL «KOMSOMOL», por Juan García Durán. • LA «GENERACION DEL 27»: TODO EL ESPIRITU DE UNA EPOCA, por Eduardo Haro Ibars. • EN EL 150 ANIVERSARIO DE SU MUERTE. BEETHOVEN, NUESTRO CONTEMPORANEO, por Angelo Pantaleoni. • COMO SURGIERON LOS CAFES-TEATRO DE MADRID: EL TEATRO EN LA REVOLUCION DE SEPTIEMBRE, por Alberto Castilla. • LA MANO NEGRA EN GALICIA, por J. A. Durán. • EL CONFLICTO FRONTERIZO CHINO-SOVIETICO, por Iñaki Iparraize. • FOUCAULT FRENTE A MARX. ANATOMIA HISTORICO-POLITICA DEL ORDEN BURGUES, por Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. • ESPAÑA 1947. Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán. • CLARA ZETKIN: ENTRE EL FEMINISMO Y LA REVOLUCION, por María Ruipérez. • LIBROS: Los sindicatos «amarillos»; España, vista por un hombre honesto; De la objetividad en la Historia; Vidas a caballo; Edición de Madariaga. • REVISTAS: «Estudios de Historia Social»; «Agricultura y Sociedad». • CINE: La vida cotidiana en la Venecia de Casanova, por Luigi Comencini.

EN ESTE NUMERO DE

Eduardo Pons Prades

Octubre de 1917

El asalto al Palacio de Invierno

Cuadro soviético representando la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques.